

**LUIS
SPOTA**

La  **Plaza**



grijalbo

Luis Spota

LA PLAZA

**best
sellers**



EDITORIAL GRIJALBO, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.

LA PLAZA

© 1972. LUIS SOTO

Edición original de la EDITORIAL JOAQUÍN MORTIZ, S. A.

D. R. © 1977, EDITORIAL GREJALBO, S. A.

Av. Granjas 82, México 16, D. F.

CUARTA EDICIÓN

Reservados todos los derechos.

ISBN 968-419-023-9

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

Novela-cantata, la ha definido el crítico Eliú Martí. La Plaza fue escrita, porque así lo exigía su tema, utilizando materiales, ya de conocimiento público, relacionados con el Movimiento Estudiantil que la ciudad de México vio nacer el 23 de julio de 1968 y morir espectacularmente, entre quince mil balas disparadas en Tlatelolco, la noche del 2 de octubre.

En su versión original, la obra conoció el éxito instantáneo de tres ediciones; pero, cuando la tercera se agotaba, sucedió que tres autores cuyos textos, como los de tantos más, había usado en el montaje de la narración se inconformaron por ello y demandaron al editor el retiro de lo que reclamaban suyo, por más que en esto suyo ellos hayan utilizado también, en buena parte, material ajeno.

Como, afortunadamente, ni siquiera lo importante es imprescindible, decidí reescribir la novela, purgar de ella los textos en litigio y sustituirlos por otros, lo que me enseñó que las combinaciones que pueden lograrse manejando lo publicado a propósito de Tlatelolco son infinitas, como lo son los celos o el ego de algunos. La que se leerá ahora es, pues, una nueva versión, la misma aunque diferente, según podrá descubrir el lector atento, de La Plaza.

En estas páginas quiero dejar constancia de mi gratitud a quienes, siendo mis amigos, me permitieron utilizar porciones de trabajos suyos sobre Tlatelolco, y a la elegancia de otros que, sin serlo, no se rehusaron a que lo hiciera;

los materiales de creación original de María Luisa Mendoza fueron espigados de su luminosa novela Con Él, conmigo, con nosotros tres (Ed. Joaquín Mortiz, México, Marzo, 1971); los de Edmundo Domínguez Aragonés, en Argón 18 inicia (Editorial Diógenes, México, Abril, 1971); Juan Bafíuelos me facilitó su espléndido poema “No consta en actas”, tan citado; Víctor Villela, además de algunos versos, contribuyó con la reseña de sus vicisitudes como víctima de un arma de fuego en la Ciudad Universitaria; Francisco Martínez de la Vega me autorizó a que aprovechara párrafos significativos de sus artículos o ensayos publicados en el periódico El Día o en la revista Siempre!; José Alvarado aportó palabras hermosas que habían sido vistas, antes, en Siempre! (Octubre 16, 1968); reconozco mi deuda, por haber usado parte de lo que sobre El Movimiento Estudiantil 1968 y en ocasión del Dos de Octubre en Tlatelolco, escribieron o dijeron, para con Víctor Flores Olea, Javier Barros Sierra, Ifigenia M. de Navarrete, Heberto Castillo, José Revueltas, Ricardo Garibay, Jorge de la Vega Domínguez, Félix Fuentes, Leonardo Femat, Manuel Moreno Sánchez, Margarita García Flores, Guillermo Ochoa, Horacio Quiñones, José Luis Mejías, Oriana Fallaci, Rodolfo Rojas Zea, Sotero Garcíarreyes Miguel Reyes Razo, Miguel Ángel Martínez Argis;

(quiero insistir en mi agradecimiento hacia la antropóloga Mercedes Olivera y hacia la profesora María Alicia Martínez Medrano, que aprobaron el uso de las palabras con las que refieren los incidentes que vieron producirse la noche del Das de Octubre en Tlatelolco y que mantengo por expreso consentimiento de ambas, en esta nueva versión de La Plaza);

en ella aprovecho, asimismo, boletines oficiales, desplegados, “votantes”, leyendas (alguna de Julio Cortázar) pintadas en bardas, mantas o pancartas durante el periodo julio/octubre 1968; declaraciones de funcionarios, e innumerables notas, con firma o anónimas, que difundieron El Herald de México, Excélsior, Novedades, La Voz de México, Siempre! El Sol de México, La Prensa, El Universal, Ovaciones, El Día, Diario de la Tarde, Look, El Universal Gráfico, Últimas Noticias de Excélsior (1a. y 2a. ediciones), El Nacional y la Revista de la UNAM;

finalmente deseo mencionar que con frecuencia acudí a los poetas Rosario Castellanos, Octavio Paz, Ángel María Garibay y José Carlos Becerra, además de al ya citado Juan Bañuelos, porque consideré que versos aislados o porciones mayores de poemas suyos añadían tonos de color al relato;

nada tengo que agradecer, en cambio, a quienes pretenden ostentarse como propietarios de giros idiomáticos, letras de canciones populares, comentarios, tesis políticas, coros, consignas, parodias et al que expresaron en su momento individuos, grupos y organizaciones que de un modo u otro se relacionan con los hechos reales que proporcionan su matiz de autenticidad a la ficción de La Plaza;

corresponderá al que la lea, ¿re-lea?, decidir si esta versión, que inaugura un nuevo ciclo de reediciones, es mejor, más auténtica, de mayor “garra”, que la inicial, y hasta qué punto tiene sentido que se haya reescrito para que otras voces, y la misma imaginación que la inventó por primera vez, refieran nuevamente los hechos que culminaron en Tlatelolco con tan graves consecuencias para el futuro de una parte considerable de la juventud del país._L.S.

*¡Onzas de sangre,
metros de sangre líquidos de muerte,
sangre a caballo, a pie, mural sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!*

CÉSAR VALLEJO

Muchas veces basta reunir una cantidad de hechos muy simples y naturales, tomados por separado, para obtener un conjunto monstruoso.

ANDRÉ GIDE

*Lo que ha empezado va muy lejos:
con su cabeza sin reposo, siempre
llega el futuro derribando puertas.*

JUAN BAÑUELOS

...el cristianismo, en cuanto tal, debe condenar cualquier forma de injusticia, particularmente cuando la injusticia se hace institución y se impone aún a los mismos hombres que la cometen.

SERGIO MÉNDEZ ARCEO

*Recuerdo, recordemos
hasta que la justicia se siente con nosotros.*

ROSARIO CASTELLANOS

*a Carla,
mi hija,
para que no olvide.*

Jueves me cede los prismáticos y se pone a fumar. Resopla humo quizá porque no atina a proporcionarle un postura más cómoda a su cuerpo de largas piernas metidas en bluejeans. Tengo la impresión de que la espera empieza a fastidiarlo —y no sólo la espera de este día. Supongo que procede así porque, joven, aún no está adiestrado en la paciencia que describe el carácter de policías y vengadores.

—El muy cabrón no tiene prisa hoy.

—¿Cuándo la tiene?

Durante diez minutos me corresponderá vigilar un paisaje que recito de memoria, sin mirarlo: el hoyo 18, manso río de pasto verde interrumpido por blanquísimas caries de arena; el cubo de la casa-club que levanta, entre árboles de oscuras frondas rojizas, su fachada de cristales negros que repiten las nubes del atardecer de junio; el angosto departamento de baños, en una de cuyas marmóreas criptas estará él sometiendo su cuerpo a las rudezas del masajista.

—Hijo de puta, cómo quisiera...

—No es necesario que digas groserías.

Lo que debo escudriñar minuciosamente es el parque de estacionamiento, vertedero que recibe, a partir de las seis de la mañana y hasta que la noche madura, los centenares de automóviles que llegan a él por el camino bordeado de pinos y altos fresnos en que se convierten los viaductos (del sur uno, del norte otro) que permiten el acceso al campo de juego. El gran Masserati rojo sigue ahí, en el lugar que ocupa siempre que el Hombre viene al club. Es un largo coágulo, cuya importación sólo le es permitida a los que son poderosos o a quienes, como él, lo fueron, *y con el sol la sangre escandilaba, y si se cerraban los ojos se podía fácilmente, así nada más, echar marcha atrás y volverse otra vez a aquella noche y escuchar desde lejos, desde el jardín de San Marcos de Tlatelolco, ese aullido de guerra, ese subir de los gritos de los hombres jóvenes que estaban peleando la vida, y estremecerse al oír cómo el fragor bajaba y volvía a subir otra vez, durante horas y horas corno en aquellas noches y ésta era la peor y yo miraba por la ventana y miraba la sangre expandirse en la piedra filosofal de la banqueta y miraba correr a los que sobrevivían, irse hormigueando entre los rosales, con niños cargados en los brazos, con libros aferrados como una última posesión, con greñas al aire, con los ojos perdidos en el terror.*

—De todos modos, se está tardando demasiado.

De soslayo, miro a Jueves: tiene el cigarro pegado al labio y si el humo le irrita los ojos, no lo demuestra. El informe lo detalla de veinte años, estudiante de ingeniería mecánica, huérfano de padre, 1,86 de estatura; 72 kilogramos de peso, “centrado, serio y con un IQ normal”. Yo podría agregar que Jueves se ha dejado crecer, como lo hacen en esta época la mayoría de los jóvenes de su edad, las patillas y el bigote.

—Lleva adentro apenas veinte minutos; le faltan diez, ya lo sabes, para que aparezca y se vaya.

Los siete meses que hemos invertido en seguirlo nos permiten calificar al individuo cuyo secuestro organizamos, como persona que ajusta sus actos, ahora ya todos privados pues la nueva administración no utiliza sus servicios, a un rígido esquema de rutina que sólo ocasionalmente, como hoy, varía. Los jueves son sus días de golf; los martes, de visitar a la amiga que tiene instalada en la mansión del Pedregal; los miércoles, de ir al cine, con la esposa nunca, con los nietos y uno o dos edecanes siempre; el cuarteto del dominó lo reclama los viernes en el Jockey Club; los sábados recorre a caballo, seguido por una pequeña escolta de sargentos, solitarias hondonadas del sur de la ciudad; los domingos recibe en casa, de la hora del desayuno a la de la cena, a quienes fueron sus colaboradores o a los que aún buscan la ayuda de su

influencia. Quizá muy pocos sepan (exceptuando a Jueves y a mí y a los otros cinco que componen el grupo) que posee, escondida en un valle de muy difícil acceso pero cercano a los lugares donde en el 68 ocurrieron los fastuosos juegos olímpicos, una especie de castillo secreto; una fortaleza de elevados muros de piedra volcánica; un útero al que va a esconder no sabemos si nada más su soledad o también sus remordimientos. En ocasiones, las puertas permiten el paso de una limusina, negra y larga, misteriosa y tal vez blindada, en la que han de viajar personajes o mujeres, o mujeres y personajes invitados a las orgías que confirman los antiguos rumores de su afición a los desórdenes eróticos. El 26 de julio, día de la Revolución Cubana, un grupo de estudiantes se enfrenta a los granaderos, alertas desde 72 horas antes cuando dos pandillas de preparatorianos tuvieron una batalla campal que fue aplacada con porras, gases y culatazos, *y recordé cuando los granaderos se nos echaron encima con su ruido y sus máscaras de elefante y cómo corrí gritando oraciones y cómo se desvanecía la gente macaneada a mi lado, y seguí oyendo los gritos de Tlatelolco*

*y las niñas corrían y
miré*

a los doce muchachitos como de doce años apuntados por rifles de doce soldados. Los niños estaban sentados en las bancas de cantera y no hablaban y parecía que los soldados los iban a retratar.

Naturalmente, lo sabemos ya: nadie, en México, es igual a como era antes de ese 26 de julio, en que se instituyó, una vez más, el orden a bofetadas; en que las calles del centro de la ciudad, esa gran ciudad de casi ocho millones, vieron correr a los violentos hombres de uniforme, perseguidores tan implacables como feroces, de la turba juvenil; *y aquella primera represión desató otras, completamente insensatas, que partieron en dos la opinión nacional:*

*acá, los hombres del poder
y la gran propiedad;
allá los estudiantes,
los profesores,
los intelectuales
y buena parte del pueblo...*

Casi al mismo tiempo que el cigarro de jueves se agotan los diez minutos de mi guardia. Esperar cansa; esperar, como hemos esperado nosotros, ablanda. *Pero hay que recordar.* No podemos, no debemos concedernos la debilidad de olvidar. Se debe vivir sin perdonar; al menos, nosotros: los días de la semana (que son el grupo) y yo, Domingo, que soy el jefe; que también tengo una sangre que cobrar.

Anoche, en el cine, con la cabeza del Hombre a menos de medio metro de mis puños, Miércoles, que suele ser indeciso, me dejó en el oído una temeraria sugestión:

—¿Por qué no matarlo ahora, aquí?

—El plan es otro, ya lo sabe.

—Nunca lo encontraremos solo.

—Algún día, sí.

—¿Cuándo, cuándo?

—Mañana tal vez.

—O nunca.

—Paciencia.

—Déme el arma, Domingo, y váyase.

—Sería asesinato, Miércoles. Recuerde que usted y yo deseamos justicia.

Estaba, como siempre, acompañado: dos de sus nietecitas, el chofer-guardaespaldas y el sujeto gordo, de anteojos sin arillos y corbatas estafalarias, que ha de ser su alcahuete o su bufón, o ambas cosas; la película, de Disney, era tan nauseabunda como el olor a la torta de sardina que alguien, cerca, estaba comiendo.

I love Love/

Como si fuera el de una amante, acaricio su nombre, ese nombre guillermina, mi-na, mina, que es una nenita de ojos azules, un minueto de Mozart y una breve falda almidonada; la foto, perfecta y relamida, obra de su abuelo el viejo don Guillermo, inaugura el álbum inconcluso; ese nombre, abreviado a su mínima-máxima expresión de Mina, que designa a la mujer a la que de pronto, avergonzado y casi furtivamente, veo danzar semidesnuda entre otras muchachas y muchachos que han ido a mi casa; entre muchachos y muchachas a las que debo parecerles, por el gesto, la manera de vestir, la turbación, un señor 'raro', alguien para el que ya no hay lugar en este tiempo; que sobra y merece que lo arrumben en el desván del quinto piso, allí donde está lo que se guarda para ser olvidado. Mina. Mina. Mina, y recordar la alcoba me inquieta del mismo modo, violento e incontenible, que me inquietó descubrirla, y me deprime evocarla, convocarla, revuelto el suyo entre los cuerpos tristes de los otros muertos

*¿quién puso
en los botes de basura
del centro de la ciudad
—esa tarde del 26 de julio
del 68— las piedras
providenciales, certeras,
con que se agredió
a los granaderos?*

Los más alarmantes síntomas de apatía los he notado en Lunes. Lunes ha fallado dos veces a nuestras citas, aduciendo compromisos que sé falsos. El rencor de Lunes, que debiera ser grande, ha ido desgastándose; lo que le mataron aquella noche ocupa un lugar pequeñito en su memoria, en la zona sensible del odio. Un cansancio similar, cierta acusada propensión al perdón, he advertido también en Sábado. ¡Ha pasado desde entonces tanto tiempo...! No debe ser ajeno al deterioro de su ira ese joven, moderno Padre Onésimo que es ahora su consejero. Claro que recordar duele, lastima, enfurece; igual enfurece, lastima, duele leer, como he leído hoy, en no sé dónde, aludiendo con algo de amargura, con cinismo también, a la cólera que vamos olvidando:

*¿qué estamos haciendo ahora?
vamos al cine cada que podemos,
escribimos textos horrorosos,
hacemos el amor cínicamente. . .*

Los posters como gritos de colores en la pared negra. El Che Guevara, su mirada mesiánica bajo la estrella de cinco puntas en la frente. Elvis Presley. La pareja montada en el amor, y el falo que gotea margaritas (y la vulva que las absorbe) para que florezca la palabra *fuck*; y lo que puede ser el cráter Fra Mauro o el gran close-up de un hermoso ano intacto; y la lengua monumental sobre la que está sentada, con la más lubrica de sus plácidas sonrisas, no sé qué ninfa tetona de este tiempo en que Acuario da nombre a la Era, e impone la felicidad del desnudo como traje formal cuando los jóvenes se reúnen a fumar y a cantar lo que aprenden de memoria, a veces sin comprender el sentido oculto de las palabras, en los discos de Bob Dylan; en las baladas de Joan Baez: en ese lírico Pete Seeger que tanto les gusta;

y Mina, con el breve calzoncito que revela más que oculta el vello denso de su vientre, baila *moderno* con la vitalidad de sus dieciocho años, con la sensualidad aprendida en este cuarto negro, sofocado de humo, compartido con otros muchachos (seguramente barbudos como Jueves) a los que no vi nunca, cuya existencia ignoré siempre, igual que tantas otras cosas que le concernían a mi hija, hasta que supe que estaba muerta, que me la habían matado, y recordé que

nadie debe decir nada

nadie debe hablar sin estar protegido,

porque todos somos rojos, subversivos, antipatriotas, contrarrevolucionarios, alborotadores, comunistas, trozcos, maoístas, agentes de la CIA, del FBI, del Opus Dei, hijos-de-puta para abreviar y ahorrarnos la molestia de traducir las siglas (esperanto de esta época de mudos elocuentes) y la cólera de oír palabras - amenaza; palabras - disculpa; palabras - coartada:

—*Los granaderos arremetieron enérgicamente contra los agitadores porque la situación era ya insoportable.*

Escucho una voz: la cólera de los jóvenes está justificada. Nos rehusamos a admitir que, así como nosotros creamos nuestro mundo, ellos tienen derecho a intentar el suyo.

(—Papá, ¿por qué tus palabras no son iguales a las mías?)

Molesta, lo reconozco, sentirnos en falta frente a ellos; no haber hecho ese El-Mejor-de-los-Mundos-Posibles que quisimos inventar y sí, en cambio, este en el que los hemos condenado a vivir.

(—Papá, ¿por qué no aprendes a ser contemporáneo?)

Somos los adultos los culpables de la rebeldía que norma, hoy, la conducta de los jóvenes; ¿saben por qué? Porque no les hemos ofrecido la seguridad de un presente sólido, ni la esperanza de un futuro amable.

(—Papá, consígúete una amante; a nombre de mamá te doy permiso.)

Otro temor: perder la cara; sentir mutilado nuestro orgullo; disminuido el respeto que ya nuestro hijos nos regatean porque no lo merecemos. En cada mirada de un joven hay un reproche; ¿ésta es la forma de vida que ustedes, con su *experiencia*, nos ofrecen?

(—Papá, ¿sabes que le gustas a Lita? Tiene dieciséis años y ya, eh, love, love, love...? Dice Lita que eres bello y los chavos juran que Lita es, *on the bed*, un fenómeno... Así que, lanzándote, lanzándote... La juventud está acelerada.)

Escudo heráldico —el afiche está dividido en cuatro cuarteles. Uno, ángulo superior izquierdo: exhibe a una mujer negra, de Selma-USA, en el instante de aceptar en la cabeza la culata del arma de un Guardia Nacional; dos: ángulo superior derecho: enseña la -agonía- en -los - huesos- de - un - ventrudo - niño- de Biafra; tres: ángulo inferior izquierdo, presenta a cinco rubios, saludables, bonachones muchachotes del Ejército Norteamericano ofreciendo al registro de la cámara las cabezas de los seis vietnamitas que acaban de decapitar; la cuarta y última foto, ángulo inferior derecho, revela a una pareja: un bello muchacho gozando a/de una bella muchacha, y abajo, inquietantes las preguntas:

¿qué es lo inmoral?

¿cuál de estas imágenes será

unánimemente rechazada

por nuestra prensa?

y en la pared negra, donde germinaba el poster con la mata de marihuana, resplandecía con sus colores fluorescentes el lema, consigna, proclama, experiencia:

*fucking is beautiful
 fuck por peace
 Just fuck, fuck, fuck*

y el falo monumental expelía semen de margaritas y los labios sonrosados recibían, cada letra un pétalo, la palabra F-u-c-k, y Mina, Wilhelmina, Mina, mi hija, la desconocida, la que fundé en su madre sobre la alfombra una noche de Nueva York, es un cadáver, carne muerta alrededor de un agujero sanguinolento; muslos abiertos a la lujuria, sana y potente, inagotable y rígida, de un muchacho como Jueves que me dice ahora, excitado él también

—Mire, ahí está

y me cede los gemelos que el suegro don Guillermo compró hace muchísimos años y que son extensión de mis ojos esta tarde en que el Hombre, nuestro Hombre, aparece solo (atildado, y solo; juvenil, y solo; relamido, y solo) en la puerta del club de golf, y no sé por qué una frase, un slogan, relampaguea en mi memoria:

NO QUEREMOS OLIMPIADA. QUEREMOS REVOLUCIÓN

y el Hombre, nuestro Hombre, al que estoy mirando cerquísima gracias al poder del artefacto óptico, sonríe tranquilo, como si no recordara o no le importara cuántos lo odian; cuántos todavía, a pesar del tiempo transcurrido, agradecerían su muerte.

—¿Está solo, Domingo; lo está?

—Aparentemente, sí.

Parece estarlo, en efecto. No veo que revoloteen cerca de él sus inevitables ayudantes o los que fueron sus cómplices en el gobierno. Lleva en la mano un maletín de dibujo escocés; lentes negros le protegen los ojos de los resplandores del sol. Espera que el acomodador, el individuo con el uniforme azul que echó a correr apenas lo vio en el vestíbulo, le lleve el automóvil. Lo busco con los binoculares. El Masserati maniobra en reversa,

—¿Está solo?

Comprendo, porque la comparto, la ansiedad de Jueves. Hasta el momento parece estar solo, pero aún no puedo afirmar con absoluta certeza que lo esté. En el asiento posterior del convertible abandona el maletín y se instala ante la rueda de la dirección. Alza una mano, despidiéndose del empleado. Despacio, hace rodar el auto hacia la salida.

—¿Quién lo acompaña, Domingo?

—En el coche, nadie; pero...

Ahora mi atención se dirige no hacia el automóvil, sino hacia cualquier otro vehículo que pudiera escoltarlo a la salida, transportando a quienes, invariablemente, lo acompañan, lo cuidan; pero, excepto el Masserati rojo, ningún automóvil se mueve, se desplaza en el estacionamiento ni en la calzadita arbolada que lleva al exterior.

—¿Esta solo, verdad?

—Sí, hoy sí está solo...

Siete meses, casi ocho, esperando el momento que al final ha llegado; siete, casi ocho meses de pisar sus pasos, de copiar la rutina de su vida; de perfeccionar el rencor que me animó a intentar el secuestro de este hombre, aún peligroso, que nunca antes de hoy se había mostrado sin guardias, prácticamente indefenso; a merced, ahora, de Jueves y de mí. No hace mucho, la semana pasada, Martes comentaba que sabiéndose como se sabe detestado por tantos, el Hombre no se atrevería jamás a prescindir de sus defensas. Con esto, Martes quería insinuar que consideraba trabajo

inútil, tiempo perdido, insistir en el plan y proponía, si de lo que se trataba era de vengarnos, la acción directa: el empleo de la pistola, del rifle, del cuchillo, la espectacularidad de la bomba, o de lo que fuera capaz de matar al deudor de tantas vidas. Un poco porque no deseaba yo también contagiarme de pesimismo; un mucho porque no quiero concederme razones para perdonar, rebatí a Martes diciéndole que tarde o temprano cometería el error de sentirse, de creerse seguro y nos proporcionaría los treinta segundos que suponemos necesitar para capturarlo. Conocedor de hombres, porque ha sido jefe, manejador de ellos, el nuestro no ignora que aun ejercer el odio fatiga; que el odio, con el tiempo, se convierte en tedio y que el tedio evoluciona, por efecto de la pereza, hacia el olvido, esto es: hacia el perdón. No llore. Sea machito. Aguántese. Tráguese las lágrimas, sienta lo que está pasando, y recuérdelo para cobrárselo al que tenga que pagarlo.

El momento del error (ese error que tampoco yo creía posible) parece ser éste. El Masserati, rojo y soberbio, ha pasado junto a los otros automóviles que por lujosos que sean se ven humildes comparados con él.

—Prepárate...

Le doy a jueves la llave que abre la portezuela posterior de la camioneta y con los prismáticos temblorosos en mis manos que sudan, continúo la vigilancia del individuo al que acosamos. ¿Por qué, si jamás modifica sus costumbres, las ha alterado dos veces este día? ¿Acaso sabe, presiente, o de algún modo adivina, que cerca de la cumbre, de este pequeño promontorio desde el que dominarnos el club de golf y el paisaje que prosigue hasta la base de la cordillera, hay dos hombres (uno de ellos tan joven que podría ser hijo del otro) aguardándolo para conducirlo al sitio donde habrá de ser juzgado; al tribunal en el que habrá de recibir el interrogatorio de siete personas que tienen la boca y el corazón y el cuerpo entero sobrados de preguntas y los oídos exigentes de respuestas?

Pero, por mucho que esté solo y que ningún otro vehículo escolte al suyo; por mucho que lo superemos en número y en fuerzas, ello no quiere decir que podamos ufanarnos de tenerlo ya en las manos. No sólo falta atraparlo físicamente; también falta que de los dos caminos que se ofrecen ante él, ahora que ha llegado a la verja del club, tome el que lo conduzca al punto donde Jueves y yo lo esperamos. Hay un momento, un momento brevísimo en que deseo que opte por la ruta opuesta; en el siguiente ya estoy deseando, con toda la ansiedad de que soy capaz, que se decida por el viaducto del sur a cuya margen, a la entrada de una curva, estamos. La ley de las probabilidades, que nos es adversa en un cincuenta por ciento, nos favorece en la misma proporción.

—¿Qué carajos está esperando? —Percibo, cerca de mi oído, la tensión que hay en la voz de Jueves. y el olor a tabaco de su aliento.

Yo también me lo pregunto: ¿por qué titubea, porqué no elije el camino, sur-o-norte, que habrá de seguir? ¿por qué prolonga este infinito instante de espera en que voy llenándome de miedo —miedo a cumplir, al fin, la venganza prometida, meditada entre incalculables copas de coñac bebidas a oscuras, en compañía de los recuerdos y las recriminaciones y no pienso ya en Mina sino en la madre de Mina; en la hija de don Guillermo; en esa mujer de trenzas rubias, bobalicona y buena, sin carácter; pasiva y sonriente: una presencia amable que apenas pesó en mi vida; que murió con la misma dulzura con que había vivido: sin molestar a nadie, discreta como si temiera que sus palabras, su olor a sándalo, fueran a desagradar a su padre, a su marido y, también, a su hija; a esa explosión de risa y de fuerza, y de alegría y de ruido, que fue Mina, Guillermina, por cuyo cadáver hube de firmar un documento ignominioso en el cual

expresaba mi conformidad de renunciar a cualquier reclamación contra el Gobierno o contra-quien-resulte-responsable-de-su-muerte, y pienso que yo también he cambiado, que todos, ahora, somos diferentes.

*Admonitoria, una voz
a muchos tranquiliza; a otros
amenaza: "No quisiéramos
vernos en el caso de tomar medidas
que no deseamos,
pero que tomaremos si es necesario."*

Policías y estudiantes pelean, a pedradas y golpes de fusil, en el Zócalo. La marejada juvenil devasta los comercios, rompe cristales, abusa de su número. Quema camiones de pasajeros. Atesta las *jaulas* en las que el Ayuntamiento transporta a los presos. Se inician, esa misma noche, pláticas entre funcionarios de la Universidad y del gobierno de la ciudad. Los niños de Acuario están lanzados.

*Silencio,
que las paredes oyen para la policía...*

Como no podía ser menos, el país conocía, empezaba a conocer la agitación estudiantil que se había iniciado en mayo, en París; la gran onda de violencia entraba en América por el Cono Sur y llegaba al México-cuerno-de-la-abundancia, perfecto y diferente, que siempre hemos querido ser. Julio era el mes; 1968 el año.

*Oh ciudad mía,
ciudad montada sobre tanques,
sobre un gargajo de cuartel.*

Al cabo se decide: si había resuelto enfilar hacia el norte, quiebra algo bruscamente y dirige el auto hacia el sur. Estará, calculo, a unos quinientos metros de donde cumplimos guardia dentro de la indistinguible Volkswagen gris, comprada bajo nombre falso, en la que habremos de alojarlo si tenemos suerte. Estimo que disponemos de un minuto, tal vez de poco menos, para obstruir el camino de modo tan natural que él no lo encuentre sospechoso. Coloco el "gato" y con la ayuda de Jueves alzo la rueda trasera derecha; la llanta de repuesto es abandonada sobre el asfalto de suerte que ataje el paso. El interior de la camioneta se mira vacío: adosada a uno de sus muros corre una banca, cuyo asiento, de ser levantado, revelaría una especie de ataúd en el que guardamos desde que se imaginó el plan del secuestro, los utensilios que supuse indispensables para consumarlo.

Aunque el Masserati es, prácticamente un automóvil de carrera, él lo conduce muy despacio, como si estuviera gozando de la madurez, de la perfección de este atardecer. Lo observo sonreír. Quizás esté escuchando la tonadita de moda, o sólo recordando el mal que destinó para otros cuando tuvo poder. Sus viajes, el ocio al que la circunstancia política lo destina; la ausencia de preocupaciones económicas, le sientan bien a su salud. Se le mira fuerte, atezado, contento esta tarde en que viste un traje gris perla y una camisa sport de amplio cuello y vistosas rayas amarillas y rojas, y lo rojo del cofre del coche le empurpura, por reflejo, el rostro, y el rojo recuerda la sangre, y la sangre recuerda muchas cosas, cosas- que - uno- quiere- y -no-quiere -a-veces-olvidar.

Sangre.

La sangre. Embarrada en la pared provocaba náusea. Había quedado allí en cinco rayas de la mano que se agarró un instante para sostener el cuerpo acribillado; el instante de la esperanza (ahora veo que él mastica o hace rodar de un lado a otro de sus labios un palillo de dientes o algo que se le asemeja.) No era grande esta sangre;

era angosta, vertical y larga. Luego bajó y dibujó en la pared por última vez su nombre de mancha, de estorbo, de ira, de rebeldía/

las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

¿A dónde vamos? ¡oh, amigos! Luego, ¿fue verdad?

y la sangre que tanto asustó a Mina cuando, a los once años por primera vez, la expulsó su cuerpo y que yo tuve que explicarle para que se tranquilizara, porque ya entonces mamá había muerto no era deber del abuelo, sino del padre, tratar con su hija estas cosas; y es tal la potencia de los prismáticos que puedo contar (casi) las arrugas que hay en el cuello del hombre que conduce hacia mí el envidiable Masserati: las arrugas y también las cortaditas que se ha producido al afeitarse en el baño, y me maravilla el fenómeno de óptica que se produce con un aparato de tan largo alcance, capaz de mostrarme al automóvil inmovilizado, pero avanzando sin ganar (en apariencia) ni un metro; un curioso, ridículo automóvil enano, que va creciendo, hinchándose frente a mí; que ya no cabe completo, porque se halla a no más de cien metros, dentro de mis ojos/

en cambio millones

de compatriotas están decididamente

en favor del orden

y en contra

de la anarquía/

La algarada del día 26, viernes, asume características de Movimiento Estudiantil el domingo 28, cuando se plantea la necesidad de ir a la huelga nacional si el Gobierno se rehúsa a satisfacer una serie de peticiones que se le han hecho, una de las cuales exige el cese de los jefes y la supresión de los cuerpos policíacos. Entusiasmados ante la experiencia que están viviendo, los jóvenes se ejercitan en la política, forman “la base” que llegará, en unas semanas más, a ser poderosa: se empantanan en la dialéctica machacona en que insisten, durante asambleas que nunca parecen tener fin, los que, por ser más listos, ya se ostentan como líderes. La Palabra a fuerza de ser repetida, comienza a ser creíble. Todavía no se tienen banderas. La consigna está, sin embargo, dada: el Movimiento no tendrá caudillos; sí, mando renovado y rotatorio.

(Sugiere el Secretario de la Defensa Nacional:

—Hago un llamado a los padres de familia para que controlen a sus hijos, con el fin de evitarnos la pena de lamentar muertes de ambas partes; creo que los padres van a entender el llamado que les hacemos.)

Me alegro de que el encuentro que está por producirse ocurra hoy y que sea Jueves (jueves precisamente y no alguno de los otros) quien me acompañe. De todos es, no sólo el más joven, sino el más decidido a que no quede sin castigo el responsable de lo que aquella noche ocurrió. En las primeras semanas no resultaba fácil someterlo, convencerlo de la necesidad de la espera, de lo importante que es la paciencia en estos casos. Impulsivo, fresco su odio, presente en sus ojos la visión del hermano que cuelga del techo de su cuarto de casa de huéspedes, Jueves exigía la aplicación al pie de la letra y sin demora de la bíblica ley que postula permutar el ojo por el ojo y el diente por el diente. Después entendió los matices de la venganza. No se trataba de cambiar una vida por la de muchos, sino de ejercer, a nombre de esos muchos, una justicia ejemplificadora. Y me alegro de que jueves esté aquí porque su compañía, su vigor físico, su rencor nunca menguado, garantizan hasta un grado razonable que podremos someter al que estamos aguardando. Podría ocurrir, y también para esa eventualidad nos creemos listos, que intentara resistirse con un arma, repeler a tiros nuestro ataque. La pistola que poseo, la Parabellum de don Guillermo, ha

conocido muchas horas de entrenamiento. Jueves finge que lucha con una tuerca rebelde; yo, que lo observo.

En una barda he leído:

EL MUNDO SERÁ DE LOS CRONOPIOS O NO SERÁ.
CRONOPIO: MEZCLA DE BEATLE Y CHE GUEVARA

La radio ¿o uno de los discos hallados en el cuarto negro de Mina?, dice, vocifera:

bye bye love
bye bye happiness
Helio loneiiness?
I think I'am gonna cry/

La calle endurece a los muchachos. Adquieren educación política. Aprenden a sobrevivir a la embestida granadera. Conocen que el silencio es el ingrediente básico de la resistencia, y ésta, el de la madurez. (Las voces iracundas preguntan:

—La sangre, ¿quién va a pagarla? Nuestros muertos, ¿cómo vamos a vengarlos?)

Las voces solemnes responden:

—*Que los padres controlen a sus hijos, para que no tengamos que lamentar muertes que no deseamos que se produzcan.*

Y las voces tristes lloran:

—Devuélvanme el cadáver de mi hijo. Aunque esté muerto, dejen que yo lo lleve a enterrar.

Las asambleas se prolongan, se repiten, son diferentes y siempre las mismas, porque los mismos conceptos se barajan en unas y en otras vertiginosamente. La izquierda busca encontrarse a través de la palabra, y es, como siempre, en las palabras donde se extravía. Pero los muchachos son, al parecer, felices. El Movimiento los libera en esos días del mal admitido tutelaje paterno. Tienen una misión que ellos creen 'política' que cumplir. La calle los reclama; la "calle", el activismo, les ofrece la posibilidad de la aventura.

(—Si no sabes lo que es el Movimiento, es mejor que te calles, papá.)

Arden de ira los ojos de Mina. La luna agrega a su rostro un especial acento de belleza, y a sus modales cierta brutalidad prusiana, como ahora que lanza ¡a servilleta sobre la mesa y sale del comedor. Alzo la voz para que mi grito-burla-crítica-reproche la alcance:

—Lo que pasa es que todos ustedes, estudiantes, son una partida de vagos mantenidos... Melenudos y rocanroleros...

Momentos más tarde, en el jardín bufa, al máximo sus revoluciones para activar su calentamiento, el motor del MG de Mina; en seguida, el patinazo de las llantas al arrancar, y Jueves, cuando ya me mira con menos desconfianza, cuando está seguro de que no soy uno de esos policías que de tiempo en tiempo van a ratificar la amenaza y acepta discutir conmigo (y yo estoy preparado ya para discutir con él) me hace consciente de lo mucho que ignoramos de ellos, de estos muchachos de los que pretendemos constituirnos en ejemplos, en patrones. Con palabras que si no son suyas sí expresan lo que siente, me dice que los adultos vemos cualquier acto de la juventud como una agresión a nuestros principios y a nuestras bases morales. De otro modo no se explica nuestro injusto ataque, por ejemplo, a las melenas:

—Como si el largo del pelo tuviera que ver con la decencia o nuestras inclinaciones sexuales.

Hay un comedido toquecito de claxon. Jueves prosigue en su empeño de, aparentemente, tratar de aflojar la tuerca; yo, que he recatado los binoculares a la curiosidad del que maneja el Masserati, fijo mi atención en él. Se ha detenido quizá a unos veinte metros de donde reposa la chata camioneta. La llanta que hemos abandonado sobre el pavimento es una barrera que impide, así se crea que no a propósito, el paso. El contacto va a producirse. Con el codo derecho rozo, oprimo, compruebo la culata de la pistola que llevo entre el cinto y la camisa. Un poco soñoliento porque es casi medianoche y las copas están vencíendome, asisto a un debate en televisión sobre los sucesos de esos días; unos sucesos que no me importan porque no me afectan, camino hacia el conductor del auto rojo y sobre la suya, en doble, múltiple acumulación, veo las caras sin identidad, caras jóvenes, caras viejas, caras que no recordaba desde entonces, que he vuelto a recuperar esta tarde; carabocas que dicen en la pantalla:

—*El Movimiento Estudiantil no es obra de delincuentes ni tiene propósitos de subversión del orden institucional. Los líderes estudiantiles están dispuestos a entablar un diálogo con las más altas autoridades del país.*

—*Oscilarnos entre la gritería y el monólogo. Éste es nuestro problema.*

Y veo pasar frente a mí, que espero el cambio de luces alto/siga, rojo/verde, en el semáforo, un tranvía que se arrastra con el costado herido por la leyenda:

DIÁLOGO SI/REPRESIÓN NO

El hombre hacia el que camino aparta la vista un instante de mí y la fija en el espejito de su auto sport. Con algo de coquetería se arregla un mechón de pelo que el aire le ha desordenado.

(—*No puede tratarse de una conspiración contra las autoridades. Los estudiantes se han unificado y se han hecho merecedores de ser atendidos en todas aquellas demandas que sean justas...*)

Con el palillo (estoy lo suficientemente cerca para no equivocarme) se hurga las encías. No parece ni preocupado ni temeroso. Mi aspecto de hombre que nada tiene de amenazador ha de tranquilizarlo. ¿A quién no se le desinfla una llanta en un camino?

(—*Cuando un gobierno echa sus tanques, sus soldados, sus rifles y metralletas a la calle, uno comienza a conocerlo...*)

En su silla giratoria, el locutor pide moderar más que las palabras, el tono en que están siendo dichas:

(—*Y si ese gobierno mata a sus jóvenes, se encarniza contra ellos, les limita la libertad, los abandona durante años en las cárceles, tenemos derecho a llamarlo criminal y a vaticinar que no podrá subsistir...*)

Como emitida dentro de una caverna, rica en tonos, variada en registros, sonora y profunda, otra voz domina el valle, amedrenta, calma el temor de las conciencias:

*(“ . . . hemos sido tolerantes hasta excesos criticados;
pero todo tiene un límite y
no podemos permitir que se siga quebrantando
irremisiblemente el orden jurídico,
como a los ojos de todo el mundo ha venido
sucediendo; tenemos la ineludible obligación
de impedir la destrucción de las fórmulas*

*esenciales a cuyo amparo
convivimos y progresamos. . .“)*

Veo que es, como se ha dicho, un hombre de aspecto agradable; del que se podría ser amigo si no se le temiera como tantos o se le detestara del modo en que yo, y Jueves y los otros, lo detestamos; un hombre que ve, sin aprensión, cómo sigo acercándome a él:

(—Cuando se mata a un joven, muere también la esperanza. Con su muerte desaparece lo que de prometedor, misterioso, cautivador tenía esa vida...)

Y recuerdo, y recordarlo lastima, ese cuarto negro, ignorado e inquietante que ocupa el centro de mi casa; ese núcleo de vida al que jamás se me ofreció ingreso; ese mundo hermético, de atmósfera cerrada, en el que Mina vivió quizá sus mejores sueños, las horas mejores de su breve vida; los momentos más tiernos, más entrañables, de sus días y de sus noches; esa habitación oscura y deliberadamente a oscuras en la que me pareció escuchar, con los del disco, sus propios jadeos, y percibir, con el del tabaco y de lo otro, un olor, ¡ese olor!, que sólo podía ser el de los jugos de su cuerpo.

(—¿Qué recordamos de la soledad de cuando éramos jóvenes?)

Y qué poco se sabe de la inmensa soledad de un hombre que a los cincuenta sólo tiene, como razón de ser, la venganza; una venganza que lo condenará a la muerte del aburrimiento, al ya-no-ser (que es peor, mucho peor que la soledad) en cuanto la cumpla. Una venganza que podría postergar moviendo la rueda para que el Masserati continuara su marcha, pero que no posterga porque no busca sólo su venganza, sino también, y eso es lo que cuenta ahora, la de otros, la de los que fueron hermanos, esposos, padres de la sangre que se confundió con la lluvia de aquella noche; la sangre que ha llegado a secarse pero no a olvidarse

(la gran sangre,

la que de borbotón se tornaba en arroyo, y la pequeña sangre, la que de hilo se volvía charco, sangrientaba la plaza que hubiera brillado al sol si el sol todavía fuera, o la luz, si ésta siquiera la hubiera en una ventana, en un vitral, en un farol),

la sangre que el aguacero no borró de la piedra, del mismo modo que no ha podido borrarse del recuerdo; la sangre nocturna pero igual de brillante que la luz púrpura, la luz-sangre, la luz que entinta, en-san-gra, el rostro del hombre ante el que me he detenido, fingiendo una sonrisa y ofreciendo una disculpa:

—Perdón, señor: ya lo ve usted; hemos tenido una avería...

disculpa que él, propenso, dicen, a la cólera y a las expresiones agresivas, a las injurias incluso, acepta con esa sonrisa contradictoria que tanto se le alabó en los remotos días en que era uno de los sostenes del poder.

—No se preocupe, esas cosas pasan.

Y luego, cuando finjo que lo reconozco, y le doy un tratamiento de respeto y le concedo una cierta solemnidad a mis palabras (la que él, cuando la tuvo, hubiera exigido para su jerarquía) el Hombre sonríe ampliamente, feliz de que se le recuerde y se le estime, y todavía, en cierta forma, se le tema/admire ahora que ya no es más que uno-que-ya-pasó-uno-que-ya-se-fue-y-que-no-volverá-a-ser; uno, en fin, al que Los Sigüientes destinaron al exilio del olvido; a la lenta, inexorable, cíclica muerte civil del retiro. Tal vez al oír que pronuncio las sílabas que lo nombran y el tratamiento formal que le concedo, esté gozando. Tal vez para él esta tarde de junio sea una tarde de octubre en que sus órdenes son acatadas, implacablemente cumplidas. Pero hoy está inerme, y al parecer confiado, dentro del Masserati rojo, rojo sangre, rojo ira.

—¿Qué es esto?

—¿Quién va a pagar por esta sangre?

Conforme al plan, a lo tantas veces meditado, en cuanto Jueves me ve hablando con el personaje, deja en el piso la llave cruz, olvida la tuerca que no cede, y se acerca al sitio donde estoy. Conforme al plan, a lo tantas veces meditado, este muchacho que tiene hoy la edad que Mina tendría, que hubiera podido ser el novio/amante/esposo de Mina si Mina hubiera tenido la suerte de sobrevivir a aquella triste noche que ya es sólo referencia histórica y/o motivo de discusión académica para quienes a nadie tienen que vengar; este muchacho al que por nombre le he dado el del cuarto día de la semana, se aproxima al que será nuestro prisionero por el lado opuesto al que me he aproximado yo, de modo que cuando hable y diga:

—La tuerca no afloja...

el hombre al que pretendemos secuestrar deje de mirarme, aparte de mí la vigilancia de sus anteojos oscuros, y volviéndose hacia jueves, me muestre la nuca sobre la que apoyaré, sobre la que he apoyado ya, el cañón de la Parabellum:

—Quieto, señor, o se muere.

Quemada por el sol, su nuca palidece igual que si estuviera desangrándose. El hombre se ha endurecido como un Judas de cartón. Pasa mucho tiempo así me parece, así de largo mido su silencio, antes de que plantee una pregunta del todo inútil:

—¿Qué es esto?

—Esto, señor, es un secuestro...

En la pantalla del televisor progresa la intensidad de la cólera que envenena los conceptos que ya el maestro de ceremonias no intenta mantener dentro de los límites de - no - ofender - a - nadie, marcados por el reglamento oficial: "Llegar a los extremos es llegar a lo condenable, a lo reprobable. La violencia hace mártires innecesarios. El martirio exculpa al que lo padece. Se invierten los papeles, y uno se pregunta quién es más criminal: el juez o el reo."

—¿Un secuestro?

—Sí, señor; un secuestro.

Macana de policía, el puño de Jueves se estrella violentamente, sin que yo pueda evitarlo, contra el cuello del individuo al que acabamos de atrapar.

—Hijodelagranputa. . -

—Basta. Quieto...

Creo, no estoy seguro, que a consecuencia del puñetazo que sólo esquivó a medias, el Hombre ha perdido los lentes, pues se lleva las manos a la cara, se protege con ellas; se repliega, a la defensiva, en el asiento. Protesta con la voz ahogada:

—No pueden hacer esto.. Van a pagarlo caro...

No he mirado el reloj, pero estimo que han transcurrido ya unos veinte segundos desde el instante en que le puse la pistola en la cabeza y éste en que comprendo que estamos arriesgándonos innecesariamente ahora que, de hecho, tenemos a la presa en la jaula. El viaducto se mira vacío; mas ¿cuánto tiempo durará así? Hace casi medio minuto que ni Jueves ni yo lo vigilamos; medio minuto que nos hemos olvidado de ser sus centinelas. Podría ocurrir, ¿quién nos garantiza lo contrario?, que el secuestro tuviera testigos, que alguien llegara a interrumpirlo.

—Bájese.

—Miren, sean razonables. Yo...

Jueves abre la portezuela del Masserati: toma al prisionero por las solapas y lo arranca del asiento. Lo sostiene así, en vilo (es por lo menos un palmo más alto que él, y bastante más fuerte), inmovilizado, para que yo pueda rodear el auto y volver a ponerle el arma en la cabeza:

—Lo que sigue.

No necesito mirar a Jueves para saber qué está haciendo. Lo hemos ensayado cientos de veces: estará levantando la tapa de lo que simula ser una banca de la camioneta; estará sacando la capucha, el esparadrapo, las cuerdas, el sobre de papel manila que contiene el mensaje; estará corriendo de vuelta a mí; no habrá podido, mientras hace todo eso, escuchar lo que el prisionero me dice y lo que yo le respondo, atento como estoy a él, a Jueves y al viaducto.

—Si buscan dinero.

—¿Quién lo ha mencionado?

—A la gente se le secuestra para exigirle rescate.

—No siempre, señor.

—¿Qué pretenden entonces de mí?

—De usted, nada. Lo queremos a usted.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrá.

—¿Quiénes son ustedes?

—Díganos que dos que lo odian.

—¿A mí? —Tal vez su gesto de asombro sea sincero—. ¿Por qué van a odiarme si no les he hecho, que yo recuerde, nada malo? Si no lo conozco, ¿por qué podría odiarme usted?

—Porque no puedo olvidar, señor. Sólo por eso...

En este momento Jueves se pone junto a mí. En no más de siete segundos (promedio que necesita Jueves para completar su acción) el Hombre estará maniatado, metida su cabeza en la oscuridad de la capucha; ahogados su voz y su grito, sus posibles injurias y todo lo que pueda echar por la boca, y cuando el cono, áspero y negro, lo cubre hasta el pecho, y Jueves anuda el primero de los lazos que habrán de atarlo, el tiempo es otro, desaparece la luz de junio, y la tiniebla-capirote cae, recae, sobre un muchacho que recuerda,

*que conoce
el sufrimiento
de recordar. -.*

—Cúbralo, sargento...

—Sí, mi coronel...

Me tenían, con los brazos doblados y las manos amarradas. El sargento me tironeó, innecesariamente, por el pelo, y la luz de los focos me deslumbró un momento. Luego cayó sobre mi cabeza algo así como un costal de tela quizá negra, de todos modos oscura, que me dejó a ciegas.

—Listo, mi coronel...

—Vamos a ver, cabroncito: ¿quién es tu suplente en la directiva del Consejo de Huelga?

—No tengo suplente. Nadie lo tiene en el Consejo.

—Veremos si a putazos no te avivo la memoria, traidor hijo de la chingada.

—Ya se lo dije, coronel.

—Y vas a decirme también, qué quieren tú y tus cabrones, pinches compañeros hijos de su puta madre... A ver, ¿qué?

—Queremos sólo una cosa: respeto a las leyes que emanan de la Constitución.

—La madre: la Constitución la maneja el Gobierno. ¿No te gusta? Pues jódete... y ahora: ¿quien les da las armas para sus relajos?

—Nadie. Nuestras armas son de tipo ideológico

—¿De qué calibre?

—Ideológico. I-deo-ló-gico. Armas del pensamiento, armas de la razón. No las que ustedes usan, o imaginan.

—Tú portas arma. Cuando te aprehendieron tiraste la tuya. No lo niegues.

—Mentira. No soy pistolero. No he usado jamás un arma.

—Mira, niño: dime la verdad y tal vez pueda arreglar que te salves de ir al paredón.

—Le he dicho la verdad, y usted lo sabe...

El coronel resopla. Es muy tarde; quizá ya estemos en horas del amanecer, y se sienta, como yo, aburrido, cansado, soñoliento: tal vez lo único que desee sea terminar con los trámites de ese interrogatorio que está resultando idéntico al que me sometió al principio de la noche.

—Sargento...

—Sí, mi coronel.

—Ablándeme un poco a este pendejillo, y que luego vengan los que van a tronarlo.

—Enseguida, mi coronel.

Esperé el primer golpe, un puñetazo sin duda, en el estómago. Instintivamente endurecí los músculos del abdomen, pero la agresión ocurrió más abajo, entre mis piernas, en los testículos indefensos; y no me pegó con la mano, tampoco con el pie; sí, en cambio, con su rodilla poderosa. Entre el zumbido que me ensordecía oí la voz del coronel:

—¿Quién les da el dinero?

—La gente, en la calle, por gusto.

—Hablo en serio, buey. ¿Qué embajada?, ¿qué políticos?

—Ya le dije... El pueblo coopera...

El sargento:

—Le sigo, ¿mi coronel?

—Claro. Déle a llenar...

Y a llenar me dieron. Me sentí en el suelo, revolcándome en mi propia vomitadura. Llegó una voz y dijo que así, con golpes, no iban a sacarme nada. Sugirió recurrir a la picana. Mientras iban a buscarla alguien me bajó los pantalones.

—Alce la nalgas...

Me obligaron a ponerme, como se dice, en cuatro patas. Unas manos fuertes cayeron sobre mis hombros. Otras me ciñeron la cintura.

—¿Vas a decirlo o prefieres que te demos por el culo?

—De nadie recibimos dinero, se lo juro..

Empezaron entonces a picarme el ano y los testículos con ese objeto metálico cargado de electricidad. Lo último que alcancé a escuchar fue:

—Si se desmaya, revivan al cabrón.

Todos estamos sujetos a investigación

La sombra da la misma piel a cualquier muro.

Pero, ¿es él quién debe pagarlo? ¿él nada más? Podía uno, viéndola así, decir que estaba viva que se había quedado dormida, inocente y dormida entre los muertos desnudos, le hablé y no respondió, fingió que el sueño era superior a su voluntad de despertarse; más fuerte aún que la voz que le ordenaba que lo hiciera, pues faltaban cinco minutos para las siete y el autobús del Colegio Alemán pasaba, puntualísimo, a las 7:10, y Mina, floja, mafusa, dormilona, gruñía como gruñen las nenitas de ocho años que tienen pereza de ir a la escuela porque hoy les toca gimnasia y el maestro les es

antipático, y se inventan dolores en la espalda, la torcedura de un tobillo o una jaqueca en el hombro izquierdo para convencer, vencer, a papá y conseguir de él, nueve de cada diez veces, permiso de quedarse en cama, de remolonear en ella hasta las once, a cambio, claro, de la promesa (nunca cumplida) de bañarse y de no ir a poner fuera de lugar las cosas que el abuelo Guillermo guarda en esa amplia alcoba donde aumentó sus ilusiones, donde dio por cierta como su paisano-que-habría-de-morir-en-las-ruinas-de-Berlín-en-el-45 la eternidad de una Alemania invencible: y parecía, sí, estar viva, dormida nada más en un sueño tan profundo que se confundía con la muerte, que a fin de cuentas no es más que un sueño largo, de tal modo largo que los que fueron a medirlo todavía no retornan.

En los siete segundos previstos, Jueves ha concluido el encapuchamiento y el amarre de los nudos; procede ahora con una precisión, con una economía de esfuerzos que le admiro, a dominar las manos del prisionero; a formar una cruz con sus muñecas (en la izquierda, un reloj que sólo puede ser una joya-Piaget de platino); a ceñirlas apretadamente con el esparadrapo que produce el rollo de dos pulgadas de ancho y treinta metros de largo que hemos comprado para/

y de pronto

a medida que la blanca tela adhesiva hábil, rápida, seguramente manipulada por Jueves cubre como si fuera un vendaje de momia las manos de las muñecas parte del antebrazo del rehén el silencio de esta tarde se convierte en la algarabía

el terror

la confusión

el espanto

el estrépito

y todo lo que tú quieras, chérie,

de otra tarde,

de esa amarga tarde

(la crónica habría de fijar la hora, más o menos exactamente, a las cinco y pico)

en que los guantes blancos

de los asesinos flotaron

como flores de muerto en la cresta

de la violencia,

del azoro,

de la sangre.. –

de ese odio, de esa cólera, que brotó a marejadas de un departamento del tercer piso del Edificio Chihuahua para inaugurar la noche de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, que parte en dos (que en dos debe partir si nuestra memoria no es débil o si no nos dejamos sobornar por el olvido) la vida de la ciudad, la vida de la juventud que empezó a morir esa tarde; que siguió muriendo a lo largo de la madrugada, que no sabe, hoy, si está viva

o está muerta

o simplemente aletargada

esperando/

diga, ¿quién pudo ordenar esto? —Y Mina que es taba allí, atónita en el centro del cataclismo, de seguro escuchó el rotor del helicóptero y vio las bengalas que eran la señal y oyó cosas como:

—Aquí, guante blanco; guante blanco aquí — a gentes que gritaban:

—Somos de los mismos, no tiren para acá...

mientras de ese departamento del tercer piso del Chihuahua en cuya terraza se efectuaba el mitin salían como larvas, como gusanos de muerte, los hombres-policía: las bestias-policía; los certeros asesinos que se identificaban entre sí:

—*Batallón Olimpia*

—*Batallón Olimpia*

—*Batallón Olimpia*

y se lanzaban, como si fueran ciegos pretendiendo cruzar el arroyo, unos silbidos especiales, unos:

—tiu-ti, tiuuu-ti —que eran respondidos por otros semejantes:

—tiu-ti, tiuuu-ti —a los que unos más, como un eco, contestaban por encima del estrépito:

—tniiu-ti, ti-tiu-tt-ttu-tzuuuii-ttu

Se trataba de impedir cualquier manifestación, cualquier tumulto callejero previos a las Olimpiadas. Treinta y dos días antes, desde la Alta Tribuna del Congreso, las tranquilas, saludables conciencias de la urbe, de la Patria, del Mundo, recibieron la seguridad —a la vista de los Juegos del Fantasmagórico País— de que los Principios serían Defendidos y las Consecuencias Arrostradas;

y Mina, estoy seguro, vio también la ola verde olivo y su fulgurante orilla de bayonetas acercándose; vio también a esos pequeños, feroces autómatas que acababan de ser testigos de cómo su jefe

el general conquistador

honoris causa

de variadas universidades

caía abatido por el disparo de un franco tirador (habrían de decir a su tiempo las autoridades) a las dieciocho horas con treinta y tres minutos, cuando el mitin, que habría de ser el último del Movimiento, se disolvía lentamente antes de que la lluvia, de agua y de balas, se abatiera sobre la plaza, convocada por las luces verde y roja que el helicóptero dejó chorrear, y cuando los soldados respondieron al fuego, los agentes, los del guante blanco, se cubrieron detrás del barandal de concreto de la tribuna mientras encañonaban a los líderes:

(—Han capturado ya a todos los del Consejo Nacional de Huelga —se esparció por la plaza)

y luego los que iban al mando de esa tropa de policías procedentes de variadas corporaciones, dispusieron:

—Al suelo todos, hijos de la chingada —y todos obedecieron, y los gritos se repetían:

—Guante blanco, no disparen.

—Bajando Olimpia con prisionero, no tiren para acá y los agentes que en la mano izquierda, traían, a guisa de identificación, un vistoso pañuelo blanco (o quizá un guante) pululaban, reptando con el apoyo de sus codos, de un lado a otro de la tribuna al amparo de ese barandal de concreto tras del cual estaban parapetados,

y yo me preguntaba

a qué hora, Señor,

iban a asesinarnos.

La sangre germinaba arrebatadora de sus vasos con la misma furia que fue encendida apenas un segundo antes de encontrar por dónde irse; sangre negra tendiendo a guinda, de las venas; sangre roja, rojo sangre, de las arterias; y era tanta la prisa de la sangre por lavar con sangre esa deuda de sangre, que de sólo mirarla correr se le bajaba a uno la sangre a los talones, se le hacía a uno mala sangre, se le freía,

daban ganas de gritar que la sangre llegaría al río, al río de sangre, no de excrementos,. en la venganza que toda sangre pedía.

—Diga, señor, ¿quién pudo ordenar esto?

Y quizá en el momento de coincidir con la muerte, de saber que a veces la muerte asume la forma del relámpago, Mina tuvo un orgasmo —esa emoción de las glándulas que su madre no conoció...

En seguida, Jueves ata los tobillos, las piernas, las manos, del hombre que apenas ahora, tardíamente, pretende oponer resistencia. No comprendo a Jueves cuando, con rigor que considero excesivo, hunde otra vez su puño en alguna parte del cuerpo del prisionero.

—Póngase quieto... quieto, cabrón.

Lo conducimos a la camioneta y lo abandonamos en su interior como lo que parece ser: un bulto; cadáver de enemigo político que el caudillo del pueblo, el gobernador de la provincia o quizá Alguien - Todavía - Más - Importante, ordena eliminar. Pienso que hemos tenido suerte, ningún vehículo está a la vista. Cierro la puerta de la Volkswagen. Procedo, así lo dice el plan, a fijar con un alfiler, en el asiento del coche, la nota, deliberadamente ambigua, formada con palabras recortadas de periódicos y revistas. La razón de tal ambigüedad es confundir a las policías. Como nada debe quedar expuesto al azar, procedo con meticulosidad que Jueves encuentra melodramática, a limpiar todas las superficies (el parabrisas, la portezuela, el tablero de instrumentos, el aro del volante) en las que él o yo pudimos haber impreso huellas.

—¿A dónde vamos a llevarlo, Domingo?

—Luego hablaremos de eso...

En realidad yo mismo no sé a dónde me dirijo, ahora que conduzco la camioneta (que podría ser confundida con la de cualquier modesto establecimiento comercial) por el viaducto absolutamente desierto, extrañamente despoblado. No sé tampoco por qué varío el rumbo en el primer paso a desnivel que encuentro y que me deposita, recorridos sus meandros que figuran un número ocho, en el viaducto, idéntico al que acabo de abandonar, que está acercándose (lo sabré cuando me vea competir con el largo convoy anaranjado del Metro) al Zócalo: centro, corazón, plaza mayor, ombligo del universo; páramo gris en el que se vacían todos los caminos que vienen de fuera; del que parten todos los caminos al emprender su viaje de retorno.

La meta era el Zócalo,

zona vedada, inexpugnable.

Tres veces la alcanzamos.

Siento a Jueves, mirándome:

—¿A dónde vamos?

—¿Te importa acaso?

Su silencio es un silencio desconcertado, y quizá rencoroso. Me parece que el tono de mi respuesta, al ofenderlo, ha hecho enrojecer la piel de su cara. Un largo tiempo, calla. Se ocupa en fumar, en tragar el humo, que de tan ansiosamente aspirado casi silba; dice algo, que no escucho, porque otra voz, no la suya, es la que recogen mis oídos

...y el Zócalo estaba allí, abordable, dominable, desguarnecido, lleno hasta los bordes de multitud, de muchedumbre, de un grito, el de la enorme boca que todos éramos, insultando al Presidente; dedicándole, a él que tanto le debemos, el rencor de una mentada de madre; oponiendo a la veneración obligatoria que le adeudamos la pasión de una injuria; de esa suprema violencia verbal que nos calma, que nos deja vacíos, como después del amor,

*Y fue un martes, cabalístico
13, del mes de agosto
cuando tomamos por primera vez
el Zócalo.*

Jueves insiste, agotado el silencio y quizá también la cólera:

—Usted, Domingo, dijo que cuando lo agarráramos...

Padezco, no sé por qué, un malestar de culpabilidad cuando en el instante mismo en que entramos en el Zócalo le digo

—Ahora que ya lo tenemos es necesario que sepas ciertas cosas. Ciertas cosas que era preciso mantener calladas hasta en tanto...

Por la forma en que se mueve, por la postura que adquiere para observarme, por el modo que ha apretado el puño izquierdo (el que está más cerca de mi pierna) comprendo que una súbita desconfianza semejante a la que exhibía cuando empezamos a tratarnos, aleja a Jueves de mí; lo obliga a la cautela. Estará mirándome de perfil:

—¿Qué cosas, Domingo?

—Por ejemplo...—y encuentro que no existen las palabras para formar la respuesta que Jueves demanda o que si existen, no acuden.

—¿Cómo decírtelo para que lo entiendas?

—Dígalo y yo sabré si lo entiendo o no...

Al azar enciendo la radio. Una voz, que puede ser la de John, la de Paul, la de Ringo o la de todos ellos juntos desgarrar dos versos:

I know you now horny queen

I know you now dirty queer,

apago inmediatamente, porque me molesta el estrépito de la batería, el balido en que culmina.

He completado la primera vuelta en torno al Zócalo; una vuelta a la que le añado la segunda porque debo mantenerme dentro de la corriente, no entorpecer el tránsito; las luces de los semáforos dictan, según su color, alto, alerta, siga; yo, condicionado por años de disciplina, las obedezco. Frente a la Puerta de Honor de Palacio Nacional los centinelas gastan el pavimento. Un grupo rubio de turistas sale, siguiendo a su guía, por la Puerta Central. Con el último sol, Catedral realza su piedra labrada. Las bocas del Metro eructan su tufo a desinfectante. Antes de media hora habrá oscurecido. Brillan las aguamarinas del alumbrado mercurial.

—Pues ocurre, muchacho, que en este asunto del secuestro no estamos solamente tú y yo...

—¿Quién más?

—Para ser exacto, otras cinco personas; cada una de las cuales, como tú, como yo como tantísimas en México, tiene una razón para querer vengarse del que traemos...

—¿Quiénes son?

—¿Importa?

—A mi sí.

—Son, ya lo dije, amigos que perdieron a alguien esa noche en Tlatelolco; o, como tú, después...

Por un momento, Jueves queda callado. Ocupa el tiempo, mientras emprendo el tercer recorrido en torno a la Plaza de la Constitución, en buscar la caja de cigarros y en darle fuego a uno. Arroja, con la humareda, la pregunta:

—¿Por qué no me dijo que otros andaban en esto? ¿porqué son tan falsos ustedes los viejos? ¿porqué hasta en cosas como la que estamos haciendo demuestran que no les gusta jugamos limpio?

Ignoro cuántas vueltas me lleva explicarle a Jueves, a un Jueves hostil y enfurruñado, a un Jueves resentido, por qué hube de ocultarle la existencia de otros cómplices, de otros colaboradores. Invoco rigurosamente ciertas razones de seguridad. Nadie puede delatar al que no conoce; nadie puede ser indiscreto si, por precaución, se le impide saber lo que no es urgente que sepa. ¿Qué pasaría si el plan hubiese abortado, si una palabra de más hubiera comprometido a los que participan en el secuestro?

—Ellos, los otros cinco, ¿cómo han ayudado?

—Del mismo modo que tú. ¿Por qué siempre te llamo Jueves, excepto cuando te hablo por teléfono?

—Porque sólo nos vemos, usted y yo, los jueves.

—Por lo mismo los otros son Lunes y Martes, y Miércoles y Viernes y Sábado. Los nombres auténticos no vieren al caso. Yo soy Domingo, aunque no me llame así. No es indispensable saber el nombre del compañero. Ninguno de ellos supone que haya alguien más metido en el asunto... Seguridad, muchacho. Seguridad... Y otra cosa: se verán sólo una vez...

—¿Cuándo?

—Una sola vez se verán, cuando sea oportuno, porque no conviene que los del grupo conozcan sus verdaderas identidades... Si es preciso que volvamos a reunirnos, y quizá lo sea, yo serviré de enlace entre ustedes...

—Domingo, ¿quién es usted, qué hace, dónde vive?

—No creo que tenga importancia rara ti saberlo.

—Sí la tiene. En cierta forma estoy, estamos en sus manos. Usted parece saberlo todo de nosotros; nosotros, ignorarlo todo de usted... ¿Es correcto eso? Usted puede ser, ¿por qué no?, un policía...

—Pero sucede que no lo soy. Nuestro dispositivo de seguridad ha demostrado ser bueno. ¿A qué cambiarlo? Es peligroso saber demasiado. Se incurre en la tentación de hablar, de irse de la boca. Recuerda que las paredes oyen para la policía...

La tensión del tráfico se intensifica. Ojo amarillo estriado de horas, el reloj de Catedral dice las siete con casi treinta de la noche. Frente a los arcos del Ayuntamiento viejo, detengo la camioneta.

—No dejes que ocupen mucho el teléfono. Podría llamarte. Hay que estar al pendiente.

La luz de los autos, de los faroles, me revela cuánta sorpresa hay en el rostro de jueves cuando, inclinándome un poco frente a él, extendiendo el brazo y abro la portezuela del lado derecho.

—¿Qué no voy a seguir con usted?

—No hoy. Volveremos a vernos cuando haya motivo...

—Yo pensé que...

—Y otra cosa, Jueves. Cero comentarios. Cero ufanarse. La noticia va a producir, supongo que lo sabes, una gran reacción en el gobierno. Apenas se conozca, todas las policías, y hasta la Interpol, la CIA y el FBI que las vigilan a ellas, se vaciarán en las calles, rastrearán en todos los lugares donde imaginan que pueden estar él o quienes lo capturamos... Y no exagero si creo que entre los que serán más apretadamente vigilados nos contaremos los que tenemos, por lo de Tlatelolco, razones

para odiarlo. Mientras limpiaba las huellas en el coche noté que te reías. ¿Comprendes por qué ninguna precaución que encubra nuestra identidad está de sobra?

—Es que yo, Domingo...

Sin serlo, su tono es casi, me parece, de disculpa; otra vez, amistoso.

—Quédate cerca del teléfono, ¿eh?

—Sí, señor... Oiga, Domingo...

—Dime.

—Yo lo ayudé a coger a este cabrán; y quiero estar allí cuando llegue la hora de matarlo.

Jueves ha bajado y ha cerrado la portezuela. Por el hueco de la ventana veo su cara angosta, oscurecida de patillas y mostacho sin cuidar; y en la luz cambiante, golpeante de los faros, la expresión resuelta, helada de sus ojos. Considero que debo aclarar un punto que he hablado muchísimo con él, pero que Jueves demuestra o haber olvidado o no haber comprendido:

—Lo secuestramos para juzgarlo, no para matarlo. Recuérdalo.

—Está bien, está bien. Pero, después, ¿qué vamos a hacer con él?

—Lo que tú, lo que los otros, lo que el grupo decidan; eso haremos. Tenemos que oírlo...

—¿Nos oyó él cuando estaban matándonos?

—Nosotros lo oiremos, y después... ¿Es justo o no?

Mueve la melena. Se encoge de hombros. Echa a caminar, curvada la espalda, las manos en los bolsillos de los bluejeans desteñidos y estrechos, quizá hacia la más cercana de las cuatro estaciones del Metro. Ni una sola vez voltea. ¿Cuánta contenida cólera llevará por dentro? ¿cuánto rencor habrá agregado hoy al viejo rencor que el tiempo transcurrido desde *aquello* de su hermano todavía no gasta, al darse cuenta de que he venido usándolo como instrumento para cobrarme la sangre que me adeuda el hombre que reposa en el piso de la camioneta, y cuya muerte deseo que otros decidan para tener así con quien compartir los remordimientos?

...terminado el mitin los trescientos mil que éramos cantamos el Himno Nacional, dispersamos sus palabras por la ciudad oscurecida, deliberadamente oscurecida, que nos rodeaba... íbamos sin zozobras. Si los había, los policías estaban en la sombra. Ninguno se mostraba. Ninguno atajaba nuestro retorno por esas calles, esas avenidas, esas plazas, jardines, alamedas pobladas de noche y de gritos, de la jubilosa algarabía de los que retornábamos, cansados y vencedores, a nuestras escuelas a la taza de café que nos haría más llevadera la guardia de madrugada. Nuestros camiones, los que habíamos secuestrado, los que pertenecían a los planteles de la Universidad, de las vocacionales, del Politécnico, aceleraban nuestra retirada...

Salta, de arriba-abajo, la luz en el semáforo. Fulgura, felino, el ojo-verde-siga. Viro a la derecha. Hormigas rojas, los farolillos posteriores de miles de vehículos que se precipitan hacia el sur por la vía rápida de superficie que se anuda con la carretera que lleva al Pacífico. Siempre he deseado y nunca he tenido tiempo (o verdadero interés en hacerlo) tomar una fotografía a colores de esta escena y aprehender la sugestión de movimiento que agita a los hombres y a sus máquinas cuando, cumplida ya la sentencia de trabajo, salen de

infinitas oficinas públicas

sofocados talleres

turbios cuchitriles

sórdidas notarías

pobres

modestos
suntuosos despachos
opacos comercios
tiendas deslumbrantes
bulliciosos baratillos

a recuperar la libertad, y se despeñan por este viaducto “que no varía nunca de rumbo” hacia su ocio, su tedio, su diversión —o, como en mi caso, hacia el lugar de su venganza.

Apenas cruzo la avenida y dirijo la camioneta hacia el bosque de fresnos donde habito (adecuado marco a la alta casa bávara de cinco pisos, techos de dos aguas, muros amarillos interrumpidos por nervaduras ocres y ventanas siempre clausuradas, que don Guillermo construyó para no olvidar definitivamente sus recuerdos) rompen a ladrar los dos perros que la cuidan; ese Hansel y esa Gretel de linaje Doberman que el jardinero Félix dejó sueltos al irse a las seis, y que ahora, por medios que ya no trato de explicarme, avisan que están seguros de que he vuelto; yo, el sombrío amo que ya casi nunca retoza con ellos, remotos descendientes de los originales Hansel y Gretel que fueron los entrañables juguetes vivos de la niñez de Mina; y por el hueco que se forma entre la base de la puerta y el piso muestran sus hocicos húmedos, sus lenguas como rebanadas de jamón, y escucho las expresiones de ese afecto que me echan encima cuando me ven; y no me preocupa sujetarlos, volverlos al collar y a la cadena, porque se les ha enseñado que el umbral marca el límite último de su libertad. Permanecen, sus ojos de vidrio púrpura frente a la luz de los faros, agitando los activos muñones de sus colas; se apartan cuando la Volkswagen entra y, curiosos, la olisquean mientras procedo a cerrar. Después trotan a mi lado así que guardo el vehículo en esta especie de garage que acondicioné hace seis meses para recibir al huésped.

No sé cuánto tiempo permanezco con las manos apoyadas en el aro de la dirección, sin pensar en nada, como si estuviese sufriendo las consecuencias de un esfuerzo excesivo o de un gran miedo. Las luces de los faros comienzan a desfallecer por el desgaste inútil. Cuando las apago, la oscuridad se ennegrece aún más dentro de mis ojos.

Las piernas están temblándome tanto que no podrían sostenerme si pretendiera utilizarlas. Me tiemblan del mismo modo que me temblaban la noche aquella en que traje de la calle a una prostituta jovencita, que de lejos, con su pelo rubio y sus apretadas nalgas, se parecía a Mina. Así como entonces, en este minuto los músculos de las pantorrillas padecen el dolor del calambre que los castiga. Me procuro un poco de alivio amasándolos con los dedos. Esta propensión a los calambres frustró mis otras habilidades de alpinista que don Guillermo alababa y buscaba siempre, con su experiencia, perfeccionar.

Sigo sintiéndome inseguro de la firmeza de mis pasos cuando desciendo de la camioneta y aplico la llave a la cerradura de la puerta que comunica esta cochera (que ha clausurado ya la cortina de hierro) con el recinto dentro del cual, ignoro durante cuánto tiempo, asilaré al individuo. La jaula está abierta, ha estado así, esperando como una boca desde la tarde en que instalé el último perno de la última bisagra, una jaula de sólidas barras de hierro empotradas en una base de cemento, capaz de resistir la ira de un gorila. Plantada en el centro de la celda, la jaula carece de muebles; la ocupa, nada más un bote de lámina: imitación de un retrete. Cubre el piso de la cárcel circular una arena que, si fuera necesario, haría las veces de papel secante.

Abro, después, la camioneta, y lo veo, vencido, patético, con su capuchón negro; brazos, piernas, tobillos dominados por la cuerda; las manos, cubiertas de esparadrapo, en cruz a la espalda. Extrañamente ahora no siento odio y casi no recuerdo por qué lo tengo aquí, bulto expuesto a una decisión de venganza que podría cumplir yo solo, sin testigos, pero que conviene compartir con los otros seis que tanto tienen que reprocharle al hombre que de pronto, moviéndose, gruñendo, forcejeando como si quisiera romper las ligaduras, me demuestra que se ha diado cuenta de que ya, en alguna parte, alguien, los que lo atraparon tan fácilmente hace una hora a la salida del club de golf, están mirándolo, tal vez disponiéndose como en efecto ocurre, a bajarlo

del vehículo y a rastras conducirlo al interior de la celda y depositarlo en el centro de la jaula, cuya puerta aseguro con llave.

Sólo entonces enciendo la luz; una de las luces de que he dotado, para que lo alumbren acertadamente, a este recinto de muros negros sin ventanas, de techo altísimo, que resulta inexpugnable si sus puertas (por la que acabo de entrar/por la que se pasa a la dependencia adjunta) están cerradas. Gota de metal sin brillos, sobre la jaula cuelga el micrófono que llevará a la grabadora todo sonido que aquí se produzca. La grabadora, de mecanismo automático, está recibiendo ya, por ejemplo, los ecos de mis pasos, el siseo que ha producido sobre el concreto, primero, sobre la arena, después, el cuerpo del hombre al que arrastro, el roce de los hierros; la autoridad de mi voz:

—Acérquese para soltarlo...

Estará llevando a la cinta lo que el rehén gruñe, bufa dentro de la capucha; el choque de sus pies, que han hecho contacto con los barrotes.

—Voltéese... Más... Para ese lado no; al contrario... —Ha quedado de frente a mí. Mueve la capucha como si quisiera hallar en la tela un resquicio por donde mirar:— Ahora, sentado así como está, gire sobre usted mismo... Más, más todavía. Está bien. Manténgase quieto...

La grabadora habrá registrado los chacs de los tijeretazos con los que he cortado las cuerdas (que apilo fuera de la jaula) y la tela adhesiva que improvisaba un guante blanco cubriendo sus manos; esas manos pálidas, y al parecer muy frágiles, que se fricciona ahora vigorosamente, cuyos dedos extiende y recoge. En la cinta estará quedando mi orden:

—Quítese el capuchón...

Busca los nudos y trata de descifrarlos. Todavía metida la cabeza en la noche del capirote, apago la luz (cosa que él no habrá advertido) y salgo. En el cuarto de radio, mientras prosigue el girar lentísimo de los carretes en la Telefunken, escucho, reproduciéndose con la asombrosa fidelidad de que es capaz un equipo como el mío, sus resoplidos al vencer un nudo; sus jadeos al luchar contra el que se le resiste y por último el grito con el que anuncia al fin que se ha librado del cono de tela negra; la pregunta-injurias:

—¿Qué quieren conmigo, hijos de la chingada? —y el añadido de la amenaza—: Si no me sueltan, esto va a costarles caro, muy caro, ¿me oyen? Muy caro... Oigan, hablen... Hablen... ¿Qué carajos quieren de mí? ¿Dónde están? ¿Quiénes son?... Enciendan la luz. Hableen...

Y súbitamente, cuando pasa el silencio y nadie le responde, sorprendiéndome y casi conmoviéndose porque no lo creí capaz, ¡a él! de tal debilidad, el prisionero produce algo que no es un grito, que más parece un ronquido, un estertor, una expresión de asfixia, y me toma un tiempo asociar ese estertor, ese ronquido, esa especie de ahogamiento al que producen el llanto, la cólera; la cólera y el llanto, la impotencia y el saber que está uno derrotado, y que la derrota es irreversible; y que sólo quedas después de ella, si no la muerte, el juramento de no olvidar, la promesa, comprometida con uno mismo, de empezar de nuevo; y ésta no es la noche de hoy, sino la noche de un día cualquiera

de junio de 1945

y las estaciones de radio ansiosamente consultadas coinciden en reproducir, cada cinco minutos, la noticia que nos deprime:

—Alemania ha capitulado. Hitler se ha suicidado. Ha terminado así, entre las ruinas de la Cancillería, el delirio de un loco...

Hildegard y yo nos miramos, y nadie como nosotros dos, que somos su hija y su yerno, comprende el dolor, la abrumadora tristeza que las voces alegres de la radio de todo el mundo van dejando en el corazón, en el gran corazón de don Guillermo;

de ese don Guillermo, magro, algo calvo, de tiernos ojos azules, que combatió en la primera Guerra Mundial, que lamentó ser demasiado viejo para actuar en la segunda; que adhirió al Partido Nacional Socialista de Ultramar; que conoció el benigno cautiverio que para los ciudadanos alemanes dispuso en los primeros años del conflicto el gobierno mexicano; que ayudó con dinero enviado a Suiza y de allí reexpedido a la Vieja Deutschland a hacer realidad El Milenio Prodigioso, y que sin embargo, no encontraba incompatible su admiración hacia el Führer y la compañía, en el club de alpinistas, o en el fotográfico, de sus excelentes amigos judíos;

y vemos, Hitdegard y yo, cómo don Guillermo, con la vista perdida en la tristeza, sale de la estancia del segundo piso, y oímos sus pasos, de ya cincuenta y ocho años, remontar la escalera que lleva al tercero donde él ha encerrado los dos lustros que dura su viudez, y quedarnos tensos temiendo, como habríamos de decírnoslo, oír el estampido del disparo previsible, el eco del suicidio; y cuando subo y me asomo al interior de lo que es lugar de recuerdos, cuarto de mapas, rincón de sueños, lo encuentro frente al retrato de Hitler que mandó pintar al óleo (un Hitler feroz, con el negro ropaje de los SS y una profunda determinación de poder en las pupilas) saludándolo con el brazo extendido, sus líquidos ojos en los duros ojos del Caudillo que ha de ser ya, entre piedras demolidas por las bombas, un rastro de grasas una poca de materia prima para la paila;

y a Hilde, que ha subido tras de mí, que apoya su mejilla en mi hombro, que está como su padre llorando (no sé si por la derrota, o de alegría porque el viejo no ha llevado su tristeza o su vergüenza al extremo de suprimirse la vida) le digo que es mejor irnos, no interrumpir esos instantes a los que sólo él tiene derecho, porque nacer, recordar o morir son actos para disfrutarse o padecerse en la soledad;

y algo más tarde, la casa entera, esos cinco pisos que crecen en lo más espeso del bosquecito de fresnos cercado hoy por viaductos y periféricos, edificios de oficinas, grandes almacenes y centros de Salud, se estremece hasta el amanecer con ininterrumpidas andanadas de Wagner;

y quizá no sea la mía, la nuestra, la de don Guillermo, la única casa en el barrio en la que hay Wagner y/o lágrimas esta noche; tal vez, en otras casas de aspecto semejante, otros hombres, otras mujeres, otros niños congregados frente a retratos de Hitler, frente a banderas y swásticas de la Vieja - Alemania - Siempre - Derrotada - Jamás - Vencida, están prometiéndose que La Próxima Vez todo será diferente.

No me burlo de sus lágrimas. Yo también he llorado, así, de ira, y respeto la que debe estar padeciendo en la penumbra de su encierro. Mi propio dolor no tuvo testigos; por eso me resultó tan penoso. El suyo, si es que a tal acuerdo llega el grupo, será visto por siete personas. Ahora, y por eso gimotea, ha de estar sufriendo la resaca del choque nervioso, de la sorpresa de saberse en manos enemigas, en poder de extraños a los que no podrá ver; a los que, algo repuesto, increpa ya sin altanería aunque tampoco, sería injusto afirmarlo, con sumisión:

—Ustedes, quienes sean, ¿qué buscan trayéndome aquí? ¿Dinero? Es lo que quieren, ¿verdad? Eh... ¿Me oyen?

Lo oigo, sí, y sus palabras, el tono que hace patéticas sus palabras, siguen inscribiéndose en la banda color marrón que pasa entre las cabezas de la Telefunken. No tengo interés en dialogar con él; tampoco en darle explicaciones. Me ocupo de vigilar que la otra grabadora (la que reproducirá las cintas a las que he dedicado la

paciencia de centenares de horas para que sean capaces de impedir el desgaste del olvido) se encuentre apta para trabajar; y cuando estoy seguro de que sí, oprimo la tecla, y dentro del cuarto que aprisiona la jaula que aprisiona al hombre que es nuestro prisionero, cae, en chorro, el relato que estará obligado a oír, del que no podrá defenderse mientras esté aquí; que deberá recordar siempre si es que la voluntad de Los Días de la Semana resulta ser la de ponerlo libre... Yo escucho también. Mi labor de meses, lo admito con satisfacción, ha producido un montaje de extraordinario mérito técnico, en el que se combinan, para que sean irreprochables, la unidad del estilo y la coherencia del discurso, elementos diversos, textos sacados, saqueados de aquí y de allá; combinaciones sonoras que subrayan, con su color, sus contrastes o sus deliberadas estridencias, la crónica que he compuesto, recompuesto; esta que mi voz, no del todo mala, va recitando:

...a las cero horas del 30 de julio, soldados de línea, pertenecientes a la Primera Zona Militar, con el apoyo de un convoy de tanques ligeros y jeeps equipados con bazookas y cañones de 101 milímetros ocuparon los edificios de las escuelas preparatorias 1, 2 y 5 de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Vocacional 5 del Instituto Politécnico. La marcha de la tropa a bayoneta calada encuentra una leve oposición de los estudiantes que se ven forzados a parapetarse en los planteles, lo que obliga al Ejército a desbaratar de un tiro de bazooka la venerable puerta de la Preparatoria 1. Al principio los muchachos se resistieron. Se les dio un plazo de cinco minutos para que desalojaran el lugar y si no, las tropas intervendrían. Los muchachos se pusieron en pie y cantaron el Himno Nacional. Finalmente, uno a uno salieron sin oponer resistencia. 125 de ellos quedaron a disposición de las fuerzas militares, a cuyo control quedó la ciudad. A las 2:30 de la madrugada se convoca a una conferencia de prensa en la que importantes funcionarios puntualizan:

la acción desarrollada por el Ejército Mexicano, efectuada esta madrugada para terminar la agitación estudiantil, tuvo como base tres puntos:

- 1.—Fue razonable.*
- 2.—Sirvió a los intereses de la colectividad; y*
- 3.—Estuvo apegada a la ley...*

El Secretario de la Defensa recibe a los periodistas:

—Estamos preparados para repeler cualquier agresión y lo haremos con toda energía; no habrá contemplaciones para nadie...

El Senador Líder del Congreso:

—Cuando por influencias extrañas los estudiantes lesionan los intereses generales del país, y no pueden hacerse acreedores a consideraciones especiales porque no tienen ningún derecho ello.

Una voz sin Cargo Oficial:

—Correcto, Libra, pero dime ¿qué debo hacer? Soy un rebelde, creo en la necesidad de ser insumisos. De otra manera el hombre se anquilosa, se diluye, se aniquila y llega a prostituirse como muchos de nuestros colegas.

(Mina y yo comemos juntos, lo que ahora rara vez sucede. Vagamente sé, porque ella me lo dijo o porque creo que ella me lo dijo, que tiene ligas de algún género con los muchachos que desde julio inquietan a la ciudad con sus algaradas callejeras. Los periódicos del mediodía consignan la noticia de la acción militar.

Comento:

—Asunto de revoltosos y de espías extranjeros. No te metas.

Sus ojos son igual de azules que los del abuelo, pero helados, punzantes, desdeñosos; me dice:

—Si no sabes, no opines. No critiques lo que no entiendes. Los tiempos están cambiando.

Hay una declaración del Rector:

—Hoy es un día de luto para la Universidad. La autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido. La autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable que debe ser respetable y respetado por todos...

En la explanada de la Rectoría, en Ciudad Universitaria, se reúnen muchísimos grupos de estudiantes. Van a participar en un acto sin precedente; en la gran manifestación con la que se protestará, en silencio, por la agresión que ha sufrido la soberanía de la máxima casa de estudios cuyos planteles han sido violados por el Ejército y retenidos desde entonces. Se pide a los presentes permanecer callados. Se reparten, para subrayar el carácter luctuoso del desfile, listones negros que deberán ser exhibidos en mangas y solapas. Detrás del Rector marchan (se calculó), cien mil personas:

La voz del Rector:

—...quiero decir que confío en que todos sepan hacer honor al compromiso que han con traído. Necesitamos demostrar al pueblo de México que somos una comunidad responsable, que merecemos la autonomía, pero no sólo será la defensa de la autonomía la bandera nuestra en esta expresión pública; será también la demanda, la exigencia por la libertad de nuestros compañeros presos, la cesación de las represiones

Acostumbrados a la oratoria fácil, abundosa, infectada de lugares comunes, la del Rector parece ser árida, gris, carente de emotividad. Sin embargo, comunica; sin embargo, emociona. Se siente que es un hombre el que habla; un hombre que ha hecho, al decir lo que dijo, un compromiso no sólo con la comunidad que representa, la que lo sigue por calles y avenidas sin más gritos que los que consignan las mantas y pancartas, sino también, y es lo que le da validez a su gesto, con la Muerte.

Todavía el Rector:

—En la medida que sepamos que podemos actuar con energía, pero siempre dentro del marco de la ley tantas veces violada pero no por nosotros, afianzaremos no sólo la autonomía y las libertades de nuestras casas de estudios superiores, sino que contribuiremos fundamentalmente a las causas libertarias de México. Vamos, pues, a manifestarnos.

Es temprano aún. El primer noticiero no aparecerá en TV antes de que concluyan, por este día, las vicisitudes de la costurerita limeña. Queda la radio, pero la radio sólo me ofrece su repetida vulgaridad, sus canciones cursis, sus tríos detestables, la estridencia de los conjuntos de rock, sus jingles tontos o plagiados, los comerciales de pésima sintaxis dichos por locutores de voz meliflua. Quizá deba explorar los canales que la policía frecuenta. Como de costumbre, la transmisión es mala; supongo que los encargados de ella se preocupan poco, si algo, por lograr que resulte limpia. Capto una voz entre chirridos:

—Avanzada a superioridad. Halcón herido es evacuado en auto Renault CHB-63. Cambio y fuera.

—Superioridad a avanzada. Enterados. Cambio y fuera.

Llamadas de rutina. Canje de reportes. Hay un conato de incendio en unas casuchas de la periferia. Un tranvía ha descarrilado. El tono de las voces que van y vienen por las frecuencias destinadas al uso de la policía es el tono tranquilo, nasal, aburrido de siempre. Nada, ninguna emoción, ninguna agitación, me permite suponer que la policía tenga noticia del secuestro o esté movilizando ya a sus elementos para

buscar a los raptos. ¿Acaso la policía retiene secreta la información por temor a que los secuestradores, seguramente guerrilleros urbanos, estén censurando sus canales de radio en la misma forma que ella, dicen, censura los teléfonos de los ministros del régimen?

...desde temprano, en la Plaza del Carrillón del Casco de Santo Tomás, empiezan a concentrarse los contingentes estudiantiles que tienen por meta alcanzar un imposible: el Zócalo, asiento de los poderes, plaza habitada por Los Símbolos del Orden y de la Fe. Una flota de estudiantes motociclistas y de automóviles que transportan médicos y enfermeras, despeja el camino. Los pasos retumban en las calles. Encabeza la manifestación la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior Pro Libertades Democráticas. Su gran manta expresa:

LOS PROFESORES REPROBAMOS AL GOBIERNO
POR SU POLITICA DE TERROR

Es el trece de agosto/la hora: las diecisiete/ciento cincuenta mil los que caminan/se estima que la columna tiene una longitud de cinco kilómetros y medio/

¡RESPECTO A LA CONSTITUCIÓN!

el aplauso tímido a veces, vibrante otras, señala el avance de la columna/los manifestantes se guardan las injurias contra los funcionarios/

PUEBLO Y ESTUDIANTES UNIDOS, VENCEREMOS

la ciudad, asombrada, asiste a la marcha/se temen vandalismos; pero ninguno ocurre/el orden es perfecto/se vislumbra, tierra sometible, el Zócalo/

LUCHAMOS CONTRA UN RÉGIMEN DE INJUSTICIA
Y POBREZA

la manifestación ocupa la Plaza Mayor a las ocho de la noche/cerca de doscientos mil concurrentes se sientan en el asfalto, ocupándolo casi por completo/

CHE GUEVARA CHE GUEVARA CHE GUEVARA CHE GUEVARA

El CNH —Consejo Nacional de Huelga— ordena a los estudiantes:

—Ya no más porras injuriosas. Olvídense de los insultos y de la violencia. Ya no lleven banderas rojas. No carguen pancartas del Che ni de Mao. Ahora vamos a llevar las figuras de Hidalgo, la de Morelos, la de Zapata, para que no digan. Son nuestros héroes. ¡Viva Zapata! ¡Viva!

Hablan cinco oradores: cuatro estudiantes; un maestro. /Se cantan canciones satíricas/hacia el final se guarda un minuto de silencio por los caídos en los 17 días que ya dura el Movimiento / un coro gigantesco entona el Himno Nacional/

A través de la mirilla lo observo. Se ha parado en el centro de la jaula y se tapa los oídos con las manos. No alcanzo a verle los ojos, pero supongo que ha de mantener apretados los párpados para lograr, así, aislarse mejor, padecer menos el ataque de los ruidos, de esas voces, ecos de pisadas, lúgubres coros que acumulé en la cinta; en esta que sigue girando en la grabadora y en otras que esperan turno en el archivo. Fue un trabajo hermoso hacer este *assamblage* de millares de pedacitos sonoros. Las

jornadas duraban diez, quince y aun más horas, y al final de ellas había construido un minuto, minuto y medio de pista utilizable. Había ediciones infinitamente breves, al quinto, al décimo de segundo, y la cabeza me estallaba, pues para entonces era un enorme almacén en el que se habían puesto en desorden todos los estruendos del universo, y me tendía y trataba de apagar esas voces ahogándolas en largas copas de coñac; en pastillas y coñac, pero el recuerdo, más que las voces en sí, denotaba o retardaba la acción de los somníferos, y lo que estaba olvidado, lo que debía estar olvidado, volvía a mí, y ese tiempo presente era, también, el tiempo pasado que fue tiempo presente cuando ocurrió, y sucedía, en ocasiones, que el sueño terminaba aplastándome y que al despertar me encontraba como la noche anterior: vestido, ajada la ropa, el disgusto de la ebriedad en el piso de la lengua; una especie de ceguera, una marcada aversión a la luz, de la que me cuidaba con las gafas negras; lo malo no era beber de ese modo; lo malo, Mina, era recordar, recordarte; recordarme que de ti,

ahora,

sólo conservo en el sentimiento, en esa parte de mí que no sabe ni quiere olvidar, una imagen: la imagen de tu cuerpo con la oquedad espantosa por la que se fugó la sangre y, con ella, la vida.

—¿Es ella?

—Sí.

—¿La reconoce bien?

—Sí.

Quisiera no haberte reconocido; negar que fuera tuyo ese cuerpo roto, profanado ahora igual que por la bala expansiva por la curiosidad de quién sabe cuántos que van a ver si es cierto que allá, en el lugar donde tienen a los muertos, está el cadáver de una muchacha de muy linda cara y pechitos puntiagudos; una muchacha, lo oí decir así, rubia de arriba y rubia de *abajo*; una muchacha que eres tú, que ya no serás mi hija, o que apenas hoy que te has muerto lo serás verdaderamente;

y luego el hombre brutal, o sólo encallecido, con el que me han enviado, te toma de un brazo, te arrastra por el suelo, te lleva, como si el tuyo fuera el cadáver de una res, al patio, al siniestro cubo de luz en el que hay otros cuerpos, de hombre éstos, también desnudos; y te deja a un lado de ellos y abre la llave y la manguera se tensa, fállica, instantánea, por efecto de la presión;

y el agua violenta y feroz que sale en un chorro blanquísimo, te pincha la carne, retumba en el agujero donde estuvieron tus vísceras; se mete, con algo de obsceno, entre tus muslos; y estoy tan deprimido que no me opongo a que él, ese hombre tuerto que te maneja así, insista en apuntar el agua hacia el más sensible de tus lugares; pero a este recuerdo macabro y perturbador, se empalma el de otra imagen igualmente perturbadora: el único retrato que conservo de ti, yo que te hice miles mientras fuiste niña y pude imponerte mis órdenes; el único retrato que te devuelve a mí como eras unos meses antes de ir al encuentro de tu muerte. Lo obtuve el día que descubrí tu cuarto en el quinto piso; el día que me maravillé al conocer el mundo que te habías fabricado. Apareces tan desnuda como te vi en el patio de la morgue: igual de bello tu rostro, en idéntico alboroto tu pelo, pero en la instantánea (quien la tomó no tenía firme el pulso) tu risa es amplia, abierta al viento del mar, a la sal y a la luz; no es la sonrisa serena, ya ausente, que te llevaste a la muerte. Y no estás, tampoco, sola. Un muchacho acompaña, con la suya, tu desnudez: un muchacho de tu edad, o acaso algo mayor, de oscuras guedejas hasta los hombros. Seguramente han estado bebiendo. En la arena, cerca de ustedes, hay botellas, botes de cerveza, vasos, cajas de cigarros, cocos, un bolso de mano, la parte superior del bikini de la que has prescindido para que

tu imagen (esa que aislé para mí solo, porque no deseo, ahora, compartirme con nadie) quedara impresa así en el papel de la Polaroid; y traté de recordar si me habías pedido permiso para hacer ese viaje o si yo te había autorizado a que lo hicieras sin preguntarte a dónde y con quién;

tal vez, pienso, esa foto (de la que conservo una pequeña copia en la cartera y una amplificación en el sitio donde duermo, junto al transmisor) sea la que verdaderamente represente a la Mina que fuiste, a la Mina desconocida, a la hija que al fin hallé, luego de preguntar en todos los sitios donde la onda de violencia empujó lo que dejó la muerte, en el piso ensangrentado de un precinto policiaco la mañana de las confusiones, del luto que compartía toda la ciudad; del odio que agusanaba ya a muchísimas voluntades; y digo que ésa es la foto que mejor te representa porque es la única que te muestra auténtica y feliz, libre de mi tutela, de mi gazmoñería, de la furia ¿o de los celos? que me producía verte con tus breves trajecitos de baño asoleándote en el jardín, dejándote mirar por Félix, espiar por los mequetrefes que trabajan en el edificio de oficinas contiguo a la casa; los insolentes que no se escondían para numerar los poros de tu piel con sus largavistas;

las otras fotografías tuyas que se acumulan en cajas innumerables son el recuerdo gráfico de alguien que se te parece; un lento, repetido ensayo de ti misma; una serie de esbozos que habría, con el tiempo, de definirse en la instantánea de la playa y en esa otra visión, más atroz porque de ella sólo existe copia en mi memoria, que te representa perforada, impúdica en tu inocencia, entre desnudos hombres muertos, húmedos, inútiles como tú;

ese muchacho, el que te ha puesto el brazo encima de los hombros, que casi envuelve con su mano izquierda uno de tus senos, ¿es el mismo muchacho de jamás precisada identidad que abandonó tu cadáver en la plaza, pero que se preocupó, dos o tres días después, no lo recuerdo bien, de reintegrar el MG en el que saliste esa, la que habría de ser la última tarde de tu vida? ¿cuál de todos los que hay escritos con la punta de un clavo en la pared negra de tu cuarto, es el nombre que le corresponde, el apodo por el que se le conoce?

y después, cuando el cadáver ha sido lavado, repetidamente violado por el agua que insiste en buscarte la vagina; cuando ha sido puesto sobre un trapo lleno de remiendos y colocado en una parte seca para que el sol evapore la humedad, un sujeto bajito y persuasivo, me aborda, me da palmadas, hace:

—Tch, tch, tch —compasivo, mostrando que uno de sus dientes tiene un casquillo de oro, y me pregunta si deseo que se encargue de acelerar los trámites; unos trámites que serán engorrosos, prolongados, si no se amansan ciertas voluntades; si no se untan ciertas manos, ¿yo comprendo, verdad?, y digo, ¿cuánto?, y él con algo de displicencia, como si no dudara que puedo pagarla, menciona una suma;

y debo buscar los billetes que la completan y obedecerlo cuando él dice que me siente allí, y lo hago donde él dice, y lo observo ir y venir, hablar con éste y con aquél, apartar a la gente que le estorba, que lo interrumpe, esa gente,

hombres,
mujeres,

llorosos, disminuidos, tímidos, en su mayoría humildes, que vagan de oficina a corredor, de corredor a barandilla, preguntando por su hijo, por su hermano, por su padre; no importa que estén muertos; desean llevarse la ruina, lo que de ellos quedó, lo que de ellos dejaron las balas, las esquirlas, las ciegas y feroces bayonetas a las que enfrentaron su carne asustada, y alguien dice:

—*Casi todos fueron balaceados por la espalda.* - y yo asiento, porque me consta; ¿no una bala expansiva reventó en el centro del vientre de mi hija?; y en la atmósfera que huele a pies, a sobacos, a bocas sucias de tanto fumar y beber café para rechazar el sueño, se mantiene la pestilencia a cadaverina, a formol, a todo lo que huele el lugar donde se almacena la muerte en delegaciones policíacas como ésta, que hoy desbordan quienes indagan por los que no han vuelto y que deben estar allí, les han dicho, heridos, ya cadáveres o de buena suerte sólo presos, acusados de sedición, acopio ilegal de armas, conspiración contra la seguridad del Estado, resistencia a la autoridad, y todo lo que tú quieras,

y cuando me he olvidado de él, reaparece el hombrecito del diente dorado y me pide doscientos pesos más para el Agente del Ministerio Público que le ha hecho el favor de pasar por alto ciertos detalles, y le doy el dinero y siento que me remolca a no sé dónde, y firmo no sé qué, y el hombre, que conoce bien su trabajo, tiene ya en la parte de atrás del edificio, en una calle que es sólo una claridad sin textura ante mis ojos, una carroza funeraria y dentro de ella un ataúd modesto y en éste algo, un cuerpo, guardado en el sudario lleno de remiendos, y me pregunta:

—¿Es su muerte?

y vuelvo a ver el rostro bello de Mina que duerme:

—Sí.

y no inquiero a dónde vamos, ni me importa. El hombre me acomoda junto al chofer y la carroza parte y veo pasar a mi lado a la ciudad; una ciudad tranquila, que parece ya no recordar a los muertos de anoche; que se apresura a olvidarlos; y veo que después de un tiempo los edificios, los monumentos, las casas, ralean y concluyen en un extenso baldío; y oigo entonces que el gordito del diente de oro está diciéndome:

—Por todo, baratísimo, van a ser tres mil... ¿Okey?

y supongo que esos tres mil a los que alude son los pesos que pagarán los gastos del sepelio; y ese otro que está dentro de mí pero que no es yo en este momento, toma la cartera, saca el dinero, su último dinero, y lo entrega a las ávidas manos que lo reciben; después, la visión extrañísima de un cementerio muy triste, muy pobre, de humildad conmovedora;

y hay una fosa, en la que apenas cabe el féretro, y el borrón de un cura apresurado viene, dice algo, se marcha luego de recibir una dádiva del que me acompaña, y veo caer la tierra, y oigo caer la tierra, y veo caer mis lágrimas, y oigo caer mis lágrimas —no sobre mis manos, no sobre la tierra: las oigo caer dentro de la cinta que sigue corriendo, que se transvasa de un carrete a otro de la Telefunken para que el hombre que la escucha padezca sus recuerdos; para que sepa, si no estuvo allí, cómo fueron, cómo se oyeron las cosas.

...27 de agosto. La Coalición de Maestros invita, por medio de anuncios publicados en los periódicos del día, a la Magna Manifestación Popular en Defensa de las Libertades Democráticas. Los cálculos de asistencia son superados. Hay quien afirma que trescientas mil personas dan cuerpo a la columna. (A la mano que el Presidente ofrece tendida como símbolo de amistad, le responde un cartel: *“Que le hagan la prueba de la parafina”*.) Una vez más el destino final, si no lo impiden la policía o el Ejército, será el Zócalo. Ochenta y siete grupos desfilan. Las consignas generales han sido dadas: “Orden” y “Rechazar a los provocadores”. Estudiantes de Medicina forman valla frente a la embajada de los Estados Unidos, para evitar la intromisión de provocadores.

LA VICTORIA SERÁ NUESTRA COMO SEA

EL EJERCITO ES PARA DEFENDER AL PUEBLO
NO PARA AGREDIRLO
PUEBLO: ABRE YA LOS OJOS, ÚNETE

Grupos de pintores exhiben cuadros. Una descubierta de motocicletas tripuladas por estudiantes rompe la marcha. Se ha dado la orden de caminar, hoy, más de prisa. La manifestación sigue el carril norte del Paseo de la Reforma. Los muchachos invitan al pueblo a secundarios. Desde las ventanas de los edificios desciende sobre la muchedumbre una constante llovizna de pedacitos de papel. Nadie ataca el edificio de la embajada yanqui.

(El Partido Popular Socialista, PPS, ha preguntado el 6 de agosto: “Cuántos son y qué ligas tienen en nuestro país los agentes de la policía norteamericana, particularmente de la CIA del FBI?”)

Poco después de las cinco y media de esa tarde, la columna alcanza el Zócalo. Como la vez anterior, quienes la componen se sientan en el suelo.

AL HOMBRE NO SE LE DOMA, SE LE EDUCA
LIBERTAD A LA VERDAD; DIÁLOGO

El Zócalo, por segunda ocasión, deja de ser coto cerrado, dominio de Los Altos Poderes. Lo ocupa impetuoso el Poder Juvenil, el poder-del-pueblo; ese casi medio millón de muchachas y muchachos que integrarían, en su momento de mayor triunfo, la más abundante de las manifestaciones.

ANTE LA AGRESIÓN DE LA REACCIÓN
LA RESISTENCIA POPULAR
DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO
DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO

(Una voz:

—El Gobierno de la República está en la mejor disposición de recibir a los representantes de los maestros y estudiantes de la Universidad y del Politécnico y de otros centros educativos vinculados al problema existente, para cambiar impresiones con ellos y conocer en forma directa las demandas que formulen y las sugerencias que hagan a fin de resolver en definitiva el conflicto que ha vivido nuestra capital en las últimas semanas y que ha afectado en realidad, en mayor o menor grado, a todos sus habitantes.)

Se' cometen varios errores. Pintar injurias en los muros del Palacio Nacional no es el más grave. Lo es, en cambio, que la crecidísima multitud, que se ha comportado hasta el momento correctamente, pierda los estribos, se maree a causa de su propia fuerza, y apruebe la proposición, absurda, que uno de los líderes del Movimiento Estudiantil formula, micrófono en mano: citar al Presidente de la República a un diálogo público, allí mismo, en la Plaza de la Constitución, el día primero de septiembre, fecha en que por Ley debe rendir su informe de Gobierno ante el Congreso.

A ése, añádese otro error: dejar “de guardia” en el Zócalo a unos cuatro mil muchachos, que instalarán un campamento en espera de que el Presidente comparezca. Durante el mitin, que termina en pleno desorden, se insiste en que se conceda la libertad a los presos políticos, ochenta y seis de los cuales fueron nombrados.

NADA CON LA FUERZA, TODO CON LA RAZÓN
MÉXI-CO-LIBER-TAD MÉXI-CO-LIBER-TAD

NO MÁS BAYONETAS

Muchos, sin duda, esperan que se produzca lo que todos desean; que en el balcón central, como en Las Grandes Ocasiones, aparezca, se materialice, la figura del Presidente de la República. Pero no ocurre esta noche; no ocurrirá ninguna otra. ¿Qué habría pasado si el Jefe del Gobierno se muestra? Muchos opinan que ese gesto le habría a él ganado simpatías y al Movimiento restado fuerza.

Concluye el mitin. Se canta, como de costumbre, el Himno Nacional y se improvisan, con papel de periódico antorchas. Comienza, para los que forman la Guardia Permanente, una noche alegre, noche de canciones, de juegos infantiles; noche en que se recobra, durante unas horas, la libertad de la niñez, o se conoce la primera de la adolescencia.

*Doña Blanca está cubierta
de pilares de oro y plata;
romperemos un pilar
para ver a doña Blanca*

Otros, a coro, repiten:

*A la víbora víbora de la mar
por aquí pueden pasar
los de adelante corren mucho
los de atrás se quedarán...*

Otros más, insisten:

NO QUEREMOS OLIMPIADA QUEREMOS REVOLUCIÓN
CHE GUEVARA CHE GUEVARA CHE GUEVARA CHE

Hacia la una de la mañana, un ruido que opaca los muchos que producen los estudiantes-centinelas, entra a borbotones en el Zócalo; un ruido, éste, más severo que el de las campanas de la Catedral que los curas dejaron poner a repique cuando la vanguardia de la manifestación penetraba en la plaza. Es un ruido formidable, atemorizador: el ruido que los hombres de la guerra producen si se les manda a imponer el orden.

Ampliada por el magnavoz, repetida por la inmensa caja de resonancias que es el Zócalo, una voz advierte:

—Están ustedes violando el Artículo Noveno Constitucional. Nadie está autorizado a acampar en el Zócalo. Si no lo desalojan antes de cinco minutos intervendrá la fuerza pública...

Mientras tanto, por las calles adyacentes al Zócalo, venían soldados del 43 y 44 Batallón de Infantería y del 19 de Paracaidistas, alrededor de 200 patrullas de la policía preventiva, 12 unidades blindadas y unos 10 motociclistas de la Dirección de Tránsito que abrían la marcha.

Al entrar los granaderos los estudiantes gritaron:

—Orden, orden —y después, sin inmutarse, se sentaron alrededor de la explanada y aplaudieron.

Los tres mil estudiantes fueron replegados por los soldados, policías y granaderos. Las unidades blindadas arrasaron el improvisado campamento. Dos carros de bomberos, una bomba y doscientas patrullas con luz intermitente y las sirenas ululando, rodearon toda la plaza.

Los estudiantes iniciaron rápidamente la retirada. Unos a pie; otros, en los camiones del Politécnico que habían estacionado en la explanada. Se dispuso que:

—Las muchachas primero...

Anima la retirada el Himno Nacional. Armada de escudos y máscaras de plástico, la policía permanece en el Zócalo, en el centro del cual, marchito en la puma del asta-bandera, se mueve apenas el lienzo rojo y negro que los estudiantes izaron al empezar el mitin.

Cada un de los que salen de la gran plaza tiene miedo, pero lo domina. La tropa no lo intimida:

—Eres pueblo soldado, no dispares...

Los gritos, la reiteración de los versos del Himno

Piensa, oh patria querida, que el cielo

la repetición de la exigencia:

—Libertad. Diálogo. Respuesta a los Seis Puntos. Diálogo. Respuesta. Libertad a los Presos Políticos...

alertan a esa parte de la ciudad que no duerme, invadida de tanques y granaderos, de transportes y paracaidistas, insomne de gritos:

MÉXICO - LIBERTAD - MÉXICO - LIBERTAD MÉXICO - LIBERTAD

estremecida de ecos:

MÉXICO - LIBERTAD - MÉXICO - LIBERTAD - MÉXICO - LIBERTAD

Así fueron las cosas, así estará recordándolas. Tal vez con remordimiento, quizá con satisfacción; pero la noche no terminó con la retirada de los estudiantes y el silencio de las sirenas policiales ni con el afanoso trabajar de los empleados del Municipio borrando de los muros del Palacio las infamias en ellos pintadas; las injurias no podrían borrarse ya; al fin habían sido dichas (quebrantando una antigua, supersticiosa regla de silencio) y ahora estaban en todos los oídos: más, mucho más adentro: en la memoria y, pronto, se instalarían en la crónica, en la novela, en los anales de la ciudad estremecida por el estruendo de los tanques, los coches-comando, los carros blindados que acosan, acucian, molestan, pero a distancia, diríase que comedidamente, la retirada de los tres mil, esa nocturna Anábasis a través de una metrópoli a la que han dejado a oscuras, porque, ya lo sabes, a oscuras es más fácil matar, avergüenza menos. Pero los estudiantes volverían. Apresuradamente, el Gobierno convocó a una asamblea popular para *desagraviar a la bandera de la Patria* que había sido reemplazada en el Zócalo, durante unas horas, por el símbolo universal de la huelga. La ceremonia, mal organizada, se lleva al cabo con dificultades. En desusado gesto de civismo, los burócratas que en ella participan admiten su condición de gente que acude bajo amenaza de cese. No se reprimen;

—Somos borregos; no vamos: nos llevan. Beeee, beeee —y al balar dejan constancia de que siguen siendo hombres, ciudadanos.

Referirá la voz de la prensa:

Cinco minutos antes de las dos de la tarde del 28 de agosto, 14 carros tanque acometieron contra la muchedumbre temeraria que, al esquivar a una de las máquinas que corrían a velocidad media, iba a ponerse en el trayecto de otras que los golpeaban; algunos quedaban en el suelo, al parecer atropellados, en tanto que venían grupos de compañeros a rescatarlos. Segundos después se

abrieron las puertas de Palacio, de donde salieron varias columnas de soldados con bayoneta calada. Los soldados embestían cada vez con más decisión en la medida que recibían todo tipo de proyectiles —naranjas, bolas de papel, zapatazos, o insultos de todo calibre— por parte de los huidizos blancos. La enconada persecución hizo que se derribara un arbotante de la acera del Palacio Nacional con un carro blindado. Entonces intervino la infantería que poco a poco fue replegando a la gente por las calles que confluyen a la plaza. El griterío era ensordecedor Y los manifestantes lanzaban proyectiles a los soldados. —No dispaes, soldado, tú también eres pueblo.

A las 14:07 los soldados hicieron la primera descarga de fusilería y ametralladoras ligeras. Se dijo que varios estudiantes resultaron heridos. Tres minutos más tarde los soldados hicieron otro tiroteo.

—Tú también, soldado, eres pueblo.

Algunos estudiantes resultaron heridos. Ya para entonces la Plaza de la Constitución se encontraba desierta de manifestantes, resguardada por el Ejército y los granaderos. Por lo que toca a los muertos y los heridos se ignora el número exacto, debido a que se carece de información oficial directa. Los estudiantes de la Universidad llevaron a sus compañeros lesionados a la antigua Escuela de Medicina. Los del Politécnico hicieron lo mismo con sus condiscípulos, a quienes condujeron a la Escuela de Medicina de Santo Tomás. Las escaramuzas se repitieron hasta las 16 horas. Por la noche se provocaron nuevos encuentros entre estudiantes y granaderos.

El Secretario de la Defensa informa:

—Grupos de alborotadores trataron de establecerse en el Zócalo, habiéndose desalojado por tropas del Ejército... no siendo necesario que la tropa hiciera uso de sus armas de fuego en ninguna forma contra esos grupos...

El Jefe de la Policía explica:

—Se actuó en estricto apego a la función que tiene asignada para preservar y mantener el orden...

Los oportunistas Veteranos - de - la - Revolución ratifican su:

—... fe en las instituciones que el Pueblo de México se ha dado, su fe en el tino con que el Presidente de la República conduce los destinos nacionales y su decisión de defender hasta el último aliento las leyes de la Revolución y de la Patria...

Las palabras que he puesto a vivir dentro de la cinta terminan aquí, pero no los sonoros efectos que las subrayan. De los viejos discos de don Guillermo (esas valiosísimas reliquias de la *Deutsche Grammophon* que oía inacabablemente) he extraído los pasajes que me parecieron más adecuados para concluir, a manera de gran final wagneriano, el relato de esas horas intensamente vividas la tarde, la noche del 27 de agosto; la madrugada, la mañana y la tarde del 28. Complejo trabajo de tornamesa, logré hilvanar, en espeluznante mescolanza, discursos de Hitler, estentóreos *Heil* gritados por las bocas de sus multitudes, retumbo de cañones, vales vieneses, aullidos de bombas, pasajes del *Rosenkavalier*, truenos de V-I, cancioncillas bávaras que se danzan con el estómago encharcado de cerveza y la lengua saturada del sabor a carne cruda;

y

a sabiendas de que alteraré los valores, de que haré más espantosa la deliberadamente espantosa confusión del estrépito, hago llegar al tope, a lo máximo, la

llave del volumen y echo sobre el hombre que he estado mirando recorrer como chimpancé enfurecido el círculo de su jaula, la andanada de ruidos

*el frotar de pies que huyen delante
de los tanques, los ayes
de los que son clareados por las balas;
los ecos de la muchedumbre que se desparrama,
hoy como otras noches idénticas,
gritando por el oscurecido laberinto de la ciudad*

MÉXI-CO LIBER-TAD MÉXI-CO LIBER – TAD MÉXI – CO – LIBER - TAD
MÉXI – CO – LIBER – TAD

Lo condeno ahora a la oscuridad y a lo que la hace aún más terrible: el silencio: un silencio que de lo súbito ha de estar rompiéndole los tímpanos. ¿Le pertenecen los sollozos, esos quejidos como de niño asustado o enfermo, que se anotan en la cinta infatigable de la grabadora? En esta sección de mi habitat he improvisado una alcoba, aunque mi recámara se halla en la casa, en esa casa que ya rara vez frecuento porque me asusta, me deprime, su soledad; esa en la que no cabemos, sobre todo de noche, los recuerdos y yo. Ha estado lloviznando. Me lo indica así el olor a yerba húmeda que se filtra, con los ladridos de Hänsel y Gretel, por debajo de la puerta. Decido salir un rato; apaciguarlos; escapar de lo que ha sido, por años, mi reclusorio: lugar de juegos, primero; de tristeza, después. Hoy —lugar de venganza.

Ha llovido, en efecto. Refresca el aire el aroma del césped que el meticuloso Félix debió podar temprano por la tarde. Rodeado de un arriate de flores, que acumula todas las de la estación y el rosal de botones amarillos y las dalias suntuosas y los lirios de extrañísimo tinte violeta, está el árbol que sembró don Guillermo cuando nació Mina; el que se ha llamado siempre Árbol-de-Mana, y toco su corteza y siento su rugosidad en la punta de los dedos, y veo a Mina, los ojos secos, el gesto inalterable, la noche que velamos a mamá, la noche en que empecé yo a ser viudo y la niña de diez años, la huérfana;

la noche en que Mina empezó a ser ella

y después de que volvimos del cementerio, la casa conoció que había una nueva ama: la nueva Frau que impondría su disciplina, su modo de ser, a la vida de los dos hombres que ahora la cuidarían, amarían y considerarían parte vital de sus respectivas existencias; un viejo, el abuelo; uno menos viejo, el padre, yo, cuya autoridad, de un modo u otro, desafiaría siempre, porque Mina decidió obedecerse sólo a sí misma, y rechazaba todo consejo, desoía toda orden, se enfrentaba a gritos a esa señora Emma, la viuda Hoffer, vestida siempre de azul, que dos veces por semana, los martes y los viernes, viene a desempolvar la casa, a ordenar lo que necesita ser ordenado, a levantar el inventario de los víveres que es indispensable reponer; decidió que no tenía caso continuar los estudios. Además del castellano, hablaba tres idiomas más, y durante un tiempo tuvo curiosidad de aprender griego antiguo y latín. Las chicas hijas del pastor le aburrían, y más le aburrían los chicos, alemancitos criollos del rumbo, que la rondaban con sus motocicletas ruidosas, sus bogeys de fibra de vidrio, sus serenatas de acordeón y falsete;

a los tres días que murió don Guillermo sin preámbulo de dolor o enfermedad, Mina me anunció mientras cenábamos (ella, en un extremo de la mesa; yo, en el otro: el vacío del nogal pulimentado entre ambos)- que había resuelto ser actriz; y a partir de entonces la casa de convirtió en asilo, casi permanente, de sujetos estafalarios, de

hombres y mujeres que devastaban el refrigerador, que despoblaban la cueva de los vinos, que discutían interminablemente “en el salón de ensayo” del quinto piso, técnicas y anti-técnicas, que barajaban-ionesco-absurdo-alexandro-adamov; gurdjieff-brecht-beckett, y la mecánicadinámicadelaacciónconceptualdelapantomimademarceauo lo que eslormismolaemoción delapalabra que semirapero queno seescuchalapalabra enestadodep uridadabsolutagrafíasilencioayelocuente; y después, cuando los mimos/actores/actrices se marcharon tan abundantemente como habían llegado, Mina quiso ser pintora y la casa se convirtió en asilo, casi permanente, de sujetos estrafalarios, de hombres y mujeres que devastaban el refrigerador, que despoblaban la cueva de los vinos; que discutían interminablemente, en el “estudio” del quinto piso al que le habían improvisado ventanas para que se asomara a la luz del norte, técnicas y antitécnicas, que barajaban picasso y dubuffet; rivera y de könig, jasper-jones y marcel duchamp, warhol-tamayo-gironella, y la expresiónplásticodinámicadelbinomiotiempcespacioyla-interacción delos volúmenes como un mediorepresentarlo irrepresentable esto eslorigurosamente objetivo;

y a poco que se largaron tan abundantemente como habían llegado los genios/pintores/esteticistas la casa se convirtió en asilo, casi permanente, de sujetos estrafalarios, de hombres que parecían mujeres, de mujeres que parecían hombres, tipos/tipas que parecían ser lo-uno-y-lo- otro-al -mismo-tiempo, que devastaban el refrigerador, que despoblaban la cueva de los vinos, que discutían interminablemente, en el ahora “salón de danza” del quinto piso, que dudaban de la validez de Los Ilustres Apellidos y que barajaban martha graham y gloria contreras; josé limón y paul taylor; merce cunningham y xavier francis; bodil genkel y anna sokolov, y que insistían en subrayar (Mina lo discutía conmigo con tal ardor que podía pensarse en un pleito personal entre ella y yo) la superioridad indiscutible en lo que a expresión plástica se refiere entre la danza entendidacomoformaritualy eternadedeciry esas simulaciónacartonada que es el clásico tradicional;

y una noche que llego temprano, porque a última hora se ha suspendido la junta en el Salón Fotográfico, escucho la música que trasciende los límites de la casa, se esparce por la calle (como hoy los ladridos de mis perros), me sale al encuentro en la avenida, y decido asomarme para ver quiénes son, más bien: cómo son, ahora, los amigos de entusiasmo de mi hija: esos muchachos, esbeltos, amanerados y morenos, y esas chicas con algo de andróginas, que he visto de lejos, pasando rápidamente como si se escondieran; y la música que tienen sonando al máximo en el tocadiscos portátil encubre mis pisadas, disimula el rechinar de los peldaños de madera, y nadie advierte mi presencia; nadie, abstraídos todos como están en su tarea, se da cuenta de que estoy mirando, estupefacto, a Mina;

sí,

a una Mina desconocida, hermosa, flexible y transpirante que se revuelca en el suelo, que somete sus músculos a la tensión que les exige el que ha de ser su maestro; que está, así me parece, casi desnuda, cubierta apenas con un calzoncito y un sostén pequeñísimos;

una Mina que no es ya, y me asusta admitirlo, la nenita que tropezaba en las mazurcas de los festivales del kindergarten; que sobresalía en la competencia de valsés de la secundaria; que es, y reconocerlo remueve dentro de mí no sé qué secretas memorias, una mujer, una joven, apetecible mujer de dieciocho años que se agita como si estuviera copulando intensamente; que debe gozar el deleite de sentirse deseada, violada por los muchachos y las muchachas que la rodean y que sin enmarcarla, la enmarcan; que no sabe, porque no me ha visto, que la miro a ella con

los mismos ojos con que miro a las jovencitas que van a dejarse ver, desnudar, sobar, en los cafés de la Zona Rosa a los que asisto, un par de veces por semana, a practicar con cierta hipocresía ese juego de *window-fucking* al que se nos destina a cierta edad;

y me irrita (señal de subdesarrollo moral, habrá de decirme ella cuando discutamos el asunto) que mi hija, que Mina, olvide el pudor que le fue inculcado, la austeridad luterana en que su madre y su abuelo con palabras y ejemplo la criaron, y se muestre, se entregue así, impúdica y lujuriosa, a la curiosidad, ¿de quién, si no de mí, el único que la envuelve con ojos lúbricos?

—Lo que pasa —me lo dice desde la distante otra cabecera de la mesa— es que te hace falta, como ya te he dicho otra vez, casarte de nuevo; o tener una amiga *steady*... Estás joven, eres guapo, tu cuerpo necesita *todavía* ciertos alivios...

Me escandalizo. Descargo el puño en el nogal de la mesa. Tintinean copas y platos:

—Niña... Mina, ¡qué palabras!

La veo levantarse. No quiero mirarle los senos que se le mueven dentro de la camisa de muselina blanca; no quiero mirarle los pezones que me apuntan a los ojos como índices, cuando se echa sobre mis piernas, igual que lo hacía en sus tiempos de bebita.

—Eres un viejo lindo, papá. Y no veo por qué has de privarte de lo que la vida tiene para ti... ¿Sabes? Si no fueras mi padre...

Detengo sus palabras con la mano. Siento en la palma una suave mordida. Cuando le permito hablar:

—Te han visto en la Zona, pillín; y te han visto comiéndote a las nenas... A una amiga mía la seguiste cuatro cuadras la otra tarde. ¿La recuerdas? Minifalda de cuero blanco, camisa magenta unisex, muy untada al pecho. ¿Te dice algo...?

Sé ahora, positivamente, que el rubor me enciende; el rubor que traiciona mi seriedad. Sí; era una muchacha con una minifalda de cuero blanco, pechos crecidos, nalgas provocadoras. No fueron cuatro, sino seis las cuadras sobre las que arrastré mi libido siguiéndola.

—Es normal que te gusten las muchachas, papá. Me alarmaría, créeme, que no... —Me pone el pulgar bajo el mentón; me alza la cara; me exige mirarla—. ¿Acaso no de cuando en cuando te descarrias un poco, eh?

—Mina, quiero advertirte...

y pienso en la sofocada alcoba de ese departamento casi-burdel al que asisto, una o dos veces cada mes, para hacerme servir por jovencitas no mayores que Mina; chicas con las que juego una media hora al cunnilingus; de las que recibo, si la promesa de la propina es crecida, la manipulación inhábil, dolorosa a veces, de la fellatio intentada sin experiencia ni entusiasmo; y rechazo esas representaciones de lo que Mina llama mis “descarriadas” y me pongo la máscara de padre adusto, de hombre que ve anulado su rango por la familiaridad con que su interlocutor lo aborda:

—Sería bueno que anduvieras menos desnuda delante de...

y ella me interrumpe, salta de mis rodillas, se aparta unos pasos; se unta las manos a los flancos, sensual, lentamente, con la manifiesta intención de una bailarina de burlesque:

—¿No soy bonita, papá? Anda, dímelo. ¿Soy bonita?

—Sí.

—¿No te parece que es mucho egoísmo, si me hiciste como soy, impedir que otros me vean? —Torpe, no quiero seguir su broma. Me endurezco—. ¿Por qué ese horror a la desnudez, papá?

No tengo argumentos con qué rebatir los suyos. Apelo a mi autoridad:

—Te ordeno que... ya lo sabes...

Lanzo la servilleta sobre la soledad del nogal de la mesa y corro a esconder mi confusión y todo lo que Mina ha sacado a flote en el pantano que soy, a la zona secreta donde nadie, ni ella, accede; a estos cuartos de fotografía, de radio, de mecánica, en los que habré de vivir desde esa noche (comienza mi primer torneo de ajedrez a control remoto) en los que sigo viviendo ésta, en que Mina es sólo un recuerdo, lo que duele en el centro de la herida.

Me aparto del árbol. En la perrera, al sentirme, gruñen, ladran, juegan los Doberman. Recojo en las manos el calor de su aliento, el golpe húmedo y repetido de sus lenguas. La ciudad está mojada; la respiro así, limpia, pura, vegetal —un olor, el de esta noche, que ya rara vez se recupera. Camino, despacio por los senderitos de grava púrpura que se entretejen en el jardín. Desde que salí, desde que me encuentro en este silencio, han estado pulsando como lo hacen a partir del oscurecer, las luces verde y roja del emblema que corona el edificio de oficinas que han plantado, no lejos de aquí, sobre terrenos que pertenecieron en años ya remotos a don Guillermo; y no quiero mirar esas luces, ese rojo que sucede al verde, ese verde que atropella al rojo, porque si las mirara ¿entiendes, Mina?, tendría que darles un sentido, tendría que recordar otras luces, una, roja; otra, verde, que chisporrotean en el cielo de la tarde, que son una señal...

Y no quiero, Mina, no quiero, créeme, pensar en eso, todavía; sobraré tiempo para los recuerdos amargos, para el rencor;

prefiero, hoy, esta noche,

hacer lo que ya casi nunca hago: visitar la casa; penetrar en su soledad que de noche se agranda; que de noche, como hoy, asusta; y estoy aquí, en el comedor, y los ruidos que picotean el silencio son los de los tacones de tus zapatos que se dirigen a la puerta por la que acabo de entrar, y es tu voz la que anuncia, con el desenfado que me enojaba y me vencía:

—No me esperes, papá, volveré tarde; hay ensayo, ¿sabes?, y después iremos al café a discutir las cosas...

y yo, que hubiera querido acompañarte, recomendaba que te cuidaras, que no te expusieras a ningún peligro, y lo que estaba diciéndote, queriendo decirte, Mina, era que no fueras a buscar con algún muchacho el peligro que las chicas encuentran siempre en la soledad; y veía, ¿cómo evitarlo?, la provocación de tus esbeltas caderas, la alegría con que te marchabas moviéndote, y te pensaba como te estoy inventando en este momento,

desnuda a medias,

sudorosa,

única habitante del mundo construido por tus sueños,

danzando, con los pezones endurecidos, los muslos tensos y brillantes, cumpliendo el ritual de tu repetida entrega a mi deseo, a mi lubricidad que me avergüenza pero que no lamento;

y al encender la luz se esfuman las imágenes imaginadas, y queda ante mí, solemne, suntuoso, vacío, el comedor de la casa: las grandes vitrinas que contienen la vajilla venerable; el armario en el que se alinean los veinticuatro idénticos tarros para beber cerveza; el trinchador en el que se acumulan los tenedores, cucharas y cuchillos de plata que ya nadie usa.

Me repliego hacia la oscuridad que he producido al apagar el candil de prismas; retrocedo, sin dejar de darle la cara al misterio que la oscuridad representa, hacia la

salida, y rápidamente cierro la puerta, y la llave gira dos veces, también rápidamente, y recuerdo que Frau Emma tiene órdenes de nunca abrir, lo que se dice nunca, las ventanas, las puertas, las claraboyas de la casa, porque no quiero que el tiempo pasado, ese de los recuerdos, las risas, las voces, el murmullo de las lágrimas, el jadeo del placer, la música pomposa, se escape, se rompa, se corrompa. El tiempo pasado (ahora sé que es el mejor y más alegre de mis tiempos) debe permanecer guardado; siempre disponible para mí como lo estuvo, también siempre dócil, la vaga mujer que don Guillermo me entregó para que a cambio le diera el único (a) nieto (a) que conoció —última vida de su sangre

*sangre nacida para morir entre la sangre
sangre destinada a volver al origen de la sangre
sangre llamada a ser sangre de la sangre*

de los que fueron al encuentro de la muerte en la trampa de la plaza; y las voces, los ayes, las blasfemias hablan de eso, de lo que no quiero recordar: de sangre, de lo que evoca lo rojo del emblema; el escudo-neón que esparce su luz en la azotea del edificio de enfrente; una luz sangre que ha de estar bañándome; una luz que / *“Les dije a todos que la plaza era una trampa, se los dije. No hay salida. Les dije que no había ni por dónde escapar, que nos quedaríamos todos encajonados allí, cercados como en un corral. Se los dije tantas veces, pero, no.. .”*

y un violento borbotón de saliva se derrama, ácido y amargo, o quizá solo ácido, o quizá sólo amargo, dentro de mi boca; y descubro que ése es el sabor de la cólera, el gusto de la ira, y quisiera tomar la Parabellum que mató en Europa, que seguramente ya ha matado en México, y correr con ella hacia la jaula y descargar sus nueve balas sobre la carne del hombre que tengo cautivo, pero, igual que sucede cuando invento los placeres que mi cuerpo disfruta en la soledad, me someto a la disciplina, apaciguo mi ardor, olvido, y me siento fatigado, desmadejado, ser sin voluntad (esto es, sin memoria) que vuelve al lugar del que ha salido y que pone en marcha un nuevo carrete de cinta, el que se inicia con el

*efecto sonoro
de un helicóptero,*

del mismo que volaba, una y otra vez, apenas por encima de la copa de los árboles. Por medio de un desplegado que publicaron los diarios, el Consejo Nacional de Huelga llama al pueblo para que participe en una gran

MANIFESTACIÓN DEL SILENCIO

Nadie cree que sea efectiva. Todos temen el fracaso. ¿Cómo controlar la compostura de miles de estudiantes, de miles de muchachos para quienes el ruido, y el grito y la risa son medios naturales de expresión? El Movimiento se juega un albur. Los más jóvenes se precaven: la tela adhesiva con que se amordazan demuestra su voluntad de someterse a la disciplina rigurosísima del silencio.

*“Ha llegado el día
en que nuestro silencio
será más elocuente*

que las palabras que ayer acallaron las bayonetas...”

Es viernes. Por coincidencia día 13. Un mes hace que una manifestación, ruidosa y combativa, tomó el Zócalo. Hoy el objetivo es el mismo. Plaza de la Constitución.

Siempre tierra de nadie, que esperamos convertir este viernes 13 de septiembre de 1968 en otra vez, como debe ser, de todos.

NADA CON LA FUERZA — TODO CON LA RAZÓN

En los alrededores del Museo de Antropologías allí donde empieza o termina, según se vea, el Paseo de la Reforma, van juntándose lentamente, sin prisa, con desconfianza unos, con cierta curiosidad otros, los que habrán de componer la columna del silencio.

LUCHAMOS POR LOS DERECHOS DEL PUEBLO MEXICANO

hemos sido tolerantes hasta extremos criticados

LUCHAMOS CONTRA UN RÉGIMEN DE INJUSTICIA Y POBREZA

pero todo tiene un límite

NO MAS BAYONETAS

y no podemos permitir que se siga quebrantando irremisiblemente

UNETE PUEBLO UNETE

el orden jurídico, como a los ojos de todo mundo ha venido sucediendo

LIBERTAD A LA VERDAD ¡DIALOGO!

tenemos la ineludible obligación de impedir la destrucción de las fórmulas esenciales, a cuyo amparo convivimos y progresamos

PUEBLO Y ESTUDIANTES UNIDOS, VENCEREMOS

Para que no haya dudas, para que no se diga, después, que la Marcha del Silencio es una provocación, la Coalición de Profesores hace saber:

“Como todas las manifestaciones anteriores ésta se desarrollará dentro del mayor orden, sin ánimo alguno de enfrentar a los manifestantes a Gobierno, por lo cual hacemos a este responsable de los disturbios que en la misma tengan lugar.”

El tiempo parece no transcurrir, pero el tiempo no se detiene, como tampoco el fluir incesante de los que se acercan, de los que agregan su unidad, su presencias a la de quienes han llegado antes. El cuerpo crece, la columna empieza a adquirir forma. En las calles adyacentes al Museo buscan acomodo los centenares de vehículos que llegan transportando muchachas, muchachos; hombres y mujeres de toda edad. El pesimismo mengua. Aumenta la confianza en que, después de todo, pese al secreto temor a que la Marcha del Silencio resulte un fracaso político y de organización, las cosas sean de otro modo; como al Movimiento le conviene. Es preciso que el pueblo, que en cierta forma se ha mantenido al margen, vea que los estudiantes son capaces de luchar por la justicia en la que creen.

MÉXICO OFRECE AMISTAD
LO IMPORTANTE NO ES TRIUNFAR SINO COMPETIR
TODO ES POSIBLE EN LA PAZ

*(“Reiteramos que nuestro Movimiento se independiente de la Celebración de los
XIX Juegos Olímpicos y de las Fiestas Civica Conmemorativas de nuestra
Independencia, y que no es en absoluto intención de este Consejo obstruir su
desarrollo en lo más mínimo
Reafirmamos además que toda negociación tendiente a resolver este Conflicto,
deberá ser
pública.—C NH)*

La Cinta sigue pasando y el Hombre, nuestro Hombre, al que hemos asediado durante meses, escucha a oscuras, en el apretado vientre de la tiniebla, la voz de la sabiduría:

(—Los problemas de los jóvenes sólo pueden resolverse por la vía de la educación, jamás por la fuerza, la violencia, o la corrupción...)

*Una y otra vez
el helicóptero seguía volando
por encima de las copas
de los arboles/*

Mítico animal, la columna genera la fuerza que impulsará su movimiento. Impresiona, no por lo crecido del número de los que la integran, sino por el silencio riguroso, increíble, al que éstos se ajustan. Y la gente los aplaude, la gente se suma a ellos, la gente participa. El silencio es ovacionado. La ovación que se desgrana en cada calle, en cada cruce de avenidas es el homenaje que al silencio se le tributa. En ese momento los muchachos muestran su madurez. La mayoría de ellos crece a nivel de hombre.

EL MUNDO SERÁ DE LOS CRONOPIOS O NO SERÁ

El silencio constituía el más directo, el más demoledor, el más expresivo de los discursos. Un discurso de gestos severos, de rostros secos y revueltos, de viriles actitudes. Un discurso dicho en síntesis, por las mantas

LA VICTORIA SERÁ NUESTRA COMO SEA
LIBERTAD A LOS PRESOS POLÍTICOS
DIA-LO-GO DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO DIÁ-LO-GO
TODO ESTUDIANTE CON VERGÜENZA
ES REVOLUCIONARIO

subrayado por el gesto, por el ademán que habría de convetir en símbolo del Movimiento: la mao en alto; los dedos índice y medio formando la V de “Venceremos”

Circulan los volantes que el Comité Nacional de Huelga ha hecho imprimir:

“Pueblo mexicano: puedes ver que no somos unos vándalos ni unos rebeldes sin causa, como se nos ha tachado con extraordinaria frecuencia.

(_Flojos, mechudos, buenos-para-nada...

—¿Estudiantes? Bah: huevones, depredadores...

—Lo que sería interesante es saber quién da el dinero para que los estudiantes agiten

—El que sean estudiantes no les da derecho a cometer tropelías...

—Si por mí fuera, los rapaba a todos y los ponía a trabajar.)

Puedes darte cuenta de nuestro silencio, un silencio impresionante, un silencio conmovedor, un silencio que expresa nuestro sentimiento y a la vez nuestra indignación.”

El pueblo añade sus pasos a los pasos de los miles que marchan, puliendo el pavimento. La ciudad se estremece hasta la última de sus fibras. El Movimiento, más con el silencio que con los gritos, está expresando sus ideales. Su ejemplo es imitable. Su lección, para ser aprendida, admirada. El gobierno, si llegare a atacar, ¿podría inventar la excusa de las injurias? O, ¿no será acaso el silencio la peor de las injurias que pueden proferirse contra un gobierno que usa la palabra para esconder la verdad?

LAS GRANDES MENTIRAS NO RESUELVEN LOS GRANDES PROBLEMAS

*(¿Cómo pudieron inscribir,
en el costillar de un amarillo
perro callejero, la exigencia:
“Muera el Jefe de Policía. . .“?)*

La Vanguardia del silencio ocupará el Zócalo alrededor de las veinte horas; dos después, estarán entrando los últimos de los casi 300 mil manifestantes. Pero en el Zócalo, Plaza Mayor, Aposento de Símbolos, las lenguas serán desatadas. Las lenguas fustigarán:

—No nos afectan los ataques, las injurias ni la represión. La historia nos pondrá en su sitio a cada cual. Se nos acusa de intransigentes y lo cierto es que el Gobierno ha escamoteado la verdad al pueblo. El intransigente es el Gobierno que pretende discutir los problemas del pueblo a espaldas del pueblo...

En la grabadora quedan sus injurias; las patadas con las que está agrediendo los barrotes de la jaula; los gritos desaforados:

—Callen esa mierda, cabrones; ¡caaaallenlaaa..

LIBERTAD A LA VERDAD ¡DIALOGO!

(La voz del Consejo Nacional de Huelga:

—Hemos planteado siempre y en todo momento que queremos solucionar el conflicto; que para ello iremos al diálogo en cualquier momento, bajo las circunstancias que el Gobierno exprese. Una sola es nuestra exigencia: que ese diálogo sea público, ante toda la nación, y que no se pretenda intimidarnos con tanques y policías/

*el helicóptero
sigue vigilando el silencio
que debajo de él avanza/*

Hasta hoy no hemos recibido otra respuesta que el aumento de la represión, las amenazas y las calumnias que pretenden cambiar la opinión pública y volverla desfavorable a nosotros. El orden para la celebración de los Juegos Olímpicos

está al alcance de la mano... El Gobierno puede solucionar este prolongado conflicto cuando quiera. Nosotros siempre hemos estado dispuestos a hacerlo...")

En la cinta quedan atrapadas las palabras que grita, los puñetazos con que castiga los hierros inmovibles:

—Ustedes... Gentes, eh, callen esa basura... Cállenla. ¡Cállenlaaaaa!

Lo torturo. Aumento el volumen. ¿Llegará a reventar, de tantos ruidos que la colman, la celda que aloja al prisionero?

EL PUEBLO NOS SOSTIENE,
POR EL PUEBLO ES QUE LUCHAMOS

El silencio, sentado en la piedra gris que cubre el Zócalo, escucha: alguien está diciendo que el Movimiento Estudiantil ha calado hondo en la conciencia del pueblo, de un pueblo que:

— . . .lucha para decidir la alternativa de si debe existir o no la libertad, si existe o no la justicia, si existe o no la democracia... Esta lucha ha producido cambios que son irreversibles... Este pueblo ha visto la luz y no debe dejar que vuelvan a ponerle vendas en los ojos. Ha probado que tiene fuerzas y vigor para rescatar lo que se le ha arrebatado... Hemos comenzado la tarea de hacer un México justo... Esta página es limpia y clara... Estamos demostrando que hay millones de mexicanos honrados puestos a llegar hasta el sacrificio...

Cuando el mitin llega a su final, y en el recuerdo queda solamente la imagen:

chac,

chac, tijeras,

chac, las aspas del helicóptero cortan

chac, por encima de las frondas de los árboles

chac, las profundas raíces del silencio,

en la oscurecida Plaza Mayor arden, brillantes unánimes, cientos de miles de antorchas improvisadas con papel periódico; símbolo, allí que es Lugar de Símbolos, del nuevo amanecer profetizado; prefiguración de las veladoras a cuya luz, el dos de noviembre próximo, habrá de orarse frente al cadáver de una juventud;

y en el interior de la cinta queda, después de que ha concluido el relato, el eco interminable, terrible, enervante, de los pasos, pasos, pasos recogidos por mí en las calles, en los templos, en los almacenes; pasos que suben y bajan escaleras; que hacen guardia frente a La Casa de los Poderes que desfilan en la parada militar del Día de la Independencia o en la parodia deportiva del Día de la Revolución; pasos de soldados en guerra, adquiridos en tiendas especializadas en efectos-de-sonido; pasos de la Wehrmacht pisoteando sucesivamente la libertad de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Francia; pasos deteniéndose ante la renuencia de Stalingrado, apagándose porque el frío los congela; pasos de cortejo fúnebre, de procesión de capirotos sevillanos (el largo ¡aaaay! de la saeta repite el dolor de los que están muriendo); pasos que hacen rechinar las secas duelas de encino; mis pasos de borracho que tropiezan buscando, con la razón perdida ya en dos horas de coñac, el sitio blando, el sitio firme, la cama (y el suelo a veces) donde tenderme, donde olvidarme del recuerdo, igual de atroz que de tenaz, de recordar a Mina muerta, a Mina viva, a Mina muerta en vida esa tarde, casi noche, que nos divide; pasos, pasos, pasos, vigilados por el helicóptero; lanzados, como piedras, contra los hombres que los perseguían con sus máquinas de guerra, con sus órdenes ciegamente obedecidas; pasos de prisionero idénticos a los

pasos que la otra grabadora está anotando en el documento sonoro con el que deseo contribuir a que sea más comprensible la historia de nuestros días, la historia de este acto de justicia nunca antes intentado en un país maravilloso que llega al cinismo, o al humor involuntario, de ceder los muros de su Corte Suprema para que en ellos el genio de un pintor represente a la Justicia que se supone que esa Corte imparte, como una puta ebria y despannancada. Y mientras el rebumbo de los pasos lo atropella: mientras se sonido, regrabado y vuelto a grabar lo ataca y lo lastima y lo aplasta, reanudo mi intromisión en las frecuencias de la radio policiaca, y quince minutos de búsqueda, de escucha atenta, dejan en mi ánimo algo que podría ser cólera pero que es, en el fondo desencanto, estupor. El aire que tan concienzudamente he filtrado, está tranquilo. No lo agita ninguna conmoción —que sería natural si los grupos policiacos tuvieran ya conocimiento del secuestro.

No es necesario que las ondas sobre la ciudad se estremezcan con alarmadas voces de locutores gritando ante sus micrófonos que el personaje ha sido tomado preso por una banda de secuestradores; no es necesario tampoco que los canales de la policía se congestionen con gritos, órdenes y alertas; menos es de esperarse que se convoque a todas las patrullas y se les envíe a rastrear, milímetro a milímetro, la apretada cuadrícula de la urbe; mi largo contacto con la policía a través de su radio me ha enseñado a interpretar, más que las palabras, el sentido que éstas tienen. Así, muchas veces he sabido que algo importante, grave o trágico ha ocurrido o está ocurriendo por un cierto desorden que se origina. No se produce aún esa arritmia; no advierto, paliada por el disimulo, la tensión que siempre termina traicionando a la discreción. El aire que la policía domina, que le pertenece a sus autos, está en calma, como si a eso de las cinco de la tarde no hubiese sido raptado, casi a las puertas de su club de golf, un hombre, un Nombre de primera línea.

Le lanzo cuatro reflectores simultáneos: uno desde cada ángulo de la habitación en la que ha sido plantada la jaula, y él se mueve apenas; apenas demuestra que siente las potentes luces. Lo espío. Se ha tendido sobre el piso de tierra; sus manos asen, de un modo que me parece desesperado, los barrotes; floja, su cabeza cuelga entre los brazos. Sí, está jadeando; sí, transpira como si hubiese corrido o realizado un agotador esfuerzo físico; sí, exhibe un enorme cansancio igual que si durante horas hubiese añadido sus pasos a los pasos infatigables que las bocinas siguen vaciando a cubetadas dentro de lo que es celda y quizá mañana sea cadalso. Los pasos seguirán, calculo, ciento ochenta minutos más. Cuando los he oído, cuando he repasado el carrito que contiene la cinta en la que esos pasos son pulsaciones sonoras, he terminado por desesperarme; quisiera, Mina, que los oyeras tú también, que comprendieras por qué elegí el eco de pasos, de pasos como final y prolongación esa marcha del silencio tan magistralmente narrada; pasos que avanzan no sobre una ciudad, sobre las calles de una ciudad, sino que se inmovilizan en un mismo sitio del recuerdo, que insisten allí, que se repiten, que insisten, que se repiten, que enloquecen, que te hacen enloquecer... y eso, Mina, es lo que busco: enloquecerlo con el ruido del dolor, de la muerte, del terror; llevarlo, a través del ruido, al ruido original, al que tú conociste; a ese ruido en el que te mataron... Que oiga, Mina, que oiga lo que tú, lo que tus compañeros de muerte, los que nunca fueron contados, oyeron en su momento. Que oiga esos

pasos-granadero,
pasos-guante blanco,
pasos-soldado,

que oiga, que oiga, que oiga los pasos del silencio y del odio;

y

ya no puede defenderse, ni de las luces ni de los ruidos; ha renunciado; sus dedos no se aferran más a los barrotes; sus brazos no protegen sus oídos; apoya la cabeza en la reja; derrama sus manos flojamente, palma arriba, sobre la tierra. Es asombroso ver cómo se han deteriorado su altivez y su figura en el corto tiempo que lleva aquí. Su ropa es una arruga, una sola, continua arruga; la piel de su rostro, un papelillo desvaído. Diríase que ha permanecido meses en uno de esos pudrideros a los que antes el Gobierno enviaba a reflexionar a sus enemigos.

A veces el Gobierno se equivoca y encierra a inocentes; las más los encierra también, a sabiendas, Y los somete a complicados, larguísimos procesos, a diligencias que pueden no acabar nunca o concluir de un día para otro, si por razones de política, Las Grandes Potestades deciden, sin más, dejar que el enemigo se marche, y así, Mina, encuentras en las páginas de cualquier diario una declaración como ésta, suscrita por un periodista de otro tiempo que cometió la torpeza, a pesar de ser viejo, de creer que disentir es un privilegio: *“Yo no fui Puesto en libertad por un acto de justicia. Me echaron a la calle para que muriera fuera de la cárcel, aunque fuese en la acera, porque el gobierno no quiere un muerto político, sino presos políticos.”*

¿Nos habremos equivocado nosotros al decidir el secuestro del hombre al que ahora, apagando las luces, abandono a la tristeza de la penumbra? Escogerlo a él, lo sabes, no fue decisión mía; sí, unánime acuerdo del grupo; ese grupo que fui formando poco a poco, luego de infinitos titubeos y recelos, cuando me pareció injusto que tu sangre y la de los que murieron contigo fuera a quedar sin justicia.

¿Quién es el responsable?

¿quién debe pagar por tanto llanto?

¿a quién exigirle las respuestas que aclaren la barbarie?

¿en la cuenta de quién anotar esta deuda de sangre?

Cada uno de los seis propuso un nombre: el nombre de *su* propio culpable. No todas las opiniones coincidían, tal vez porque los seis son diferentes. Bien sabes, Mina, que aunque el dolor iguala a quienes lo sufren o de una forma u otra lo comparten, no siempre los hace pensar del mismo modo, ni atribuirle el que padecen en conjunto (como es el caso ahora) a una misma persona. Es difícil que un obrero (Lunes) que escasamente aprendió a leer y a escribir y que vio morir a su mujer embarazada y a su único hijo de tres años, reaccione de la misma manera que un talentoso médico homos al (Miércoles) que no pudo impedir el asesinato de su madre viuda en el interior de un departamento del Edificio Chihuahua; ni menos puede suponerse que un estudiante (Martes) a quien un Guante Blanco le mató de dos balazos a la hermana herida que se arrastraba hacia una ambulancia, tenga el mismo sentido del rencor que un hombre en sus cuarenta (Viernes) al que el Batallón Olimpia le impidió rescatar a su padre de entre las llamas y el humo que calcinaban y asfixiaban el doceavo piso. Es imposible, aunque los lastima en igual medida, imaginar que el odio de una maestra (Sábado) que recibe el cadáver de su hijo con la boca taponada por sus propios genitales, pueda parecerse al que no olvida Jueves cuando, después de encontrar al hermano que acaba de ahorcarse, lee la carta en la que éste le revela cómo nueve individuos lo violaron en quién sabe qué innominado cuartel, “para que se te quiten las ganas, cabroncito agitador, de andar queriendo tirar al Gobierno”;

pero, no obstante lo válidos que son, ninguno de esos dolores, de esos odios, pueden ser comparables a los míos: padre que te perdió en la plaza, que te recuperó entre los muertos; que cada día, desde el último que te vio, te hace nacer en su

memoria, te recrea y te embellece, te ama y te protege de la acción destructora del tiempo: de la vejez y de todo lo que de triste tiene vivir.

Con sus respuestas, el grupo no alcanzaba la unanimidad que le exigía mi conciencia. Tres veces pretendí esa unanimidad y tres veces no la obtuve. Quizá fuera limitarlo demasiado solicitarle un nombre, un solo apellido. Propuse que escribieran una terna y, curioso fenómeno de asociación, cinco de los seis papelitos que en días y lugares diferentes me fueron entregados, aparecía

*El Nombre
del Hombre*

que tengo en la jaula; el nombre del hombre que yo, caudillo y organizador del grupo, también tenía en mi propia lista. La voluntad había sido expresada. Se lo comunicué a cada uno; todos estuvieron de acuerdo. Se emprendió la búsqueda, el acoso, la vigilancia, la cacería, el asedio; se le dio forma 'y movimiento a la venganza que, capturándolo, deseábamos tomarnos para que nada (compromisos políticos, solidaridad de clan) entorpeciera la acción - la justicia; de la única, verdadera justicia —la que por nuestro conducto demandan nuestros muertos.

El tiempo no tiene prisa esta noche. Pasan apenas los primeros minutos de las nueve. Casi dos horas habrán de transcurrir antes de que pueda consultar los noticieros de la televisión. No quiero seguir recordando, fatigándome con el recuerdo y con el odio que el recuerdo aviva. Estoy nervioso yo, calmo por naturaleza, que cultivo hobbies que exigen control y mucha paciencia. Necesito, supongo, hacer algo, entretenerme haciendo algo. Tal vez convenga ilustrar con imágenes el testimonio que estoy construyendo con sonidos. ¿Por qué no ocuparme en tomarle fotografías?

Enciendo ahora nada más dos luces que convergen en el centro de la jaula, de tal modo que el Hombre no pueda esconderse en la sombra como lo estoy yo, como lo están las siete sillas que ocuparemos los que habremos de enjuiciarlo, mañana o más tarde. La grabadora registra lo que él dice, el monólogo desesperado, las preguntas a las que le responden o mi silencio o el click, click, click de la cámara cuando en el pentaprisma veo dibujarse un gesto interesante, una expresión significativa. Es de suponer que sólo las mujeres con las que se acuesta han visto así de nítida la piel de su cara, las arrugas de su cuello, el castigo de la edad alrededor de sus ojos. Supones por la forma en que habla y los términos que emplea, que somos muchos, o por lo menos más de uno, los que estamos en este lugar. Lo supuso así las veces que menos increpó mientras oía las cintas. No se dirige a una persona, a mí; se dirige a todas; a un "ustedes" que reitera, que lo obsesiona, como lo obsesiona saber si somos:

¿comunistas?

fidelistas?

¿guevaristas?

¿maoístas?

¿muristas?

¿panistas?

¿de la CIA?

o

¿hijosde.puta-del-Gobierno? —y si no somos nada de todo eso, ¿qué somos, a qué organización pertenecemos, qué político pagó para que lo secuestráramos? ¿Seremos acaso, inaugurando un nuevo estilo de acción directa en México (una acción sólo permitida a los grupos secretos de choque del Estado) guerrilleros del asfalto? ¿o nada más, y una esperanza brilla en sus ojos, delincuentes comunes, una gavilla de

sudamericanos fulleros y asaltabancos, colombianos de preferencia, que ha decidido hacerse de buena plata a cambio de su libertad?

—Podríamos hablar, podríamos arreglarnos. Dígan cuánto y veríamos la manera de...

Habla, habla, habla. Las palabras son dócil a su imaginación: las domina, sabe usarlas. Ha trazado un plan, él, que ya no puede organizar ninguno. Si la suma es razonable...

—No soy rico, ustedes deben saberlo... Tengo algo, sí, menos de lo que la gente, gustosa de exagerar, me atribuye...

Ya no me interesa oírlo. He terminado de exponer los 36 cuadros de película. Protegido por la oscuridad a la que ahora le está hablando el hombre al que acabo de fotografiar, paso al cuarto de radio. Mientras descargo la cámara sin decidirme a revelar enseguida el rollo o hacerlo más tarde, la grabadora continúa acaparando palabras que forman frases que forman promesas de perdón, ofrecimientos de impunidad a los que estemos comprometidos en su secuestro si le permitimos volver a los suyos que estarán inquietos, preocupados, temerosos, imaginándose lo peor: que esté muerto, por ejemplo; muerto por los que pudieran ser sus enemigos... Se interrumpe. Parece que, de pronto, ha llegado a la conclusión correcta:

—No es dinero lo que buscan, ¿verdad? ¿Es cosa política, no? Por eso las grabaciones, ¿eh? ¿Quieren presionar al Gobierno, cabrones, canjearme por los que están en la cárcel desde el 68? Pero, ¿por cuáles si ya los soltaron a todos..? ¿Eso quieren?

Y como nadie le responde, porque los que podrían responderle aún no han sido convocados, se irrita, y por unos minutos es una desesperación enjaulada; y luego, sólo un sollozo, una certidumbre:

El Gobierno no aceptará ningún chantaje. Dejará que ustedes me maten... conozco a sus gentes. Se que eso harán...

Tomar fotografías, examinar los goteantes negativos imaginar las ampliaciones que obtendré de ellos, ha sido siempre para mí una actividad placentera; esta noche, ese placer será mayor porque cuando concluya el proceso y las imágenes queden impresas en la copia de contacto podré al fin, por primera vez, enfrentarme sin turbación a los gestos del individuo que ha dejado de agitarse dentro de la jaula; por primera vez podré ver la máscara que es su rostro: los ojos, la nariz, los pómulos, las mandíbulas que componen su apariencia; los labios que encubren sus dientes, y me sorprendo pensando que lo odio menos de lo que debiera;

menos de lo que podría esperarse que lo odiaría el hombre que lo acusa, así él no sea el autor material, del asesinato de su hija. Tal vez, y detengo mis pensamientos para que no se desborden, seamos injustos; tal vez nos estemos abrogando derechos de justicia que a Dios incumbe ejercer. ¿Acaso él quiso deliberadamente matar a los que murieron? ¿acaso no fue él un mero instrumento de otros que en su turno lo fueron del Destino? Yo mismo, de estar al servicio del Poder, de ser el Gobierno, ¿habría procedido de modo distinto a como él procedió Las órdenes, ¿pueden ser desoídas? Si una hija mía no hubiera muerto, ¿estaría culpando a éste y a los otros a los que hago responsables del vacío, del rencor en que vivo —o estaría, como tantos, aplaudiendo la mano firme, la mano dura, la mano recia que el Gobierno del 68 demostró tener cuando apaciguó a los motineros? ¿Qué dije a Manolo Ribeiro, el amigo madrileño del que obtuve la noticia de que otra noche triste acababa de ser vivida, sin yo saberlo, en mi ciudad?

—Si les dieron una felpa, bien merecida se la tenían por revoltosos. Ya era tiempo de que el Gobierno pusiera en paz a tantísimos insolentes...

Desde un tiempo diferente al que yo estaba viviendo (las diez de la mañana para él, en su estudio de Madrid; las tres del amanecer anterior en una casona solitaria de México-capital, para mí) Manolo Ribeiro, que me escuchaba discutir con otro amigo radioaficionado de Cali una jugada famosa de Capablanca, insertó su voz en nuestro diálogo:

—Aló México... Aló México... Aquí, Ribeiro...

—Adelante, Manolo. ¿Cómo va todo por allá?

—Por acá, figúrate, como siempre... que no acaba de marcharse. ¿Y vosotros?

—Esperando la Olimpiada, el 12.

—¿Que habéis tenido una noche amarga de jaleo, no?

—¿En qué sentido, Manolo?

—Hombre, en que hubo heridos y muertos y el gran follón. Los diarios de acá, y supongo que los vuestros también, están que rebosan de noticias...

—Y me fue leyendo escandalosos titulares; y supe así que había habido en Tlatelolco un enfrentamiento entre estudiantes y policías, entre agentes provocadores y elementos del Ejército; entre el orden y el caos, y del mismo modo supe que los miles de balas que habían convertido en cernidor el aire lluvioso de la noche del 2 de octubre habían matado a varios y herido a más; todo eso lo supe como si no me importara, como si no me afectara:

—Esas cosas suceden, Manolo querido, y no puede uno evitarlas. Líos organizados por los comunistas, por los americanos, por los que gustes nombrar... ¿y sabes con qué fin? Para estropearnos la paz y la Olimpiada que tanto nos ha costado... Y si hubo muertos, ¡hala suerte, pero ellos se lo buscaron...

y así, todavía al margen del rencor y de la sangre, proseguí mi polémica con Cali, a la que fueron agregándose, como se agregó Ribeiro, otros solitarios de la noche que cubría, en ese momento, una porción considerable del planeta; una noche, igual de cerrada que esta que he provocado al apagar las luces del cuarto oscuro en el que se lava la serpentina de negativos.

Paso a lo que sin serlo es mi recámara; esta alcoba, contigua a los cuartos de fotografía y de radio, en la que vivo permanentemente desde la noche en que Mina no regresó. Faltarán unos cinco minutos para las once y el silencio se sacude cuando pasa, con el estrépito que trae de Nueva York o de más lejos, el jet de esta hora. He puesto el televisor a funcionar, y cuando todos los circuitos del aparato alcanzan el punto exacto de calentamiento, en la pantalla brota, surge, se materializa una mujer casi desnuda, de caderas suntuosas y espectaculares senos, que se agita, se enrosca, se hace y deshace delante de la cámara ofreciéndose a la codicia visual de quienes, como yo, han llegado a la extrema soledad de tener por única compañía un receptor de TV, y me parece increíble que un espectáculo como el que estoy presenciando (larga copulación sin macho a la que se entrega la mujer de las mas surrealistas) sea permitida por los que deciden lo que sí lo que no podemos ver;

por fin, con un retraso que explica la cantidad de anuncios que a manera de cuña se meten entre los programas, se inicia el noticiero. Los sucesos nacionales son descritos antes que la tediosa información sobre Vietnam, la permanente crisis árabe-israelí, los embates a China comunista por parte de los rusos y el descontento de los países de América Latina por las restricciones de orden económico con que Washington los extorsiona; sucesos nacionales que se reducen a:

—*El Señor Presidente de la República, esto...*

—*El Señor Presidente de la República, lo otro...*

—*El Señor Presidente de la República, lo de más allá*

y el lugar común “el -señor- presidente- de -la - república” reiterado por el locutor suena cada vez más a cosa hueca, huera, vaga, despersonalizada, abstracta. El Señor Presidente de la República; y recuerdo la letanía invariable de injurias o alabanzas que cada mexicano, político o no, dedica (según el lado en que se encuentre) al dios que mágicamente, en ciclos exactos de seis años, muda de rostro y, en ocasiones, de métodos;

cuando ya no quedan por este día mis que agradecerle al Señor -Presidente- de-la- República, cambio de canal y encuentro, no a uno sino a tres comentaristas que me dicen:

—*El Señor Presidente de la República*

—*El Señor Presidente de la República*

—*El Señor Presidente de la República* —sin que en sus palabras o en su expresión se advierta que tienen, para darla por sorpresa, la Gran-Noticia-del- Año. Las condiciones meteorológicas se mantendrán invariables el día de mañana; se nos desean sueños tranquilos y se nos recomienda, para disfrutar de una embriaguez más placentera y económica, el consumo de.

Esperaba encontrar los noticieros de la noche atestados de referencias al secuestro, pero los noticieros sólo han repetido las sosas informaciones de costumbre. ¿También a la televisión le han impuesto apretada censura? De no ser así, ¿por qué no se aludió al rapto? ¿será tan torpe la policía que aún no descubre el auto abandonado —o tan hábil que ya tiene a todos sus agentes y soplones, *madrinas* y verdugos, trabajando en la localización de quienes considere sospechosos de haber organizado el golpe?

Si descarta la posibilidad de que se trata de un secuestro “normal”, montado únicamente para cobrar un rescate, la policía tendrá que admitir que en la desaparición del personaje están involucrados otros intereses, fuerzas ajenas al mundo de la delincuencia, personas que con este primer plagio tratan de infiltrar el terror, el suspenso, el miedo entre los próceres de la política. Porque no debe escapar a la perspicacia de los investigadores que el cometido por Jueves y por mí esta tarde, es un acto largamente meditado, cuidadosamente organizado y profesionalmente consumado... ¿Por quiénes?

Con queso y rebanadas ya duras de pan de centeno, y una gran ración de coñac que me he servido en un vaso, me improviso la cena; alimento a mi estómago que ha estado devorándose a sí mismo desde las siete de la mañana, hora en que recibió, como último y único alimento del día, el par de huevos tibios y la tostada que constituyeron su desayuno. La radio policial sigue tranquila: llamadas de rutina, emergencias también de rutina.

Entre los que fueron lastimados en otros días por el prisionero estamos los miembros del grupo. La policía ha de conocer, sin duda, la identidad de cada uno. Podría apostar que ya rastrea en los legajos, que ya remueve todo el dolor que hay en los archivos, buscando los nombres de los deudos de quienes murieron en la plaza del Llanto; es posible que interroguen a cada uno, que lo atormenten: es posible que no, pues son muchísimos los que tendrían que apresar. Si alguno de los que componen mi gestalt fuera detenido, no importa; la seguridad del grupo está garantizada. Hablará, sí, de que un individuo que se hace llamar Domingo lo invitó a participar en el secuestro. Mas, ¿quién es Domingo? ¿dónde vive? ¿a qué se dedicas ¿cuál es su relación con

Tlatelolco? Podrán matarlo y no conseguirán que diga más de lo que sabe; esto es: nada, excepto una mentira en serie. pues:

ni me llamo Domingo

ni perdí a mi esposa en Tlatelolco

ni soy empleado del Gobierno.

Sólo eso saben los del grupo, sólo eso. Nada sobre Mina, nada que pueda poner a la policía sobre el rastro de un hombre que está tratando de vengar la muerte que más lo ha afectado, que no se resigna a que en la plaza se haya perdida la vida que más fue suya. ¿Quién podría asociar a Domingo, el viudo-sánchez, el viudo-pérez, el viudo-lópez, el viudo - rodríguez - martínez - hernández, con el padre de una muchacha cuyo segundo apellido, el extranjero, fue siempre erróneamente transcrito por quienes elaboraron la menguada lista oficial de muertos que apareció en los periódicos?

Más aprisa que otras noches el coñac está vencíendome. En ocasiones resisto durante horas sus efectos. Hoy, la ebriedad ha madurado antes de lo que esperaba. Siento que grandes zonas de mi cabeza están ya borrachas. Me veo tambalear mientras, desde el espejo, me miro lavándome los dientes; me oigo trastabillar así que me dirijo a la grabadora y coloco en ella una nueva cinta, la última del día que el hijo de la chingada que tengo encerrado en la jaula soportará toda la noche...

Los pasos, ahora, aplanan el silencio de la ciudad y el helicóptero ronda, amenaza —ojo que el gobierno envió a espiar a los que se dirigen hacia Zócalo. Las mantas son gritos en movimiento:

LIBERTAD A LA VERDAD: DIÁLOGO

Los volantes de mano explican a quienes los reciben cuáles son Los Seis Puntos cuya satisfacción exigen al gobierno los líderes del movimiento:

- 1. Libertad de todos los presos políticos*
- 2. Derogación del Artículo 145 del Código Penal Federal*
- 3. Desaparición del Cuerpo de Granaderos*
- 4. Destitución de los jefes policiacos*
- 5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto*
- 6. Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.*

Pasos. Pasos. Pasos. Tres segundos de pasos. Tres segundos de gritos:

MÉXICO- LIBERTAD- LIBERTAD A LA VERDAD DIALOGO- MÉXICO - LIBERTAD - DIÁLOGO

Tres segundos de helicóptero. Tres segundos de silencio, una voz, informando al país, desde el Congreso:

(—El orden jurídico no es una simple teoría ni un capricho; es una necesidad colectiva vital; sin él no puede existir una sociedad organizada. La policía, pues, debe intervenir en todos los casos en que sea absolutamente necesario. Las autoridades, siempre que sea preciso, la harán intervenir... Defenderé los principios y arrostraré las consecuencias... No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos...)

Voces en la cinta: la conciencia de la ciudad el coro de los mudos que de pronto recuperan el habla y descubren la eficiencia de la palabra:

...el gobierno sólo habla consigo mismo... el poder lo ejercen unos cuantos.

Siempre los mismos: líderes venales, banqueros ambiciosos, industriales voraces, políticos prevaricadores... En México, aunque el gobierno diga lo contrario, no existe opinión pública; o más bien: una opinión pública distinta a la que tiene bien amaestrada y le bate palmas...

Un minuto de aplausos continúa a la voz del coro, grabado con efecto de reverberación; de la *Tocata y Fuga* de Bach, que “Fantasía” convirtió en artículo de consumo, utilizo a manera de exigencia a la atención, los primeros compases.

(La voz del Rector:

—La situación actual de la Universidad, casi sobra decirlo, es delicada en extremo. Desde hace varias semanas se suspendieron las labores docentes...

Esa interrupción, aunada al uso de bienes y servicios de la Universidad para fines que no son estrictamente universitarios, no sólo ha perjudicado a los alumnos, sino que ha quebrantado gravemente a la propia casa de estudios al desviarse, e impedirse en gran parte, el cumplimiento de las funciones que nos encomienda la ley y que constituyen nuestra obligación ante el pueblo mexicano...)

HAY QUE ODIAR CON AMOR REVOLUCIONARIO
LIBERTAD A LOS PRESOS POLÍTICOS
PUEBLO: ABRE YA LOS OJOS

Puestos en pie, los Miembros del Congreso Aplauden Largamente:

—...Hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos... —Arrecia la ovación—

Lo que sea nuestro deber, lo haremos, y el aplauso se funde, se confunde, con la música dentro de la que lo vierto y de la que surge el gran coral del repetido Heil Heil, Heil que enronqueció a las juventudes de la camisa parda cuando se les dijo que su destino era gobernar al mundo; vivas y aplausos, Wagner y estruendo de cañones se ahogan, como la sensación posterior al orgasmo, en un silencio, en un especie de sueño encapsulado en el silencio. Pero no por mucho tiempo.

Las máquinas de guerra, alertas desde el principio del verano, los hombres que las manejan, lo jefes que las dirigen, han recibido La Orden. Allá abajo, la ciudad estremecida por los disturbios que no acaban, que cada día encuentran un nuevo pretexto para prolongarse, ignora que los tanques, los jeeps, los comandos, los transportes, las motocicletas, las ambulancias, están a punto de abatirse sobre ella, de invadirla. Son las 21:00 del 18 de septiembre de 1968.

Como una oleada bajan de los lomeríos donde tienen sus cuarteles-prisión, su fortaleza-crematorio los diez mil soldados; policías y agentes de tránsito cuidan que los civiles no estorben el avance silencioso y rapidísimo del Ejército, de ese Batallón de Paracaidistas de probada rudeza, hábil en el sitio y captura de universidades provincianas. Su destino, esta noche, es el sur, el mar de lava entre el se fundó la Ciudad Universitaria, tierra a la que no tiene acceso nadie que no sea estudiante o maestro; nadie que no vaya en son de paz... El ruido de los tanques, de los camiones, de los jeeps, todo lo que rueda pintado color-verde-olivo azora las calles, y los que tienen a alguien comprometido en el Movimiento sospechan y acuden a los teléfonos, comunican el peligro, congestionan las líneas. (Música, adecuada, de *Pedro y el Lobo*.)

—*Bien, gracias...*

—*Sí, compañero; ya nos dijeron...*

—*Muy amable, señora...*

Nadie cree los avisos. Nadie supone cómo es que el Ejército va a penetrar en territorio universitario. En el auditorio de la Facultad de Medicina el Consejo Nacional de Huelga celebra una reunión. Hay poquísimos asistentes, y se proyecta reconvenir a los delegados que no acuden cuando se les llama. Alguien entra y dice que las tropas se acercan. Se le expulsa del lugar. Otro muchacho aparece minutos después. Lo que dice no admite réplica, convence. Los paracaidistas están abajo, en el parque de estacionamiento... Todos huyen. Aterrada, una muchacha se encierra en un cuarto de baño. En él habrá de permanecer los quince días que se prolonga la visita de los militares a la Ciudad Universitaria. Esos militares que, para no aburrirse, jugaban a los naipes o mataban el tiempo limpiando las puertas de las aulas, bautizadas, ahora, con nombres más actuales, con nombres que sí significan algo para jóvenes: Che Guevara, Camilo Torres, Lenin, Mao-Tse-Tung.

Puente sonoro. La *Marcha Fúnebre*, de Berlioz; ruido de botas militares pisando baldosas resonantes; redoble de tambores; confusión de órdenes que lo comprenden aquellos a las que van dirigidas. El “parte” que rindieron los periódicos a sus lectores, detalla:

“La operación se llevó a cabo sin que hubiera actos de violencia y sin que ninguna de las personas que se encontraban en el interior de la ciudad Universitaria opusiera resistencia.”

(El poeta no está de acuerdo. Su inconformidad dice:

—Después de que los soldados me dieron el balazo en Ciudad Universitaria el 19 de septiembre de 1968 —me lo dieron en el fémur y por pocos milímetros me rompen la femoral— estuve dos meses internado en el Hospital 20 de Noviembre ...)

Prosigue el “parte” periodístico:

“Los detenidos fueron obligados a colocarse las manos detrás de la cabeza y muchos de ellos a acostarse en el suelo, en tanto que los soldados, fusil en mano, con la bayoneta calada, se mantenían vigilantes. Unas trescientas personas fueron colocadas en esta posición. A las 22:50 un grupo de cinco soldados empezó a arriar la bandera que se encontraba a media asta desde que el rector la colocó en ese sitio el pasado 29 de julio, pocas horas después de que el Ejército entrara en la Escuela Nacional Preparatoria. Al comenzar a ser arriada la enseña patria, los que se encontraban en el suelo se pusieron de pie y entonaron el Himno; prorrumpieron también en Vivas a México y a la Universidad.”

Desde la cumbre inaccesible del poder, 105 Grandes Sacerdotes que lo ejercen justifican:

—Es del dominio público que varios locales, que son edificios públicos por ser propiedad de la Nación y estar destinados a un servicio público, habían sido ocupados y usados ilegalmente, desde fines de julio último, por distintas personas, estudiantes o no, para actividades ajenas a los fines académicos... Estas mismas personas han ejercido el derecho de plantear demandas públicas; pero también casi desde el anonimato, han planteado y ejecutado actos francamente antisociales y posiblemente delictuosos... Hubo necesidad de hacer uso de la fuerza pública para desalojar de los edificios universitarios a las personas que no tenían derecho a permanecer en ellos, con el fin de hacer su

entrega a la brevedad posible a los funcionarios correspondientes, así como para restablecer la autoridad interna y salvaguardar la autonomía universitaria.

Desde la cumbre de la serenidad, más grito de cólera que lamento de derrota, el Rector:

—La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra casa de estudios no merecía... La atención o solución de los problemas de los jóvenes requieren comprensión antes que violencia. La razón y la serenidad deben prevalecer sobre la intransigencia y la injusticia. La Universidad debe ser reconstruida, una vez más, porque es parte esencial de la Nación. Los universitarios sabremos cumplir con este deber... Esperemos que los deplorables hechos que confrontamos no afecten irreparablemente la democracia en la República.

La cinta girará, se repetirá, girará y se repetirá todas las horas que dure el sueño de mi ebriedad. Me olvido de ella; me olvido de Mina —me olvido, incluso, de

A pesar de lo mucho que bebí, despierto tranquilo, sin jaqueca ni ardor en el estómago: fresco, descansado. Supongo. y por un instante me ahoga una arritmia, que debe ser muy tarde, quizá media mañana, y que he estado perdiendo, en el sueño, un tiempo valiosísimo. No son, sin embargo, más que las seis con diez minutos, y algo así como una sofocación de vergüenza me trastorna un poco al darme cuenta de que pasé la noche con la ropa puesta.

En el cuarto de transmisión encuentro la grabadora que funcionó toda la noche; sus carretes siguen, como los dejé, girando. Comparto la curiosidad del trampero del que pesca con red: ¿qué habrá en la cinta que estoy haciendo, ahora, retroceder? Reconozco, cuando la detengo y la pongo en *forward*, ruidos que pueden ser toses, el golpear nervioso de un anillo, de una moneda o de algún objeto metálico en los hierros de la jaula; bostezos y gruñidos, como si el prisionero se hubiese desesperado varias veces; metros adelante, una vaga voz vagamente dirigida a los carceleros sólo convocables por la palabra:

—Oigan, gentes. . . Traigan algo con que taparme... ¿Me oyen? Algo con que taparme. Una cobija; traigan una cobija para taparme, hijos-de-la-chingada...

Después, la nada del silencio. La cinta pasando sin interrupciones del carrete que la contiene al que la recibe. Son casi las seis y media. A esa hora, mis insomnios lo recuerdan, se transmiten varios noticieros; en realidad es el mismo radio-noticiero que a través de una cadena de estaciones dispersa, para información de los últimos que se acuestan o de los primeros que se levantan, un resumen de los diarios. En un alarido concluye la *Serenata Ranchera Matutina* y luego de que a gritos se nos hace saber que son las 6-y-3l -en-punto-de-esta-lindísima-mañanita-mexicana, el locutor lee los boletines: “EL Señor Presidente decidió en su acuerdo de ayer...”; “El Señor Presidente recibió anoche...” “Para el próximo domingo el Señor Presidente...” y así, con las reiteradas alusiones al Señor Presidente se gasta el tiempo sin que se haya aludido al secuestro; sin que entre las palabras se haya filtrado una, una siquiera, sobre la cual fincar la hipótesis de que el Gobierno tiene ya conocimiento de que por primera vez se ha consumado por cuenta de particulares el rapto de un personaje de la política. Las estridencias del mariachi, el canto de los gallos, el piar de los pájaros indican que la *Serenata Ranchera Matutina* se reanuda. La consulta a las frecuencias policíacas resulta igual de improductiva. Una patrulla se comunica a su central, y divierte el diálogo entre varias mujeres todavía alegres y sin duda ebrias y los manipuladores de la emisora, con los que conciertan para esta noche una cita en algún lugar que designan sólo como *allá*, un sitio cuya dirección no esclarecen porque les debe a unas y a otros ser conocido.

Frente a mi cara, que la navaja de barbero va desnudando a tajos de la espuma que la cubre, encuentro la cara de un hombre que debería estar pensando en cosas importantes; repasando las razones de su odio; repitiendo el inventario de sus recuerdos; pero que hoy, como lo hacen los labios de la ciudad, como lo hizo Jueves la tarde de ayer, iba la canción en boga o canta a media voz, las únicas palabras del primer verso que sabe:

lalala lala lalala

y mi corazón gitano por ti se volvió

y al darme cuenta de semejante frivolidad, me endurezco, detestándome; me castigo después con la ducha helada, con el golpe del agua sobre la espalda. Si *ellos* están ablandándose, si *ellos* han empezado a olvidar, no yo, no yo, ¿cómo podría?

...eran los días de la violencia que para otros, en otra parte, había empezado en mayo y que nos alcanza tardíamente, como siempre, igual que las modas, los libros, las

ideas y los periódicos que se inventan en París; eran los días en que México-capital vivía estremecida por las algaradas estudiantiles, guerra civil entre jóvenes y granaderos; los días de Las-Grandes-Frases, de la quema de tranvías y los secuestros de autobuses; de la depredación por cuenta de las turbas, de las pedreas y las provocaciones; de los abusos contra las mujeres, de la amenaza de golpes, y de los golpes, si no se cooperaba, dándole dinero a los pedigüños, con el Movimiento: los días en que las casas que venden armas son clausuradas para evitar que los montoneros las invadan; los días y las noches de pintar y despintar paredes en monótona competencia; los días en que los periódicos publican manifiestos escritos y aparentemente pagados por intelectuales que niegan la “libertad de expresión” que están ejerciendo; los días en que la policía lanza a las calles sus propias bandas de golpeadores de asesinos, de “porristas”, guaruras, antes; guantes blancos, pronto; halcones, después, disfrazados de estudiantes, para que ataquen al pueblo, asalten comercios, rompan vidrieras, al grito de “Viva el Movimiento Estudiantil! ¡Muera el Presidente!” Eran los días de los secuestros, de las misteriosas desapariciones, de los menudos incidentes que nutrirían, pasado el tiempo, el reportaje, los libros de testimonios no todos auténticos:

... los llevaron a la Dirección Federal de seguridad. Los agentes, al parecer, sólo querían averiguar que Secretarios de Estado estaban dándole dinero al Movimiento, y cómo obtenían los líderes de éste las armas. . . Lo único que preguntaban era eso.

Eran los días de “Todo-Es-Posible-en-la-Paz” y de “México recibe con los brazos abiertos a 5u hermanos del mundo”; y eran también los días en que el Zócalo, primero, la Universidad más tarde, habían dejado de ser (aquél, por cuenta de los estudiantes; ésta, por cuenta del Ejército) territorios vírgenes: los días en que la tropa acarrea sus armas contundentes al extremo opuesto de la capital, al barrio politécnico

... los estudiantes estábamos preparados para recibir a la tropa, unos mil soldados que llegaron en trece tanques ligeros y treinta transportes, cincuenta y nueve patrullas de la Policía Preventiva y 150 agentes de la Policía Judicial se colocaron alrededor... Vuestras “armas” eran rudimentarias, pero, no obstante, asustaron un tiempo a los soldados... Les lanzábamos cohetes, bombas molotov y lo que podíamos... Varias horas los tuvimos a raya.

(En la estufita a gas he puesto a calentar agua para el café. Beberé un poco y le daré algo a él.)

...pero supongo que les cansamos la paciencia o les llegó la orden de la superioridad, porque alrededor de las siete de la tarde, los soldados empezaron a disparar contra los edificios y a llenar el aire con su humo lacrimógeno... Y todo Dios, hombres, mujeres y niños, habitantes de los edificios cercanos al Casco de Santo Tomás, fueron capturados aunque no tenían culpa de nada...

Eran los días en que el MURO, banda fascista que tiene, dicen, influencia de la CIA y que agrupa a miles de estudiantes de la Universidad Nacional y de otros planteles superiores, atacaba con ametralladoras las escuelas del Politécnico, las casas de algunos políticos, los centros de investigación científica, o pretendía dinamitar los viaductos, las torres que transportan desde los lejanos sistemas hidroeléctricos donde se produce, la energía que mantiene vivo el corazón del país.

(El agua ha empezado a hervir. Me preparo con ella una taza de café. La que sobra será para el prisionero al que aún no veo, al que no tengo, ahora, interés de ver.)

Eran los días en que las-personas-decentes, molestas por lo que estaba aconteciendo, preocupadas por el espectáculo de InMadurez y DesOrden que

escenificábamos ante Los - Ojos - del - Mundo fijos en Nuestra Inminente Olimpiada del 12 de octubre, decían, decíamos; o pensaban, pensábamos:

—*¿Qué se creen que son estos estudiantes revoltosos? Cuando salen de la Universidad, del Politécnico, de la Escuela de Agricultura, ¿a dónde van a trabajar? O al Gobierno o a los negocios de los burgueses... de esos a los que desprecian.*

—*Atacan al PRI y lo primero que hacen, si son listos, y aun si no lo son, es ingresar a él. No veo, entonces, por que censuran de ese modo al Partido de la Revolución...*

—*Nos guste o no, el PRI es la única razón que tenemos los mexicanos. ¿Por que, inclusive los ricos, los reaccionarios, forman parte del PRI...*

Eran los días de mis agrias polémicas con Mina; de mi condena a una manera de ser que desaprobaba porque no la entendía, y no la entendía por que todo: pensamientos, sentimientos y actitudes eran totalmente nuevos para mí, que no hallaba el modo de organizarlos dentro del esquema de valores morales en que había sido educado; y no entendí ¿cómo, si mis oídos eran de otro tiempo?, lo que Mina estaba pidiéndome cuando me decía: “Papá, sé contemporáneo. Eres lindo por fuera; no seas viejo y feo por dentro... No veas cosas sucias donde hay pureza. ¿Mi falda tan corta? Papa, ¡por Dios! Si somos felices, si yo soy feliz, ¿por qué he de taparme? Dime, ¿por qué?”, y tomaba su morral de cuero, se lo echaba al hombro en un revuelo de flecos multicolores, fingía con los dedos la V, murmurando *Love, Love, peace-and-love*, repetía *Ciao*, y me dejaba colérico más contra mí (pues no tenía respuestas que ofrecerle) que contra ella que se llevaba una sonrisita de triunfo —y me parecía que a propósito acentuaba el vaivén de su grupa cubierta apenas por la falda cada día más corta, más ceñida, más provocativa que usaba para exhibirse.

(Si él acostumbra endulzar el café, hoy lo tomará, como yo, amargo. Privarlo de azúcar es una venganza irrisoria que, no obstante, me satisface.)

Eran, en fin, los días del largo verano en que maduraba la sangre próxima ya a ser vertida en la lluvia de una noche de otoño; eran los días que por un momento, mientras tarareaba:

lalala lala lalala

y mi corazón gitano por ti se volvió

estaba olvidando también, como los han olvidado, que no los vivieron, los muy jóvenes; o, deliberadamente, porque los sufrieron, los que eran igual de jóvenes que éstos aquella noche.

Debe estar dormido porque no escucho que se mueva cuando entro. Una atroz pestilencia infecta el aire y mi estómago se agita, rechazando el olor a diarrea. Enciendo sólo una luz: la del foco que cuelga junto al micrófono —y lo veo. Caracol, ha recargado el rostro en un barrote de la jaula, tiene metidas las dos manos enlazadas entre los muslos. Algo gris, que no es nada más la barba, entristece sus mejillas. Está en camisa. Ha usado la chaqueta que vestía para tapar el bote en el que ha ido depositando sus excrementos, sus vómitos, en el curso de la noche. Abre los ojos. Sin lentes, ha de resultarle difícil mirar a quien ha entrado con una taza de café: la que deposito en la tierra del piso.

Se levanta entonces, sin agilidad, con torpeza de anciano. Necesita apoyarse en los hierros. Diríase que fue él quien bebió casi una botella de coñac anoche y aún no se repone.

—Usted, el que anda allí, oígame... Saque esta porquería de aquí... ¿Me oye? No pueden tratarme de este modo... No soy un perro. Tengo derecho a que... Llévase ese bote lleno de mierda...

Desde la sombra yo, me escucha:

—Le traje café. La taza está en el suelo, del lado izquierdo; no vaya a pisarla...

Prendido a ellos con las dos manos, sacude los barrotes:

—Llévese la porquería... La mierda y su café, lléveselos. Tráigame leche. Leche, ¿entiende? Necesito de la que no se hierve, de ésa... Tengo úlcera, ¿sabe?, una úlcera grande y necesito leche, y también pastillas de magnesio. Tráigamelas... Yo pago. ¿Me oye, me oye? Pastillas y leche... Llévase el bote sáquelo de aquí. Respeten lo que soy. Noseanhijosdesuputamadre... ¡Respétenmeeee!

La aguja que vigilo y cuyas oscilaciones regulo se mueve cada vez más acusadamente a medida que el rehén hace crecer el tono de su voz y se enfurece; alcanza el máximo, golpea el tope, cuando él convierte en grito la palabra que insiste en repetir:

— Respétenmeeee!

El dedo índice oprime con saña el botón de *play* de la Telefunken que reproduce las cintas previamente grabadas, y la celda comienza a anegarse de voces (de mi voz manipulada de suerte que suena como la de otros, como la de muchos); voces que lo acompañarán, como una conciencia, mientras yo esté ausente; que repetirán como un dolor:

... abiertas las manos me empujaron contra el automóvil. Me registraron de pies a cabeza, y luego, sin que les diera yo motivo, empezaron a pegarme... Más tarde nos subieron a un camión del Ejército y nos ordenaron que nos quitáramos los zapatos... Nosotros la pasamos peor: descalzos, los muy cabrones empezaron a pisarnos y si nos agachábamos nos daban golpes de karate o patadas en los huevos... A mí y a varios del grupo nos amarraron las manos y luego nos cortaron el pelo con una bayoneta... Nos tenían en fila. Un oficial dijo: "Ustedes, pinches alborotadores, súbanse al camión", y a medida que pasábamos ante los policías nos daban de madrazos, y algunos nos escupían en la cara... En la Jefatura de Policía nos metieron en una galera del sótano y los agentes se acercaban y así nada más, nos golpeaban duro, diciéndonos

_Por su culpa, hijos de su putísima madre, nos tienen encerrados aquí, sin dormir ni ir a la casa, desde hace más de ocho días...

Comprendo que he cometido un error, que puede tener consecuencias imprevisibles al dejar en poder del prisionero la taza con el café. Rompiéndola, podría improvisar un arma y con ella suicidarse. Abato el volumen en la grabadora y corro a la celda. Lo encuentro, si pudiera decirse así, arrinconado en la jaula circular. Ha buscado la parte menos alumbrada del espacio entre hierros en que se halla. Me sorprende su actitud, ahora mansa, sometida. Ladea la cabeza y obliga a sus ojos de corto alcance a buscarme en esa confusión de luz y sombra en que se le tiene. Está bebiendo a pequeños sorbos.

—Cuando termine deje la taza junto a usted...

Casi inmediatamente me obedece. Coloca la taza a unos diez centímetros de su muslo derecho. Acaso intente atrapar la mano que, ¿supone?, va a recogerla.

—Colóquela más adelante, junto a los barrotes, usted, échese para atrás... Vamos, al otro lado...

Como una criatura, se arrastra sobre el piso, apoyándose en la palma de las manos. Recupero la raza. Su voz suena amable:

- Oiga.
—¿Que?
—¿De qué se trata todo esto? Dígamelo.
—No sé.
—¿Asunto político, verdad? Mire...

Cauteloso, como si no quisiera que nadie, excepto yo, recoja sus palabras, insinúa el soborno; supone que soy únicamente su carcelero, el hombre, o uno de los hombres, encargado de custodiarlo. Da por seguro que su captura es parte de un plan tejido por conspiradores, inevitablemente radicales cuya filiación política no importa mucho, por el momento, precisar... ¿Qué pueden obtener de él, a cambio de él? ¿Presos políticos, la amnistía para los supuestos guerrilleros que, se dice, andan dispersos en las montañas del Sur? El Gobierno, lo sabe él, va a liberarlos a todos, a perdonarlos, en un esfuerzo por recuperar la confianza de la grey estudiantil, de la gente joven que todavía piensa en el país. En esas circunstancias, el Gobierno ¿por qué habría de ceder a la presión a que intentan someterlo los secuestradores? Sin embargo... (su voz se torna insinuante; casi convence) sin embargo, él, en lo particular, de hombre-a-hombre, de amigo-a-amigo, podría ofrecer alguna suma, cuantiosa por supuesto a cambio de que yo propiciara su escapatoria... Yo no debo seguir siendo un equivocado, un adulto, ¿o un muchacho? al que le han envenenado la inocencia con ideas exóticas, ajenas a nuestra idiosincrasia. Él puede, si yo aceptara, convertirme en rico. Él, lo promete, lo jura besando la cruz de sus dedos, no hará preguntas, no investigará, no querrá saber quiénes-por-qué-dónde. Me ofrece la garantía de Su palabra; y su palabra vale. Si lo quiero así, me firma el compromiso. Me

En el cuarto de radio pongo a funcionar nuevamente la grabadora. Cuando escuche lo que hay en la cinta que va a ser activada por las cabezas magnéticas, el personaje sabrá que estoy dejando hablar a la voz de la conciencia

...un buen rato, casi con mucho gusto, los agentes del Servicio Secreto nos estuvieron golpean.

Luego llegó uno de más mando y dijo:

_Que esos cabrones estudiantes limpien el cuarto...

Nos dijeron, como si no hubiéramos oído:

_Zas, a limpiar como se les dijo.

Unos mozos trajeron botes con agua y un trapo mojado, y así estuvimos limpiando las bascas que había en el sudo y secando los meados. Cuando acabamos, volvió el que había ordenado la limpieza. Gruñó que le parecía bien, y exigió que me acercara a él. En eso, sin que yo me lo esperara, me clavó el puño en el estómago. Caí. Me llovieron patadas por todas partes: en la cabeza, en la espalda, en las piernas. Y él se reía:

—A ver, defiéndase, pendejito. Como está solo ni las manos mete, ¿verdad? Como no anda en bola con otros muy bravos se deja que lo madree, ¿eh?

Las palabras se diluyen en el efecto de sonido, en esa acumulación de ayes sofocados, de voces rotas, de ¡ufffs! que el valor, o quizá nada más el dolor, retienen. Reaparecen después:

—¿Firmas o firmas? —y me ofrecía un bolígrafo y la hoja de papel en la que estaba la declaración que él me había inventado y que debía aprobar con mi rúbrica, si no quería que a mi familia le dieran un susto... Puse mi nombre donde me lo exigía el Jefe de los Servicios Especiales. No bien lo hice, gruñó: —Bájenlo con los otros maricones...

La galera estaba llena de muchachos. Quizá éramos más de cien. Parecía uno de esos camiones en los que va uno como sardina. El piso estaba mojadísimo y la ropa de los que tenía cerca, también. Iba a preguntar por qué, cuando, a través de la ventana, empezaron a rociarnos con el agua que escupía una manguera... Este "tratamiento" nos lo aplicaron, sin fallar ninguno todos los días de una semana...

El noticiero de las siete de la mañana contiene las mismas vacuidades que el de las seis y media. Nada que me importe a mi. Tal vez los periódicos que deben haber llegado o que llegarán de un minuto a otro, traigan algo más que silencio. Termine de vestirme. Me asomo a la celda en la que pasará quién sabe cuántas horas más el hombre que Jueves y yo logramos atrapar. ¡Qué triste resulta ver a un individuo, tan poderoso y temible, tan áspero y temido en otro tiempo, usando, los pantalones en los tobillos, el bote en el que le improvisé su retrete!

Otra voz ahogará, seguramente, los ruidos de su intestino:

...creo que estuve desmayado mucho tiempo. Cuando medio me di cuenta, me encontré en el suelo, entre mis propias vomitadas, en un charco de orines. Luego reconocí el dolor, los muchos dolores que me punzaban en todas partes: en el ano, en los testículos, en el miembro. Éste dolía más que todo. Al tocármelo, mis dedos lastimaron una quemadura. Recordé, entonces, al tipo que usaba el puro que me había aplicado allí... Unas botas militares se pararon frente mis ojos:

—Estamos listos, coronel.

—Okey, sargento. —La bota derecha me picó las costillas; me empujó hasta que logré ponerme de espaldas. Me sentía ridículo, con los pantalones bajados. No sé por qué, me tapé el miembro y lo otro, con las dos manos. El tipo, un oficial, dijo entonces—

¿Así que no trataban de derrocar al Gobierno?

—Ya le dije que no.

—Así que tampoco sabes quién les da el dinero y las armas, ¿no?

—No usamos armas. No de las que usted piensa. Nuestras armas son ideológicas.

—Tu madre... Bueno: te di chance de que te salvaras. Ahora no me dejas otra alternativa que mandarte al paredón... Ustedes, soldados, ¡álcenlo!

Cuatro o cinco tipos me rodearon, me levantaron del suelo.

Me sacaron de ese lugar. Uno de los soldados sugirió.

Confíese lo que sabe, y sálvese. Si no, lo fusilan, ya lo verá...

Buscando un modo de subrayar por contraste lo tétrico del relato, incluí un pasaje, el más bello, del *Canon* de Pachebel, que se enlazó, dulcemente, con otros de la *Misa del Papa Marcello*, porque la voz que iba a añadir, a manera de puente, correspondía a un alto prelado de la iglesia —el obispo para quien no es contradictorio vestir sotana y ser cristiano. Sus palabras fueron extraídas del *Mensaje de Navidad 1969* que leyó por la radio:

...No puedo abandonar a mis hermanos los hombres sin dar un signo válido de que el cristianismo en cuanto tal debe condenar cualquier forma de injusticia, particularmente cuando la injusticia se hace institución, y se impone aún a los mismos hombres que la cometen. Llevamos años de tolerar muchas injusticias en nombre del mantenimiento del orden, de la paz interior, del prestigio exterior...

Antes de proseguir, agrego cinco segundos de Fanfarrias Olímpicas y otros cinco de lo que repiten las voces del coro infantil

TODO ES POSIBLE EN LA PAZ
MÉXICO OFRECE SU AMISTAD A LOS PUEBLOS DE
LA TIERRA

en el lugar al que me llevaron, un patio, un campo o algo así, el aire estaba frío, casi helado. Una luz muy lejana señalaba una torre de centinela. Oí unos balazos, una descarga, y una voz:

—¿Cuántos quedan?

—Tresy el que acaba de llegar, mi jefe...

Supuse que me aludían. Más disparos, luego de las palabras: “Preparen. Apunten. Fuego.” Debo confesarlo: tenía un miedo pavoroso. Sentí algo caliente en mis piernas. No me importó saber que estaba orinándome. Frente a la muerte no se puede ser muy valiente que digamos. El soldado que había tratado de convencerme de que hablara, machacó:

—Confiese, antes de que le toque a usted. Todavía está a tiempo... Dígale al coronel quién da el dinero y de dónde les traen las armas. Eso es todo...

En ese instante, junto a mi oído, dejándome sordo, estalló un balazo. Sentí el calor de la explosión en la cara. Una masa oscura, ¿el coronel?, propuso:

—¿Por qué no lo capamos en lugar de fusilarlo? Los soldados se rieron:

—Como usted diga, mi jefe.

—Bueno, pero antes dénle una calentadita regular...

Me llevaron, más tarde, a un estanque de agua como hielo, y estuvieron metiéndome y sacándome de él tantas veces que perdí la cuenta. Lo sumergen y lo mantienen a uno bajo el agua hasta que casi se ahoga. Lo sacan y va de nuevo. A todo esto siguió lo de rutina: la picana en el orificio del recto, en el prepucio, en los testículos. El coronel, que andaba muy atareado visitando celdas, regresó y dijo:

—Ahora córtenle los huevos, pero despacito para que no sufra de más... — luego, dejándome que le diera una fumada a su propio cigarro, dijo—:

Todo esto no es nada personal, muchacho. Es cosa de la política. Uno es soldado y como soldado cumple uno sus órdenes u otros las cumplen en uno, ¿entiendes?

Una mano, los dedos de una mano, me estiraron el escroto. Sentí la primera cortadura. ¿Que cuándo pasó esto? Durante el amanecer del día tres...

Un glissando abre el paréntesis. Leo la declaración que ha hecho una joven militante del Movimiento:

... Durante casi una semana no me dejaron ver a nadie, ni a nadie trajeron a esa celda en la que me tenían. Había una bacinica y ya te imaginarás a lo que apestaba después de tanto tiempo. Una vez, sólo una, oí a otra mujer que gritaba: “No dejen que las saquen de noche con el cuento de que las van a dejar irse. Lo que buscan es cogérsela a una. ¿Me oyeron? ¡Cúdense!” Con esos avisos, ¿quien iba a poder dormir?

Ruido de puertas metálicas que manos furiosas azotan. Ambiente carcelario. Pisadas que repercuten en largos corredores desiertos, ¿de prisión, de manicomio?; voces que lastiman tanto como los puñetazos:

—¿Conque no quieren policías ni granaderos?

Pues chinguense, hijos-de-su-puta-madre...

Más que repugnar conmueve, me conmueve a mí que he estado observándolo dos o tres minutos, verlo ahora, con las piernas abiertas, totalmente desamparado,

desconcertado, buscando un pedazo de papel, lo que sea... Un huérfano ciego que intenta apoyarse en el aire, en la luz que sus ojos no entienden. Clausuro la mirilla...

.. .me incomunicaron “a convalecer”, según dijeron riéndose, en un cuchitril angostito, frío, a oscuras; allí pasé once días, durmiendo en un catre sin colchón ni cobija; sin respirar otro aire que el envenenado por mis excrementos, porque debes saber que tenía que evacuar directamente sobre el suelo, y llegó el momento en que no había un sitio limpio donde pisar... Lo único que me daban de comer era un medio pan duro en la mañana y una taza de café en la noche...

Hice culminar esta parte de la grabación con una nota de humor: sardónica carcajada-puñetazo, que brota de, y se padece en, el centro del estómago:

...los que nos habían llevado al Campo Militar Número Uno hicieron que nos formáramos con las manos encima de la cabeza porque nos iban, dijeron, a pasar revista. Estábamos todos descalzos; la mayoría en calzoncillos; todos golpeados; tiritando unánimemente. Llegó en eso un grupo como de cuatro gentes; una de ellas, se veía, más importante que las otras.

—Éstos son los que acaban de mandarnos, general...

Y el general, luego de vernos pidió:

—¿Cómo les va, jóvenes? ¿Los tratan bien? Pero, por favor, no es necesario que tengan las manos levantadas... Aquí se admira a la juventud. Aquí todos somos personas de bien...

La mañana me ofrece la frescura de las de junio después de que la lluvia ha lavado la noche. Hänsel y Gretel ladran sus saludos, gruñen su bienvenida, y su estrépito remueve apenas a niebla transparente que pronto derretirá el sol. Pongo a calentar, en la cochera, el motor del Mercedes. Lo uso ya tan poco que todavía huele a nuevo. Voy a la puerta y recojo los dos periódicos a los que estoy suscrito. Sus primeras planas me niegan la noticia que busco. Me la niegan también sus páginas interiores. Examino todas las secciones, sin desdeñar las de sociales: ventana abierta a la ostentosa vanidad de lo ricos más recientes. ¿Será posible que los censores..?; pero, ¿por qué..? Ha sonado la campana, un bronce franciscano comprado en no sé qué subasta, y son las-ocho-en-punto, porque a las ocho en punto de todos los días, sin fallar ninguno, Félix el jardinero anuncia que ha llegado. Me informa a qué dedicará la jornada; la dedicará a lo mismo de siempre: mantener impecable este enorme jardín que circunda al castillo que pasará a formar parte del patrimonio de la Fundación beneficiaria de la fortuna que inició mi suegro y yo acrecenté.

Más tarde, Félix abre el portón y, rutina estrictamente repetida durante años, pregunta asomándose por la ventanilla del auto:

—¿Alguna orden especial. ingeniero?

—Ninguna, Félix. Si se va antes de que yo vuelva, asegúrese de que la puerta quede bien cerrada...

—Así se hará, ingeniero. Que tenga buen día...

La calle, al parecer, no está vigilada por la policía, por ningún ojo secreto del gobierno. Hay un auto, sí, y dentro de él, ¡a las odio y cinco minutos de la mañana!, una pareja se está besando enconadamente, pero el instinto no me alerta. Si los detectives me espían, lo que no sería desusado, debo confundirlos comportándome como siempre; si saben del rigor de mis costumbres, si las tienen clasificadas en sus archivos, estoy obligado, en consecuencia, a no alterarlas, a no cambiar un patrón que deben conocer de memoria. Desde que enviudé, desayuno en una cafetería situada a ocho cuadras de mi casa. Iré a ella, así no tenga apetito, para que el esquema no varíe. En una esquina adquiero los otros diarios. También los deportivos.

Un hombre grueso, que viste un traje ostentosamente claro, está sentado cerca de la mesa que siempre ocupo. Desdén el temor de que sea un policía. Prefiero suponer que es uno de esos provincianos aficionados a la ropa vistosa y a los grandes anillos. Sin necesidad de que los pida, el mesero me sirve el café expresso y el tarro de leche agria con los que inicio, todos los días, el desayuno.

Me inquieta el silencio que encuentro en las páginas de la prensa. El papel abunda en información, importante o no, de lo que hace/hizo/hará el Señor Presidente de la República, de la de-escalada norteamericana en Indochina y de los estragos que el cólera causa entre los pakistanís, pero calla, y me atrevo a suponer que no por gusto, torpeza o complicidad, la que podría ser hoy la noticia de mayor importancia nacional. El Gobierno, las personas que son el Gobierno, ¿estarán esperando que nosotros los secuestradores nos pongamos en contacto con ellas...?

Pago la cuenta. He dejado el auto casi en la esquina, muy cerca de una caseta de teléfono. Al impulso de una súbita decisión, inserto la moneda y siete veces hago girar el disco. Estoy llamando a la casa del prisionero, ¿para qué, para decir qué? Mientras esa línea se despeja, me comunico a mi oficina. Son las 8 con 40 y, como no podía ser menos, como me hubiera asombrado que no fuera, la voz de Kurt, del madrugador, metódico, competente y ambicioso Kurt, responde:

—Sí, ingeniero...—con lo que demuestra que no necesito identificarme ni pronunciar una palabra para que él, conocedor de mi afición a la puntualidad sepa que soy yo, que sólo yo puedo ser el que habla a esa hora exacta todas las mañanas.

—¿Cómo va todo, Kurt?

—Bien, ingeniero.

—¿Cómo esperas que marchen las cosas hoy?

—Excelentemente, ingeniero. . —

Con su eficiencia, su agresividad para los negocios, su indudable conocimiento del terreno que pisa, este hombre que aún no llega a los treinta se ha ganado a pulso la parte de la herencia que le corresponde. Durante un tiempo consideré muy atractiva (la palabra conveniente, aplicada al caso, me repugna) la idea de que Kurt y Mina... pero Mina tenía ojos para todos menos para él.

—¿Podrás pasarte el día sin mí, Kurt?

—Sí, ingeniero.

—Bueno, estaré en contacto contigo. Si me sobra tiempo iré por allá. Adiós.

Me gusta Kurt por serio, eficiente, trabajador. Tal vez eso pensabas eso decía de mí, don Guillermo. Sólo que yo fui más afortunado que Kurt. De empleado, me convertí, por mi matrimonio con Hilde, en miembro de la familia; después, en socio de mi suegro; más tarde, a la muerte de éste, en dueño de una empresa de sostenida prosperidad que me rinde ilimitadas utilidades, pues trabaja para el gobierno en una especialidad que nadie le compite.

Soy, así, propietario de lo que ha respetado la muerte: una casa gigantesca, una organización industrial perfecta —y una inconmensurable soledad.

Nuevamente llamo a casa del Hombre y nuevamente el zumbido me informa que la línea está ocupada. Cinco minutos más tarde, insisto. Alguien sigue usando el aparato o, a propósito, han descolgado la bocina. ¿Por qué no asomarme a la calle donde el personaje tiene, protegida por murallas de piedra volcánica, su enorme residencia?

En la ciudad, en la parte de la ciudad por la que ahora viajo, no hay más agitación que la que se produce todas las mañanas, a eso de las nueve, cuando cientos de miles de personas, millones, aguardan los autobuses, el Metro, los tranvías, los

taxis, los colectivos que los llevarán a encerrarse en los sitios donde trabajan. La que veo es una agitación normal, sin la que no se explicaría la ciudad, que ha llegado a ser tan grande, tan impersonal, tan fría, tan-señora-ciudad, tan indiferente a lo que dentro de ella ocurre, que puede no enterarse de que en su vientre, en su centro, está consumándose el sacrificio de docenas de hombres y mujeres y niños, ni oír sus gritos, ni el ruido de las armas; sin que le importe más de lo debido saber que en un mitin de estudiantes, el Ejército, los matones del guante blanco, han convocado a la sangre, la están mandando a pudrirse en las piedras, en los jardines, en el agua llovediza que se la llevará a ocultar a las atarjeas... Una ciudad, ésta por la que viajo a marcha lenta, que la noche de los ayes anteriores al silencio duradero, la de la sangre muerta de miedo un momento antes de quedar muerta de bala, ignoraba que en una de sus plazas todos los que la vivían estaban, sin saberlo aún, muriendo un poco; una ciudad para cuya historia he conservado, en cintas sonoras, este material:

...al salir de Tlatelolco todo era de una normalidad horrible, insultante. No era posible que todo siguiera en calma. Sin embargo, la vida ha seguido como si nada...

.la plaza había quedado a oscuras. El edificio Chihuahua seguía humeando a esa hora todavía. Nadie se asomaba a las ventanas. Los departamentos, lo sabríamos después, albergaban a muchos estudiantes. El ejército seguía conduciendo prisioneros a los camiones. Entre los muertos había varios niños. Una mujer se puso entonces a limpiar los vidrios...

.. estaba seguro de que la Revolución estallaría después de esa noche. Y nada pasó. Nada ha pasado. ¿Qué esperábamos?...

(—La perfecta Organización nos permite Predecir que los Juegos de la Décimo Novena Olimpiada serán los Más Brillantes de la Historia y que México podrá sentirse Orgulloso de si Mismo...)

Recuerdo, recordemos hasta que la justicia se siente entre nosotros.

Pero esa calma, esa tranquilidad que por costumbre disfruta la ciudad y cuyo origen verdadero quizá deba rastrearse en la indiferencia; esa luz todavía pura porque es temprano y aún no la envenenan el casi-millón de automóviles que son sus larvas, se ven un poco inquietas a medida que penetro más en la avenida junto a la cual estableció su casa el prisionero. Me sorprende, por ejemplo, ver un jeep militar con un transmisor operado por dos sargentos; me sorprende, asimismo, hallar unos cien metros adelante un auto patrulla azul de la Policía y otro de la Dirección de Tránsito, con sus tripulaciones recargadas en los guardafangos; me sorprende, ya por completo, que un individuo que viste una especie de uniforme y que no atiende razones, grite a los conductores de los autos que se han detenido junto al mío:

—No hay paso... Váyase por la izquierda... Vamos, moviéndose...

En ese momento, el hombre interrumpe su discusión con el chofer que insiste en hacer respetar la credencial que exhibe; cesa de agitar los brazos, de mover el casco blanco con que se cubre la cabeza, porque ha oído, como lo hemos oído todos, el estruendo que se aproxima

el aullar de una sirena,

el estruendo impaciente de una descubierta

de motociclistas

que van abriendo el silencio para que por la brecha pase el larguísimo auto negro, de cristales oscurecidos, al que reciben con toda su anchura las puertas de la casa. He visto, ya, lo que necesitaba ver. No hay razón para arriesgarme. Como todos, obedezco al guardia. Viro donde se me ordena; retorno.

Ahora sé que ellos *saben*; ahora sé que el silencio de la radio, la televisión y la prensa es un silencio calculado, no casual; producto de una orden y no de la ignorancia de un hecho (el secuestro) que por razones tácticas pudo haberse ocultado a los reporteros. Mas, ¿cuánto tiempo debo aguardar? ¿conviene forzar la situación? o agazapamos a la espera de ¿qué? mientras miles de investigadores estarán buscando pistas, atando cabos que podrían llevarlos a las conclusiones adecuadas, a mi captura o a la de alguno de los miembros del grupo.

Funciona, de pronto, el olor de los recuerdos, de lo que no debe ser olvidado. Mina en la locura de los gritos, en el tumulto de la Plaza... Es la amarga tarde

*en que los guantes blancos
de los asesinos flotan
como flores de muerto en la cresta
de la violencia
del azoro
de la sangre...*

Mina en el extravío del terror; Mina con la alegría que conoció cuando, en las manos de su abuelo, los Hänsel y Gretel originales eran, además de regalos de cumpleaños, las promesas de los grandes, fértiles perros que llegaron a ser; Mina, así de ausente, sin parpadear, instalada en otra dimensión, mirando por única y última vez a su madre muerta.

...en el momento en que estábamos al pie de la escalera pasó una chica muy joven cubierta con un gran impermeable oscuro, temblando de miedo. Esta muchachita no gritaba, no hablaba, emitía unos sonidos muy raros, como si gruñera. Siguió caminando y también a ella le dispararon...

—Estoy muriéndome, ¿verdad mamá?

...y el miedo, lo descubres de pronto, se manifiesta de un modo peculiar. Sabe a cobre, sabe a pólvora, sabe a... y una gran pereza te afloja los músculos, y como que no recuerdas nada o todo lo recuerdas. No sabría explicarlo.

—¿Quién cobrará esta deuda de sangre?

—¿Quién vengará a nuestros muertos?

...no sabría explicarlo, como tampoco por qué, en esos momentos, no piensas en tu vida, en tu propia vida, sino en lo que le pasaría a las de tus amigos; a las vidas de esos muchachos a los que acabas de dejar allí, donde las balas revientan...

—Siguió caminando y también a ella le dispararon...

... estoy seguro de que tenía sangre; me toqué, me miré esa sangre. Era roja, brillante, fresca. La mancha es, ahora, de otro color. Tal vez caté, quizá negra. Me pregunto si no habré inventado todo esto...

—Las autopsias demostraron que la gran mayoría de las víctimas murieron por heridas de bala. Otras, por disparos de armas de fuego hechos a muy corta distancia. Tres casos llamaron la atención de los médicos. Un niño de aproximadamente trece años que murió a consecuencia de una herida de bayoneta en el cráneo. Una anciana que sucumbió tras de recibir un bayonetazo en la espalda... y una jovencita que presentaba una herida de bayoneta en el costado izquierdo. La lesión le nacía en la axila y terminaba en la cadera...

(Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria / Duele, luego es verdad. Sangre con sangre / y si la llamo mía traiciono a todos)

—La bayoneta, arma para el invasor, ¿quién la ordenó contra nuestros hijos?

... otra sangre estaba más acá, disimulada en la piedra roja del tezontle. Venía en columna desde la arista del piso de la cuadrada plaza, y de ancha la sangre se adelgazaba hasta pegar en la tierra y quedarse quietecita entrando a las raíces de las yerbas del pasto...

(El llanto se extiende, las lágrimas gotean allá en Tlatelolco / ¿A dónde vamos?, ¿oh amigos! Luego, ¿fue verdad?)

... gran sangre de los pulmones, de los estómagos, de las espaldas, de las piernas, de los rostros, de las cabezas de todos y cada uno de los cuerpos que yacieron bajo la lluvia en la oscuridad de aquella noche...

—Parecía que me estaba mirando, que estaba vivo. Pero en sus ojos vi solamente el estupor que le causó conocer a la muerte...

...todo el costado del terraplén estaba manchado de sangre, el costado que pasa junto a la pirámide redonda, el que pega en la barda precortesiana, el que mira y se moja en el estanque de los quintos y los pesos, que contempla la iglesia, que se geometriza en escalones y que da vuelta para seguir conformando la meseta. Pero no era la sangre alegre y brillante que acaba de salir de la carne y casi da gusto y uno dice ¡qué bella es!; no, era la sangre a secas, seca, negra, oxidada, rechupada por la piedra, vorazmente tragada, tragacanto de canto rodado, hacia adentro, deglutida en la panza de ¡a Plaza de las Tres Culturas.

No la acepto así, rota, exprimida de su cuerpo toda su sangre; sangre desperdiciada sobre la piedra, lavada a manguerazos; sangre perdida, mezclada, canjeada entre, con, por otras sangres. No la quiero recordar de ese modo, no triste y bella al conocer la muerte; mas no puedo fijar en la memoria una imagen de Mina en particular, la que mejor la represente; sólo puedo imaginarla en el secreto de su cuarto negro y tampoco deseo recuperarla como la invento; no, al menos, en este momento. Detengo el Mercedes junto a otra caseta de teléfono. Voy a comunicarme a la redacción de uno de los periódicos del mediodía. Una voz poco amable recoge mis palabras. Quiero hablar con el director. Se me pregunta:

—¿De parte de quién?

—De los que hicieron el secuestro.

—¿Tienen ustedes al Hombre?

—Sí.

—Bueno, dígame...

—Quiero hablar con el director..

—Un momento.

Por un tiempo se escuchan solamente voces, picoteo de máquinas de escribir, pasos; luego, el chak cuando mi voz es canalizada hacia el oído de la persona que, sin que me conste que lo sea, aceptará ser el director.

—Tenemos al Hombre, y de ello quiero hablar.

—¿Quiénes son ustedes?

—Eso no importa, por ahora. Deseamos...

—¿Sí?

—... que se de a conocer la noticia que ustedes no han publicado. ¿Por qué?

—No es asunto que le importe. Sigamos con lo del secuestro, pero le advierto que si se trata de una broma...

—¿Cómo podría serlo, si nadie sabe, si nadie ha dicho una palabra al respecto? Usted tiene información de que esa persona fue secuestrada; nosotros la tenemos igualmente, porque la secuestramos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, señor...

—Espere usted, quien sea. Una cosa, antes... ¿Puede probar de modo que no haya dudas, que el Hombre está en manos de ustedes?

—Sí.

—¿Puede aportar en este momento algún detalle que me permita empezar a creer que no se trata de una tomadura de pelo?

—Naturalmente... —y detalle, para su información, la que ya ha de poseer en forma confidencial: hora y sitio en que se consumó el rapto; ausencia de la llave del Masserati; texto del mensaje y sus características físicas.

—Está bien. Ahora diga lo que guste...

—Queremos que sea su periódico del mediodía el que, a cambio de la noticia y los detalles, publique un comunicado en el que explicamos la razón del secuestro.

Me ataja:

—Antes de hacer cualquier clase de compromiso con ustedes, es indispensable que nos prueben que el Hombre está vivo...

—¿Qué pruebas exige?

—Fotografías que, de algún modo, demuestren que fueron tomadas hoy...

—Las quiere en color o en blanco y negro?

Lo escucho, por primera vez, reír:

... fotografías que no dejen dudas de su autenticidad.

—¿Le parece bien que lo retratemos con la primera plana de su diario de hoy en la mañana?

—Sería perfecto...

—Si le entrego las fotos, digamos dentro de una hora, ¿publicará al mediodía lo que deseamos?

—La edición ya está en prensa. Si el material nos llega a tiempo entrará en la *Extra* de la noche.

—Bueno.

—¿Cómo recibiremos las fotos?

—Volveré a llamarlo

—No a este teléfono.

—¿A cuál?

—A mi directo.

Anoto en una tarjeta el número que me dicta. Veo que una mujer pasea su impaciencia frente a la puerta de la caseta. Le doy la espalda. La mujer, ahora, ha dejado de existir.

—Oiga: nada de trampas ni de avisarle a la policía, ¿eh?

—¿Nos cree hijos de puta?

—No me gustaría comprobar que lo son.

Cuando vuelvo a casa encuentro a mitad de una pelea a la viuda Hoffer y a Félix. Como es su costumbre, Frau Emma busca meter la nariz en lo que no le importa. Ella debe atender sus deberes, pero no inmiscuirse en asuntos de la exclusiva competencia del jardinero. Frau Emma insiste en que los rosales sufren innecesariamente con el insecticida que Félix les aplica. Félix, sin alzar la voz y apenas la vista, opina lo contrario. La bruja Hoffer pretende que yo intervenga, que tome partido.

—Dígale, ingeniero, que va a acabar con las pobres plantas si les pone ese veneno...

—Frau Emma: creo que Félix sabe lo que debe hacerse...

—Permítame, ingeniero...

—Por favor, Frau Emma, no quiero peleas.

Me aparto de ellos y me encamino, con mi atado de periódicos, a lo que Mina llamaba La Cueva del Ogro. Detrás de mí, las viejísimas sandalias de la viuda Hoffer pisan la gravilla:

—Otra cosa, ingeniero...

He colocado la llave en la cerradura:

—¿Qué, Frau Emma?

—Hay una gotera encima, precisamente, de esta puerta. Será necesario que venga hoy mismo el hombre que hizo la impermeabilización el mes pasado para que vea lo pésimo de su trabajo...

—No creo que la gotera, por grande que sea, nos haga mucho daño. En cuanto al hombre ese, llámelo la semana próxima...

He abierto y la señora Emma parece decidida a seguirme:

—Si llueve como anoche, ingeniero, la azotea.

—Tráigalo el lunes...

—Si me permite, quisiera ver si el agua manchó el yeso... De ser así tendría que venir también el pintor.

De no detenerla ahora, la mujer invadirá el lugar; verá la cama revuelta y pretenderá tenderla; encontrará tazas con restos de café y se pondrá a lavarlas; hallará cerradas las ventanas y exigirá abrirlas para que el aire de afuera limpie el aire de adentro, que huele a sueño, a encierro y, quizá ella lo note, a diarrea.

—Señora Hoffer: ¿quiere usted ser tan amable de dejarme ir en paz al excusado?

Comprende, porque no es tonta, que he sido deliberadamente majadero. La boca se le borra de la cara. En lo profundo de las cuencas, sus ojos, apenas separados por la nariz, arden, ¿ofendidos, resentidos?, un segundo.

—Si le digo esas cosas, es porque creo que usted, como dueño de la casa, está obligado a saberlas... A mí me da lo mismo que el techo se caiga o no...

Le doy unas palmaditas en el hombro huesudo. Se calma, creo:

—Gracias, Frau Emma. El lunes puede mandar traer al que arreglará la azotea... Guten Morgen.

—Guten Morgen.

Cierro, pero no me retiro de la puerta hasta que a mis oídos les consta que la viuda Hoffer ha vuelto a donde la encontré discutiendo con Félix. Detengo la grabadora. Quizá el silencio alerta al prisionero, porque inmediatamente en la Telefunken Dos el carrito comienza a moverse. Gotas, caen en la cinta sonidos y palabras:

—¿Quién? ¿hay alguien...? ¿están ahí? Háblenme, ¿están ahí? Ustedes, por favor, óiganme... Saquen este bote. No se puede respirar ya... Tráiganme leche, o las pastillas para mi estómago...

No me distrae lo que dice. Me ocupo de montar un rollo Polaroid en el chasis que acoplaré a la cámara Linhof que don Guillermo utilizaba para sus retratos de estudio. No la he usado en años, pero sus mecanismos funcionan como si estuviesen nuevos. Tomo los periódicos y el aparato. Conecto el switch que opera uno de los bancos de luces. La mitad de la celda queda en sombras; la otra, brillantemente iluminada como la luna. En base a mi experiencia calculo la exposición que daré a cada foto. Me siente entrar, aunque no puede verme. Las luces lo rechazan, lo desarman. Los barrotes lo detienen. ¡Cómo lo ha disminuido el encierro! Ya no es ni la mitad del hombre que era hace ¿cuántas horas? El hedor, como dice, es intolerable.

—¿Qué quieren ahora? ¿qué van a hacer conmigo?

Me he puesto un pañuelo a manera de antifaz para protegerme de la hediondez.

El lienzo encubre el tono de mi voz:

—Vamos a tomarle unas fotos.

—¿Fotos? ¿Para qué carajos quieren tomarme fotos?

—Ellos las piden.

—¿Quiénes?

—Debernos probar que lo tenemos, que está usted vivo, hoy. ¿Entiende? Sólo probándolo a satisfacción de ellos, iniciaremos los trámites para negociar su rescate...

—¿Con quién habló? ¿con quién se puso en contacto?

A través de los barrotes hago pasar el abultado paquete con los periódicos del día. Lo instruyo: debe mostrar a la cámara, a medida que se lo vaya ordenando, la primera plana de cada uno. Luego, como si se tratara de barajas, debe desplegarlos en abanico todos juntos.

—¿Comprendido?

—Sí.

—Y deje de estar hablando, por favor.

Es dócil. Calla. Hace exactamente lo que le digo. Sostiene la pose, sin moverse ni variarla, hasta que le ordeno que tome otro periódico. Las púas de la barba, lo veo en el visor, sombrean sus mejillas enflaquecidas. Hay en su rostro, ya, una inconfundible muestra de sufrimiento. Yo, que he padecido úlcera, comprendo su irritabilidad. Destino las dos últimas porciones vírgenes del rollo Polaroid a fotografiar, en su conjunto, con la jaula en el centro y el prisionero dentro de ella, la celda, el recinto del tribunal.

—¿Cuándo me van a dejar salir?

Ya no le respondo. Le he dejado los diarios, pero lo privo de la luz para que no pueda leerlos. Me aplico en seguida a redactar, en una Olympia, el recado que acompañará a las fotografías (el retrato, la vista general) prometidas al periódico:

Escribo:

“Se le ha detenido para pedirle explicaciones sobre los sucesos que ocurrieron en la ciudad de México D. F., entre el 26 de julio y el 2 de octubre de 1968, y que tan profundamente afectaron la vida de muchísimas personas y del país. Aunque sabemos que él no es el único responsable de los asesinatos, lo hemos secuestrado por considerar que pocos están mejor capacitados que él para responder a las preguntas que le formule el Tribunal que formarnos los parientes de algunos que murieron en Tlatelolco. No somos un grupo político, no estamos al servicio de ninguna ideología, no obedecemos las órdenes de nadie. Buscamos solamente hacer justicia. Las preguntas que se le hagan, las respuestas que él les dé, serán grabadas y entregadas a todos los medios de difusión para que el pueblo las conozca.”

Con un paño borro las huellas que he debido dejar, mientras las manejaba, en las fotos y en las hojas de papel (original y copias) en que he mecanografiado la nota.

Rotulo, en seguida, dos sobres: uno, para el diario. Otro, para el noticiero, pues he resuelto no confiar solamente en la prensa para difundir la noticia del secuestro, sino también en la televisión, efímera, sí, pero de largo, instantáneo alcance.

—Dénme agua... Una poca de agua. Me estoy deshidratando. Sean considerados, cabrones... Estoy enfermo...

Pienso en oscuras celdas de tormento, en suplicios con picanas, en golpizas con manoplas de hierro al amanecer; pienso en el hermano de Jueves, penetrado por los soldados lujuriosos; pienso en el dolor del hijo de Sábado cuando, quizá con una bayoneta, le trozan el miembro y los testículos con los que habrán de llenarle la boca;

pienso en Mina... y dejo de oír la súplica que hace una fracción de segundo casi logró convencerme.

...el 26 de julio se inició el cambio. Todos, ahora, somos distintos. Después de aquello es imposible seguir siendo el que era uno... Tarde o temprano, como ya había ocurrido a los compañeros de la provincia, nos reprimirían también a nosotros. Y creo que cada uno de nosotros estaba consciente de ello. Era, nada más, cuestión de tiempo, cuestión de esperar a que sucediera... El error del Gobierno fue, me parece, haber recurrido a la violencia para aplacar a los jóvenes estudiantes. Olvidó que al joven se le educa, no se le doma; quiso domarlo a golpes, con tanques y bazukazos, y sólo consiguió otorgarle fuerza y razón. Eso explica lo numerosas que fueron nuestras manifestaciones... Pero, por más que quiero, no puedo olvidar esos días. A veces padezco la pesadilla de sentirme amenazado por millones de fusiles. Despierto temblando... Hechos que serían graves en una sociedad civilizada, nosotros los miramos con indiferencia y hasta como normales. No hay barras, sindicatos o colegios de abogados que discutan el asunto. Tal vez sus miembros sean empleados de bancos, burócratas o litigantes que temen sufrir represalias en su ejercicio profesional... Decimos que las cosas se olvidan, pero no es, así... Noche que termina, mañana que es igual y distinta porque es la mañana-de-anoche, tan campante y sin embargo tan en mi vida: tengo que poner en orden mi vida. No quiero que nadie me quiera. No quiero oler a sangre. No quiero seguir viviendo con esto como una manía, como una comezón, quiero dejar atrás a Nonoalco-Tlatelolco, atrás, atrás, atrás, rechupando su sangre por segunda vez al estilo tlatelolco allá, allá, en la región en que me tocó vivir.

*(Llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.
El agua se ha acedado, se acedó la comida.
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco...)*

... hay que conocer a este país para poder siquiera en parte, comprenderlo. Y sobre todo, hay que comportarse conforme a las reglas del juego...

*(Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste noche
nos vimos angustiados...)*

... Virginia Woolf lo dice: "La señal secreta de que una generación pasa a la otra es, bajo disfraz, el disgusto, el odio, la desesperación."

...Después de Tlatelolco, los muchachos descubrieron el temor... La gente, ahora, sabe que todos los problemas del país habrán de arreglarse, lo quiera el Gobierno o no, en el terreno de los hechos; un terreno que podría ser el de la montaña... Por mí, que México y quienes en él viven, se vayan a la mierda. Todo me da igual... ¿Para qué insistes en querer cambiar las cosas que no cambiarán... Si han ocurrido cambios, pero ha sido en el Gobierno. Ya no es lo

que fue en el pasado reciente. Sus métodos son más rigurosos ahora...

(¿Con coágulos de sangre escribiremos México?

Yo, el residuo, el superviviente, hablo:

los comienzos de los caminos

están llenos de gente.

No haremos diálogo con la Casa de la Niebla.)

La entrega del material debe realizarse en un lugar que me ofrezca la máxima seguridad; un lugar público, concurrido, en el que mi presencia no sea notada. Un café reúne esas condiciones. Elijo uno, situado en el centro de la zona donde los diarios tienen sus oficinas. Cafetería-almacén, promete variadas ventajas: teléfonos en abundancia, salidas a calles distintas, una barra siempre llena de parroquianos y la sección destinada a las revistas extranjeras (norteamericanas casi todas) que uno puede hojear tanto tiempo como lo desee. Entre las páginas de *Mecánica Ilustrada* del mes, dejo el sobre que contiene las pruebas que se me exigen. Para evitar que otro curioso tome ese ejemplar, lo coloco detrás de todos. Después aguardo a que uno de los teléfonos se desocupe.

—Somos nosotros nuevamente.

—Lo escucho.

—Las fotos y lo que deseamos que se publique pueden ser encontrados, a partir de este momento, en —menciono el nombre del café desde el que estoy llamando—. Búsquenlo en la sección de revistas y, precisamente, dentro de un ejemplar de *Mecánica Ilustrada*. Estaremos vigilando.

En la barra me coloco entre una mujer de espaldas anchas y un individuo muy pálido, seguramente turista, que lee en el *Wall Street Journal* las vicisitudes que el dólar conoció la víspera.

—Café.

Desde el sitio que ocupo puedo vigilar todas las vías de acceso a la sección de revistas. ¿Cuánto tiempo les tomará a los del periódico recorrer los, a lo sumo, doscientos metros que separan sus oficinas de esta cafetería? ¿Vendrá en persona el director o enviará a un reportero y, tal vez, a un fotógrafo? ¿se harán acompañar, no obstante la promesa de no informarla, de la policía?

—¿Algo más?

—Es todo.

El café, que no espero tan caliente, me quema los labios. Quizá no ha pasado ni un minuto desde que llamé al periódico y ya estoy, sin embargo, impaciente. Inesperada, otra arritmia desarticula mi respiración. Siento que el aire escasea, que mis pulmones, secos, se han pegado y no pueden expandirse. Inhalo profundamente; tanto, que el lector del *Wall Street* volteo y me mira por encima de los arillos de sus lentes reprobando mis ruidosas expresiones.

Un hombre joven, vestido con esa informalidad casi deportiva que ahora significa ir impecablemente a la moda, ha entrado por la puerta de cristales de la izquierda. En realidad, han entrado dos, pero uno, fingiendo que le interesan los artículos de la tabaquería, se rezaga. Su compañero, el de la chaqueta de grandes cuadros rojos y amarillos y la camisa malva, escudriña sin prisa, casi diría con prudencia, a los que beben café, fuman, comen pasteles o acaso sólo dejan correr el tiempo sentados en torno a la barra; a los que hablan por teléfono; a los que entran en/o salen del restorán, y quizá se pregunte cuál, cuáles de estos individuos (turistas, empleados que disfrutaban

del coffee-break, hombres y mujeres de rostro indistinguible como el mío) es, son, el/los que ofrecieron aportar pruebas que ahora él va a buscar sin titubeos, al sitio exacto donde se le dijo que las hallaría. Encuentra la revista y toma el sobre, que guarda en seguida en su bolsillo. Hace una señal y se marcha con el que llegó. Para no arriesgarme (el periódico pudo haber enviado a otros a seguir a los que siguieron a los primeros) pido una segunda taza de café; al cabo de ella, seguro ya de no correr peligro, alzo el ticket, dejo una propina que codicia la mujer gorda que tengo al lado, pago y voy a los teléfonos.

Me responde la voz que ya conozco.

—¿Aprueba el material?

—Es muy bueno. ¿Alguno de ustedes es fotógrafo profesional?

—¿Va a publicarlo?

—Naturalmente.

—¿También nuestro mensaje?

—Por supuesto.

—Seguiremos en contacto con usted.

—Oiga...

—Dígame.

—¿No ha ofrecido las fotos a otros periódicos?

—No. Un trato es un trato. El único que las tiene es el suyo. Hasta pronto.

—Vuelva a llamar cuando tenga más información.

Acumulo, lentamente, los números que comunican con el teléfono de Viernes. Espero hallarlo como siempre a esta hora en su oficina. Me responde la voz de una mujer.

—El señor no está. Salió temprano.

—¿Dijo a qué hora volvería?

—La hora, no; pero estará aquí en la noche. Anda fuera de la ciudad. ¿Gusta dejarle recado?

Muy despacio, para que la persona con la que hablo no extravíe ni una letra, le paso un mensaje:

—Dígale, por favor, que es muy urgente el asunto que deseo tratar con él; que llamó el señor Domingo.

—¿Domínguez?

—No... Do-min-go... Dígale que esta noche volveré a llamar y que le suplico no separarse del teléfono.

La ausencia de Viernes altera, en cierta forma, mis planes. Había pensado reunir al grupo hoy por la noche. Retener más de lo necesario al prisionero puede resultar peligroso, sobre todo después de que la noticia sea hecha pública. Pero no estando Viernes, el grupo no puede ser convocado. Todos debemos compartir la responsabilidad del veredicto. ¿Debo anunciar a los otros que mañana nos juntaremos para constituir el tribunal? Cancelo la idea: podría ocurrir (riesgo no desdeñable) la intromisión de la policía, o una delación. Es a jueves, el de mayor confianza, al único que le aviso:

—Mañana, tal vez, volvamos a juntarnos.

—¿Por qué no hoy?

—No conviene que sea hoy. Ve la *Extra* de la noche.

—¿Lo mató ya, Domingo? ¿Lo mató usted solo? Acuérdesse que...

—Deja ya de decir pendejadas... —Jueves me ha irritado con sus preguntas necias; estará tan sorprendido de mi palabrota como yo de casi haberla gritado.

—Bueno, no se enoje. Yo nada más decía...

—¿Has notado si te vigilan?

—No.

—¿Gente que ronde tu casa... tu trabajo... que te siga?

—Nadie.

—¿Seguro?

—¿Segurísimo. Oiga, Domingo, ¿a qué hora nos veremos mañana?

—No lo sé.

—Siempre tan misterioso.

—Hay cosas que arreglar todavía.

—Los otros, ¿ya lo saben?

—Cuando lean el periódico lo sabrán. O cuando vean la televisión esta noche. Mañana está cerca todo el día del teléfono. Te llamaré...

En seguida hablo con los otros socios. Les sorprende, emociona, interesa, asusta, saber que tengo en mis manos al hombre cuya sombra velamos tantísimos meses. Les parece un sueño, cosa de no creerlo. Les propongo una prueba irrefutable:

—Si el gobierno no mete la mano, en la Extra de hoy va a publicarse la noticia. Véala, y también la televisión. Espere instrucciones...

A ninguno se le ha ocurrido preguntarme cómo fue que pude atrapar al elusivo personaje, ni cuándo. Repito el interrogatorio que le planteé a Jueves y obtengo respuestas parecidas.

—En el curso del día de mañana le avisaré cómo, dónde, a qué horas me encontraré con usted. ¿De acuerdo?

La respuesta:

—Como usted ordene, Domingo —se escucha, en unos, entusiasta y ansiosa; opaca, de compromiso, en otros.

Y como no es cuestión de que me pase el día tomando café ni tampoco que regrese a casa a esperar que los voceadores desparramen la *Extra* al atardecer, inicio el re-descubrimiento de estas calles, de estas avenidas, de este Centro al que hace meses, quizá años, no venía; un Centro casi olvidado por mí; unas calles, unas avenidas, unas plazas y jardines que fueron en el 68 territorio de los estudiantes; campo de sus batallas; paisaje de triunfos y derrotas. Calles, avenidas, atmósferas que voy recuperando; que me ofrecen, siendo tan viejas y por mí tan sabidas, el encanto de su novedad. Recuperar lo que la memoria ha perdido tiene algo de milagro: es una forma de recrear lo que existe pero que, por haberlo olvidado, nos parece nuevo, original. Y precisamente voy, estoy yendo, al encuentro de lo que se borró en la arena de mi memoria; acudo al rescate de otros días y de otros años en que mis pasos midieron estas distancias y mis oídos recogieron ruidos como estos y mi ansiedad era otra;

y las calles

y las avenidas

y esta luz ya sucia del smog que la vuelve gris

y le resta

transparencia, son

las calles,

las avenidas,

la luz

del verano que se inició el 26 de julio (consigna la historia) y concluyó el 2 de octubre (grita el sentimiento); luz, calles y avenidas que Mina y cientos de miles de jóvenes

creyeron tuyas, hicieron tuyas, sintieron tuyas, hasta que El Gran Dador de la Vida, harto de sus desafíos, ordenó que se les pusiera en paz; el Gran-Dador-de-la-Vida que ejerció el derecho de ser también el Gran-Dador-de-la- Muerte —y un muchacho,

*uno que habría
de suicidarse*

propone que a los tanques se les enfrente la inocencia de las flores, y los chicos de chata imaginación se burlan de él sin entender que palabras como ésas causan historia; quedan, se recuerdan, permanecen más, mucho más, que las injurias, que los denuestos, pero menos, algo menos,

*que los ayes de los que agonizan,
como Mina,
en la oscuridad mojada de lluvia*

de una plaza que este mediodía ha olvidado el dolor de su triste noche, de esa noche que ya no trato de explicar, que sólo pretendo vengar... Sólo el que sufre entiende la intensidad de su dolor.

Y supongo que él, en la soledad de su jaula, estará escuchando a esta hora:
...el Movimiento Estudiantil del 68 sólo fue la consecuencia irremediable de las grandes fallas de que adolece el sistema político, económico y social de México. Lo que se exigía en los mítines, en las manifestaciones, en los periódicos; lo que se pintaba en las bardas y en los autobuses y tranvías, es viejo, es conocido: apertura para los jóvenes, libertad para los presos políticos, democracia. Lo que hizo el Movimiento fue actualizar esas exigencias, recordarle al pueblo y al Gobierno que aunque se insista poco en ellas no se han olvidado...

Puente musical sube y baja a:

LUCHAMOS CONTRA UN RÉGIMEN DE INJUSTICIA
Y POBREZA
NO MÁS BAYONETAS
ANTE LA AGRESIÓN DE LA REACCIÓN LA RESISTENCIA
POPULAR

... la represión que hoy sufren los estudiantes, obreros, maestros, empleados e intelectuales que apoyan al Movimiento, es una represión de clase: es la represión de la burguesía, cuyos intereses económicos la hacen volverse contra sus propias leyes... La burguesía mexicana ya no es capaz de asegurar que la vida política y social del país se rija por principios democráticos. La democracia burguesa mexicana entró en su crisis definitiva... El movimiento estudiantil ha surgido de las necesidades del desarrollo político-social del país... No se puede admitir que las urgentes reivindicaciones del pueblo mexicano sean pospuestas y menos aún rechazadas con lujo de violencia a pretexto de que afectan la celebración de unas competencias deportivas, por importantes que sean... Los intereses del país no han recibido nunca beneficio alguno cuando en base de hipotéticas treguas se abandonan las reivindicaciones populares. Debe liberarse a presos políticos nuevos y viejos, confinar a las tropas a los cuarteles y restablecer la Vigencia de los derechos constitucionales/

Efecto sonoro de redoble de tambores. Un trozo de *Yellow Submarine* y otro de la *Oda a la Alegría*, rompen la solemnidad del texto citado; preparan el ánimo para el siguiente, recogido en un diario de París:

...se trata de un conflicto muy distinto al de mayo en Francia. En México no hubo prácticamente reivindicaciones escolares o académicas, sólo peticiones

políticas... ¿Puede hablarse de sólidas tradiciones democráticas cuando de hecho no hay más que un partido político? ¿cuando en las Cámaras no se admiten candidatos de otro partido o sólo se aceptan algunos para dar la engañosa apariencia de una oposición? ¿y qué decir de la sólida tradición del “tapado”, o sea el misterio que el Presidente en el poder y sus consejeros guardan hasta el último momento para anunciar a través del Partido Oficial, el PRI, quién debe ser candidato a la presidencia?

A máxima intensidad sube ahora el efecto de sonido; se abate a silencio absoluto. La voz reverbera como si la boca estuviese emitiéndola en el fondo de un pozo:

...y ya que tantas veces pedimos serenidad a los estudiantes, hay que pedirla ahora, insistentemente, a las autoridades. Un país entero fue herido en Tlatelolco...

LIBERTAD A LA VERDAD: DIALOGO
DIÁLOGO
DIÁLOGO

...los doscientos cincuenta mil estudiantes y maestros en huelga confiamos en que ahora el diálogo público en el que desde el principio hemos insistido no sea de nuevo rehuido... A la mayor brevedad posible, el Gobierno de la República tiene la obligación de solucionar este problema y para ello debe fijar lugar, fecha y hora para iniciar las pláticas con la única condición de que sean públicas;

Fanfarrias Olímpicas y una especie de canto gregoriano:

TODO ES POSIBLE EN LA PAZ
POSIBLE EN LA PAZ
EN LA PAZ
LA PAAAAAAAZ

...el Gobierno de la República está en la mejor disposición de recibir a los representantes de los maestros y estudiantes... para cambiar impresiones con ellos y conocer en forma directa las demandas que formulen y las sugerencias que hagan...

Murmullos. Aplausos. Voces ininteligibles. Más aplausos. El arpa produce una escala:

...El Gobierno no actúa sinceramente. El Gobierno se ha negado, desde un principio, a negociar... Al Gobierno es imposible presionarlo, plantearle condiciones... El Gobierno hace las cosas como quiere, cuando quiere y, lo más importante, en los términos que a él le convienen... ¿Quién dijo que hay que aguantar para llegar..? Si te portas bien, así hayas sido su enemigo y lo hayas bañado de mierda, el Gobierno te adopta, te hace uno de los suyos, premia tu rebeldía haciéndote uno de sus consejeros...

NADA CON LA FUERZA — TODO CON LA RAZÓN

... los jóvenes —estudiantes o no estudiantes— todos los mexicanos, tienen el derecho de participar en la vida pública y social del país; de manifestar sus inquietudes, sus aspiraciones, su pensamiento y su ideología. Ésta es la esencia de la democracia, y es sin duda uno de los derechos que conquistó la Revolución y que los gobiernos emanados de ella preservan con celo ejemplar.

*—Hemos sido tolerantes
hasta extremos
criticados, pero todo tiene un límite...*

Diez segundos de silbidos y abucheos (tomados de la radio, un domingo en que la corrida de toros resultó pésima) ligan con cinco de carcajadas que obtuve de los programas cómicos que, seis veces por semana, ofrece por las noches la televisión; de la misma fuente, la voz de una maestra sensata:

...uno de los factores del actual Movimiento es el afán de los jóvenes por remediar injusticias. El problema debe atacarse no con represión sino con orientación y canalizando los ímpetus juveniles. El Movimiento no está dirigido contra el Gobierno, sino contra los actos de algunos funcionarios que se han excedido en sus funciones...

El autor de ficciones burila una frase frente al reportero:

...criticar al César no es criticar a Roma. Criticar a un gobierno no es criticar a un país...

Reflexiona un profesor:

...es innegable que algo anda mal en México en materia educativa, de otro modo no se explicaría por qué son tan torpes la mayoría de los funcionarios del Gobierno, que estudiaron en la Universidad, en el Politécnico, en planteles de enseñanza superior.

Padezco de pronto el irreprimible deseo de beber coñac, y la posibilidad de que cerca de donde estoy en este momento haya un bar aviva mis pasos, pone alerta a mis ojos, llena de saliva mi boca. Siento cómo en el estómago se vierten los jugos secretos. Desde que Mina se fue, beber se ha vuelto costumbre en mí. Hipócrita, sólo de noche me embriago, porque le tengo miedo a lo oscuro y al silencio. Necesito el valor que el licor me otorga para meterme en la soledad del sueño; sobrio, no podría. Sobrio vería imágenes, escucharía voces, estaría recordándola; estaría recordándola embellecida por la muerte, rota, desnuda; o la recordaría como la tarde última que la vi, con esa ropa que al vestirla la desnudaba, y resonaría, como resuena ahora, dominando el ruido de los claxons, de los pies de la multitud, de los jets que aturden por encima de las cabezas, su voz y su risa; su voz que era una risa:

—Papá lindo, ¿en qué siglo te quedaste? — y en ese momento recuerdo que cuando vi su cadáver, cuando me fue mostrado como un maniquí de plástico revuelto con otros maniquís idénticos, sentí una terrible cólera contra ella, y, de haber podido, la hubiera golpeado, la hubiera injuriado, la hubiera profanado a puntapiés; y no lo hice porque el asombro era mayor que la ira; la estupefacción más agobiante, entonces, que el dolor que vino después, pero menos que la soledad en que ese dolor se ha convertido. Y hago un esfuerzo para no pensar en la sorpresa del cuarto negro, en esa revelación que fue para mí penetrar en el recinto secreto de Mina; en ese lugar, compartible y compartido, al que yo sin embargo, no podía acceder.

En el compartimiento para guantes del automóvil guardo una licorera de plata siempre llena de coñac. Un cierto pudor me impide atreverme a llevarla en el bolsillo. Si ahora la tuviese conmigo, no vacilaría en beber unos sorbos aquí, frente a esta gente de la que formo parte. Una especie de angustia acelera todavía más mis pasos y veo que voy casi corriendo por la avenida, tropezando con los que vienen en sentido opuesto, arrollando a los que estorban. Debo parecerles loco. Quizá me tomen por alguien que huye de algo, un ladrón tal vez. De todos modos, un fugitivo por el que, a lo

mejor, ofrecen recompensa... Sin aliento, me detengo. Necesito ser prudente. Prudente. Prudente. Pru-dente. Se apacigua mi respiración. Recupero la compostura que un señor de mis años debe exhibir en público. Si un policía me detuviera, hallaría en mi poder... Una mujer indígena (que carga a una criatura en la bolsa que el rebozo forma en su espalda) me ofrece en venta algo que no veo. Sus ojos tristísimos me conmueven. Tampoco escucho lo que me dice. Es probable que ni siquiera hable español, el mismo idioma que el resto de nosotros. Le entrego un billete cuya denominación ignoro. Cuadras adelante aún no la olvido; no olvido su cara color de tierra, su boca que mastica la mentira del chicle con el que engaña al hambre.

—¿Dónde están las viejas, hermosas, suntuosas cantinas de otros tiempos, ésas en las que de muy joven no entraba porque no podía pagar lo que costaban los tragos? ¿qué ha sido de esos sitios de buen beber y buen comer que nada tenían que envidiar a los pubs ingleses —con sus barras de lustrosa caoba, sus bronces relucientes, sus escupideras que parecían de oro o de sol, sus mesas de mármol sobre las que resonaban las fichas del dominó, los choques de las copas, de las botellas, de los tarros? ¿qué ha sido —en qué cementerio habrán ido a enterrarlos— de los hombres que atendían a la clientela en las tabernas de los 20s, de los 30s y aún de los 40s: bartenders que no olvidaban un nombre, un apellido o un alias; que sabían usar, de ser necesario, el convencimiento de los puños; que lo llevaban a uno, si estaba ya ahogándose en la alta marea de la bebida, a entregar a casa? (Me doy cuenta de que ya tengo edad de sobra para padecer nostalgia.) Al parecer ni unas ni otros existen. La gente ya no bebe como antes; más bien, la gente ya no sabe beber como antes. La cantina era, entonces, lugar sagrado, lugar de señores, espacio negado a los que no fueran amigos, compañeros, camaradas. Recuerdo algunas direcciones. Acudo a ellas y encuentro el desencanto de, por ejemplo, una librería donde hubo un bar; una casa de cambio, donde sobrevivió medio siglo una cervecería alemana; una tienda de ropa fabricada en serie en el sitio que afamó la taberna de aquel andaluz, notable por la paella que sus manos inventaban los jueves y por su marcada afición a la amistad de los efebos.

Buscando dónde beber el trago que mi estómago exige, el que aplacaría el temblor de mis manos, he perdido, además del rumbo, la idea del tiempo. Han cambiado tanto el paisaje de la ciudad, han destruido tantas cosas para construir otras, que me siento ajeno, hombre que no pertenece al lugar donde nació, en el que ha vivido siempre, y que supone conocer de memoria hasta que descubre que la ciudad se funda y aniquila constantemente, simultáneamente, porque está viva;

y

como un extranjero, debo detenerme y mirar la placa de esmalte azul que nombra, en la esquina, esta calle en la que me encuentro; y la veo y no la reconozco, y sé que se trata de esta calle en particular porque la placa lo dice, pero si no estuviera la placa dudaría de... La descubro entonces. Epejismo: es pequeña de aspecto triste, ha de oler mal. Deprime su aspecto. No importa. Encima de la puerta un letrero avisa:

CANTINA
LEIDIS VAR Y GRILL

Sí Huele mal. Está sucia. Es pequeña. Esta piquera que ocupa la planta baja de un edificio viejísimo que está desmoronándose, se adorna con una sinfonola gigantesca: un mueble descomunal que invade el espacio de, por lo menos, media docena de

clientes. Uno que abre surcos con sus pasos vacilantes en el aserrín color verde que encubre el piso, la activa y mientras bebo de un trago la escasa copa de coñac nacional que me han servido (el francés no lo *trabajan*: no lo pagaría nadie) pienso en Jueves porque de la caja de música, que ahora resplandece con todas sus tornadizas luces, sale la ronca voz que tararea:

los problemas de mi mente, lala lalalalá

y este brandy un poco dulzón que estoy bebiendo. no apaga mi memoria: la pone a funcionar y recuerdo cosas, y recupero rostros, y encuentro los ojos azules de don Guillermo tristes de lágrimas la noche de la derrota; los ojos avellana de Hildegard ofreciéndome un llanto que se llamaría Mina; o los ojos de Mina que ya conocen la muerte, que es la más sabia de las mujeres porque ha descifra el misterio, y como autómatas firmo lo que me dicen que firme, el documento mediante el cual cancelo toda posibilidad de reclamación contra el Gobierno por el asesinato de mi hija; y he de tener una cara extraña, porque el borracho que ha pagado una moneda de plata por oír la balada, me mira de largo, apoya su mano en mi hombro y ofrece su indecisa solidaridad;

—Llórale, mi viejo; llórale, porque eso alivia...

Sólo entonces comprendo que no es saliva lo que me deja su persistente humedad en los labios. No, no es posible que pertenezcan a la canción los dos versos

Se llevaron los muertos a quién sabe dónde

Llenaron de estudiantes las cárceles de la ciudad.

No es posible, tampoco, que la melodía sea la adecuada para estos otros:

*No busques lo que no hay: huellas, cadáveres,
que todo se le ha dado como ofrenda a una diosa;
a la Devoradora de Excrementos.*

Le muestro la copa vacía al cantinero. Profesional, comprende el lenguaje del silencio. La llena. De un sorbo la agoto:

—¿Cuánto se debe?

Seguramente el periódico ha apresurado su edición. No pueden ser más de las cinco de la tarde y ya por las calles sube el tropel de los muchachos:

—*Extra... La Extra...*

—...sensacional...

—... secuestroooooo...

y la gente se detiene, se arremolina en torno a ellos para adquirir, como lo hago yo, un ejemplar del diario cuya primera pana ocupan, vistosamente, a todo lo ancho, las gruesas letras de la palabra

SECUESTRADO

y a todo lo alto, uno de los retratos que le tomé: el que lo muestra detrás de las rejas, vencido y dócil, exhibiendo el periódico del que esta *Extra* es la edición vespertina; y siento una alegría extraordinaria no tanto de ver que la noticia es ya de dominio público precisamente en los términos exigidos, sino de que una fotografía tomada por mi sea reproducida a tan considerable escala;

y un poco más adelante, casi sin darme cuenta, o, más bien, dándome cuenta apenas entonces de lo que estoy haciendo, adquiero no sé, diez, quizá veinte ejemplares del diario en el que dan a conocer, en un grabado pequeño, la celda con la jaula en el centro y un facsímil de la nota que escribí a máquina.

No del todo sobrio, aunque tampoco borracho, con mi bulto de periódicos bajo el brazo, camino en dirección a las tres altas torres que señalan el complejo donde concentran sus estudios y oficinas varias de las televisoras de la ciudad. He resuelto utilizar el teléfono para ponerme en contacto con el o los que hacen los noticieros. Si la prensa obtuvo la primicia de la información, corresponderá a la TV difundirla hoy mismo por todo el país.

He explorado la estación del Metro adyacente al centro de televisión. He localizado un sitio donde colocar el sobre y el segundo juego de fotografías. He marcado y he pedido:

—Con el director de noticieros...

He esperado ese “Un momentito”, que en ocasiones, y ésta es una de ellas, resulta interminable, hasta que una voz de mujer inquiriere:

—Dirección general de Noticieros. ¿Qué desea?

—Hablar con el director.

—El licenciado está en una junta y no se le puede interrumpir.

—Dígale, en junta o no, que hablo en relación con el secuestro. Supongo, señorita, que ya sabe a qué secuestro me refiero.

—Lo sabemos, sí señor.

—Bien. Dígale que tome el teléfono si desea tener información exclusiva. Si no, llamo a otro canal... Y no se trata de ninguna broma...

—Espere.

El “momentito” es, ahora, brevísimo. Habla el que se identifica como Director General de Noticieros:

—Diga.

—Soy tino de los secuestradores, el que proporcionó el material que publica la *Extra*. ¿Lo ha visto?

—Lo estamos viendo.

—¿Le interesaría tener fotos originales del secuestrado?

—Sí.

—¿Las exhibirían si las proporciono?

—Naturalmente. Estamos trabajando en reportajes especiales sobre el caso... Y, ¿sabe? nos gustaría, garantizándole las seguridades que pida, hacerle a usted una entrevista...

—Eso no será posible.

—¿Quiénes son ustedes? Cuál es su ideología, su filiación política.

—Somos el pueblo, y no tenemos color, si eso es lo que quiere saber.

—El material, ¿cómo, dónde, a qué hora nos será entregado?

—Está esperándolos en la estación del Metro, en la esquina.

—Ah... Oiga... oiga...

Se ve hermosa, impecable, nuevecita la estación del Metro. Bastante gente entra en y sale de ella. Como otros hombres y como algunas mujeres que lo hacen de verdad, finjo que leo el periódico, que examino el rostro del prisionero, que me conmueve, me indigna o me deja indiferente saber que en México, ¡en México!, se comete el secuestro de personajes.

Cuando, al cabo de un cuarto de hora, llegan los de la televisión, su arribo causa revuelo. No han llegado, como los dos periodistas al café por la mañana, tratando de que su presencia pase inadvertida; éstos, por el contrario, aparecen en grupo (son seis o siete). El que gobierna a los que cargan cámara y micros, cables y reflectores, es un hombre rubio, atildado y de gafas, que procede, con el auxilio de ayudantes, a buscar el

mensaje que los secuestradores dicen haber dejado aquí. Mucha gente se ha puesto a mirar la maniobra, a estorbar a los que la realizan, a impedir el paso a quienes se dirigen a los andenes o vienen de ellos. Un policía deja ver su uniforme azul. Ha de pertenecer al equipo que dirige el rubio, pues de él recibe la orden de apartar a los mirones.

—Atrás, señores... Por favor, atrás... Más atrás...

El locutor descubre, al fin, el sobre. Del bolsillo derecho de su impecable chaqueta color marrón extrae una pinza de filatelista y aprisiona con ella el rectángulo de papel. Luego de examinarlo largamente vuelve a dejarlo donde estaba.

—OK, muchachos... ¿Listos?

—Listos, licenciado.

Como los que estábamos aquí desde el principio, como los que han ido llegando en flujo de curiosidad, asisto al proceso, pocas veces atestiguado por los profanos, de ver organizar, montar, fabricar una noticia para la televisión. Un área, que comprende la puerta de entrada a la estación, es iluminada. El locutor desaparece: ha salido a la calle. Uno de los auxiliares habla al micrófono que los auriculares le ponen frente a la boca:

—Corre videotape... Programa especial secuestro. —e inicia, a partir del número diez, una cuenta regresiva; del cinco al uno, el conteo se hace en silencio escondiendo ante el lente de la cámara, uno a uno, los dedos de la mano derecha. El cero coincide con la reaparición del locutor. Busca con el aplomo que concede el profesionalismo. En ningún momento da la impresión de que sabe ya dónde está el sobre; que ya, incluso, lo ha visto y tomado. Con innegable sentido del suspenso cruza un par de veces frente al lugar en el que, al cabo, habrá de hallarlo... Se vuelve a la cámara:

—Señores, señoras. Amable auditorio —un fugaz vistazo a su reloj de pulso—: A las seis con 48 minutos de la tarde, hemos encontrado el mensaje que los secuestradores prometieron dejar en exclusiva para este noticiero en una de las estaciones del Metro. Procederemos, ahora, a recobrarlo...

Me parece innecesaria la explicación, puesto que todos vemos igual que millones lo verán cuando el programa sea proyectado, cómo el locutor toma con la pinza el sobre de papel manila y lo guarda dentro de una plástico transparente, antes de decir:

—En el interior de este sobre, idéntico en apariencia al que se entregó a los periódicos, está el mensaje de los secuestradores del personaje al que ya buscan todas las policías del país. . . ¿Qué condiciones contendrá el mensaje? ¿qué exigencias plantearán los extremistas que llevaron a cabo este atentado contra la seguridad de un ciudadano retirado ya a la vida privada? Lo sabremos dentro de un minuto, después de escuchar los mensajes de nuestros patrocinadores...

Las luces son apagadas y por un momento parece que la estación del Metro queda totalmente a oscuras. El equipo de televisión ha concluido su trabajo. Los que trajeron los cables, los reflectores, las baterías, la cámara y los micrófonos, proceden a recogerlos, ordenarlos y llevárselos. El locutor entrega la bolsa de plástico que contiene el sobre a dos sujetos, seguramente policías, en cuya compañía se marcha. Cuando pasan junto a mí, me asquea el olor del malísimo puro que uno de ellos, el más bajo de estatura y más redondo de cuerpo, está fumando; y más tarde, cuando vuelvo a casa cansado por la caminata, maltrecho del estómago por el mal brandy que bebí, ansioso de enfrentarme a la televisión, sintonizo con la banda de la policía, y la calma que durante horas ocupó los canales, se ha convertido, ahora, en un griterío, en un agitado ir y venir de voces y de órdenes, de consignas y exigencias, y así me entero de que han sido allanados, como de costumbre, el local del Partido Comunista y el de los ultras de

derecha; que en una batida fueron capturados varios socios del MAR, grupo de agitadores a los que la Universidad Patricio Lumumba en Moscú becó para que siguieran curso de especialización guerrillera urbana y rural en Corea del Norte; oigo que se le puso la mano encima al sospechoso de haber dirigido el sabotaje (ocho locomotoras destruidas, Dios-sabe-cuántos-millones-de-pesos-perdidos) con el que los ferrocarrileros más radicales “probaron”, hace unos meses, al nuevo gobierno; me admira escuchar que igualmente fue apresado un miembro del MURO y que su captura permitió conocer la existencia de una red de vendedores de marihuana que opera en los recintos universitarios; sufro un calosfrío al oír, refiriéndose a uno de los “escandalosos del 68”, cuyo apellido no alcanzo a captar, la respuesta al:

—¿Qué se hace con él?

—Dénle una *calentadita* y guárdenmelo para que platiquemos con más calma...

—e imagino

los golpes en los testículos

los toques eléctricos en el ano

las quemaduras en las uñas

las inmersiones en el tanque de agua helada

el simulacro de fusilamiento

o de ley de fuga

a que lo someterán para que diga, ¿qué?; para que comprometa o traicione ¿a quién?; para que admita que existe relación entre el secuestro de ayer y lo que aconteció aquel 2 de octubre;

y

apenas ahora, aunque ya antes haya pensado en ello, me doy cuenta de que nuestra acción, organizada para vengar a los que murieron, va a acarrear nuevos sufrimientos a no pocos de los que participaron en el Movimiento. Es probable, es seguro (basta recordar lo que la voz del jefe ha dicho en el radio de la policía) que ya se les esté atrapando, que ya se les tenga en la prisiones del gobierno, que ya se les esté interrogando con la saña con que se interroga en esos lugares. (El último recorte que he añadido al álbum donde acumulo cuanto se refiere a lo que no debe ser olvidado, consigna: “Después de la experiencia de Tlatelolco/2 de octubre, la policía y demás cuerpos represivos del Gobierno han modernizado sus sistemas de trabajo y sus equipos. En la Fábrica Nacional de Carros de Ferrocarril se producen ya jeeps, transportes y tanques antimotines, calcados de los eficientes modelos franceses.”) Recuperarán dolores atenuados por el tiempo y se preguntarán al vez, si ya todo estaba en paz, si Tlatelolco y los muertos y la sangre eran historia, anécdota, olvido, ¿para qué revivirlo con este secuestro, con esta venganza que, a fin de cuentas, a nada positivo conduce?; y, mientras guardo el auto en el garaje y recibo los ladridos que los perros me conceden, me pregunto si tengo derecho a exponer a otros y a sus familias (a otros que quizá sean felices porque ya no recuerdan, porque no quieren recordar ya) a las torturas que los aguardan, a la angustia de la incomunicación, a la agonía del terror. Algunos, es posible, más generosos que yo, estarán dispuestos a dejar-las-cosas-como-estaban; yo pienso que, muerta Mina, las - cosas - no - pueden -ser -como-eran. Su sangre que tantos pisaron y que tantos más se llevaron en la suela de los zapatos confundida con la lluvia y con las lágrimas, exige un pago, tiene un precio:

(—Ni modo, mi viejo; hoy te tocó morir... Y tan a gusto que estarías, libre y en tu casa, si no se te ocurre tratar de tumbar al Gobierno, ¡pendejete...!

—No llore. Sea machito. Aguántese. Tráguese las lágrimas, sienta lo que está pasando, y recuérdelo para cobrárselo al que tenga que pagarlo...

A los que van a sufrir, a los que están sufriendo, les pido perdón. El dolor que hoy padecen (¿no será acaso el mismo dolor de entonces sólo que apenas sentido esta noche?) también habrá de ser cobrado a su tiempo.

Dejo en libertad a los Doberman y con voz que apaga sus ladridos y los pone quietos, les ordeno en alemán que dejen de echarme a la cara sus alientos o lamirme las manos con sus grandes lenguas pegajosas. Hago retroceder el carrito de Telefunken uno; lo detengo al escuchar, curiosamente deformados, algunos ruidos que corresponden a toses, a bostezos, y, asombro, a lo que puede ser el tralalalá de alguna canción de zarzuela española... Hay, después, silencios largos, equivalentes a horas de sueño o de meditación. Luego, su voz que grita:

—Ustedes... ¿dónde están? Háblenme. Déjenme verlos. ¿Quiénes son?

Su voz que implora:

—Por favor, ya no se puede respirar... Estoy envenenándome con este olor a mierda... Sáquenme de aquí o llévense el bote...

Que, muy débil, verdaderamente dolorida, suplica:

—Estoy enfermo... Dénme leche... Tráiganme mis pastillas para la úlcera...

Que después de otro paréntesis de silencio en la soledad, impreca:

—Hijos de puta... ¡hijos de puuuuuutaaa!

Lo que viene después de la injuria, ¿son sollozos? ¿es el desplome en la más absoluta desesperación? ¿es el ruido de su miedo? ¿la impresión intraducible, indescriptible, de un dolor más intenso, mucho más poderoso que el que está permitido al cuerpo soportar?

Cuando entro en la celda me rechaza la concentrada pestilencia de lo que él ha ido virtiendo en el bote. Debe tener frío: lo encuentro, empequeñecido y fetal, sobre el piso. Se cubre con la chaqueta. Sigue el ruido de mis pasos en la oscuridad. Golpeo un barrote con el pie y alza la cara, atento y en tensión, como Hänsel o como Gretel si les pongo enfrente una salchicha.

—Su café.

Acude, gateando, al lugar donde he colocado la taza.

—¿Qué horas son?

—¿Le importa?

—¿Qué día?

—Digo, ¿le importa?

Mueve la cabeza, negando. ¿Qué importancia tiene saber la hora que se vive cuando se está en la cárcel?

—¿Me puede dar leche? Pagaría lo que fuera por una poca...

Con una energía que contrasta con su aparente debilidad, deja la taza en el suelo y busca rápidamente en las bolsas de su pantalón. La mano que en seguida me enseña, abunda en billetes de cien, de quinientos, de mil pesos.

—No hay leche.

—Cóbrense lo que quiera, y tráigame un vaso, siquiera un vaso para mi úlcera... Sean humanos conmigo. No soy criminal para que me traten de este modo...

—Es el periódico de hoy —se lo arrojó a los pies—. ¿Es bueno el retrato o no?

Dirige sus ojos torpes hacia la penumbra:

—¿Qué dicen ellos?, ¿están dispuestos a pagar?

—¿Quién habla de pagar, de cobrar?

—Entonces... ¿qué?

—Se le ha traído aquí, ya se lo dije, para hablar con usted... Y eso es lo que vamos a hacer, usted y nosotros... Hablar, hablar. Nos oirá, lo oiremos Y después...

—¿Y después..?

Me he ido. Estoy en el cuarto de radio. Telefunken Uno recoge:

—¿Y después qué van a hacer conmigo?

Falta poco para que se produzca el primer noticiero de la televisión nocturna. En tanto termina el diálogo imbécil de la telenovela, me ocupo de añadir, a los centenares que abultan ya el álbum, un nuevo recorte: ¡al fin, el de la noticia del secuestro!

La información que difunde el noticiero en nada mejora o amplía la del diario. Lo único que la hace diferente son las fotografías que la ilustran. Me extraña que no se nos muestren las escenas que vi filmar en el Metro. La noticia del secuestro (y ello me decepciona) ha sido dada prácticamente sin énfasis.

—... y se supone que en este plagio, el primero de su género que se produce en México aunque no infrecuente en otros países donde se les usa como instrumento de presión contra los gobiernos, están inmiscuidos extremistas cuya identidad conoce la policía pero que guarda en reserva para no entorpecer sus investigaciones colaterales. ... y ahora, pasando a otras noticias, El-Señor-Presidente-de-la- República...

Al concluir el programa, y antes de que se inicie el que le sigue o se difundan los anuncios, aparece en la pantalla, en gran close-up, uno de los retratos que le tomé esta mañana al hombre que guardo en la jaula. Una voz explica:

—A las diez de la noche transmitiremos un programa especial sobre el secuestro que ha conmocionado al país. No se pierda este hit informativo del canal de lujo de la televisión mexicana...

Termino de untar un poco de queso roquefort sobre la tercera de las cuatro galletas que constituirán, con una taza de té, mi cena de esta noche, cuando suena el timbre del teléfono en el cuarto de radio. A mitad del segundo cascabeleo alcanzo la bocina:

—¿Sí?

Hay alguien escuchándome, pero se guarda las palabras. No ha tapado la bocina y puedo oír, con absoluta claridad y muy próximos, algunos ruidos: el de una máquina de escribir siendo usada por un diestro mecanógrafo; otro desconcertante: el piar de unos pájaros que han de ser, podría apostar que son, canarios; en una especie de tercer plano. algo de música...

—Diga... diga...

El que no habla rompe suavemente la comunicación y el silencio que acechaba se convierte, después, en el zumbido continuo que indica la clausura de la línea. Cuelgo. La duda me mortifica. ¿Será la policía verificando si permanezco en casa? Si ha puesto gente a medir mis pasos, debe saber que estoy aquí desde hace mucho. ¿Para qué llamar entonces?

En la estufa ha empezado a hervir el agua para la infusión de Lipton. Vierto las hojas y aguardo a que se desprendan de su olor y de su color. El teléfono vuelve a sonar. Permiso que lo haga muchas veces, no sé cuantas. Finalmente, admito responder:

—Hola... —grito, seguro de que me responderán el silencio, el ruido de la máquina o los trinos de los canarios.

—Buenas noches, ingeniero.

—Oh Kurt. Buenas noches.

—Creí que no estaba. El teléfono sonó tantas veces...

—Lo oí, sí, pero desde el cuarto oscuro. Perdón, Kurt.

—No se preocupe, ingeniero.

—Kurt, ¿trataste tú de comunicarte hará... unos cinco minutos?

—No. Es la primera vez que llamo, pues acabo de oír la noticia del secuestro.
—También la oí yo, casualmente...
—Estará usted contento ahora, ingeniero.
—No sé, Kurt. No sé qué sentir, qué decirte.
—Ojalá que quienes lo tienen, maten a ese hombre.
Debo ser cauto. No es improbable que mi teléfono esté intervenido.
—Que lo maten o no, es asunto que no me concierne.
—Por culpa de ese tipo, usted perdió a Mina...
—Quizá no toda la culpa le pertenezca. Hubo otros...
—Tiene usted mucho que resentir, ingeniero. Mucho.
—¿Resentir, Kurt? Ya no. El tiempo cura los rencores. Los míos ya no existen; por eso, lo que le espera a ese señor no me interesa.
—La muerte es lo único que puede esperarlo.
—Cuida tus palabras. Kurt. Recuerda al que dijo que no todo lo que se piensa puede ser dicho. ¿Algo más, Kurt?
—No, ingeniero. Solo quise comentar.
—Bueno: lo hemos comentado, y ya. Hasta mañana, entonces.
—Que la pase bien, ingeniero.

De tanto reposar en la marmita, el té se ha puesto demasiado amargo. No han transcurrido dos minutos desde que terminé mi diálogo con Kurt, cuando el teléfono interrumpe otra vez mi merienda... Quien llama no es Kurt sino el la que se torna invisible detrás del silencio.

—¿Qué quiere usted? —y por única respuesta, antes de cancelar la comunicación, me concede el ruido de la máquina y la desusada alegría de los canarios.

Silencio total.

Como a mediodía, el organismo que acabo de alimentar con cuatro galletas, unas migajas de queso y la mitad de una taza de té, me exige un trago que lo conforte, el estímulo del coñac que lo tranquilice. El Napoleón sigue siendo todavía mejor que los brandies nacionales. No limito, como las limitaba el cantinero, las raciones que me sirvo. Mi lengua disfruta, con el mismo gusto que si fueran los de una muchacha, el sabor, el aroma, la calidez de lo que estoy bebiendo.

Me aguarda una espera de dos horas. Decido salir al jardín. No es la primera vez, Mina que busco la sombra de tu cuerpo, el ruido de tu risa, en la oscuridad del bosquecillo, ni tampoco la primera que me hago acompañar, como en este momento, de la botella. Hänsel y Gretel acuden, jugueteando, persiguiendo, gruñendo. Los rechazo con una voz, con un solo grito:

—Quietos... —que ellos aceptan.

La noche no se decide en la lluvia tormentosa que prometía la tarde. El cielo, parduzco de nube retumba pero no se abre. Rápidos, los silbantes jets uno cada minuto, pasan por encima de la casa camino al aeropuerto.

Me oigo decir una cosa sin sentido —decirla, no pensarla:

—Escuchemos los gritos pintados en las Paredes.

No comprendo su significado, ni me importa averiguarlo. Sólo quiero servirme otra gran ración de coñac. Empiezo, después, a sentirme sordo, lento, receptivo. Sin yo ordenarlo, obedientes a la costumbre, trazando un arabesco a lo largo del sendero, los pasos me llevan a la casa;

mis pasos cuentan

uno, dos, tres,

*cuatro, cinco,
seis,*

los peldaños que me depositarán en la galería de cristales. Huele a pino; huele al desodorante que esparció por aquí esta mañana la insoportable Frau Emma. ¿Por qué insistirá en anular el olor de los recuerdos, ese olor a muebles viejos, a polvo antiguo, a cortinas de brocado, a cera para abrillantar pisos? ¿por qué esa manía de limpieza que la domina como dominaba también a Hildegard y a mi madre? Ahora no me detengo en el comedor. Prefiero explorar los corredores, las escaleras, las estancias que mi silencio de fantasma va invadiendo. Beber en la penumbra cuando ya se está un poquitín ebrio, no es fácil. Copa y boca no siempre coinciden y uno se humedece la barba, la camisa; uno vierte goterones sobre las alfombras o el parquet. Restituir a la copa lo que se ha perdido, lo que se ha bebido, es igualmente tarea complicada. Debe confiarse, ya que no la vista, en el tacto.

Cada alcoba es esta noche, en el estado en que me voy poniendo una sorpresa o un dolor, un hallazgo o una alegría. Siempre me conmueve asomarme al estudio del suegro, a ese mundo cerrado que se fabricó para almacenar sus sueños. Enciendo el candil: sólo falta don Guillermo para que la visión de este cuarto sea perfecta. El óleo del Führer, la bandera roja, la mesa con los mapas. La gran swástica de hierro negro que el viejo forjó en lo que ahora es el garaje de la camioneta Volkswagen. Las altas ventanas que se asoman, ciegas, al paisaje. Las alfombras que ahogaban los ecos de sus botas militares. La chimenea de mármol sobre la que se despliegan, amarillos, desvaídos, los retratos de los hombres y las mujeres de su familia, de su estirpe:

y viene luego, con el orden triste que ella le imponía a todo lo que estaba bajo su control o se confiaba a su cuidado, la vasta alcoba conyugal: el lugar que nos separaba a Hildegard y a mí; está, dentro de su marco de plata, en la mesa de teka taraceada, la foto que nos reúne el día de nuestras bodas. Era un mujer hermosa e insípida, Hildegard; una mujer buena, tranquila, a la que le debo la gratitud de una sola hija;

y al otro lado del pasillo (púrpura alfombra que la señora Hoffer desgasta dos veces por semana con su máquina de aspirar el polvo) está la recámara de Mina —una recámara igual de grande, igual de vacía y de bien ordenada que la de sus padres. No enciendo la luz. La imagino sofocada de olanes, de tules color-de-rosa, de muñecas antiguas, de muebles tan frágiles que amenazan romperse si se les mira con insistencia; y estoy seguro de que el oso de peluche, el que simboliza a Berlín, se halla en el centro de su cama; y estoy seguro que debajo de ésta, si me asomara, encontraría la taza de noche de porcelana que Mama Hildegard encargó, para uso de la nenita, a la misma fábrica donde a don Guillermo le hacían la vajilla: una vacinica en cuyo fondo se reproduce el instante de un baile campesino de la Selva Negra.

He bebido el coñac que me serví en el primer piso. Balanceándome, paso ciertas fatigas para encontrar, en mi mano, la copa que habrá de recibir el que quiero proporcionarme ahora. Huele, aquí sí, a lo que me gusta que huelan las cosas que amo. Para que ese olor no se escape, he dispuesto que ninguna ventana se abra, que ningún sol toque estos lugares de la casa; que ningún aire se lleve el aire que en otras épocas gentes más felices que yo respiraron, compartieron.

Visitar el cuarto de Mina, la recámara de su inocencia, me causa siempre un poco de daño, porque la llaga duele. Aquí vine a buscarla, con palabras de furia preparadas en la boca, la mañana que Félix me comunicó que el carro-de-la-señorita no estaba en el jardín; si el carro-de-la-señorita no estaba en el jardín, ni en el garaje, ni en la calle frente a la casa, eso significaba que la señorita había pasado la noche fuera, aprovechándose de que su padre, el viejoimbécilchochomaniáticodesupadre se

encontraba ocupadísimo, uncido a sus aparatos transmisores, participando en un torneo internacional de ajedrez por radio: y si la señorita Mina se tomaba semejantes libertades, iba a saber que

y esta noche es la mañana aquella, la del estupor, la de la angustia, la que el país iría a llamar

la mañana del 3 de octubre,

la-mañana-después-de-la-Noche-de-Tlalelolco

y en verdad encolerizado y celoso, quizá más celoso que encolerizado, me veo subir las escaleras, irrumpir en este cuarto que no he querido hoy perturbar con la luz; y me oigo gritar:

—Minaaaa...

y me escucho quedar en silencio al ver que la cama está intacta, con el oso de peluche que representa a Berlín en el centro y como si yo fuera otro, ¿no lo soy desde entonces?, me veo investigar la alcoba, y descubrir que hace mucho, muchísimo tiempo, nadie la habita; una alcoba que no recibe ya a su huésped; que ya no aloja a la niña para la que fue preparada y lleno la casa con mi grito:

—Minaaa ...

y la casa me devuelve, deformados como si los repitieran bocas llenas de llanto, los ecos del nombre: y llego así al quinto piso, y abro y cierro, cierro y abro, las incontables habitaciones (ocho, quizá diez, ya no lo recuerdo) que lo componen; y me asomo al salón que fue, sucesivamente, de ensayo, de pintura y de danza, y no está Mina; de ninguno de sus ángulos en sombra sale, como cuando era pequeñita y se escondía, la disculpa de su voz...

—Mina, ¿dónde estás? Quiero hablar contigo...

Y sólo queda una puerta, la última, la que cierra el corredor y a ella voy y frente a ella me detengo y por primera vez veo que esa puerta está totalmente pintada de negro igual que lo está el muro que la circunda, y me pregunto quién autorizó que se embadurnara la pared, quién trazó el cartel que advierte:

PROHIBIDO EI PASO
MUERAN LAS MOMIAS

y la puerta cede, se abre, me permite penetrar en la oscuridad de una noche artificial, y por instinto busco, al lado izquierdo de la jamba, el apagador, y lo hago funcionar, pero ninguna luz cae del techo. Lo que me rechaza es menos la penumbra (a la que mis ojos terminarán por habituarse) que la mezcla de olores que percibo estancada en el aire; y me dirijo hacia donde supongo que está la ventana y encuentro un velo muy espeso, de franela tal vez o de algún material semejante, pero no puedo apartarlo, descorrerlo, pues está fijo con clavos y tachuelas, lo sabré después, al muro.

Buscando a tientas no sé qué, encuentro en el suelo, o encima de algo que está muy cerca de él, una lámpara. Hago girar la mariposa y frente a mis ojos se enciende un foco; un foco ámbar cuya claridad insuficiente basta, sin embargo, para descubrir lo que ocupa este indescriptible lugar en el que hay una caja de madera llena de libros, dos colchones que parecen ser uno solo cubiertos por una piel de becerro; un puff de cuero de diseño marroquí y cojines, cojines desperdigados. por todas partes;

pero lo que perturba es el olor; no el olor a tabaco rancio, sino ese otro, a paja quemada, que podría ser confundido con el incienso;

y hay también, junto al cajón que imita un buró, un tocadiscos y en él, uno, pequeño, y me parece de lo más absurdo que lo haga, pero lo he puesto a funcionar

mientras sigo mirando, descubriendo, sorprendiéndome de lo que miro y descubro, esta habitación totalmente negra, en cuyas paredes, escritas con la punta de algún objeto metálico que penetró hasta la blancura del yeso, se leen cosas increíbles, se ven dibujos como los que sobran en los mingitorios de los cines o de los bares; y repito

asumamos la actitud de vírgenes

así

nos quieren ellos.

Forniquemos mentalmente,

suave, muy suave,

con la piel de algún fantasma

sonriamos

femeninas

inocentes,

y abajo de esto hay, escritos con gordos caracteres, unos

FUCK FOR PEACE
GOD SAVE THE PILL
FUCK IS BEAUTIFUL

que me dejan tan pasmado como leer en seguida (y la letra es la inconfundible de Mina) lo que puede ser la respuesta a lo que está más arriba:

ya no sonriamos

ya no más falsas vírgenes

ni mártires que esperan en la cama

el salivazo ocasional del macho

y sigo mirando que en los muros se multiplican, como si fueran los de cualquier calle de la ciudad, las injurias contra el gobierno, y que se repiten los slogans que el Movimiento Estudiantil pinta en autobuses y tranvías, en fachadas de edificios y en bardas de lotes baldíos;

y una sorpresa lleva a la otra, y escucho, ahora con atención, la música que el tocadiscos emite, y me doy cuenta de que más que una canción en el sentido convencional del término, lo que el micrófono recogió es un catálogo de ruidos, de expresiones sonoras; los ruidos, las sonoras expresiones de un hombre y una mujer comprometidos en tumultuoso coito; y las únicas palabras inteligible, lo único que puede ser traducido del francés es un ocasional, suspirado

YO TE AMO — JE T' AIME

al que la otra voz, la del contrario, le responde

YO TAMPOCO — MOI NON PLUS

en el instante en que el frenesí de ambos coincide pero no termina, pues se prolonga, se repite, vuelve a ser, no cesa nunca; he ido doblando las piernas, aplastándome como un fuelle, desparramándome, sobre el gemelo colchón que es la cama de Mina, ese colchón tan amplio que podría recibir, junto al de ella, otro cuerpo, o varios otros cuerpos —que quizá los ha recibido alguna de esas noches en que la soledad la separa de su padre...;

y como en el instante que precede al vértigo, a la caída, o a su equivalente: la embriaguez total, mi cuerpo se endurece, y descubro, con el sollozo de la culminación involuntaria, que dentro de mí aún hay margaritas.

(Nada de lo que hallé después me produjo ira: ni los toscos cigarrones que no eran de tabaco, ni la caja de píldoras anticonceptivas, ni la mala foto en la que Mina exhibe sus desnudos senos. ¿Que reprocharle a quien pertenece ya a la muerte?).

Todo quedó como estaba esa mañana. Nadie, excepto yo, ha pisado desde entonces el silencio de esta cueva; nadie, excepto yo, ha compartido la negrura de esta soledad. Pongo a funcionar el toca discos El estímulo se produce. Los posters asumen su significado: lo asumen para mí. Estoy tendido sobre los colchones, sobre esta blanda anchura en la que Mina, tal vez... Me levanto rápidamente, con la respiración desordenada. Apago el aparato. Apago mi memoria. Apago el deseo,

y a medida que de la soledad de Mina desciendo, por escaleras que a mi solapada borrachera se le antojan peligrosísimas, a la soledad que estoy compartiendo desde ayer con el prisionero, trato de recordar un texto que leí entre los papeles de mi hija: una página manuscrita que colgaba, detenida por un alfiler, de la pared; pero lo he olvidado... lo que quiere decir que era insignificante.

Apenas dejo la botella y la copa junto al transmisor, funciona el teléfono.

—Diga.

Como las veces anteriores, nadie. El ruido de una máquina de escribir. El de una jaula llena de canarios. ¿Corresponderán a una grabación que la policía usa para confundirme? Me pregunto que haría en caso de que los agentes, habiendo descubierto dónde se encuentra el secuestrado, invadieran este lugar, y me respondo (y oírmelo decir no me sorprende) que le metería en el cuerpo ocho de las nueve balas que guarda el cargador de la Parabellum y que destinaría la novena a mi paladar.

En su fase inicial, el proyecto de la venganza tuvo, en cierta forma, un cómplice —aquel viejo policía privado, Sebastián, que fue amigo de mi suegro desde los años 20. A él le confié que deseaba como homenaje a la memoria de Mina, acercarme a los deudos de algunos de los que la habían acompañado a la muerte. Sebastián recibió a orden:

—Búsquelos, con la discreción que no necesito rogarle. Deseo ayudarlos, pero sin que sepan de quien reciben la ayuda. ¿Me entiende?

Al cabo de un par de meses, Sebastián me sometió un legajo (este que ahora tengo sobre las rodillas y que hojeo mientras aguardo a que sean las diez de la noche) con las fichas, los curricula vitae, de treinta seleccionadas personas que vestían luto por Tlatelolco. En esa forma, Sebastián terminaba la que habría de ser su última misión: epílogo de una carrera que inició al servicio de la policía; que prosiguió después, con éxito, al de las empresas petroleras y/o al de compañías como la nuestra que le encargaban el esclarecimiento de robos, fraudes o abusos de confianza, o la confirmación de antecedentes de quienes solicitaban empleo. Dos días después, una trombosis atacaría sus coronarias y Sebastián moriría sin haber recibido el pago por su trabajo. Malvadamente me alegró que no viviera ya el único que sabía de mis planes. No fue fácil seleccionar a los que formarían el grupo. Me tomó meses espiar, aproximarme, hablar, abordar a los que el detective incluyó en la lista. Los seis que al fin aprobé componían un equipo que compartía, entonces sí muy viva, el ansia del rencor. A cada uno le hice creer que sería, conmigo, el único vengador de la sangre ilimitada que en el revoque de los muros dejó aquella noche la constancia de su desesperación.

Exceso de anuncios, alguna falla técnica, lentitud de los censores para autorizar lo que va a decirse, el programa empieza a ser transmitido (con el gentil financiamiento de un grupo de patrocinadores que incluye un banco, una fábrica de cerveza y una de cigarrillos) once minutos después de la hora anunciada. Para que el prisionero escuche lo que va a decirse sobre él, producto comercial que se ofrece al ávido consumo del público, conecto un cable del aparato de TV a una de las bocinas que hay en la celda. Si apestara menos iría a ella, encendería las luces y me dedicaría a registrar en película los gestos, los ademanes, las reacciones que el Hombre habrá de hacer, de tener, a medida que hablen de su persona.

Con cierta solemnidad en la voz, el locutor hace saber que, como ya es de dominio público, en México se ha iniciado el secuestro de personajes; en este caso, con el de uno de los hombres más notorios de la política reciente.

—Táctica de presión a las autoridades que ha dado ya resultados excelentes para los terroristas en algunas partes: Brasil y el Uruguay, aunque ha fracasado en otras: Guatemala, por ejemplo...

El sobrio locutor, Monstruo Sagrado de la Televisión Mexicana lo llaman, emplea unos minutos para referir cómo, al atardecer del jueves, un motociclista de Tránsito encontró abandonado el automóvil sport de marca italiana que tripulaba el ahora desaparecido ex funcionario.

—En el auto, a la manera clásica, los secuestradores dejaron un mensaje; éste, del que muestro una fotografía, que por sí mismo se explica... En cuanto no quedó duda de que los extremistas, sin lugar a dudas: extremistas de izquierda, habían capturado a su víctima, todos los cuerpos de seguridad del Gobierno fueron puestos a trabajar... Aunque se lograron arrestos importantes no se obtuvo, necesario es decirlo, ninguna pista que pudiera conducir a los tupamaros locales... Como lo habían prometido, un vocero de éstos se puso en contacto con los mass-media y nosotros tuvimos la oportunidad de hablar por teléfono con el misterioso individuo que ofreció proporcionarnos el material informativo que han visto y que seguirán viendo... Con las reservas del caso, nos trasladamos a la estación del Metro donde iba a tener lugar nuestro encuentro; pero el hombre no apareció aunque es de suponer que andaría cerca. Procedimos a buscar el paquete que, según nos dijo, dejaría en alguna parte... (Aparecen ahora las escenas que vi filmar. Al fin del breve video-tape, el locutor remite al auditorio a los avisos comerciales. La acción se reanuda, en vivo, minuto y medio después.)

—En opinión de la policía, el secuestro es obra de profesionales. No es excesivo suponer que lo organizaron y consumaron individuos perfectamente entrenados que contaban con vehículos especiales para huir y cómplices que se encargarían de cubrirles la retirada... Lo singular del caso es que nadie, lo que se llama nadie, presenció el acontecimiento... Se imponen, amigos, las reflexiones. No puede admitirse que los secuestradores busquen dinero y que, para obtenerlo de una manera relativamente fácil, hayan raptado a quien es ahora su rehén... En el mensaje que nos enviaron dicen que —se ajusta los anteojos; va leyendo, y las palabras, mis palabras, son ilustradas con retratos del prisionero, con vistas de la Plaza de Tlatelolco, pero no de la plaza *aquella noche* (las culatas del Ejército impidieron trabajar a los fotógrafos) sino como volvió a estar, hermosa, limpia, tranquila— “aunque sabemos que él no es el único responsable... lo hemos secuestrado... para pedirle... hmmm... explicaciones sobre los sucesos que ocurrieron entre el 26 de julio Y el 2 de octubre de 1968. . .“ O sea, el los secuestradores se abrogan facultades que compete ejercer a la justicia, representada, como todos sabemos, por agencias gubernamentales como la

Procuraduría General de la República o la del Distrito... Pero lo verdaderamente serio, lo que nos hace sospechar la existencia de fuerzas dispuestas a desquiciar la vida institucional del país para hacer vivir en el terror a los ciudadanos, es que estos señores (se acomoda nuevamente los anteojos) manifiestan: “No somos un grupo político, no estamos al servicio de nadie.” Citando el refrán popular: “Explicación no pedida, acusación manifiesta”, podríamos decir que al negar que pertenezcan a un grupo político, o que estén al servicio de alguien, están confesándolo... están proclamándolo. ¿Y qué grupos políticos de presión, qué ideologías exóticas, antirrevolucionarias, ajenas al sentir de los mexicanos, se beneficiarían con un acto criminal como el que han cometido en la persona de este ciudadano ilustre?... Dentro de un instante, luego de los mensajes de nuestros patrocinadores, volveré.

Dos minutos más tarde, aunque ya no en el estudio, el locutor ofrece su rostro a la cámara:

—Nos encontramos ahora en casa del hombre cuyo secuestro ha sacudido al país... Nos acompañan algunos miembros de su familia... —Nos los muestran: la esposa, el anciano abuelo en la silla de ruedas, varios yernos, dos de sus hijas, innumerables nietos—... De una familia que lleva horas y horas viviendo en la angustia de la incertidumbre; una familia, como la de ustedes, como la mía, a la que unos secuestradores sin piedad están causándole un profundo dolor...

Con muy amable tono de voz procede a efectuar las consabidas entrevistas. La esposa tartamudea. Me parece innecesario que se haya puesto los diamantes en los dedos, en las orejas, alrededor del cuello:

—Devuélvanme a mi marido. Está enfermo. Necesita de los cuidados de su casa, y que lo vea su doctor todos los días...

(—*Qué doctor ni qué un carajo. Ahora, chínguese...*

—*Es que voy a morirme...*

Pero el soldado siguidó aplastándome el pecho con su bota.)

Una de las hijas, la que viste hábito de religiosa carmelita, susurra:

—Papá no le ha hecho daño a nadie. Dios Nuestro Señor es testigo. No veo por qué lo tratan así.

(Una mujer descalza

cubierta la cabeza con un rebozo negro

espera que le entreguen a su muerto.

22 años. Politécnico:

un hoyo rojo en el costado

hecho por la M-1 reglamentaria.)

El hijo mayor, abrupto:

—Si lo que esos señores quieren es dinero, que lo digan.

Le ofrece el micrófono a otra hija, a la que trae en brazos una criatura quizá todavía de pecho. Es una mujer robusta. Se le ve más entera, más recta que los otros miembros de la familia:

—Lo que ha pasado con papá es obra de los comunistas... y le da la razón — casi grita—. Sí, él tenía razón en el 68 cuando quiso librar a México de esos cochinos rojillos agitadores... Él tenía razón, y se está viendo... Ahora se vengan de él... Yo creo que es el Pres

Su grito es interrumpido por una “edición” del video en el que se grabó la charla. Eso es evidente porque la continuidad del programa pierde, un instante su fluidez. Prosigue, ahora, desde el estudio:

—Es comprensible, muy comprensible, el dolor de esa familia —remarca el locutor—. Ahora sólo queda esperar el devenir de los acontecimientos. Podemos, sin embargo, aventurar un juicio: en México no prosperarán los secuestros a políticos o diplomáticos como no han prosperado los asaltos a los bancos... No está en el carácter de los mexicanos recurrir a tales reprobables tácticas de lucha a las que son proclives los maoístas, los fidelistas, los guevaristas, los troskistas, los...

Interrumpo su enumeración. En otro canal se discute, también, el tema del día. El individuo al que una rueda de reporteros somete al suplicio de una entrevista, viste uniforme; por su cara, debe ser general. Su palabra, algo torpe, lo confirma. Lo embrollado de sus ideas, permite deducir que o no sabe de qué está hablando o que lo han obligado, con preguntas astutas, a que hable de lo que no sabe.

—¿Puede haber alguna relación entre lo ocurrido el jueves y la actividad de los tupamaros?

El general arruga la frente. Rumia antes de responder. Se le mira desamparado. Suelta:

—Puede que sí, puede que no. Eso está por verse.

—¿Qué medidas ha dispuesto que se tomen para...?

—Eso es asunto nuestro, ¿no? Lo que sí quiero que digan es esto: tumaritos o no, aquí no es Cuba... Aquí se amuelan. La Revolución nos enseñó a combatir a los enemigos usurpadores de la paz interior que tantos muertos y tantos años de sacrificio nos ha costado desde 1910... Y en lo que mí se refiere, quiero decirles también que, así como El Señor Presidente nos lo demuestra todos los días con su ejemplo, yo, nosotros...

Hago girar el selector y encuentro que en una mesa redonda, cuyas preguntas encauza un hombre inteligente e imparcial, se analiza El Secuestro Político como Táctica de Lucha. Ocupa la palabra alguien que se identifica a sí mismo como Militante -del-Movimiento-de-1968: profesor universitario, ex huésped temporal de la Penitenciaría, miembro, ahora, en un puesto muy bien remunerado, de la Administración:

—... el secuestro ha sido cometido. Eso es una realidad. Ahora yo quisiera exhortar a los secuestradores a que si son mexicanos, y seguramente deben serlo, piensen en su Patria, no empañen su prestigio de país pacífico... Reflexionen: México necesita del turismo y el turismo no visita los lugares donde la violencia se produce... Quiero igualmente pedirle a los secuestradores que no derramen la sangre de un hombre indefenso, que si puede ser acusado de algo, considerado culpable de algo, es de haber cumplido con su deber... Se lo pido yo, veterano de las gloriosas jornadas del 68... Por serlo me siento con autoridad moral para solicitar que se ponga en libertad a un personaje que la historia, con la serenidad que otorga el tiempo, y no nosotros, apasionados, humanos, falibles, debe juzgar...

El moderador permite un diálogo en el que participan al mismo tiempo, cuatro o cinco de los invitados a su programa. De entre el desbordamiento verbal aísló algunos conceptos:

—Ahora que estamos en el Umbral del Desarrollo, no debemos permitir que los inversionistas extranjeros desconfíen de la estabilidad económica y social, así mismo política, de este país, el más avanzado, sin duda, de Latinoamérica...

—El presidente debe demostrar con hechos, no nada más con frases, que el principio de autoridad no está en entredicho; que gobierna para todos, no sólo para un grupo.

Un jovencito, que debe ser importante pues con frecuencia le otorgan close-ups mientras los otros hablan, ataja (y en sus palabras se advierte innegable madurez) al que ya larga un discurso torrencial:

—El Señor Presidente ha demostrado, con los hechos que usted pide, que las armas de su Gobierno, o sus Armas de Gobierno, si lo prefiere así, son: respeto a la Constitución, respeto a las leyes que de ella emanan, respeto al ejercicio de la crítica, forma superior de libertad...

Un sujeto gordo y feo, que pasa de los cuarenta y que desentona entre sus compañeros de política, jovencísimos y vestidos a la moda, arremete:

—Tenemos nuestros propios símbolos y no necesitamos que nos los traigan de afuera... ¿Para qué Camilo Torres si está el Cura Morelos? ¿Para qué el mentado Che Guevara, que ni cubano era, si está el señor Madero?

Se le concede la palabra, al fin, al individuo con cara de boxeador imbécil que ha estado, durante mucho tiempo, pidiéndola con el índice en alto:

—Eso mismo digo yo, ¿no? ¿Para qué necesitamos santos si con nuestra querida Virgencita-de-Guadalupe-Reina-de-los-Mexicanos nos basta y nos sobra, digo, no?

Me siento fatigado, con un dolor indefinido en todo el cuerpo. Mucho me molestaría caer enfermo, de gripe o de algo peor, en estos momentos. El sueño no acude a mí. Estoy mareado, pero no lo suficiente. Por más licor que trago no consigo poner a dormir mi borrachera. Creo que antes de olvidarlo totalmente alcanzo a sacar de la memoria lo que leí, escrito o copiado por Mina, en uno de sus cuadernos:

Puedes llamarle simplemente Tú —Porque eres la que resume todos los nombres, la que se representa con todos los rostros, la que viste todas las desnudeces que recuerdo. Tú, la que es y no existe; la que sólo puede ser en la soledad, en la nostalgia; la que me burla en el sueño de las palabras; la que busco en el laberinto de la imaginación.

¿Quién puede estar a la puerta de mi casa, llamando por el interfono, con semejante altanería, a las 7 y 20 de la mañana?

—Diga.

La voz de la compulsiva viuda Hoffer informa que ha traído con ella al hombre que va a encargarse de impermeabilizar la azotea en la sección que ocupo; asimismo, que el hombre ha traído con él a sus ayudantes y, éstos, los materiales que utilizarán.

—Habíamos quedado, Frau Emma, que ese trabajo iba a hacerse la semana próxima.

—Sí, pero recuerde () llovió anoche. ¿Podemos pasar?

Pincho la tecla que abre, por medio de un impulso eléctrico, la puerta que da a la calle. La viuda Hoffer es una mujer necia y calamitosa, sagaz en algunos aspectos y torpe en muchos más. Tiene cierta propensión a ser acarreadora de chismes. Por ella me entero, quiera o no, de lo que ocurre en otras familias a las que también sirve. Hubiera podido decirle que se fuera con la música de sus operarios a otra parte, pero no lo hago, no lo hice ya, porque tal negativa podría estimular su curiosidad hoy que los periódicos, como anoche la radio y la TV, estarán plagados de noticias referentes al secuestro. No sé exactamente por qué me siento atrapado por esta mujer insoportable, cuya inesperada presencia trastorna mis planes, o, si no, me obliga a posponerlos. Había prometido a Kurt ir a la Oficina: no podré hacerlo mientras la vieja y los obreros anden rondándome.

La viuda Hoffer se ocupa de guardar en la perrera a Hänsel y a Gretel. Les promete una tunda si no dejan de ladrarles a los hombres que se han quedado, encogidos y a distancia, esperando que se les permita acercarse a la dependencia cuyo techo habrán de proteger. Rehusó, fingiendo que no la he visto, la mano fuerte y callosa que la mujer me ofrece.

—Frau Emma: no apruebo que haya usted traído a estos trabajadores; que no haya consultado si podía traerlos... hoy, precisamente.

Ella alza también la voz. Es una mujer de carácter. El hombre al que enterró la definía así ante mi suegro: “Es una bestia, Guillermo; una mula terca y enojona”. Para que los extraños no se enteren de qué discutimos, la viuda recurre a su idioma natal; por eso suena tan duro lo que me dice, lo que le digo, lo que nos decimos:

—Me paga usted un sueldo por ser su ama de llaves. Tengo, pues, derechos y también obligaciones.

—Nadie se los niega.

—Entre mis derechos está el que se me trate cortésmente...

—¿He dejado de hacerlo alguna vez?

—... y entre mis obligaciones se encuentra la de cuidar los intereses de quien me emplea... No me interrumpa, por favor, Herr ingeniero... Debido a las lluvias que están cayendo, el techo de esos cuartos se ha remojado y está de dar lástima...

—Exagera usted.

—¿Ha subido recientemente a la azotea?

—No.

—Pues suba y por usted mismo compruebe que ésa ya no es una azotea, sino una tina de baño... Hace siglos que Félix no barre y las hojas han tapado las bajadas de agua.

—Podría haber empezado el trabajo el lunes... Hoy señora Hoffer, voy a estar ocupadísimo...

—Nadie va a quitarle el tiempo... Yo cuidaré que el maestro y sus ayudantes no ensucien nada. Sólo entrarán un momento para ver las goteras...

—No hay ninguna...

—¿Está seguro? ¿Ha revisado los techos?

—Estaba haciéndolo cuando llegó usted. No hay goteras. No-hay-go-te-ras. Con eso, Frau Hoffer, estoy diciéndole que no-quiero-tener-a- nadie-allá- dentro. -- Y si los señores no pueden trabajar sin entrar, págueles lo que hubieran cobrado y que se larguen...

Lo agrio de mi voz la doma un poco. Se hacen más fríos sus helados ojos de trucha. Quizá se sienta ofendida:

—Se hará como usted diga, ingeniero. Usted es el que manda; pero, le advierto: si el agua se cuela de todos modos y daña sus equipos la culpa será de usted, no mía ni de ellos. . . ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Frau Emma va a reunirse con los tres hombres que en una carretilla de mano traen, además de las que supongo sus herramientas de trabajo (rastrillos, cinceles, botes, escobas, brochas de alambre) unos grandes trozos de materia negra que podrían ser confundidos con bloques de obsidiana, aunque han de ser del chapopote que utilizarán para la impermeabilización.

Los periódicos que recojo rebosan, ahora sí, de noticias. La “cabeza” de la noticia principal va, en uno y en otro, de la primera a la octava columnas:

SE INICIA EN MÉXICO LA ERA DE LOS SECUESTROS POLITICOS

y

ESPECTACULAR SECUESTRO: LOS TUPAMAROS LOCALES ENTRAN EN ACCION

Las informaciones, apoyadas profusamente en fotografías del personaje, amplían, en ciertos casos aclaran, hacen comprensible con la oportunidad de la relectura, lo que dijeron ya los jefes de las dependencias policíacas que hablaron por televisión anoche: se han bloqueado todas las rutas de salida/ entrada: se siguen pistas prometedoras en la ciudad y fuera de ella: se busca, para interrogarlos, a varios de los líderes del Movimiento Estudiantil del 68 que han desaparecido de sus domicilios; se efectúan cateos en locales que ocupan partidos extremistas de izquierda: se revisan los vehículos sospechosos.

Un reportero hace saber que la policía trata de localizar a ciertos “duros” de “derecha” que propusieron tomar acción directa contra el nuevo gobierno progresista que está mostrando tendencias a desviarse de la línea conservadora á que se apega el Régimen de la Revolución desde hace seis lustros. Otro columnista cita a un vocero del Procurador y le atribuye: “Ni en éste ni en ningún otro caso se ha pedido o se ha utilizado ayuda de policías extranjeros.” (En alguna de mis cintas he transcrito este diálogo. Los agentes que nos interrogaban: tres mexicanos, dos seguramente americanos, querían saber: —Son comunistas? —Tienen visado de los Estados Unidos? ¿Qué relación tienen con las Panteras Negras, con los Musulmanes Negros?) “Y no necesitamos ayuda extranjera porque nuestros investigadores son tan buenos como los mejores”, —añade el funcionario.

Félix hace repicar la campana. Ahora se iniciará entre él y la viuda Hofier la cotidiana disputa. Félix protestará porque los obreros han encendido una fogata para derretir el chapopote y las llamas, sin control, están lastimando uno de sus árboles de... Frau Emma dirá que Félix pretende molestarla, ya que un poco de calor no afecta a las plantas, y argumentará que si el jardinero tiene alguna reclamación que vaya a exponérsela al *ingeniero*, que fue quien autorizó estos trabajos... y seguirán así, pulla va, pulla viene, hasta que los hombres que han estado pisoteando la azotea, envileciendo el aire con sus humaredas, subiendo/bajando del techo cada cinco minutos, se larguen a las tres de la tarde (es sábado: se trabaja media jornada) y prometan volver el lunes temprano a terminar lo que hoy dejan a medias...

Y Frau Emma se va con ellos, y a las cuatro se va también Félix, y la casa, otra vez, conoce calma y silencio; soledad —y la tensión que le comunico porque ahora sí debo apresurar la ceremonia del juicio; citar en los sitios donde los recogeré a los miembros del tribunal para traerlos aquí y proceder. Precaución que no considero superflua, atraílo a Hänsel y a Gretel y salgo a dar una vuelta por la calle para descubrir si hay vehículos, personas sospechosas; algo que me haga suponer que la policía me vigila. Si las apariencias no engañan nada parece estar fuera de lugar: los coches de los vecinos, las sirvientas de costumbre, las parejas de muchachos fumando en el interior de sus automóviles; el pastor de la iglesia que riega, igual que toda las tardes, el pequeño jardín de su casa; los dos “salchichas” del laboratorio que les gruñen a mis Doberman.

Me arriesgo a llamar desde casa a los miembros del grupo. Tengo suerte. Los encuentro a todos, de todos obtengo el informe que me interesa y tranquiliza: los ojos del gobierno aún no los espían. A cada uno le fijo hora y lugar para que nuestro encuentro se efectúe. Aguardo a que termine de oscurecer. El motor de la camioneta ha sido puesto a punto. En la grabadora caen las súplicas:

—Dénme leche... o mis pastillas... o siquiera agua. Traigan un médico... Llévense esta suciedad... Estoy enfermo... Estoy muriéndome del dolor de estómago... Sean humanos conmigo.

Admito, mientras coloco una nueva cinta en la Telefunken, que el complejo dispositivo de discreciones y falsas identidades, que armé para garantizar mi seguridad personal y protegerme de la traición o de la indiscreción de algunos de los componentes del equipo, ha dejado de ser efectivo. Al señalar para cada uno el sitio exacto donde coincidiremos esta noche, he quedado expuesto a que por temor a las represalias, por codicia (la familia ofrece un cuantioso premio a quien aporte datos que le permitan recuperar al secuestrado) o por el simple deseo de perdonar y no comprometerse, alguno avise a la gente del gobierno. Aunque podría invitar únicamente a jueves, de cuya lealtad me sobran pruebas, y con su ayuda efectuar el juicio, resuelvo no cancelar el plan original, tomar el riesgo de que se me aprehenda y concurrir a las seis citas concertadas.

Pero tomar un riesgo no significa añadir, al peligro, la estupidez. Ignoro cuál vaya a ser el resultado del juicio; ignoro, en consecuencia, qué complicidades unirán al grupo. Si compartimos la de votar por el sacrificio, la culpabilidad será el denominador común; por el contrario, si el veredicto es absolutorio y dejamos libre al prisionero, yo, que organicé el secuestro, quedaría permanentemente expuesto a la denuncia o al chantaje. Así, para exponerme apenas lo indispensable, he tomado algunas medidas precautorias. De los seis colaboradores, dos: Martes y Viernes, viven, aunque en rumbos opuestos cerca de aquí. Debo, pues, recogerlos antes que a los demás para evitar que, calculando las distancias recorridas y el tiempo que requirió hacerlo,

establezcan la hipótesis de que sus casas se encuentran no lejos del lugar al que se les condujo a reunirse con los otros miembros del jurado. De los cuatro que sobran, uno radica en una de las ciudades satélites que contribuyen al desaforado crecimiento del área metropolitana; otro en la zona del aeropuerto; el resto en colonias preferidas por gente de la clase media. El viaje será, a partir de este punto, un recorrido, casi en círculo perfecto, alrededor de la capital.

Por fin, la grisura de la noche ha igualado su tono con el pardo de la camioneta. Ese no-color contribuirá a protegerla: camaleón de cuatro ruedas invisible en el largo instante que requiere el día para volver a ser noche. Pienso en el prisionero. Trato de imaginarlo en la oscuridad de la jaula, sin saber cuánto tiempo lleva allí; sin saber, tampoco, qué hora es; suspendido en la incertidumbre, a solas; a solas, no; lo acompañan las voces, los gritos, los ruidos horribles, los ayes, las descargas. los silencios de la muerte, el tropel de los tanques que alborotaron la plaza de Tlatelolco. De las que he organizado, esa cinta que él está escuchando es la que más me satisface porque fue la que más esfuerzo y más dolor exigió de mí. Es la que resume *todo*. Amo esa cinta. La considero un monumento que erigí a la memoria de Mina. El acta de la colectiva defunción. El horror no ha sido adulterado. La palabra descubre la herida y la herida duele. La palabra ha de estar mortificando ya la conciencia del individuo que fue en parte responsable del miedo, de la angustia por tantos padecidos; de la sangre que ha estado exigiendo, inútilmente, justicia.

La Plaza, en silencio desde entonces, toma la palabra:

Había tranquilidad en el ambiente y unas diez mil personas reunidas. El mitin, programado para efectuarse diez días antes de que se iniciaran los Juegos Olímpicos, era un mitin de rutina, uno más de los que habíamos organizado... Se había dispuesto que, al concluir, los asistentes marcharíamos hacia el Casco de Santo Tomás, donde celebraríamos otra concentración... En los alrededores, como advertencia y amenaza, vigilaba el Ejército... La tribuna desde la cual se hablaba a los asistentes (muchachos, curiosos, vecinos de la Unidad Habitacional de Tlatelolco) había sido instalada en el tercer piso del Edificio Chihuahua... Se había invitado a la prensa extranjera que visitaba México para informar de las competencias que empezarán el día 12... Escribiría una periodista: "Los estudiantes me hablaron el viernes a mi hotel, en la ciudad de México, diciéndome que habría un gran mitin en la Plaza, de las Tres Culturas a las cinco de la tarde. 'Estamos luchando contra la represión política', me dijeron. 'Estamos luchando por los derechos de los campesinos. Nos estamos convirtiendo en la conciencia de México.'

Dos helicópteros

Sobrevolaban amenazadoramente

La Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

Era el 2 de octubre de 1968.

No sólo había estudiantes, no sólo había representantes de las escuelas de provincia. Había también, y eso estimulaba, maestros, trabajadores del ferrocarril, líderes campesinos, delegados de los médicos que efectuaban paros en solidaridad con el Movimiento.

Desde la tribuna del Chihuahua un estudiante dice: "Queremos enseñarle al Gobierno que sabemos otras formas de lucha. El lunes, iniciaremos una huelga de hambre." Se le aplaude. Un nuevo orador indica:

—*Compañeros, ha sido suspendida la manifestación al Casco de Santo Tomás... No habrá manifestación al Casco...*

El general jefe de los paracaidistas avanza, al frente de un pequeño grupo desarmado, hacia el Edificio Chihuahua desde el que los oradores hablan a la muchedumbre. Dos luces de bengala, una roja, verde la otra, estallan en el cielo; convocan a la muerte. Se escucha un disparo y el general que ha capturado ya tantas universidades cae gravemente herido por la espalda. Se inaugura el horror.

*Detrás de la iglesia de Santiago Tlatelolo
treinta años de paz
más otros
treinta años de paz,
rnds todo el acero y el cemento empleado para las fiestas del fantasmagórico
país,
más todos los discursos
salieron por boca de las ametralladoras*

A pesar de que el muchacho que tenía el micrófono gritaba:

—*Compañeros no corran, no se asusten. Es una provocación. Quieren aterrorizarnos. No corran. —La gente no le hizo caso y, asustada, se echó a correr, y lo patético era ver que lo hacía para un lado y para el otro, sin rumbo... La Plaza de las Tres Culturas se convirtió en un infierno. Las ráfagas de las ametralladoras y fusiles de alto poder, zumbaban en todas las direcciones... Muchos se arrojaron al suelo... se retorcían, habían sido alcanzados por las balas... Había mujeres brincando por las escaleras con niños en sus brazos... Del tercer piso del Chihuahua surgían, en oleadas, individuos armados con pistolas. Todos, para identificarse, usaban algo blanco en la muñeca izquierda: un pañuelo o un guante. Se decían:*

—*Aquí Batallón Olimpia...*

—*No disparen. Es Batallón Olimpia. En esos momentos, ya había un fuego intenso de los soldados abajo, con rifles, ametralladoras, pistolas automáticas; ametralladoras desde las azoteas y pistolas en helicóptero. La multitud que buscaba refugio en los edificios era rechazada por los balazos de los agentes escondidos en ellos.*

—*¿Quién?*

¿Quién ordenó esto?

Lo que más impresionaba era el tupido tableteo de las ametralladoras. Ese tatatatata que no paraba nunca, que parecía brotar, al mismo tiempo, de todas partes... Un muchacho y una muchacha venían corriendo. Los soldados les gritaron algo y ellos alzaron las manos, deteniéndose, entregándose. Vi, un poquito después, cómo se doblaban como si los hubieran partido, a los dos, por la cintura.

—*La cárcel es un riesgo para el que uno está preparado... Pero, la muerte, ¡la muerte es otra cosa, compañero!*

Los trescientos tanques, unidades de asalto, jeeps y transportes militares, y los cinco mil hombres que los manejaban, tenían rodeada la zona. El Ejército tomó la

Plaza con un movimiento de pinzas y los soldados avanzaron disparando sus armas automáticas contra los edificios. 'En el tercer piso del Edificio Chihuahua, donde tres oradores habían arengado a la multitud contra el gobierno, se vieron fogonazos. Allí abrieron fuego agentes de la Dirección Federal de Seguridad y de la Policía judicial del Distrito.'

*La oscuridad engendra la violencia
y la violencia pide oscuridad
para cuajar el crimen.*

Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche para que nadie viera la mano que empuñaba el arma, sino sólo su efecto relámpago.

El terror enloquecía a la gente, y uno seguía sin comprender por qué, si podían huir por aquel lado de la plaza, volvían a éste donde los atacaban a balazos... y era que entonces no sabíamos que allí también había gente del Batallón Olimpia disparándoles... Corrían todos, jóvenes y viejos, niños y estudiantes, y se echaban por las escaleras de las ruinas, y se lastimaban al caer, pero no importaba; lo que sí, era salvar la vida a como diera lugar; no presentar blanco a las balas que rociaban a los que habían quedado atrapados en la Plaza...

¿y a esa luz, breve y lívida, quién? ¿quién es el que mata? / ¿quiénes los que agonizan, los que mueren?

Los dos helicópteros que mantenían vigilancia desde el aire y que desde el principio del mitin habían tomado una actitud hostil y provocadora y luego habían lanzado las bengalas, descendieron y sus tripulantes dispararon contra los tiradores que se encontraban en las azoteas de los edificios. —Volaban tan bajito, disparándonos, que pude ver claramente las caras del piloto y del otro.

—No olvidaré cómo eran. Así como lo oye. Pasaron encima de nuestras cabezas...

Habíamos hablado siempre en otros términos. En términos políticos. En términos de gente que usa la palabra para combatir. Se nos respondía con armas, masacrándonos. Con balas se contestaba a la exigencia de libertad a los presos políticos, respeto al derecho de huelga, fin a la represión...

Las tropas, que aparecieron por el oriente de la Plaza, avanzaron rápidamente y en cuestión de minutos se apoderaron del sitio... Los tanques ya estaban en las entradas del Edificio Chihuahua, donde se habían fortificado los líderes del Consejo de Huelga.

—El régimen actual cree que cuando se habla de revolución hablamos de tomar las armas; eso lo cree en la misma medida en que para combatir hace lo que nos atribuye: se lanza a la subversión.

Docenas de personas, tiradas "pecho-a-tierra" se protegían con las manos sobre la cabeza. El tiroteo era generalizado. El ruido de la balacera, tiros de metralleta, rifles de alto poder, pistolas, se confundía con los gritos

Desde una avanzadilla establecida a un costado de la Plaza de las Tres Culturas, un capitán se comunicaba con su cuartel.

—Se les contesta con todo lo que tenemos...

Los francotiradores no se conformaron con rociar de proyectiles a mujeres, niños y gentes del pueblo y comenzaron a disparar contra elementos del ejército y la policía. Los tiros salían de muchas direcciones y las ráfagas de las ametralladoras zumbaban por todas partes. Desatada la balacera, el Ejército actuó como si estuviera sofocando un levantamiento armado, no un mitin estudiantil. Había mujeres histéricas, hombres que gritaban, niños que lloraban. —Muchos soldados debieron lesionarse entre sí, pues al cerrar el círculo, los proyectiles salieron por todas direcciones... Personas que nada tienen que ver con el movimiento de huelga se enfurecieron por la acción militar, sacaron sus pistolas y dispararon a través de las ventanas, contra el ejército...

Declaración de un capitán, miembro del Batallón Olimpia. Ministerio Público. Acta 54832/68:

... fui comisionado, poniendo bajo mi mando dos secciones de caballería compuestas de 65 hombres cada una pertenecientes al 18 y 19 regimiento de caballería, para trasladarme a la Unidad Tlatelolco, yendo todos vestidos de paisanos e identificados como militares por medio de un guante blanco, y proteger las dos puertas de acceso al edificio denominado Chihuahua de dicha Unidad, confundiéndose con los ahí presentes que se habían reunido sin saber para qué motivo. Posteriormente al lanzamiento de una luz de bengala, como señal previamente convenida, deberíamos apostarnos en ambas puertas e impedir que entrara o saliera persona alguna...

*las banderas olímpicas
puestas con especial cuidado
no ocultarán el crimen.*

La gente trató de huir por el costado oriente de la Plaza de las Tres Culturas y mucha lo logró, pero cientos de personas se encontraban a columnas de soldados que empuñaban sus armas a bayoneta calada y disparaban en todos sentidos. Ante esta alternativa las asustadas personas empezaron a refugiarse en los edificios... No muy lejos del de la Secretaría de Relaciones Exteriores se desplomó una mujer, no se sabe si lesionada por algún proyectil o a causa de un desmayo. Algunos jóvenes trataron de auxiliarla, pero los soldados lo impidieron.

*A la confusión de las balas,
de los ayes,
del terror,
se' agrega la lluvia.*

De pronto sientes que todo tu cuerpo es hipersensible y que la piel se te estira, se te apergamina y no sabes cómo, no sabes por qué, la boca te sabe a pólvora, la lengua de pronto, también te sabe a pólvora. De pronto te crispas y de pronto te ablandas. Luego sientes lo que puede ser la nada, el vacío, el dejar de existir... creo que el miedo es eso...

...entre la piedra y el lodo, la sangre y el deambular salvando la vida, otros se reían. Otro, por lo menos, detrás de la escotilla del tanque militar. A grandes carcajadas apretaba quién sabe qué fierros que tronaban en su túnel de acero y

atronaban en las alturas con millones de vidrios cristalizados, herrerías o muros que remedaban el cartón.

—¡Hijo de tu chingada, ya párale! —arreciaba desde el pasillo de columnas una voz autoritaria. Y sólo la risa y el ruido—. ¡Qué le pares, infeliz! Y sólo la risa. La risa redonda, atroz, quebrante en tonos ríspidos, de oscuridades e hipos amarillos. La risa del enajenado, del poseído por el demonio que ya no sabía nada más allá que apretar sabe qué fierros y reír, ahogarse de risa, de tanta risa. —¡Vas a ver si no detienes esa chingadera!

Y el oficial trepó a lo simio, a lo bestia, por la parte trasera del aparato recién pintado, nuevo, reluciente, tuya memoria se remontaba a ardientes desfiles patrios torrenciales de confeti y claves y cornetas. El oficial mete la pistola por el agujero y dispara. Sólo entonces el hijo de la chingada detuvo la chingadera. Fue entonces cuando el maestro de filosofía que estaba en el rincón de la tienda para lavar trajes rompiendo papeles, credenciales, volantes, distintivos, acosado por muchos otros compañeros escondidos, fue entonces cuando él empezó a reír... y siguió rasgando papeles, moqueando, sorbiendo la pequeña sangre que los dientes le sacaron de la lengua al reír.

*El llanto se extiende, las lágrimas gotean allá en Tlailolco ¡ ¿A dónde vamos? ¡oh, amigas!
Luego. ¿fue verdad? —*

—Nada oigo ya. Ni gritos. Ni la ametralladora. ¿Se acabó el mundo... o quizá sólo se lo llevó la chingada? Para mí es lo mismo... Me importa madre; ¿que pueden importarte las cosas si has dejado de creer...?

*Oh, ciudad mía,
ciudad montada sobre tanques,
sobre un gargajo de cuartel.*

...y el ruido... el tracatrac interminable de las ametralladoras que cruzan el aire y lo hienden y dejan hilvanes colorados al hacerlo, y no paran, no paran nunca, y él gritando:

—¡Ya basta!

y yo en la ventana y ¡zas!, de pronto la gorda bala de un mortero, de una bazuca, a la mejor de una piedra de pedernal, de rayo, de toque fundamental, que atraviesa el vidrio a dos centímetros de mi cabeza y pega en el techo y siento cómo me baño

en nieve

en granizo

en lluvia

en yeso

y no estoy herida, y el cuadro agujereada, y todo vuelve a quedar en silencio dentro del cuarto de desplanchar y los perros, solamente ellos, aúllan, y afuera otros que no son perros aúllan y en la arista de la Plaza donde la sangre está ya coagulada, la mano de la hermana que investiga la espalda del hermano:

—Hermanito, ¿qué tienes?

y él no quiere hablar porque sabe que se le está yendo la vida por el hoyo de la sangre, la sangre que sale de él y camina y da una vuelta en ángulo en la arista

y empieza a bajar en columna por la piedra que escondió la mano, hasta la tierra y a regar las yerbas del pasto, y la mano sale de la espalda y está roja y mojada y la hermana grita:

—¡Aquí hay un herido!

y los muchachos de abajo que están agazapados, amontonados en aterrada pirámide, le contestan que le afloje el cinturón y ella lo hace y contempla su ombligo que mana sangre hacia ella:

—¡Pero si la herida es del otro lado! —exclama, pero ya no hay remedio: el hermano de los quinceaños se ha muerto y su sangre baja y su sangre empapa la propaganda de ¡Estudiantes, uníos! y junto a ella, otros niños y otros hombres y otras mujeres, por ejemplo, la que vendía joyas de plata los domingos, están muertos también...

esto es lo que he hecho el Dador de la Vida en Tlatelolco.

En el tercer piso del Chihuahua, los Guantes Blanco, en una acción relampagueante, habían copado ya a los líderes del Consejo.

—Contra la pared, hijos de la chingada. . . —y cuando las balas que subían empezaron a pegar cerca, dispusieron que nos tendiéramos en el suelo—. Abajo las cabezas.

—Ésta es la representación del genocidio, en su justa, dolorosa dimensión. Sesenta y dos minutos de fuego nutrido hasta que los soldados no soportan el calor de los aceros enrojecidos.

... pasó una chica muy joven, cubierta con un gran impermeable oscuro, temblando de miedo. Esta muchachita no gritaba, no hablaba, emitía unos sonidos muy raros, como si gruñera. Siguió caminando —y también a ella le dispararon.

*había sangre en todas partes,
pisoteada en las baldosas,
salpicada en las paredes...*

*yo no quiero morir ahí dentro del cuarto de no estar, y el padre que corre con el hijo que agoniza se quiere morir y como loco pide a gritos un doctor, y zaquea por la Plaza entre los cuerpos que se mueven, que se arrastran, que gimen, que claman: agua, un médico, ¡mamá!,
y de pronto este equilibrio prodigioso brincotea trágicamente sobre los cuerpos, hace una pirueta, casi perfecta, casi cómica con el hijo en los brazos y desciende en el aire hasta las losas bocarriba. Su diente de oro se va tiñendo de sangre, de la sangre que empieza a recorrer la mejilla bajando desde la comisura de los labios y forma un lindo charquito junto a la oreja.*

—¿Quién pagará por este crimen?

—¿Quién planeó la matanza?

BIENVENIDOS / WELCOME
MÉXICO OFRECE AMISTAD A TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA

—Dentro de diez días, cuando den principio los Juegos Olímpicos, el mundo sabrá que hemos superado todas las adversidades; que somos ya Un-País-en-Desarrollo.

*Cinco mil soldados avanzaban, disparando sus armas automáticas
y
todos los discursos
salieron por boca de las ametralladoras...*

*—Nosotros, jesuitas,
nos sentimos profundamente solidarios
de las exigencias de estructuras
más justas
y libertad de expresión
que estudiantes y maestros
han presentado al gobierno...*

... al lanzamiento de una luz de bengala, debíamos apersonarnos en ambas puertas e impedir que entrara o saliera persona alguna...

—Luego, comenzó a incendiarse el edificio Chihuahua.

Nos tenían encañonados los del guante blanco. Nadie podía alzar la cabeza. Sobre nosotros llovía polvo de yeso, pedazos de pared... La balacera duraba ya su buena media hora.

(—Hacemos un llamado a los padres de familia para que controlen a sus hijos, con el fin de evitarnos la pena de lamentar...)

*Pasó una chica muy joven,
cubierta con un gran impermeable oscuro,
temblando de miedo.
Esta muchachita no gritaba
no hablaba,
emitía sonidos muy raros como si gruñera
Siguió caminando
y también a ella le dispararon.*

—Les dije que no había ni por dónde escapar, que nos quedaríamos todos encajonados allí, cercados como en un corral.

... pedimos solemnemente al Gobierno Mexicano que repruebe la sangrienta provocación policiaca y militar; que reasuma el diálogo como lo piden los estudiantes, y que no destruya la imagen del país de Hidalgo, de Juárez y de la Revolución de la cual se dice heredero...

—Nos habíamos tirado al suelo, como los otros. Luego nos dimos cuenta de que, junto, había dos soldados, y que uno de ellos, al ver que su compañero alzaba el rifle, le decía:

—No mates estudiantes. No los mates, ¿qué te han hecho?

... me voy a morir, me duele. Estoy seguro de que me voy a morir. Lo supe desde el momento que los policías me pusieron una pistola en el pecho y nos hicieron levantar las manos. Pensé: “Aquí se acaba todo... A lo mejor ya me tocaba.” Los disparos se escuchaban abajo y era una agitación de los mil demonios. Cuando nos pidieron que nos pusiéramos bocabajo y nos seguían apuntando, me arrepentí de no haber hecho algo más serio en la vida. Hice un breve balance de lo que he vivido hasta ahora y de pronto sentí el balazo... Aquí estoy en Tlatelolco, hoy 2 de octubre, tengo veinticuatro años. Me está saliendo mucha sangre. Aquél también se está desangrando. Hace un rato se movía, ahora ya no. ¿Por qué no se mueve?... No veo ni un maldito camillero, no se oye nada con estas ametralladoras...

—No llore. Sea machito. Aguántese. Tráguese las lágrimas, sienta lo que está pasando, y recuérdelo para cobrárselo al que tenga que pagarlo...

...le dispararon a él, pero las balas, por fortuna, le daban todas al cadáver del muchacho detrás del cual se había refugiado. Parecía que alguien, Guante Blanco o Soldado, se divertía cazándolo...

El fuego sobre el Chihuahua se prolongó largo tiempo... Las llamas alcanzaron del piso diez al trece y muchas familias tuvieron que salir de la zona en medio del intenso tiroteo, cargando a sus pequeños y arriesgándose a ser heridas. Así vimos a muchos otros caer tocados por las balas...

—El niño estaba allí, a media plaza, en el centro de los balazos. Sabía yo que iban a matarlo si no se quitaba. Le grité que se agachara, que viniera a donde yo estaba. No sé si no me oyó o no me entendió. Los disparos arreciaron. Me tapé la cabeza. Luego busqué al niño. Estaba en el mismo lugar donde lo vi por última vez, pero ahora quieto, muerto, entre su propia sangre. Pude haberlo amparado, pero ocurre que no tengo pasta, madera de héroe...

...Soldados y Guantes Blancos registraron departamentos del Chihuahua buscando fugitivos. Pescaron a muchos. A los heridos se los llevaron. A los ilesos los concentraron en los corredores.

Oh patria.

Fosa común

donde estamos con la mitad del cuerpo adentro.

Las entradas del edificio estaban bloqueadas por la tropa y los agentes. Muchas mujeres se aglomeraron, pidiendo a gritos que las dejaran subir, buscar a sus hijos; calmar, hallándolos, su angustia. Soldados y policías parecían sordos

—Déjennos pasar.

—Nuestros hijos están en el cuarto piso.

—Allí tengo mi departamento. ¡Déjenos subir!
—Nuestros hijos están solos. ¡Han de estar muertos de miedo!
—Por favor, nuestros hijos.

Entonces el agente de guante blanco comandante de esa sección decidió que o de veras nos daba allí mismo un tiro o nos dejaba pasar con tal de no oír ya nuestros gritos y nuestros chillidos. Ordenó:

—Que suban esas putas...

Nos escoltaron dos agentes. (Una madre gritando: “¡Carlitos!” por pasillos y escaleras, sollozando en busca de su hijo y preguntando por él; la madre, con cara de calaca y ropa de trashumante con un: ¡Carlitos! en la boca, un grito solo, ¡Carlitos!, a voz en pecho, desgañitado a todo pulmón para que se fuera enredando el grito en los cuartos de planchar para siempre, como el olor de la sangre.) Obviamente en ese momento quienes tenían más miedo eran ellos mismos; era tal su espanto que cuando yo abrí, tambaleando, la puerta de mi casa, uno de la mano blanca que nos escoltaba cerró bruscamente la puerta y me dijo:

—Aunque vea a sus hijos muertos, no grite...

No era un consejo tierno y cariñoso, era una amenaza porque tenía su pistola en mi espalda.

—(¿Así que ustedes son los que quieren derrocar al gobierno?)

—Derrocarlo, no; sólo exigir que cumpla con la Constitución.

—La Constitución somos nosotros.)

Habían alineado los cadáveres sobre el piso mojado. Serían, tal vez, ochenta, noventa. Ella buscaba el de su hijo entre esos cuerpos que empezaban a hincharse. Los soldados, acostumbrados a ver la muerte y la sangre, permanecían impassibles como si cuidaran los borregos para la barbacoa. Apareció un chico como de quince años y se dirigió, alzando los brazos y haciendo la V con los dedos (la V de ¡Venceremos! o de ¡Amor y Paz!) hacia donde la tropa aguardaba. Un cabo le marcó el alto. El chico no lo obedeció. Se oyó un disparo.

—Les vamos a dar, cabrones, su Che Guevara. Van a ver...

Y todo esto pasó con nosotros.

Nosotros lo vimos,

nosotros lo admiramos.

Con esta lamentosa y triste noche

nos vimos angustiados/

DIALOGO, NO REPRESIÓN; DIALOGO, NO BALAS

—¡Prende las luces, pueblo de Tlatelolco, defiéndenos, ayúdanos! —y la oscuridad y el golpe y sus cuerpos despatarrados y sus libros abiertos en el suelo, y las coces de los hombres en las costillas, y sus cuerpos arrastrados por todo el jardín y aventados a la fila de jóvenes cara al suelo, manos al cuello, que cantaban el Himno Nacional.

(pasó una chica muy joven, cubierta con/un gran impermeable oscuro/temblando de miedo. Esta muchachita/no gritaba/no hablaba/emitió sonidos muy raros/como si gruñera/siguió caminando y/también a ella le dispararon)

... pero las visiones aisladas son impresionantes: mujeres cosidas a la altura del vientre por las balas de las metralletas; niños con las cabezas destrozadas por el impacto de los disparos de alto poder; pacíficos transeúntes acribillados; ambulantes y periodistas caídos en el cumplimiento de su labor cotidiana; estudiantes, policías y soldados muertos y heridos... Quizá la visión más sobrecogedora fue la de numerosos zapatos ensangrentados que se desparramaban en el dren, como mudos testigos de la desesperación de sus dueños...

*tu llanto no es el mismo de otros siglos,
es llanto de gases lacrimógenos
(industrial y en conserva).
Y los que han concebido la iniquidad en sueños,
cuando amanece cumplen
con el Poder entre sus manos...*

Evitan que las Cruces entren a la Plaza. Se les conmina a que apaguen sus faros, que acallen sus sirenas... La Cruz Roja informó que dejó de presentarse en el lugar de los hechos debido a que grupos de granaderos impidieron la salida de sus ambulancias... Doctores, comandantes, ambulantes y personas de la Benemérita Institución, protestaron ante lo que llamaron una invasión incorrecta e impedimento de sus labores. Dijeron que estaban violando los acuerdos de Ginebra, en los que se establece que la Cruz Roja es una institución neutral.

*La noche con la lluvia ha nublado los vidrios.
La Cruz Verde va y viene
mientras la formalina levanta en vilo
camillas y gavetas.
Las sirenas no dejan de ulular.
Y un camillero silba, despreocupado, una vieja canción que nos conmueve.*

Mientras ocurría el tiroteo todos los integrantes del Consejo Nacional de Huelga fueron detenidos. Algunos de los miembros del CNH fueron desnudados.

.. De pronto te entra frío, sientes la velocidad del aire encerrado en un cuarto subterráneo, y piensas en tus amigos en la Plaza, en el mitin, y no sabes si reconciliarte con Dios para pedirle que estén vivos, que no les pase nada por favor; y como en una película, como en cámara lenta, aunque hagas fuerzas para no pensar, para no debilitarte, se te repiten las caras de ellos, su pelo, escenas de fraternidad, sus chistes, su... no sé...

—A ver, cabrón: quítese los zapatos, la camisa y los pantalones.

—¿Para qué?

—Quíteselos, ¿no me oye? —Con el culatazo en la boca del estómago el soldado me demostró que su orden era en serio.

Un guante blanco preguntó:

—¿Cuántos tienen ustedes?

—Como treinta...

—Llévenselos a los camiones...

Los soldados comenzaron a empujarnos. Desfilan así, con las manos en la cabeza, descalzos y casi desnudos, hacia que nos sintiéramos ridículos. Algunos temblábamos, y yo no sabía si de susto o de frío.

—Y a los melenudos, rápenlos... dispuso un oficial.

Otro transmitió la consigna:

—Que ni uno de los líderes vaya a írseles. Esos son los que importan.

Corrían rumores contradictorios: se hablaba de miles de muertos. Otros, más moderados, consignaban cientos. Se decía que en las calles de la ciudad de México, no sólo en la Plaza de las Tres Culturas, estaba combatiéndose. Pero lo único cierto era que a las 21:50 el Ejército seguía controlando Ciudad Tlatelolco.

Se llevaron los muertos quién sabe a dónde. Llenaron de estudiantes las cárceles de la ciudad.

Horas terribles, de terrible confusión. Miles de preguntas que se resumían en unas cuantas:

—¿Dónde están, señor, mis hijos?

—¿Están muertos?

—¿A qué delegación se los llevaron?

y así toda la noche, noche que termina, mañana que es igual y distinta porque es la mañana-de-anoche, tan campante y sin embargo, tan en mi vida.

*Esto no podrá ser olvidado
aunque se crea lo contrario/*

MÉXICO 68 — AÑO DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS
AÑO DE LA AMISTAD DE LOS PUEBLOS

—¿Por qué Tlatelolco? ¿por qué la matanza la barbarie? Tal vez el tiempo dará respuestas a lo que, ahora, parece no tener ninguna... ¿Temor del Gobierno? ¿Soberbia de un hombre que no desea ver disminuida, cuestionada su autoridad?... Todo encaja y al mismo tiempo nada encaja en el rompecabezas de Tlatelolco... Quizá sea necesario escribir, componer, con lo que pasó aquella noche, una nueva Visión de los Vencidos.

(Tlatelolco marcó a toda una generación, la mía. Para bien, para mal, ¿cómo saberlo?, aquella noche modificó nuestras vidas ...Sin embargo, el Movimiento dejó un saldo positivo: demostró lo podridas que están las estructuras de la Revolución y planteó la urgencia de cambios en profundidad... Será dentro de un tiempo cuando podamos saber si Tlatelolco influyó, y hasta qué grado, en la conciencia del país, de la juventud del país...)

*¿Quién? ¿quiénes? Nadie. Al día siguiente. Nadie.
La Plaza amaneció barrida;*

*los periódicos dieron como noticia principal
el estado del tiempo.*

*...recuperar lo que se perdió en las sombras de esa noche de Tlatelolco es vital
para el país. Volver los soldados a los cuarteles; vaciar las cárceles de
prisioneros y purgar el ánimo, es el mandato de esta hora negra. Nadie gana en
esta contienda en la que naufraga México.*

*Tlatelolco,
Plaza de las Tres Culturas
Plaza de las Sepulturas,
charco de sangre seca
en la piedra antigua.
Lugar de muerte y resurrección.
Piedra que huele a sangre,
sangre que no se apaga.*

*...había belleza y luz en las almas de esos muchachos muertos. Querían hacer
de México la morada de la justicia y de la verdad. Soñaron una hermosa
república libre de la miseria y el engaño. Pretendieron la libertad, el pan y el
alfabeto para los seres oprimidos y olvidados y fueron enemigos de los ojos
tristes en los niños, la frustración en los adolescentes y el desencanto de los
viejos. Ahora sólo son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas. Su
caída nos hiere a todos y deja una horrible cicatriz en la vida mexicana.*

*Recuerdo, recordemos,
hasta que la justicia se siente con nosotros.*

*...que las víctimas de la última noche sean curadas, devueltas a sus hogares;
que se les pida, con la libertad, perdón.*

*Quieren asear,
y no pueden,
el paisaje tinto en sangre
de la Plaza Tlatelolco.*

*...algún día una lámpara votiva se levantará en la Plaza de las Tres Culturas a la
memoria de todos ellos. Otros jóvenes la conservarán encendida...*

*Pero es mentira
que las imágenes se laven
a fuerza de lágrimas.
Allí siguen, en la memoria.*

Frente a la luz roja del primer semáforo que me detiene, compro el periódico de
la noche:

NI RASTRO TODAVÍA

proclama el titular. Otro, más pequeño, pero también vistoso, indica:

UN MILLÓN DE RECOMPENSA OFRECEN LOS AMIGOS DEL SECUESTRADO

Un bocinazo enérgico me distrae de la lectura. Han cambiado las luces y debo avanzar. Poco más adelante detengo la camioneta. Ahora que puedo entretener los ojos en el texto, me informo que varios de los que fueron colaboradores del rehén y otras personas que prefieren mantener incógnita su identidad, están dispuestos a pagar, además de la que ya ofrece la familia, una suma calculada en un millón de pesos “a quien aporte datos que permitan” etcétera. Me parece significativo que no hablen de ceder esa plata a los raptos... ¿Habrán adivinado que éstos no pretenden dinero? Al anunciar en esa forma la cuantía del premio, al prometer no-averiguaciones y otras seguridades, ¿están o no incitando a la traición, buscando que alguno de los comprometidos en el affaire se deje rozar por la codicia...?

¿Cuál, quién de los miembros del grupo sería capaz de caer en la tentación? ¿cuál, quién de ellos permutaría su rencor por la riqueza? Tal vez injustificadamente, sólo porque con Jueves es el más pobre de los seis, señalo a Lunes. ¡Mil billetes de mil pesos en sus manos! ¿Qué me hace excluir de la sospecha a Sábado? Su vida, sin marido y ya sin hijo, tendría hacia el final la compensación de la fortuna... Siento que la oferta hecha pública y voceada desde temprano aumenta el peligro a que me expongo; pero siento también que ya no puedo retroceder.

Los encuentros se producen sin problemas. Tomo una precaución adicional. Antes de llegar al lugar convenido abandono la camioneta y acudo a él caminando. Solo cuando *siento* que todo está en orden, que el hombre o la mujer con quien voy a coincidir no está sirviendo de señuelo para atraerme, dejo que me vea. Cuando le revelo la existencia de cómplices, su sorpresa es invariable. Le recomiendo:

—Por su propia seguridad y por la seguridad de todos, no diga su nombre, no pregunte el de los otros. No quiera saber más de lo estrictamente necesario.

Y ellos, a su vez, preguntan:

—¿Dónde lo tiene? —y yo les respondo que en un “lugar seguro”, cuya ubicación exacta no conocerán; y así, debidamente aleccionados, se van acumulando en el interior de la Volkswagen: invisibles los unos para los otros; en silencio: lo sé, porque en el mamparo que divide la sección delantera de la posterior hay una rejilla y ninguna voz se cuela.

Reunido ya todo el grupo, viajo durante casi media hora por barrios cercanos al que admite a mi casa. Finalmente llego a ella. Maniobro en el jardín. En reversa, conduzco la camioneta al garage. Los seis pasajeros descienden a una tiniebla. Pasan luego de un sitio que desconocen a otro, igualmente desconocido. Una voz, la de jueves:

—Cómo apesta aquí.

La de Sábado:

—Ay, sí. ¡qué feo!. ¿Dónde estamos, Domingo?

—No mencionemos nombres, recuérdelo.

Como si fueran niños o ciegos, instalo a cada uno en la silla que ocupará durante el juicio. La del centro queda libre. Me sentaré en ella cuando termine de preparar las luces que utilizaremos: una, cenital, que aclarará la penumbra para que el grupo pueda ver, conocer de cerca, al hombre que va a juzgar, y otra, la de un estroboscopio. que se repetirá continuamente mientras se prolongue el diálogo. Esa luz incansable

será una delicada forma de tortura — el golpeteo del relámpago blanquísimo contra los ojos del prisionero entorpecidos por la miopía y la inmersión en la oscuridad.

Todas las grabadoras de la casa, las profesionales y aun la pequeña portátil que perteneció a Mina (guardo un cassette con su voz, leyendo a Grass) son puestas al servicio del interrogatorio. Opero el switch que permite controlar la luz. Cuando ésta se produce y descubre al Hombre, la boca del grupo emite un murmullo, un asombro quizá. Los ojos de todos coinciden en la figura que está recargada en la reja y que parpadea buscando el origen de esa luz que lo ataca. Mis ojos escrutan a la gestalt, reunida por primera vez, atónita ahora que está a dos metros de distancia del individuo al que odia, cuya vida o cuya muerte le tocará, hoy, decidir. Cada uno está, me parece verlo así, perplejo ante la realidad de lo que mira. Pero es cierto: el que ellos señalaron culpable, no más *culpable*, sino *primer culpable* de una lista, se encuentra a su alcance, en la punta de sus dedos. La sorpresa los ha dejado sin palabras. Supongo que se sienten protegidos por la reja de la jaula; supongo que si los barrotes no existieran no se atreverían a examinar al rehén como lo hacen: con algo de temor, pero más todavía: de respeto.

Permito que disfruten cuanto quieran de su estupefacción. Quisiera saber qué está pensando cada uno de ellos en este momento; qué odios, que dolores, qué insomnios y promesas de venganza estará removiendo, habrá removido ya, la presencia del hombre que su dedo marcó; ese hombre, ahora casi andrajoso, de ropas arrugadas, macilento, barbudo, que poco a poco, aparentemente menos enfermo y débil de lo que creí, se alza del piso, sacude el polvo que le blanquea el pantalón y trata de hallarnos en la oscuridad en que nos guarecemos —insensibles ya al hedor de la diarrea.

El grupo ha visto suficientemente al prisionero. Apago la luz cenital. Pongo en marcha el estroboscopio, capaz de repetir su destello quince millones de veces antes de quemarse. Es como estar en una discoteca; es como asistir a la sincopada proyección de una película en la que sólo hay un personaje reconocible y unas voces que están siendo recogidas en las cintas de las grabadoras. Esa blanquísima luz nos entrega cada segundo dos nítidas imágenes del hombre que deberá responder a las preguntas:

—¿Sabe usted para qué se le ha traído?

—Para “juzgarme”. Uno de ustedes lo dijo.

—Así es. Para juzgarlo, dicho sin ironía.

—¿De qué?

—Del dolor, del terror, de la sangre, de la muerte de los que murieron en Tlatelolco, de los que murieron antes de ese día también.

—Yo estaba al servicio del Gobierno. No era todo el Gobierno.

—¿Por qué, en lo que a usted se refiere, se optó por la violencia y no por la reconciliación?

—Intentos de conciliación los hubo de parte nuestra. Fueron los estudiantes, ¿o diré: los que manejaban a los estudiantes?, quienes los rechazaron...

—Eso no es verdad. El gobierno siempre rehuyó el diálogo.

—Es muy fácil decirlo; difícil probarlo... Usted, el que ha hablado, ¿sabe lo que fue el Movimiento Estudiantil, lo que hubo detrás?

—¿Lo sabe usted?

—Creo saberlo mejor que ustedes, que sólo lo conocen de oídas. Las circunstancias, muy a mi pesar, me comprometieron en él... El Movimiento Estudiantil del 68 fue un acto preparado, criminalmente, para alterar la estabilidad política de México, para sabotear las Olimpiadas, para...

—Es el mismo argumento tan manido que el Gobierno ha estado usando...

—¿Puede ser negado, dígame, que hubo intervención de ‘manos extrañas’ en el Movimiento?

—Díganos usted, ¿puede ser probado eso?

—Un recuento de lo que pasó a partir, no del 26 sino del 22 de julio, podría ayudar... Según me lo dicen las cintas que me han obligado a oír, ustedes sólo conocen un lado de la Cuestión...

—El de la verdad...

—El de *su* verdad, quizá; pero no el de toda la verdad.

—Los muertos existen, los muertos no pueden ser olvidados.

—Pretendo explicar lo que, a su vez, explicaría a los muertos.

—¿Qué es eso?

—La maquinación preparada, la conjura...

—¡Otra vez el viejo cuento: la conjura!

—Sí, otra vez. No podremos comprender Tlatelolco si no conocemos cómo se gestó.

—Dígalo.

—Es lo que trato de hacer: explicarlo según yo lo miro, según me tocó, dentro de mi campo de acción, relacionarme con el Movimiento. Ustedes saben que el 22 de julio...

—Sí, dos pandillas de estudiantes se pelearon y volvieron a pelearse el día siguiente...

—Exacto: interviene la policía y se lleva a los revoltosos a una delegación. El orden es restablecido.

—Brutalmente: con granaderos y gases y todo...

—La policía debe intervenir en todos los casos que sea necesario. Para eso existe. Si no lo hace, es censurada; si lo hace, también. El dilema es, pues, irreductible...

—En el ataque a los estudiantes, gendarmes y granaderos se excedieron.

—No hubo heridos graves, no hubo muertos; cuando hay un motín callejero, que suspende el tránsito, pone en peligro a los transeúntes, rompe vidrieras, propicia el asalto a los comercios, expone a las mujeres a los ultrajes y perturba el orden público, los ramos de rosas y los versos no sirven. Se usan entonces las cachiporras y los gases.

—Como en cualquier país fascista. Así fue en Alemania y en Italia.

—Y así, señores, es en Cuba y en Rusia y en China. ¿Se olvidaron ya de Hungría y de Checoslovaquia? ¿Y de lo que los Estados Unidos hacen en Vietnam y en sus propias ciudades?

—Estamos hablando de México, del Movimiento Estudiantil; no se nos salga por la tangente.

—Sea concreto.

—Trato de serlo, Estábamos en que...

—... la policía, el Gobierno disolvió a macanazos y bombas de gas el segundo encuentro entre estudiantes.

—¿Qué deseaban: que se les permitiera convertir en campos de batalla las calles de la ciudad? Con toda honradez, ¿qué hubieran dicho ustedes de la policía del Gobierno, si se hubiera mostrado indiferente ante el desorden? ¿no habrían dicho que su policía, que su Gobierno eran inútiles?

—Divague menos.

—La policía intervino el 23 de julio.

—De memoria sabemos todas las fechas...

—Conviene, sin embargo, recordarlas... El tiempo es significativo en este problema... Bien, el día 24 de julio la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad se declara en huelga protestando por la intervención policíaca y en un periódico, *Semana Universitaria*, se denuncia que existe una campaña para anular la autonomía de la Universidad... ¿No les parecen extrañas esas coincidencias?

—Por que habrían de ser extrañas? Es lógico, es normal, es humano, es universitario, que una Facultad se solidarice con los estudiantes.

—Yo pregunto: ¿es lógico que a causa de un incidente callejero una Facultad de la Universidad se declare en huelga? ¿es lógico que la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos organice, para el día siguiente, una manifestación dizque para protestar por la brutalidad policíaca? ¿no les parece que todo se presentaba demasiado bien organizado para creer en una coincidencia? ¿y no les parece todavía más raro que esa manifestación y esa huelga hayan coincidido con el desfile organizado por el Partido Comunista, las Juventudes Comunistas, para celebrar el aniversario de la Revolución Cubana? ¿no creen que todo estuvo arreglado para que...?

—¿A quiénes podría favorecer eso que usted llama conjura...?

—La pregunta podrían responderla los dirigentes del Partido Popular Socialista que acusaron, y ellos sabrán por qué, a la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de meter la mano en el asunto... Podría contestarla, si aún viviera, el

entonces Rector que reconoció que la autonomía de la Universidad de México estaba amenazada por agentes de 'dentro y de fuera'...

—Decirlo no prueba nada.

—Prueba, pienso yo, que se trataba, a como diera lugar, de crear un conflicto; de echar a andar la violencia.

—El Gobierno fue responsable de esa violencia. Usted, como parte que fue de él, lo sabe.

—El Gobierno sólo respondió a la provocación. Pero, volvamos al 26 de julio de 1968. Los manifestantes del Partido Comunista, los pro-castristas y los del la FNET decidieron, ¿por mandato de quién?, ir al Zócalo, 'para hacer, dijeron, más patente su protesta'. En el camino atacaron a transeúntes, rompieron ventanas, irrumpieron en comercios, desquiciaron el tránsito... Ya cerca del Zócalo encontraron, digamos que casualmente, gran cantidad de piedras en los depósitos de basura y empezaron a lanzarlas contra la policía... ¿Qué hubieran hecho ustedes? Pues repeler la agresión...

—¿Quién puso las piedras en los botes de basura?

—Ustedes saben que no el Gobierno. Entonces ¿quién? Obviamente, los provocadores, los que tenían interés en que se produjera un enfrentamiento entre estudiantes y policías.

—Muchos estudiantes fueron detenidos ese día.

—Naturalmente, pero no por ser estudiantes, entiéndase, sino por los despojos que cometieron; entre otros, secuestrar autobuses de pasajeros del servicio público.

—El Gobierno utilizó tácticas nazistas para imponer el orden.

—Si tuviera usted menos odio contra el Gobierno vería las cosas de otro modo.

—Sólo recuerdo la sangre, los muertos.

—El 27 de julio la policía pone en libertad a los estudiantes detenidos y los estudiantes de la Universidad devuelven los camiones que habían secuestrado. Hay todos los indicios de un arreglo; entonces...

—Entonces ¿qué?

—Vuelve a hacerse patente que los organizadores de todo no desean que ese arreglo se produzca. La Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional, instituto que se había mantenido al margen, se declara en huelga y desconoce a la poderosa FNET...

—La Federación de Estudiantes Técnicos está controlada por el Partido Oficial, por el PRI. Sus maniobras para dividir a los estudiantes fueron condenadas públicamente por el Consejo Nacional de Huelga...

—¿Qué pruebas hay, señores, de que el PRI, o sea el Gobierno, controle a la FNET? ¿Acaso no fue la FNET la primera organización que se lanzó a protestar por la supuesta brutalidad policial? Si el Gobierno, o el PRI, controlara a la Federación, ¿le hubiera permitido echarse a las calles, alborotar, reclamar? De controlarlos, los de la FNET no hubieran asomado las narices...

—¿Quiere decir que no habría habido conflicto?

—Lo habría habido de todos modos, porque querían que lo hubiera...

—¿Quiénes?

—Los agitadores. Los comunistas. Los derechistas. Los rojos. Los blancos. Todos los que conspiran contra México, incluidos no pocos de los mexicanos.

—Los que está usted usando son caducos argumentos a los que el Gobierno recurre para justificar sus errores o, como en este caso, sus desmanes... Rojos, blancos, conspiradores, agitadores internacionales... Pero nunca nombres, sólo vaguedades.

—No son vaguedades los hechos que estoy enumerando... El domingo 28 de julio, los estudiantes de la Escuela Superior de Economía y de la Escuela de Agricultura plantean una serie de peticiones totalmente absurdas que demuestran que el llamado 'conflicto estudiantil' empieza a ser convertido por sus organizadores en un conflicto político.

—¿Qué no es político en nuestro tiempo?

—...demuestran, decía, que al fin los conspiradores han decidido mostrar algunas de sus verdaderas intenciones. Piden: indemnización a los estudiantes heridos y a los familiares de los estudiantes muertos...

—¿Era justo o no?

—¿Cuáles estudiantes muertos, señores? ¿cuáles, si no había habido ninguno?

—Yo supe, todos supimos que...

—¿Dónde mostraron los cuerpos... ¿dónde publicaron los nombres de los muertos inexistentes?

—Las familias estaban aterrorizadas, habían sido amenazadas. Usted sabe que lo fueron, no se haga pendejo.

—Lo único que sé es que si hubiera habido muertos en esos días, tales muertos hubieran sido exhibidos... Cuando miles de gentes manifestaron por las calles y ocuparon el Zócalo, ¿por qué jamás mencionaron los nombres de esos 'muertos'?

—Las amenazas ¿no pesaban...?

—Se puede amenazar a uno, a cinco, a veinte, a cien... pero no a trescientas mil personas que, según se dijo, llegaron a ocupar el Zócalo una noche. Esas trescientas mil personas que le mentaron la madre al Presidente hubieran dicho los nombres de los muertos... ¿Y saben por qué no se habló de esos 'muertos'? Porque no existían, porque nadie los vio...

—Los quemaban en el Campo Militar Número Uno.

—... nadie los vio, repito, porque no existían. Hablar de ellos era un ardid de propaganda de los agitadores. ¡Qué no hubieran dado por tener, de verdad, un cadáver... un cadáver de estudiante que enseñar!

—Sin discursos, por favor. Estamos dejando que se justifique.

—No trato de justificarme. Sólo de narrar los hechos según me tocó vivirlos como miembro que era entonces del Gobierno... Los de la Superior de Economía y los de Agricultura querían también: desaparición del Cuerpo de Granaderos y demás policías, desconocimiento de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos y expulsión de las escuelas de todos los alumnos que pertenecieran al PRI...¿No es absurdo todo esto? ¿Puede pedirse a un Gobierno que licencie a sus policías, que derogue de su Código el o los artículos que le dan los instrumentos legales para combatir a los organizadores de las subversiones políticas; que desconozca a una organización estudiantil y que coarte el derecho que cada ciudadano tiene de pertenecer al partido político que le guste? ¿Es democrático demandar que se expulse de las escuelas públicas a quienes militen en el PRI? Me gustaría saber qué pasaría si estas demandas se plantearan, por ejemplo, al gobierno de Moscú, al de Cuba o al de Washington. De seguro que mandarían a quienes las hicieran a un asilo para defectuosos mentales incurables.

—Sus opiniones personales nos interesan poco... Ya que tan afecto es a citar fechas, ¿acaso no intervino el Ejército la madrugada del martes 30 y ocupó, con lujo de fuerza, a bazucazo limpio, las escuelas preparatorias 1, 2, 3 y 5 de la Universidad?

—Las ocupó, sí, porque desde la víspera la ciudad de México sufría, como en el mayo reciente la de París, los efectos de la violencia organizada por quienes usan a los estudiantes como fuerza de choque... Los agitadores saben, vieja regla, que esparcida

la violencia, la violencia se alimenta de sí misma sin necesidad de ninguna justificación...

—Usar bazucas, armas de alto poder, ¿no es incurrir, por parte del Gobierno, en los mismos excesos, en idéntica violencia a la que usted censura a los estudiantes?

—Lo del bazucazo a la puerta de la Preparatoria es una fábula y el origen de esa fábula, tan difundida dentro y fuera del país, es una fotografía de un soldado que porta, sí, una bazuca, pero que no la usó... Arma de alto poder, de haber sido disparada la bazuka hubiera ocasionado muchísimos muertos entre los estudiantes que defendían, desde adentro, la puerta de su escuela. No hubo muertos, no hubo heridos...

—El Rector, recuérdelo, puso la bandera a media asta: simbólica protesta contra la violación que padecía la autonomía universitaria.

—No olviden que el Rector, y eso confirma lo que yo digo, lamentó también que la autonomía estuviera amenazada por los provocadores... y no puede culparse al Rector de ser progubernista, no puede creerse, conociéndoselo, que hablara sin saber de qué... Él, como todos, se daba cuenta de que ruanos extrañas estaban moviendo el agua... Los únicos que al parecer estaban ciegos, o que deliberadamente no querían ver, eran los estudiantes.. la base estudiantil, como la llamaban... Para ellos, esos eran días de fiesta, de emoción, de jolgorio... Creían, pobrecitos, estar luchando por algo limpio, aunque en realidad...

—Tenían fe en sus líderes.

—Permítame contradecirlo, aunque alteremos el orden de este 'juicio'. Los estudiantes no tenían fe en sus líderes. Si la hubieran tenido, ¿por qué crearon un Consejo Nacional de Huelga tan numeroso al que le negaban facultades para tomar decisiones? Temían que los líderes, como terminó ocurriendo, se ofrecieran para ser corrompidos...

—Usted está admitiendo que el Gobierno usa la corrupción, el soborno, como tácticas de lucha... Los muchachos, que lo sabían, no quisieron exponerse. ¿No exigieron acaso que el diálogo fuera público?

—De eso, si me lo permiten, hablaremos a su debido tiempo. Ahora sigamos con el punto de la desconfianza del sector estudiantil hacia quienes se ostentaban como caudillos del CNH.

—No había caudillos. Todos eran el Consejo Nacional de Huelga. Ahí estaba el secreto de la fuerza del Movimiento.

—Cuando el caos se organizó recibió el nombre de Movimiento Estudiantil y cuando fue necesario que alguien mandara, real o ficticiamente, se inventó el CNH, un mando rotatorio de 200 a 250 muchachos formado por representantes de las escuelas que fungían, señores, de manera transitoria, para ser periódicamente sustituidos por otros. Si por una parte esto impidió, obviamente, que los instigadores de los disturbios pudieran dirigirlos con eficacia suficiente, ello también impidió que hubiera un arreglo del conflicto, porque en ningún momento un Consejo estaba o se sentía plenamente autorizado para llegar a una conciliación... Los mismos estudiantes, y los remito a la lectura cuidadosa de los testimonios que ahora están publicando, reconocen que las juntas del Consejo eran caóticas, que se discutían sólo tonterías o cuestiones ajenas al Movimiento. ¿No han dicho que cada grupo, que cada grupúsculo trataba de sacar ventaja de la situación en beneficio propio? Hubo ocasiones, para que lo sepan, que se establecieron pláticas entre el Gobierno y los componentes, en ese momento, del CNH, para llegar a acuerdos tentativos, que tenían que volverse a discutir desde el principio con los mandos renovados. Puede decirse que en su afán romántico de alcanzar la

democracia total, llegaron al hecho inesperado pero natural de institucionalizar la anarquía.

—Una cosa, señor, es evidente: el Glorioso Instituto Armado, los ‘Heroicos Juanes’ como se les llamó en el informe presidencial del día primero de septiembre, pisoteaban las escuelas, anulaban la autonomía universitaria.

—El Ejército fue llamado a poner orden. El Gobierno demuestra estar anuente a hacer concesiones en bien de la paz interna, y las hace. A petición del Rector y del director del Politécnico, el 31 de julio son puestos en libertad 117 estudiantes y los locales de las Preparatorias 4 y 5 y de la Vocacional 7 son dejados por la tropa que los resguardaba. Es visible, pues, el esfuerzo conciliatorio de las autoridades.

—Usted no habla de los tormentos, de las golpizas, de las humillaciones que, mientras tanto y por orden de ese Gobierno ‘conciliador’, estaban padeciendo, habían padecido ya los muchachos...

—Es muy fácil decir: ‘me torturaron, me humillaron’. Es muy fácil ser convertido en carne de cañón y no pagar las consecuencias de la torpeza... El Gobierno pidió: serenidad, ponderación, ecuanimidad, no ahondar más las diferencias. ¿Y qué contestó el Movimiento Estudiantil?

—Dígalo, usted que cree saber todas las respuestas.

—Con injurias, con chistes, con más violencia, con desafíos de ‘declararle la guerra’ al Gobierno y de ir a la huelga nacional si en setenta y dos horas no resuelve los seis puntos de marras... Pero los plazos otorgados se vencen y nada ocurre. La FNET y el C N H no cumplen su amenaza...

—Prueba de que ellos tampoco deseaban, como usted dice, ‘ahondar más las diferencias’.

—No. Estudiaban un nuevo sistema de ataque, un nuevo pretexto para avivar la lumbre. El CNH, por ejemplo, quiere, y lo dice, luchar por la libertad sindical, por la instauración de la semana de 40 horas; por el control de los precios; por el reparto agrario... temas que nada tienen que ver con el ‘Conflicto Estudiantil’.

—Los estudiantes no pueden quedarse, ponerse al margen de los grandes problemas.

—Hablan de ‘libertad’ en un país que permite que se ejerza hasta el libertinaje...

—No haga frases.

...e ignoran que desde un punto de vista práctico el ejercicio de la libertad real, no la teórica, implica por lo menos dos condiciones con las que ellos, por su juventud, no estarían de acuerdo: una, marcarle linderos definitivos a la presunta libertad, y dos: mantener un estado de angustia perpetua frente a las posibilidades... La libertad no es, como parecen imaginar los jóvenes ingenuos, algo que una vez dado se tiene para siempre... La libertad se gana o se pierde en cualquier momento, de mil maneras.

—Usted lo ha dicho: por eso los jóvenes del 68 la defendieron con su vida y con su sangre. Pagaban, con ese precio, nuestra Otra Independencia: la de querer vivir en un país libre...

—Los jóvenes de hoy, y entonces los del Movimiento, creen, creían que México es un país independiente. El día que descubran que el país se encuentra atado por mil lazos invisibles que limitan su independencia, descubrirán también que aunque estamos atados nos estamos desatando, que es lo importante.

—México, señor nuestro; es un país que no persigue a los asesinos, o que los tiene en las nóminas oficiales, pero que, en cambio, llena las cárceles con estudiantes o con presos políticos. Por eso, una de las exigencias de entonces, de hoy, de siempre, fue, ha sido, y seguirá siendo: Libertad-a-los-Presos-Políticos. ¿O ha olvidado ya esa

exigencia repetida, en cada desfile, por cientos de miles de bocas: 'México-Libertad, México-Libertad'?

—Ahora yo les pido a ustedes que no dramaticen... Las grabaciones con que han estado molestándome todos los días repiten eso, y otras pendejadas, hasta la náusea. Parecen malas telecomedias.

—Al grano. Concretando.

—Concretando, señores: en México no hay ahora, no lo hubo en el 68, ningún preso por razón de sus ideas políticas. Prueba: todos los presos llamados 'políticos' por la mala fe, la ignorancia o la simple bobera de quienes así los titulan, han tenido, y continúan teniendo dentro de la cárcel y desde la cárcel toda la libertad que desean para escribir artículos, cartas, notas, libros, observaciones, crónicas, memorias o lo que se les dé su chingada gana, todo se publica en los periódicos que lo quieren publicar. Y que sepamos, todo lo que libremente escriben y libremente se les publica, es de carácter político. Se necesita tener muy poca madre y proclamar, ante ese hecho pública y generalmente reconocido, que tales personas están presas por causa de sus ideas políticas, cuando ni estando presas y condenadas, y careciendo por lo tanto de muchos derechos ciudadanos, han perdido el de exponer libremente sus ideas políticas.

—¿Y los ferrocarrileros encarcelados desde 1958?

—Cumplen sentencia por los delitos del fuero común que cometieron: destrucción de equipo, sabotaje a las vías generales de comunicación, asociación delictuosa, acopio de armas... pero no, entiéndase, por sustentar una ideología política determinada.

—Usted sabe tan bien como nosotros, que el Gobierno los tiene encerrados, y los tendrá así por mucho tiempo más, debido a que no se dejaron amedrentar, ni corromper como otros dirigentes sindicales, esos dirigentes que venden huelgas, que han emputecido al movimiento obrero, que se han hecho millonarios y a los que el Gobierno halaga y humilla en un juego de curiosas ambivalencias... Recuerde las mantas, las pancartas, los gritos en las manifestaciones estudiantiles: 'Lider Honesto Igual a Preso Político'.

—Es mi turno de exigirle que guarde sus opiniones... Se supone que me han secuestrado para juzgarme por no sé qué delitos que niego haber cometido.

—¿Quién mandó derramar la sangre?

—¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Porque usted debe saberlo... Porque usted era uno de los que podían ordenar que esa sangre fuera regada para manchar el rostro de México...

—Yo no provoqué la violencia; tampoco la provocó ningún miembro del Gobierno. Vino a nosotros... El Gobierno, digan ahora lo que digan los fabricantes de Memorias del Movimiento Estudiantil, estuvo abierto siempre al diálogo.

—Eso no es cierto. Lo evitaron por sistema.

—Volvamos, si les parece, a las fechas exactas. El 15 de septiembre, la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior, esa Coalición que en sus mantas reprobaba la política 'de terror' del Gobierno, decide que se puede establecer el diálogo con las autoridades si éstas 'garantizan' la resolución de las demandas...

—Era lo que se deseaba, ¿no?

—Para qué solicitar diálogo si, condición a huevo, debía concederse previamente lo que se pedía...? De todos modos, el Gobierno nombra una comisión compuesta por dos ministros y dos procuradores para hablar con los estudiantes, para dialogar con ellos. El Consejo Nacional de Huelga acepta, el 23, hablar con los delegados del

Gobierno, pero exige que las conversaciones sean transmitidas por radio y televisión y que se realicen en público...

—Para que nadie piense que los que van a participar en ellas llegan a componendas ilícitas con el Gobierno. Conocen cómo las gastan los políticos y...

—... pero el propio CNH demuestra que no quiere arreglo, aunque haya diálogo, al añadir que, haya o no arreglo, habrá una manifestación contra el Gobierno el día 27... ¿No es evidente que no querían, porque no les convenía, que ese diálogo ocurriera; ese diálogo que pedían a gritos en todas partes? Espere, no me interrumpa... El lunes 26, el CNH dice que las pláticas con los representantes del Gobierno se efectuarán el martes 27... Ese martes el Consejo lleva su manifestación de 300 mil personas al Zócalo y ¿qué hace? Los líderes incitan a la masa de muchachos a injuriar al Presidente, a pintar leyendas ofensivas en los muros del Palacio Nacional... y anuncian que ya no quieren hablar con nadie que no sea el Presidente de la República, allí mismo en el Zócalo, el Primero de Septiembre, a las diez de la mañana, o sea: el día y a la hora en que por ley el Presidente debe rendir su informe anual al Congreso...

—¿Y cómo Contestó el Gobierno? Mandando a los tanques a desalojar el Zócalo.

—¿Cómo hubieran respondido ustedes a semejante majadería? ¿Llevándoles café y tortas y cigarros y colchones a los casi cuatro mil huevones inmaduros y mal educados que se quedaron 'de guardia'? El CNH llamó al desalojo un 'nuevo acto de represión', y respondió al día siguiente secuestrando más camiones, tratando de romper o desordenar un mitin que los burócratas habían organizado para apoyar al Gobierno...

—Eran acarreados, O iban o los cesaban. Nos consta que fueron gritando: 'Somos borregos, beee, somos borregos'.

—... para apoyar al Gobierno, les decía, y para, también, desagaviar la bandera nacional...

—La bandera no fue agraviada. Tampoco fue invadida la Catedral, como se quiso hacer creer. El cura de turno dejó subir a los estudiantes a las torres para que tocaran las campanas...

—Con ese dato, señores, se confirma la ingerencia de extraños en el Movimiento. ¿Por qué tenía que intervenir la Iglesia en un asunto político?

—La Iglesia ha estado siempre al lado de las causas libertarias de México. ¿No fueron sacerdotes nuestros grandes libertadores?

—En México, lo saben igual que yo, la Iglesia está, políticamente, del lado que le conviene.

—Si el Movimiento era obra de comunistas, de rojos, de gente atea en fin, ¿por qué habría de apoyarlo la Iglesia? Lo reaccionario, en México, es el Gobierno. ¿No es lógico suponer que a la Iglesia le hubiera sido más fácil aliarse con un su igual que no con un su opuesto?

—Permítanme exponer: al declarar el vicario general del Arzobispado que el rebato de las campanas en Catedral hecho por los estudiantes no constituía una profanación del templo, estaba dando a entender que dicho acto estudiantil, que el Movimiento, tenía el beneplácito del clero. Efectivamente, había habido indicios y rumores de que el clero, o parte del clero, estuvo participando en todos los acontecimientos con la idea de poner en crisis al Gobierno, al tiempo que, por canales discretos, ofrecía a las autoridades 'todo su apoyo'. De esta manera creaba la posibilidad de que un Gobierno debilitado se apoyara en la Iglesia a cambio, naturalmente, de ciertas concesiones.

—Puede ser. Pero, volviendo a lo del diálogo, éste no se produjo jamás.

—Porque los estudiantes no quisieron...

—Más bien, señor, porque el Gobierno pretendía imponer sus condiciones como siempre. ¿O aceptó que el diálogo fuera televisado?

—Pruebe usted lo contrario. Pero el diálogo no se produjo no porque no le conviniera al Gobierno, sino al contrario.

—¿Quiere decir que el diálogo lo favorecía?

—Naturalmente. Un diálogo así, público, hubiera permitido conocer el rostro que cubría la máscara; conocer a los verdaderos organizadores del problema...

—¿Quiénes, según usted, eran esos organizadores?

—Eran y son y seguirán siendo los que tienen interés en que México no termine de desatarse; esos a quienes la independencia de México, la independencia en todos los órdenes, afectaría... Cualquier pretexto es bueno para que entren en acción. Nosotros les ofrecimos, en el 68, uno maravilloso...

—¿Los Juegos Olímpicos?

—Exactamente.

—La Olimpiada iba a ser un despilfarro criminal. Miles de millones de pesos tirados al caño.

—El compromiso estaba concertado. Debíamos cumplirlo. Era la gran coyuntura que utilizaban esos encubiertos, solapados enemigos del país... Nos estaban diciendo con su actitud: 'Cede a nuestro chantaje o te arruinamos tu Olimpiada'.

—En la guerra todo se vale.

—Esto era algo más innoble que una guerra. Era una traición a la patria.

—No meta usted a esa puta, la Patria, en este asunto.

—Buscaban ponerle al Gobierno un pie en el cuello... Se dijo en el mensaje presidencial que existían evidentes y reiterados propósitos de crear un clima de intranquilidad social, propicio para disturbios callejeros o para acciones de mayor envergadura, de las más encontradas y enconadas tendencias políticas e ideológicas y de los más variados intereses, en curiosa coincidencia o despreocupado contubernio...

—Ah pa' palabrita...

—Esas gentes estaban obligando al Gobierno a tomar medidas drásticas, impopulares, pero necesarias.

—Matar a mi hijo, ¿era necesario? ¿tirar su sangre por la ciudad, era necesario, señor?

—Se recomendó a los padres de familia tener controlados a sus hijos; si no lo hicieron, allá ellos... Nosotros no queríamos que se presentara en el extranjero la imagen de un México en el que se perpetraran los peores hechos; no queríamos que se creyera que seguíamos siendo violentos, irascibles, empistolados...

—¿Qué somos? ¿No es la del revólver la única ley que reconoce el Gobierno? ¿No lo probaron así los pistoleros del guante blanco esa noche del cazador que fue la del 2 de octubre en Tlatelolco?

—Los jóvenes, señora, no reciben en su hogar la educación adecuada. Es ahí donde debe buscarse la raíz de muchos problemas, de muchos descontentos. Usted, ¿sabía lo que estaba haciendo su hijo? ¿Le consta que él, a su vez, no haya matado a alguien? Porque no sólo dispararon los soldados en Tlatelolco, ustedes lo saben.

—Dispararon los agentes del guante blanco.

—Hubo francotiradores, señores.

—Sí, pero mandados por el Gobierno. Hay que leer esa acta del Ministerio Público en la que un capitán cuenta cómo se le ordenó ir a Tlatelolco, vestido de paisano, con un guante blanco que lo identificara...

—Nos estamos apartando de los hechos. Encaucemos, otra vez, la plática. Hablemos de ese 'Diálogo' que, según los estudiantes, no se efectuó por culpa del Gobierno; según el Gobierno, yo estaba en él y lo sé, porque los estudiantes lo rehuyeron.

—Muy temeraria es tal afirmación.

—También lo es la del Consejo Nacional de Huelga... ese mismo Consejo que se atrevió a decir que en el informe presidencial no se daban las soluciones políticas que había venido exigiendo, cuando que es público y notorio, y los remito a su lectura, que en ese informe el Presidente contestaba uno a uno, políticamente, los Seis Puntos petitorios... Pero hay, señores, un hecho que ustedes olvidan; que creo que olvidan porque ninguno lo ha mencionado...

—¿Cuál?

—El Movimiento Estudiantil no fue un movimiento popular, no tuvo repercusión nacional.

—¿Cómo negar eso? ¿Cómo negar que no fue popular un Movimiento que logró reunir manifestaciones de cien mil, trescientas mil, seiscientas mil personas a las que nadie acarreó, amenazó o pagó para que asistieran?

—Emoción pura, irracionalidad, días de fiesta de los muchachos. Eso fueron las manifestaciones. Pero arraigo, lo que se llama arraigo, no lo tuvieron... El Movimiento fue exclusivamente estudiantil; se dio, prosperó sólo en el caldo de cultivo estudiantil. No interesó a la juventud campesina, ni a la juventud obrera. No recuerdo qué filósofo dijo algo así como que la juventud es metafísica, pues carece de experiencia, ignora la realidad física. No prevee, no puede preveer, por simple falta de experiencia, las consecuencias de sus actos. Para hablar en términos concretos: la juventud ignora lo que es ganarse la vida con el producto de su trabajo. Ese filósofo, claro, se refería a la juventud privilegiada, a la juventud mantenida. Ésa es la juventud metafísica que participó en el Movimiento; la que no sabía, la que ignoraba qué es la realidad, porque nunca ha tenido tratos con ella; la que desconocía qué consecuencias iban a tener sus actos.

—Usted, en gran parte, le hizo adquirir, y a qué precio, esa experiencia...

—Decía que la juventud campesina y la juventud obrera no se añadieron al Movimiento. ¿Por qué? Porque ellas sí saben lo que es la realidad; la conocen, la tratan a diario. ¿Por qué las escuelas particulares de la ciudad se limitaron a hacer paros de solidaridad de medio día o de un día a lo sumo? Porque a los papás les cuesta la colegiatura, y *reaccionarias* como son casi todas esas escuelas, sólo consintieron en esos paros por oportunismo político. ¿Por qué las escuelas de provincia, excepto dos o tres, no se añadieron al paro? Porque la provincia es relativamente pobre, y los muchachos, si no viven la experiencia del trabajo propio, sí viven, normalmente, las angustias de los padres más que aquí en la capital. ¿No es extraño, o digno de reflexión que el Movimiento Estudiantil haya surgido, haya florecido para emplear un término cursi, en la Universidad, en el Politécnico, en la Escuela Nacional de Agricultura, planteles sostenidos por el Gobierno, precisamente por ese Gobierno que emplea después a los profesionistas y técnicos que en ellas se preparan?

—Es obligación del Gobierno mantener Universidades y politécnicos y...

—... y es igualmente obligación de los estudiantes y de los padres de los estudiantes asumir actitudes consecuentes... Al tratar de sabotear la Olimpiada estaban saboteándose a sí mismos.

—Mentira. Los estudiantes no querían sabotear la Olimpiada.

—¿Qué era, entonces, lo que buscaban armando sus bullas delante de la prensa extranjera? Ellos, o quienes los manejaban, ¿no conseguían, así, que en el mundo se nos creyera un país bárbaro?

—Y ustedes, el Gobierno, con sus tanques en las calles, sus zafarranchos de granaderos, sus asaltos a la Universidad y al Politécnico, sus persecuciones a estudiantes, ¿no ayudaban a que fuera perfectamente confirmable la imagen que de nosotros se tiene?

—Aceptemos que hubo excesos, aunque no deliberadamente provocados por el Gobierno.

—¿Por quien, entonces?

—El Gobierno, créanme, no tenía interés en fabricarse él mismo los problemas... ¿Quién, si puede evitarlo, busca un pleito dentro de su casa? ¿En qué se beneficiaba el Gobierno, estando en vísperas de su Olimpiada, con provocar conflictos o asesinar muchachos? La Olimpiada costaba mucho; necesitábamos un clima de paz y que vinieran decenas de miles de visitantes cuyo dinero serviría para amortizar los gastos... ¿Si hay balazos en las calles, si hay intranquilidad, quién va a ir a ese país? Se queda en el suyo y ve por televisión los Juegos... Y a propósito de gastos, señores, ¿se han preguntado quién pagaba la publicidad que se hacía el Movimiento en los periódicos?

—La publicidad del Movimiento se hacía con volantes, con mensajes impresos en mimeógrafo, con 'pintas' en bardas y paredes, a gritos... Ésos eran los medios de propaganda del Movimiento Estudiantil 68.

—O es usted un ingenuo o está ciego... Coja un papel y un lápiz. Vaya a la Hemeroteca de la Universidad. Revise los periódicos del 23 de julio al 15 de septiembre de 1968, apunte el número de desplegados que el Movimiento hizo insertar; acuda después a cada diario y pregunte el precio que se pagó por cada uno y verá que en sólo setenta y cinco días, los estudiantes, ¿serían en verdad los estudiantes? gastaron casi quinientos mil pesos, cuarenta mil dólares o quién sabe cuántos rublos... Y ningún periódico de México, reaccionario o no, regala su espacio a nadie y menos a los 'rojillos agitadores' como los llamaban... ¿Quién, tiene uno derecho a preguntarse, quién aportó ese dinero para financiar los primeros setenta y cinco días de publicidad? ¿No les lleva a sospechar que alguien, o varios *alguienes*, soltaban la plata así de generosamente para joder al país?

—Se hacían colectas. Las escuelas pagaban una cuota...

—Les propongo, otra vez, la lectura de los 'testimonios' sobre el Movimiento Estudiantil de 1968 que tan copiosamente están publicándose. Los líderes del CNH revelan que las colectas apenas daban para comprar la tinta para los mimeógrafos... Alguno se queja de que las escuelas comprometidas no pagaban cuotas... ¿Intentó el Gobierno alguna vez prohibir que se publicaran esos anuncios en los que se le acusaba de crímenes, secuestros, tormentos, inhumaciones e incineraciones clandestinas? Y otro detalle significativo, señores-del-jurado: el Movimiento Estudiantil realizó seis manifestaciones. Sólo en la primera interviene la policía cuando la atacan con piedras. Las otras cinco, de las que tres llegan al Zócalo, no son estorbadas. ¿Dónde estuvo la represión? ¿dónde la brutalidad?

—Y los de Tlatelolco, ¿murieron de pulmonía?

—Discutiremos eso, a su tiempo... Estamos hablando de antes de Tlatelolco... que fue la última gran provocación, y la más trágica, de los que ansiaban llevar a México a un estado de subversión.

—Sea claro, no ambiguo. Nombres, nombres...

—Podría hablar de la CIA, del clero, de los maoístas, del Partido Comunista, de los políticos locales resentidos, de los políticos ambiciosos. A todos les convenía la subversión...

—Para que lo entendamos nosotros, ¿qué entiende usted por subversión?...

—Entiendo por subversión los actos políticos *ocultos* que tienen por objeto subvertir un régimen mediante un acto súbito y sorpresivo, que se ha preparado en secreto y mediante la conspiración. En una dictadura la subversión tiene grandes posibilidades de éxito.

—¿No es México una dictadura, no es el Presidente un dictador que ejerce sus infinitas facultades omnímodamente a lo largo de los seis años de su mandato?

—El Presidente de la República en México no es, pese a sus ilimitadas facultades, más que un siervo de la nación... Si en México hubiera dictadura la subversión estudiantil del 68 hubiera prosperado. Fracasó porque los movimientos subversivos sólo triunfan cuando responden a una necesidad popularmente sentida; no cuando son creados por agentes extraños, por los organizadores de afuera, sino por las circunstancias reales en la vida del pueblo. En cambio, la subversión fracasa cuando sus actos no responden a la necesidad o a la expectativa públicas, aunque ocasionalmente logre efímeras *victorias* por sorpresa... La democracia no se presta, por su índole, a la subversión, ya que todos los ciudadanos tienen libertad de propagar sus ideas y sus doctrinas, como en el caso de México, y no hay necesidad de subversión. ¿Quiénes, entonces, acuden a ella dentro de una democracia? En primer lugar, aquellos teorizantes ingenuos o furiosamente idealistas que se muestran incapaces de persuadir a las mayorías con sus doctrinas y que, como añadida muestra de su ingenua ignorancia de las más elementales leyes sociológicas, deben recurrir a la subversión como al único método viable para la imposición de tales ideas.

—La ‘supuesta subversión’ como usted la llama, sólo exigía, como repetidamente se dijo, se gritó, se escribió, la observancia estricta de la Constitución...

—Sí, de una Constitución violada frecuentemente con sus desmanes por quienes demandaban su aplicación al pie de la letra... Como les decía, aparte de esos teorizantes ingenuos o idealistas furiosos, acuden a la subversión, y México 68 es un ejemplo, los intereses ajenos al pueblo de que se trate, que aprovechan los primeros, los alientan, les proporcionan ideas, ‘inspiración’, dinero y ánimo, para inducirlos al coup d’état...

—¿Al qué?

—Al golpe de estado, al gorilazo. Me parece que esto fue lo que se pretendió que sucediera aquí. La subversión estudiantil tuvo todas las oportunidades para progresar si hubiera respondido a los anhelos del pueblo.

—El pueblo sí estuvo con los estudiantes, señor.

(VOCES:

—*Bueno, en realidad, estar, estar, no estuvo.*

—*El pueblo de México se ha vuelto apático. Las cosas políticas no le interesan. Lohan engañado tanto...*

—*Estoy de acuerdo. El llamado hombre de la calle, la base ciudadana, habla siempre mal del PRI pero en las elecciones vota invariablemente por su candidatos.*

—Es que el PRI sí sabe cómo lanzarlos. Escoge gente popular: locutores, artistas, tipos que uno conoce...)

—Señores: evitemos los diálogos particulares. Analizábamos el problema de la subversión.

—Sí, en eso estábamos... ¿No les parece raro que uno de los cuatro líderes visibles del Movimiento sea calificado de 'agente de la CIA', de traidor y delator, en cuanto acepta que el dinero que mantenía vivo al Movimiento, a las cabezas del Consejo, provenía de amargados políticos de tercera clase? ¿No es lógico sospechar que esa 'confesión' fue hecha para proteger al / a los verdaderos financiadores del Movimiento... a la agencia que aportó el oro, aunque no la inteligencia?

—Tlatelolco, ¿qué fue? ¿Va a negar que hubo un Tlatelolco? ¿Tratará de hacernos dudar también de las cosas que ocurrieron en la Plaza?

—Tlatelolco fue, en mi opinión, la gran trampa en la que cayó todo el país.

—¿Significa eso, señor, que el Gobierno armó una trampa?

—No he dicho eso. He dicho que fue una trampa, no que el Gobierno la haya tendido.

—¿Quién, si no él?

—Los organizadores del motín que empezó en julio. Ésos.

—Es un argumento insostenible, como la mayoría de los que nos ha expuesto.

—¿Por qué insostenible?

—Porque quiere hacernos creer que no fue el Gobierno el promotor de la matanza.

—Estoy seguro de que no lo fue.

—Soldados, agentes, helicópteros, toda esa maquinaria de guerra que atacó al pueblo, ¿fueron o no del Gobierno? ¿O los mandó la CIA? ¿o el Partido Comunista, o el Papa, o quién?

—No es necesario que grite...

—Calmémonos todos por favor.

—Perdón, pero hay cosas que indignan y lo que este cabrón acaba de decir: 'El Gobierno no fue el promotor de Tlatelolco', es una de ellas.

—Trataré, si me permiten hablar, de explicarme... de exponer mis razones.

—Tendrán que ser muy buenas, amigo.

—Espero que así les parezcan... Veamos: entre el 22 de julio y el 2 de octubre, los provocadores...

—Ya cambie de disco, ¿quiere?

...los provocadores sean de derecha o de izquierda, nacionales o extranjeros (en una palabra: los provocadores), no han logrado lo que se habían propuesto, o lo han logrado sólo a medias: desarticular al país, sabotear sus Juegos, comprometer a la clase media en el Movimiento. No habían logrado tampoco producir cadáveres.

—La clase media estuvo presente. ¿No pertenecen a ella los universitarios, los politécnicos?

—Déjenlo que hable. No lo interrumpen.

—Gracias... La gran mayoría de personas maduras, adultas, sensatas se mantuvo al margen del problema. Participó en él sólo como víctima; esa mayoría sufrió las vejaciones, los efectos del secuestro de autobuses, la exacción de los que pedían dinero dizque para sostener al Consejo Nacional de Huelga.

—¿Que insinúa usted? ¿que ese dinero no...?

—Shhh... Que siga hablando.

—Esas grandes mayorías se marginaron porque se daban cuenta de que el Movimiento no tenía banderas razonables; vaya, ni siquiera banderas racionales... Todo era confuso, caótico, contradictorio en él.

—Sería cuestión de discutir eso.

—Sí, señor, pero creo que éste no es el momento. Estoy tratando de explicar Tlatelolco, *la noche lamentable*.

—Y que lo diga...

—El Movimiento se iba debilitando. Acabo de leer un libro, escrito por uno de los líderes del Consejo, Dice en él que el Consejo, sus dirigentes, estaban preocupados porque “no pasaba nada”... porque no se les ocurría nada con qué mantener vivo algo que ya apestaba a muerto. La gente no había respondido, los muchachos se interesaban cada día menos. Los propios dirigentes acudían en escaso número a las asambleas del CNH. ¿No iban a tratar esos repetidos casos de ausentismo la noche que el ejército ocupó la Ciudad Universitaria?

—¿Qué tiene que ver todo ello con Tlatelolco? Hicimos preguntas concretas.

—Estoy concretando mi respuesta. Apoyándola en los antecedentes que la harán comprensible; que darán validez a los argumentos que expondré.

—Bien. Siga.

—Una agitación que muere por falta de oxígeno es una agitación fracasada. Las manifestaciones de la ‘época de oro’ del Movimiento languidecían, mostraban anemia, síntomas de decadencia. Era necesario un gran golpe, un ‘segundo aire’, un despliegue espectacular, algo, en fin, que hiciera ver que el Movimiento Estudiantil estaba ahí: todavía militante, poderoso, y entonces...

—Ahora va a insinuar que el Movimiento preparó su propio suicidio.

—El Movimiento, no, pero sí quienes lo utilizaban. Y no su suicidio, sino su asesinato.

—Será interesante oír como nos cuenta esa novela de cowboys.

... Recordemos, señores, lo que una italiana periodista, que sacó una nalga herida en Tlatelolco, dice: los estudiantes, los líderes, fueron a buscarla a su hotel para invitarla al mitin en la Plaza de las ‘Tres Culturas prometiéndole que vería ‘acción’. Muchos otros periodistas, italianos, franceses, norteamericanos, británicos, etc., que estaban en México para informar sobre los Juegos Olímpicos fueron también visitados por los caudillos e invitados a Tlatelolco. Incluso, como se publicó pues ellos lo afirmaron, el Movimiento les envió automóviles para que pudieran transportarse.

—¿Qué tiene eso de criticable? ¿puede censurarse al Movimiento Estudiantil por querer que los periodistas extranjeros conocieran el clima de represión en que vivía México en esos meses?

—Dice usted: ‘clima de represión en esos meses’. ¿Eso dice, verdad?

—Eso digo, sí.

—¿Cómo puede hablarse de ‘clima de represión’ cuando los líderes pueden ir de hotel en hotel, sin esconderse, invitando periodistas a Tlatelolco, prometiéndoles que la ‘cosa’ va a ponerse ‘buena’? Obviamente, señores, los organizadores de lo que habría de culminar en la matanza, sabían lo que traían entre manos y se disponían a ofrecer su gran espectáculo ante el mejor de los públicos: la prensa mundial.

—Muy seguro parece usted estar de lo que dice...

—No es cuestión de estar o no seguro; es cuestión de sentido común, de organizar las piezas del rompecabezas, de proceder con lógica, de atar un cabo con su correspondiente, y llegar así a una conclusión irrefutable...

—¿Qué es?

—Tlatelolco fue la celada en la que cayeron, como antes dije, el Gobierno y los estudiantes.

—Eso es lo más cínico que he oído decir. Ahora resulta que el ‘pobrecito’ del Gobierno fue emboscado en Tlatelolco.

—Permítanme, permítanme...

—Silencio, todos. Siga usted.

—Hay información fidedigna de que a muchísimos estudiantes se les pidió que llevaran armas al mitin de Tlatelolco.

—Se los pidió, ¿quién?

—Sus jefes inmediatos, los encargados de manejar las brigadas. ¿Para qué iban a llevar armas a un mitin supuestamente pacífico?

—Dígalo usted.

—No para hacer caricias, por supuesto. . . La mañana del 2 de ‘octubre de 1968, líderes del Consejo Nacional de Huelga y representantes del Gobierno celebraron una junta más. Esto no puede ser negado. En esa junta siguió buscándose una solución aceptable para las partes... Por la tarde, con toda la prensa del mundo reunida en la tribuna del Edificio Chihuahua, ocurre el mitin...

—Un momento, señor, no tan aprisa. ¿Cómo prueba usted que los líderes y el Gobierno estaban reunidos al mediodía de ese 2 de octubre?

—En el libro de memorias sobre el Movimiento Estudiantil que hace poco cité, encontrará usted el dato, la comprobación de lo que digo.

—Algo más, señor. Antes de contarnos lo que pasó en la Plaza, que ya lo sabemos, que ya lo sufrimos, sería conveniente que nos aclarara algunos otros puntos...

—¿Cuáles?

—El del Batallón Olimpia. ¿Fue o no formado para atacar a los estudiantes?

—No. El Batallón Olimpia fue creado antes del conflicto estudiantil y se le destinó a cumplir tareas de vigilancia especial durante los Juegos Olímpicos en la ciudad de México. El Batallón cuidaba las instalaciones deportivas y el orden dentro de éstas. Sólo por obra del azar participó en Tlatelolco.

—Otro punto que merece aclaración: ¿por qué se envió a sus miembros a que, vestidos de paisano, bloquearan las salidas de la Plaza?

—Por una muy simple razón: en todos los mítines siempre hubo agitadores, provocadores. ¡Los hubo dentro del Consejo! El Batallón Olimpia, con ropa civil, no despertaría sospechas, podría intervenir para mantener la calma entre los estudiantes en caso de que los agentes provocadores pretendieran romperla...

—Es una excusa muy endeble... tanto que cae por su propio peso, señor. El Batallón Olimpia fue mandado con premeditación, alevosía y ventaja a producir la masacre. . . Lo sabe usted, así que no se haga pendejo...

—Le exijo que no me hable de ese modo...

—Señores, calmados. Y no usen groserías. Siga usted...

—Como los que han hablado o escrito sobre Tlatelolco, ustedes sostienen la tesis de que el Gobierno quería “descabezar” al Movimiento y que por eso armó la trampa en la Plaza.

—¿No fue así?

—Claro que no... por estas razones: a la altura del 2 de octubre de 1968, el Movimiento estaba prácticamente desmedulado. Prueba: la escasa concurrencia, diez, quince mil gentes, muchas de ellas no estudiantes, en la Plaza: vecinos, niños, curiosos, etc. El Movimiento estaba, además, celebrando pláticas con el Gobierno, y no

en público. Pláticas en privado, sin bombo publicitario. A sólo diez días de iniciarse los Juegos, el Movimiento había propuesto una llamada de tregua olímpica, que equivalía a un inicio elegante de retirada. El Movimiento prometía no estorbar la normal celebración de las competencias.

—Si usted lo dice...

—Así fue... Sean razonables, reflexionen, recuerden y tendrán que admitir que así ocurrían, entonces, las cosas... Es más: el Consejo se había reunido en el Edificio Chihuahua para notificar que no habría marcha al Politécnico, síntoma más que evidente de que el arreglo oficial Gobierno- Estudiantes estaba próximo...

—¿Por qué tal despliegue de tropas? ¿por qué tantos tanques y cinco mil soldados y helicópteros y asesinos de guante blanco?

—Inevitables, necesarias medidas de seguridad. Garantía de orden. El Gobierno sabía que una chispa, un grito, un disparo, podrían volver a encender esa tarde el fuego. Queríamos evitar que eso se produjera. Temíamos la provocación...

—El Gobierno fue el provocador. Eso hasta un ciego lo vio.

—Dígame, razonándolo, ¿por qué iba a ser el Gobierno el que provocara una matanza innecesaria que habrá de serle siempre reprochada? ¿ganaba algo, en vísperas de su Olimpiada, asesinando gente, poniéndose en plan de gobierno-de-un-país-de-buenos-salvajes-que-se-matan- a-balazos-sólo-porque la -vida-no-vale nada-y-son-muy-machos? ¿en qué podía beneficiar al Gobierno la sangre que se perdió? Si se buscaba proyectar una buena imagen, una imagen positiva de México hacia el mundo, ¿tenía caso mandar ametrallar a la multitud?

—Que precisamente fue lo que ocurrió.

—Pero no buscado por el Gobierno.

—¿Por quién, por quién, por quién?

—Por aquellos a quienes les importaba que el Gobierno se pusiera en evidencia: por esos a quienes se les escapaba la última oportunidad de provocar el drama... El de Tlatelolco iba a ser, era ya por acuerdo del Consejo, el último mitin. No habría más concentraciones de estudiante. Todos: Gobierno. líderes, base, pueblo, ciudad, país querían seguir viviendo en paz, ver los juegos. La marcha al Politécnico había sido suspendida. Caía el telón. Ahora o nunca habrán dicho los conspiradores.

—Eso suena a melodrama.

—Ahora o nunca y, cuando uno de los líderes del Consejo dice desde la tribuna que no habrá marcha y pide que cada quien se vaya en calma, y el jefe de la tropa se acerca, sin armas, con un megáfono a decir lo mismo, suena un balazo y el general cae...

(VOCES:

—*Y alguien lanza las luces de bengala*

—*Y los de guante blanco empiezan a disparar*

—*Y llegan los soldados y atacan*

—*Y el desastre se vuelve inevitable...)*

—Ustedes lo están diciendo: así fue. Ése era el probable acto de provocación que se temía, el que debía impedir el Batallón Olimpia con su ropa de paisano y sus guantes blancos.

—Lo que usted dice es una enorme mentira.

—Cabe dentro de lo posible.

—Cabe, sí, pero me parece tan rebuscado...

—Es que Tlatelolco fue el resultado de una rebuscadísima conspiración...

—Que el propio Gobierno organizó.

—¿Para qué habría de organizarla, señora?

—Eso lo sabrán los que, como usted, eran entonces el Gobierno.

—No lo sé, no lo sabremos, quizá, nunca... Pero ocurrió Tlatelolco. La violencia, lo dije antes, se alimenta sola. Cuando las cosas estaban ya calmadas, liquidadas, ¡pum, un tiro...

—Los soldados disparaban a matar, sin discriminar.

—No podría negarlo, así fue. Mas, ¿podría usted, siendo Presidente de la República, o Secretario de la Defensa Nacional, o Regente de la Ciudad, o Jefe de la Policía o Comandante de esa fuerza militar; podría usted, digo, detener las balas, controlar a los que en la confusión agreden y son agredidos, atacan porque están siendo atacados...?

—Bueno, es que...

—¿Podría exigirle a un hombre al que le disparan que no conteste con balas a las balas que le envían? El terror anula el raciocinio; se piensa sólo en sobrevivir. El instinto de...

—El instinto asesino.

—... de conservación es poderoso, ustedes lo saben... Inaugurado ese gran desorden, ¿qué fuerza humana podía haberlo atajado? Díganmelo... Insisto, ¿de qué modo iba a beneficiarse el gobierno con semejante mortandad?

—Todo pudo ser parte de un plan del gobierno que dijo: "Acaben con todos ellos", y al Ejército y a los del guante blanco se les pasó la mano.

—Es una suposición suya, no un hecho comprobable. Repasemos cuáles son los hechos comprobables: uno, cuando el mitin esta disolviéndose, hay un balazo que abate al jefe de la tropa. La bala fue disparada con un rifle de alto poder R 18 de los que usan los soldados americanos en Vietnam, y que el Ejército Mexicano no ha adoptado...

—¿Insinúa que fueron extranjeros los que...?

—Nada insinúo. Sólo puntualizo. La bala que casi mata al general salió de un rifle que no se usa en México; dos, al ver abatido a su comandante, la tropa avanza. Es recibida en la confusión, a tiros.

—¿Quiénes disparan esos tiros, señor mío? Los agentes de guante blanco ocultos en departamentos del Chihuahua...

—Ha dicho usted algo que merece reflexión. Si se escogió al Chihuahua porque ofrecía a los líderes del Consejo el máximo de seguridad; si en varios mítines anteriores los vecinos de Tlatelolco habían atacado con agua, palos, piedras, a los soldados o agentes; si el edificio era prácticamente una fortaleza de los estudiantes, ¿cómo explicar que nadie, nadie, hubiera advertido la presencia de los guantes blancos?

—No podrá negar que estaban allí. El capitán...

—Oh, ese capitán... No estoy negando que estuvieran, pero recordemos lo que el capitán dice: que se le mandó apostarse en *las puertas, las puertas de acceso al edificio Chihuahua*, no a esconderse en departamentos del tercer piso... ¿Quiénes podían estar en esos departamentos sin ser reconocidos, sin ser molestados, sin despertar sospechas de los leales vecinos? Solamente hombres que podían hacerse pasar por estudiantes, que eran estudiantes-asesinos o asesinos-disfrazados-de-estudiantes... Dos, cinco, diez, con armas adecuadas para echar a rodar la gran bola. . Una maestra que estuvo en Tlatelolco refiere que fue temprano a inspeccionar el lugar del mitin y no vio nada anormal... ¿No es anormal que todos los que viven en un edificio, concretamente: en el tercero y cuarto pisos de ese edificio, no hayan visto a un

solo individuo extraño? ¿Cómo explicar, pues, esos guantes blancos precisamente en el piso donde estaba la tribuna?

—¿Pretende decirnos que en el Consejo Nacional de Huelga había también guantes blancos?

—Quiero decir que pudo haberlos. Lean con atención los libros de testimonios sobre Tlatelolco y encontrarán cosas interesantes al respecto... Pero lo que yo deseo expresar es que sólo quien se ostentaba como estudiante, alguien a quien los verdaderos estudiantes consideraban estudiante, podía tener acceso al edificio y, por consiguiente, aunque con mayores trámites de identificación, a la tribuna... Ocurrió el disparo y la tragedia, lamentablemente, fue desencadenada.

—Según usted, debemos llegar a la conclusión de que nadie fue culpable de Tlatelolco, de que lo que pasó allí, esa noche, fue producto de las circunstancias; un imponderable. . . ¿O tal vez lo mejor para todos sería negar que Tlatelolco existió?

—No adulteremos, señores, el sentido de las palabras... Sí hubo culpables de Tlatelolco, pero esos culpables no fueron los soldados, ni, en última instancia, el Gobierno. Los culpables fueron otros, los que operaron desde siempre en la sombra, los que aceleraron a los muchachos, los que los mandaron a matar y a que los mataran, más a esto que a aquello. Ésos fueron, para mí, los culpables... Ni siquiera lo fueron, en parte de importancia, los líderes del Consejo...

—A éstos, en cambio, se les torturó. ¿Por qué o para qué si ya los tenían presos a casi todos?

—Ojala, amigos, pudiera responder a tantos por qué o para qué. Necesitaría yo ser cada soldado, cada policía, cada oficial que se encarnizó con un estudiante para conocer los motivos de su saña.

—Usted fue de los que aprobaron los tormentos.

—En obvio de discusiones bizantinas, lo admito. La brutalidad produce brutalidad.

—Sólo que la brutalidad se ejercía contra los indefensos. No conformes con matar a cientos en Tlatelolco.

—Hablar de cientos es una exageración, pero, en fin.

—... los soldados, los oficiales que los mandaban, los que se los llevaron al campo de concentración y allí los retuvieron incomunicados durante días y semanas. los maltrataron como si fueran bestias peligrosas. ¿Va usted a decir que el Gobierno ignoraba eso?

—Uno está a veces demasiado ocupado para enterarse de las cosas en detalle... Quizá porque a determinado nivel uno debe ver el problema en su conjunto, se le escapa la anécdota, la minucia.

—Los pobres estudiantes sufrieron el suplicio en forma particular, individual, minuciosa.

—Eso, señores, es a fin de cuentas lo menos grave, aunque no se me escapa que para cada estudiante al que se torturó, su propio sufrimiento fue, es, lo más importante del mundo... Lo grave, verdaderamente grave, es que Tlatelolco se haya producido; que toda una masa estudiantil haya sido arrastrada a esa insensatez que fue el Movimiento que tuvo su lamentable, su trágico epílogo en Tlatelolco.

—Trágico epílogo que se escribió con mano de soldado.

—Por desgracia, hay hechos cuyas verdaderas motivaciones, cuyo sentido se pierde a causa de la inmediatez... Hechos que hay que ver desde una distancia crítica para poder comprenderlos. . . Tlatelolco-2 de Octubre no escapa a esta regla. Una de las voces que he oído en la grabadora ha respondido que el sentido de Tlatelolco se

conocerá, quizá, dentro de unos años. ¿Qué quiere decir con esto? Que ni él mismo, que lo vivió, que estuvo allí, que arriesgó su sangre y su vida, puede todavía darse cuenta cabal de lo que pasó, o de por qué pasó... Yo, el Gobierno, los que por razón de nuestro deber tuvimos directa o indirectamente conexión con el Movimiento Estudiantil y los acontecimientos de la Plaza, tampoco podemos darnos cuenta cabal de lo que pasó... Tlatelolco, y quisiera que comprendieran ustedes esto, fue sólo un aviso, la anticipación de lo que aún puede suceder...

—¿Qué supone usted que suceda?

—Una trágica repetición; tal vez dentro de un año, tal vez antes, quizá dentro de tres... Los sucesos de julio a octubre del 68 se ajustaron a una pauta, siguieron una secuela previamente calculada. Los provocadores tenían cuatro objetivos: uno, desprestigiar a México; dos, poner a prueba la estabilidad política del país; tres, debilitar al Gobierno y situarlo en condiciones de tener que transar con intereses extranacionales; cuatro, si llegaban a ese punto, interrumpir la institucionalidad de la vida política del país y, como consecuencia de esa interrupción, fundar un gorilato.

—¿Peor que los que padecemos sexenalmente?

—De esos cuatro objetivos, los provocadores lograron los dos primeros. El desprestigio es evidente, como también lo es la estabilidad del país.

—Lo que es evidente, señor, es que usted ha tratado de enredarnos con su palabrería. ¿Quién nos devolverá nuestros muertos? Eso es lo único que nos interesa saber; vaya, que me interesa saber a mí.

—No seré yo, evidentemente.

—Usted pudo mandar matar, pero ahora no puede mandar resucitar.

—Yo no mandé matar. Tengo las manos limpias de sangre.

—Por su culpa murieron muchos.

—¿Por mi culpa, dice usted? ¿Fui yo quien dijo: disparen, asesinen, violen, torturen, mutilen? ¿Me cree capaz de llegar a eso?

—Sí... Muchos muertos debe usted llevar en la conciencia.

—Me siento libre de culpa. Fui un hombre que cumplió con su deber; que hizo lo que su conciencia le dictó. Como funcionario público, de haber faltado a mi deber habría traicionado mis principios, mi pasado y mi compromiso con quienes debía servir.

—¡Qué mal anda un país en el que hay que agradecer a los políticos, a los funcionarios, a los hombres como usted, que cumplan con su deber! Muy, muy mal...

—Es su opinión y la respeto. Respeten ustedes, a la recíproca, la mía.

—¿Tiene algo más que decir?

—Cambiemos la pregunta, señores: ¿tienen ustedes algo más que preguntarme?

—¿Quiere alguien preguntar más?

—Ya oímos bastante.

—Un momento. Quisiera que el señor respondiera a esto: si nadie fue culpable de Tlatelolco, ¿por qué retuvieron tantos años en la cárcel a los líderes del Movimiento Estudiantil?

—Esa pregunta podría respondérsela a usted el- Señor- Presidente - de -la - República, no yo. Como saben, yo vivo alejado de la cosa pública, soy un ciudadano común y corriente que no se mete en asuntos políticos... que no tiene por qué opinar a propósito de temas ajenos a su incumbencia o a su conocimiento.

—¿Por qué ningún guante blanco, ningún soldado, ningún provocador de los que usted mencionó, estuvo preso?

—Repito: no es asunto que mi ataña. Mi responsabilidad oficial concluyó al separarme del Gobierno...

—¿Ha concluido también su responsabilidad moral?

—Me siento limpio, lo repito. Nada me reprocha mi conciencia. Nunca hice deliberadamente mal a nadie. Cumplí con mi deber. Y haberlo cumplido, aunque fuera con exceso, no me avergüenza. Por lo demás, creo injusto que se me acredite a mí lo que ustedes llaman culpa, responsabilidad de o por Tlatelolco.

—Fue un crimen tan monstruoso que esa responsabilidad no puede ser atribuida a un solo individuo.

—Si eso piensan ¿por qué me secuestraron a mí?

—El destino nos puso en su camino; o su destino lo puso a usted en el nuestro. Para el caso es igual.

—¿A qué tendencia política son ustedes adictos?

—A ninguna.

—Tal vez los entrenaron también en Corea del Norte. Sus tácticas de secuestro, de incomunicación, de tortura psicológica, esta jaula, esta luz que estalla y me ciega, todo esto, es obra de profesionales. ¿Tienen relación con los que están asaltando bancos?

—Estos métodos, señor, los usa el Gobierno; o acaso, al separarse de él, ¿olvidó los sistemas de tortura de que se vale para que un infeliz preso político se declare culpable de lo que sus verdugos quieren?

—Ya que hemos hablado tan largamente que he respondido a sus preguntas sin evitar ninguna, quiero saber: ¿qué pretenden hacer conmigo?

—Quiero recordarle, por si también lo ha olvidado, que lo trajimos aquí para juzgarlo, ¿entiende? para tomar una decisión que puede significar según opine el tribunal, su vida o su muerte.

—No se atreverán a asesinar me.

—Nadie ha dicho que pensemos hacerlo. Vamos a proceder conforme a nuestra conciencia, así como usted procedió conforme a la suya en el 68...

—A uno de ustedes, no sé a cuál, le hice una proposición. Se la haré a todos, ahora. Fijen un precio por mi rescate y ese precio será pagado. Ese dinero pueden usarlo para financiar su movimiento revolucionario, su guerrilla... Un servicio a cambio de otro: empeño mi palabra de hombre y les prometo que no se investigará quiénes son ustedes ni dónde se encuentra este lugar... Matándome no ganarán nada; matándome se echarán encima a la policía. Matándome, en fin, no recuperarán a sus muertos. Así que...

—Calle ahora.

Me corresponde asumir el dominio de la palabra. Cuanto podía decirse ha sido dicho. Falta solamente un trámite: emitir el veredicto. ¿Libertad? ¿Muerte? Quizá para no olvidarlo yo mismo, recuerdo a los miembros del grupo que nos hemos reunido para juzgar del modo más imparcial posible al hombre que tenemos en la jaula, no para vengarnos de él. Sobre la justicia no debe prevalecer el rencor.

—Si creemos que el señor es inocente nuestro deber es admitirlo, como también lo es condenarlo si estamos convencidos de su culpabilidad... ¿Están ustedes de acuerdo?

Desde la profundidad de la penumbra, la voz unánime de las seis sombras responde:

—De acuerdo.

—¿Desea alguno proponer un sistema de votación?

Reconozco la voz peculiar de Miércoles:

—Para proceder imparcialmente, sugiero que votemos en secreto, por escrito. Así la imparcialidad que se nos pide será total.

—Por mí, está bien.

—Un momento: si hay que votar, se vota de palabra...

Con su impetuosidad Jueves pone en desorden a las voces, y las voces discuten el pro y el contra; lo irregular del procedimiento lo... Pero, finalmente, aunque no en forma unánime, es aceptada la propuesta. Intervengo en mi carácter de moderador:

—Aprobado pues, que se vote de palabra. Pero quisiera que cada uno razonara, muy brevemente, el porqué de su voto.

Hay un grito; no precisamente un grito: una voz más alta que, por un momento, domina a las nuestras. El prisionero está protestando. Le parece injusto que se decida de ese modo su suerte. Tiene derecho, quizá su único derecho, a demandar que el tribunal vote en silencio, por escrito, para que unos no influyan en los otros.

—Usted, cálese —es Martes quien ha hablado—. No va a darnos órdenes.

Nuevamente Jueves:

—Votaremos como se aprobó y ya. ¿Están listos?

—Sí.

—Bien. ¿Lunes?

—¿Qué?

—Responda simplemente libertad o muerte. Sin titubeo, Lunes:

—Libertad.

Hay cierto desconcierto en el grupo. Jueves y Martes, los más jóvenes se indignan de que Lunes proponga la libertad del prisionero. Intervengo

—Silencio. Lunes ha expresado su sentir, y debemos respetarlo. Cuando les toque turno voten como les parezca. Lunes...

—Sí, señor.

—Razone su voto. ¿Por qué pide la libertad para este hombre?

Lunes carraspea. Se enreda con las palabras; ordena, como puede, las que expresan mejor, a su manera, su pensamiento, su sentimiento:

—¿Para qué desearle mal a un prójimo como él? Tengo familia nueva, me está yendo bien... *Aquello* pasó ya... Así que, por mí, mejor lo soltamos.

—Gracias. ¿Martes?

—Muerte... Muerte porque un hijo de puta como él, no tiene derecho a vivir... Con la suya va a pagar una poquita de la mucha sangre que hizo regar.

Considero conveniente informarles:

—Lo que estamos diciendo está siendo grabado, señores. Los medios de información: periódicos, televisión, radio, recibirán copia de cuanto se diga aquí. Les suplico, en consecuencia, que se abstengan de utilizar un lenguaje soez que pueda dar impresión de brutalidad de parte nuestra.

—Perdón a todos por lo que dije... —Martes, tan ponderado, ha de estar quemándose de vergüenza.

—Sigamos. ¿Miércoles?

—Yo, ¿qué puedo decir? ¿libertad... muerte? Y, digo... libertad. Eso digo, libertad. Sé que no la merece, pero creo que el verdadero castigo que padecerá ese hombre serán los remordimientos que le mande Dios.

—¿Jueves?

—Muerte. Y no voy a razonar más mi voto: a hierro mandó matar, a hierro debe morir.

—¿Viernes?

—Muerte... Hacerlo morir equivale, creo yo, a un aviso para que los del Gobierno vayan sabiendo que de hoy en adelante el pueblo sabrá tomarse la justicia que le niegan.

De pronto me doy cuenta de que estoy angustiado. De los seis miembros del grupo, tres solicitan el sacrificio del prisionero; dos, su libertad. Corresponderá a Sábado, a la envejecida maestra que es Sábado, tomar la decisión final. Sospecho cuál puede ser la que proponga, y por eso me he puesto a temblar quizá con mayor zozobra que el hombre cautivo dentro de la jaula.

—¿Sábado?

—Dios sabe, Él mejor que nadie, cuánto dolor me causó este señor, cuántas lágrimas lloraron mis ojos por su culpa, cuántos años de mi vida se perdieron en una noche. .. Pero Dios sabe también que en mi corazón no hay lugar para el odio. Podría pedir que muriera, pero no por eso voy a recuperar a mi hijo. Pido en cambio que viva, a modo de penitencia, disfrutando del amor de los suyos y que cada vez que vea a sus hijos recuerde lo que debe sufrir esta madre a la que él privó de lo último que le quedaba...

Se congela el silencio. Lo siento aplastarme sofocarme, de igual modo que siento las miradas con que ahora los miembros del grupo me presionan. El perdón tan enredadamente razonado por Sábado empata el número de votos. Mi palabra, la que el silencio de los seis aguarda, la que se atasca en mi garganta, la que no creía verme obligado a pronunciar, será la palabra que determine para el prisionero vivir o morir. Quisiera evitar el compromiso; quisiera no hallarme en este lugar; quisiera no haber organizado la cacería que culminó con la captura que debe concluir con la sentencia; la sentencia que me exigen; la que Jueves, ahora, precipita:

—Falta usted, Domingo. De usted depende.

Otra voz, la de Martes:

—El suyo, Domingo, será el voto de calidad.

No quiero ver, tocada por los relámpagos del estroboscopio, la rígida máscara, blanca, de hielo o yeso, espectante, del rehén, y cierro los ojos; pero al hacerlo, otro rostro se enciende en mi memoria con relámpagos iguales, y es Mina tocando a Mozart en la Sala Chopin; y es Mina muerta en aquel horrible patio de la morgue; y es Mina bailando frente a mí, transfigurada en su casi desnudez; y es Mina, no vista, sólo imaginada, en el cuarto negro, revolcándose en aquella cama que no es cama y repitiendo los versos del poema

ya no más falsas vírgenes

ni mártires que esperan en la cama

el salivazo ocasional del macho

y es Mina que marcha, con la mente extraviada, por la Plaza, y que no habla, sólo gruñe cosas secretas que el terror le dicta y va derecho como en un sueño hacia los rifles, al encuentro de la bala que la mata, y es Mina... es Mina, perdida en la vida; recuperada, ya sólo mía, incompartida, en la muerte; en una muerte igual a la que me oigo exigir para el responsable de la sangre.

Y el hombre al que acabo de condenar a la misma experiencia por tantos compartida la noche del octubre que no ha de ser olvidado, no grita al oír la sentencia; no protesta, no demanda perdón.

Dice:

—Está bien...

A partir de ese instante caigo en una especie de sonambulismo, no muy distinto al que conozco algunas noches de borrachera solitaria. Soy, así, mi propio olvido; soy,

si lo prefieres, Mina, el otro desconocido, el lado de sombra, con quien comparto esta prisión que llamo cuerpo.

El hombre ha vuelto a decir:

—Está bien... —y sigo sin comprender la clave que seguramente encubren sus palabras.

En vano espero el lógico estallido de su ira o de su miedo. Se sabe ya destinado a la muerte y no levanta ninguna alegata en favor de su vida. ¿Será acaso un alivio para él morir? ¿o se desprecia tanto que agradece que lo matemos? De ser yo el sentenciado, estaría gritando, aullando, humillándome. Él permanece silencioso, quizá un poco más sombrío, casi tranquilo. Se aparta de los barrotes y con algo de esfuerzo se pone de rodillas y luego se sienta, imitando la postura del loto yoga, en el centro de la jaula. Le ofrece la espalda a la zona de tiniebla de la que han estado saliendo las voces; de la que sale, dirigida a mí, la de Jueves —este Jueves implacable y ansioso; feroz:

—¿Cuándo vamos a matarlo, Domingo?

Domingo es, para mí, una persona extraña, la tercera del singular; alguien al que no he visto, pero que de algún modo represento; un individuo que se cubre con mi piel, que escucha con mis oídos, que te recuerda con mi memoria: que se llama como yo cuando no se ampara en el alias; el que se oye, al cabo, responder:

—Lo mataré yo solo... —y que oye a Jueves, airado, colérico:

—Eso no es justo, Domingo... Todos lo hemos juzgado, todos tenemos derecho a matarlo... —y que a su vez se escucha rebatir:

—Sólo yo lo mataré... Permitan que sólo yo asuma esa responsabilidad. Dejen que todos los remordimientos sean míos...

Alguna vez, mientras proyectaba el secuestro, llegué a preguntarme *cuál sería* la mejor forma de ejecutar al prisionero en caso de que el grupo autorizara su muerte. Supuse que la ejecución debía ser, como todos los trabajos, el miedo y los peligros, obra común; tarea de equipo. No sólo se daría a cada uno de los socios la oportunidad de cumplir personalmente una parte de la justicia decidida, sino que, realizada así, se establecerían entre nosotros, cómplices, obligatorios, irrompibles vínculos de lealtad. La culpa de cada uno equivalía a la seguridad de los demás. Ahora, Mina, la posibilidad de ajusticiamiento ya no es una especulación. Una sentencia ha sido dicha; una sentencia debe ser perfeccionada con los disparos de la Parabellum. Si el remordimiento es un castigo, una de sus formas más agotadoras, ¿por qué obligar a seis personas, tres de ellas jóvenes, a que lo compartan? Ninguno de mis compañeros se encuentra tan irremediabilmente solo como yo. La más desamparada, la viuda sin hijo, tiene siquiera el consuelo de su fe. Lunes, su familia. Martes y Jueves la esperanza de su juventud. Miércoles, el próspero ejercicio de su profesión. Viernes dispone de esposa e hijos. Para mí quedan, nada más, los recuerdos (consuelo triste para algunos) que lo son todo.

Jueves sigue protestando. Ha dejado la silla que ocupaba y ha venido a pararse junto a mí:

—Usted había dicho, Domingo, me había prometido...

El otro que soy yo, el que ha resuelto relevarlos del compromiso del remordimiento, alza lentamente el brazo derecho, y veo que su mano empuña una pistola. Veo que apoya el cañón del arma en uno de los barrotes transversales. Lo oigo decir, con el ojo atento a la mira que ha centrado en la espalda del prisionero:

—¿Para qué quieres mancharte las manos con sangre? ¿para qué?

Al primer disparo, el hombre se sacude como si el estruendo lo hubiese asustado; al segundo, se retuerce; al tercero, se va un poco de bruces. . . No tengo prisa. Podría, pero no quiero obligar a la Parabellum a soltar en ráfagas sus balas. Me complace más aplastar el gatillo del modo que lo hago; dejar que se agote el ruido de una explosión antes de producir la siguiente. . . Al quinto, se inclina hacia la izquierda... y de pronto, una mano ansiosa, una mano ruda, mano-garra, se apodera de la mía y sus dedos, tomando por sorpresa mis dedos, los oprimen, los obligan a... Las otras cuatro detonaciones en rapidísima sucesión, ensordecen.

...Sombra sin peso ni razón, Mina deambula por la Plaza, y los veo allí, blancos de tiro al blanco asustados, con los ojos muy redondos, frente a los rifles, y los doce muchachos, casi niños, las manos en la pared, los pantalones en los tobillos, esperando la descarga, porque, ¿sabes, Mina?, nadie vio esa noche la mano que empuñaba el arma, pero tú y otros como tú, tantos que ignoramos cuántos, padecieron su efecto de relámpago.

Queda, como si tuviera frío, con las piernas recogidas, los brazos muy juntos sobre el pecho. La repetida luz irreal y penetrante del estroboscopio muestra y oculta, un par de veces cada segundo, la sangre que le escurre por los nueve agujeros de la espalda.

—Perdóneme, Domingo.

Veo la mano de Jueves dominando todavía mi mano; veo mi mano prolongada en / por una pistola. Veo una mano que aún señala hacia el bulto que hace cinco segundos era vida y que es ahora unos cuantos kilos de muerte.

En nada pienso en este momento. ¿Qué se supone, Mina, que debe uno pensar inmediatamente después de que ha matado a un hombre? ¿Qué pensaría el que lanzó la bala que el 2 de octubre, en Tlatelolco, tropezó con tu vida?

Ahora estoy solo, después de haber ido dispersando a los del grupo en la misma forma y en los mismos sitios donde los reuní al principio de la noche, antes del juicio y de esta lluviecita que encontré al salir de casa. Fue Jueves el último en abandonar la camioneta y no resultó fácil deshacerme de él, persuadirlo de que se fuera. Insistía en permanecer conmigo, en acompañarme hasta el final.

—¿Qué va a hacer con el cuerpo?

—Devolverlo.

—¿A quién?

—Al Gobierno.

—¿Dónde?

—No lo sé, todavía.

—De veras, Domingo, ¿no quiere que siga con usted?

—Es innecesario, y, además, peligroso para ti.

—Eso no me importa.

—La seguridad, sí.

Como varios de los del grupo, incluso los que propusieron la libertad del prisionero, Jueves inquiera:

—¿Volveremos a vernos?

—Supongo que sí.

—Seguro que sí... Todavía quedan otros a quienes juzgar.

—Sí, varios quedan.

—¿Quién sigue en la lista, a quién escogemos?

—Será cuestión de pensarlo. Yo te llamaré a su tiempo...

—Bueno... Oiga, Domingo...

—¿Sí?

—Perdón por lo de la pistola, por disparar yo también.

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé. Tuve ganas. Eso es todo.

Aguardo a que monte en el autobús. Ya estoy seguro de que nadie me sigue. Quizá sea ahora cuando necesito ser más precavido. Precaverse, guardar silencio, no presumir, fueron mis recomendaciones concretas al grupo en general y a cada uno de sus componentes en particular. Discreción equivale a seguridad, y si hemos de continuar la tarea purificadora, ejemplificadora, que nos hemos impuesto, debemos ser cuidadosos, medir lo que decimos, aprovechar cuanta oportunidad de guardar silencio se nos ofrezca.

Miércoles, que es perspicaz, comentó:

—¿Qué podríamos decir si lo ignoramos todo?

—¿No le parece que es mejor así?

—Lo es, sí. En lo que a mí respecta, esté tranquilo. Jamás nos hemos visto. Ignoro cómo se llama, dónde vive, etcétera, y no me interesa averiguarlo.

—Muy razonable, Miércoles.

—Algo más, Domingo... Gracias por... ¿entiende, verdad? No hubiera tenido valor para disparar. Me habría puesto a llorar, tal vez...

El vapor de la niebla está suspendido como una nata sobre la ciudad. En cualquier esquina, frente a la luz roja del semáforo, veo una patrulla policial, blanca y azul, nuevecita, que se detiene junto a mi camioneta. El que va al volante me mira con impertinencia, de ese modo estúpido en que a veces mira sin mirar la gente que nos está mirando. A la izquierda se detiene también un automovilito azul. Los ojos encuentran los de una chica de pelo negrísimo

Me sonrío, pero sin coquetería, con algo que podría ser confundido con la inocencia; y recibo la sorpresa de una violenta sacudida y no sé si se debe a que hace meses no me acuesto con nadie o a que me ha parecido ver que el pelo oscuro de la chica, que ahora se muestra de perfil, se va decolorando hasta convertirse en el largo pelo de espigas de una criatura albina, de un ser cuyo rostro carece de rasgos, como si todavía no los adquiriera en la oscuridad de una matriz o como si acabara de perderlos en la tiniebla igualmente cerrada de una sepultura, o en la confusión de un manicomio.

Alrededor de cada una de las altas luces azul verdosas que de noche dibujan la avenida, se ha formado un halo, una mancha como de grasa, que empaña el aire denso de llovizna, y al fondo, donde se anuda la paralela hilera de copos luminosos, se levantan las severas lápidas de los edificios, simétricos y flamantes, de esa ciudad que ha crecido como un tumor en el centro de la otra: antiguo lugar de piedra, cerrado como trampa, que de siglo en siglo la tragedia elige para representarse. Plaza de comercio y sacrificio; campo de juego para niños y también, cuando el ciclo se repite, campo de muerte para niños. Matadero que jamás se sacia de sangre.

Atrás, en el cubo negro de la camioneta, dentro de un traslúcido costal de plástico (feto cautivo en la bolsa que algún día habrá de romperse) está el cadáver. Entre sus ropas he puesto una de las cintas en las que fue inscrito, de la primera a la última palabra, el interrogatorio. Nueve explosiones la culminan. Ojala que esa cinta llegue a ser conocida por el público, aunque es razonable suponer que el Gobierno preferirá no difundirla.

La gente que podría andar por la Plaza si el tiempo fuera apacible y más temprana la hora, está en sus departamentos de muros anémicos y avaras dimensiones; quizá se ocupe de ver la televisión, de hacer el amor sobre camas compradas en abonos, o de curarse con el sueño la frustración que cada noche de sábado disfraza de alegre borrachera. Quizá ya nadie recuerde los gritos, el silbido de las balas, esas quince mil balas de todos calibres, que convirtieron en red de agujeros la noche del 2 de octubre de 1968.

*¿para qué recordar si duele
Es mejor, lo sé,
olvidar que estamos muertos;
de ese modo resulta soportable,
lo sé también,
vivir la vida. No olvidemos
la reglas del juego.*

La soledad me favorece. La soledad casi a oscuras de la Plaza ampara, protege, oculta al ojo que pudiera estar espiando, el sigilo de la maniobra. Muerto, pesa más, mucho más de lo que supuse. Como si fueran balas, arrecian las gotas. Iba ser el último mitin. Había estudiantes, y padres de familia, y curiosos, y niños que jugaban, y policías que estaban allí atentos a que nadie alterara el orden. La Prensa del Mundo nos observaba. ¿Y a esa luz, breve y lívida, quién? ¿quién es el que mata?, y el ruido, el tracatraca interminable de las ametralladoras que cruza el aire y lo hiende y deja hilvanos colorados al hacerlo, y no para. Luego, ¿fue verdad? Una chica muy joven, cubierta con un gran impermeable oscuro, temblando de miedo; esta muchachita no gritaba, no hablaba, emitía unos sonidos muy raros, como si gruñera; siguió caminando y

*también a ella
le dispararon.*

¿Quién? ¿quién ordenó esto? Les dije que la Plaza era una trampa. Se los dije. No los mates, soldado, no te han hecho nada. Paren ya esa chingadera, ¡que la paren! Les vamos a dar, cabrones, su Che Guevara, van a ver. ¿En qué siglo te quedaste. papá?

FUCK IS BEAUTIFUL.
FUCK FUCK FUCK
FUCK FOR PEACE

Lo abandono en el sitio donde calculo que los cuatro rumbos coinciden. Es apenas una arruga más de la piedra bruñida, bautizada por el agua del chubasco; un agua tan clara que parece sangre muy joven, apenas haciéndose. Cuando la piedra la beba, cuando el tezontle la filtre y se asiente en las profundidades desconocidas, el agua hallará la sangre repetidamente derramada aquí desde los tiempos anteriores al mito. Un relámpago: la muchacha del cochecito azul. Me gustaría acostarme con ella. Pienso en Mina. Pero Mina es una creación de la memoria. Basta que abra los ojos para que la pesadilla del coñac quede incompleta. Basta que preste atención al silencio del jardín para que recoja el ruido del MG de Mina, que ha llegado temprano. Manolo Ribeiro no me preguntará cómo estuvo el jaleo, ni cuántos muertos se contaron en la Plaza, y yo no sabré lo que es el rencor; tampoco organizaré una venganza que llamaré justicia.

*ni estaré alejándome, ahora lentamente,
purificándome en la lluvia,
de esta plaza acostumbrada a la violencia;
de este lugar favorito de la muerte,
donde he abandonado
—más advertencia que despojo—
el cadáver de uno de los que armaron la mano que aguardó la oscuridad
para cuajar el crimen.*

Un cadáver, Mina, que pronto, no sé cuándo, pero de todos modos antes de lo que ellos imaginan, tendrá compañero.

Cuernavaca: Junio;
México: Septiembre 1971;
Cuernavaca: Mayo 1972

Luis Spota nació en México, D. F. en 1925. Su brillante experiencia periodística lo llevó a convertirse en el novelista mexicano más leído. Su agudeza crítica lo ha convertido en observador nato del drama de la vida y la política. De su trilogía *La costumbre del poder* (*Retrato hablado*, 1975, *Palabras mayores*, 1975, y *Sobre la marcha*, 1976), publicada también por Grijalbo, se han vendido más de 300 mil ejemplares hasta la fecha.

La plaza, novela que marcó una pauta en el problema estudiantil de 1968 y que vendió más de 25 mil ejemplares, ahora se publica en Grijalbo reabriendo un pasaje de nuestra historia que tocó la conciencia de todos.

